DIEGO GARRIDO

Libro de los días de Stanislaus Joyce





Índice

Portada

Libro de los días de Stanislaus Joyce

Créditos

The voice tells them home is warm.

JAMES JOYCE,

Pomes Penyeach

2 de enero. Jim dice que jamás seré capaz de escribir prosa. Por supuesto tampoco verso. Dice que, si estas notas tienen algún interés, es porque en gran medida tratan de su vida. Solo puedo darle la razón.

Todo el mundo habla del poeta menor, pero nadie del filósofo menor. Soy yo. De qué me sirve pensar tanto si no tengo el talento ni la inteligencia necesarios para comunicar mi pensamiento.

4 de enero. Papi ha pasado toda la noche sentado junto al fuego, revisando papeles y suspirando. Ha sido una de sus grandes noches; creo que ha estado llorando. Me enferma. Casi lo prefiero borracho.

Esta familia es un barco a la deriva. O mejor un tren, cuesta abajo y sin frenos. Ya no se salva nadie.

La vida de Poppie está perfectamente arruinada: ella sustituye a madre. La de las niñas lo estará pronto: todas ellas (quitando quizá a Mabel, que es la protegida de papi) irán a un convento. Charlie es un putero y un meapilas. Yo apenas soy algo.

En las Noches de Lucidez –así las llamamos Jim y yo– papi promete cosas. Promete un trabajo estable, promete la alimentación regular de sus hijos, promete dejar de beber. En noches así, es fácil sacarle un par de chelines, pero hay que saber aprovechar la ocasión. Hoy, Jim se me adelantó. Consiguió un puñado de monedas y hasta lo abrazó; los vi desde la escalera. Luego fue hasta la puerta haciendo una torre sobre la palma de la mano, me guiñó un ojo y se marchó dando saltos de alegría. La hipocresía de Jim no conoce límites. Ahora, mientras escribo esto, tres de la madrugada, estará tirado sobre la barra de algún bar, o lanzando uno de sus discursos junto a O. G., aburriendo a un puñado de patanes con sus lecciones de prosodia.

O. G. es un tramposo. Jim no ve que es más inteligente que él, y que lo utiliza. O. G. no desaprovecha la oportunidad de brillar,

aunque sea reflejando luz ajena. O. G. no va a llegar a nada en la vida. Los versos de O. G. dan pena.

5 de enero. Poppie hace oídos sordos a todo lo malo que nos pasa. Esta mañana me ha echado una bronca tremenda por hablar mal de papi. «Hay que hablar bien de papi, aunque cueste. Él nos quiere.» ¿Nos quiere? Lo dudo mucho. Aun así, Poppie hace lo que puede. Es generosa. Estoy seguro de que si alguno de nosotros enfermase, aunque fuese de gravedad, ella se cambiaría sin dudarlo un instante. Si esta familia no ha naufragado todavía es gracias a ella. Hoy ha tenido que encubrir a Jim, que ha llegado a casa sucio y borracho.

–(Murmurando): ¿Estás borracho?

–¡Poppie!

–Ven, Eileen te acompaña a tu habitación, ahora te subo yo un desayuno. A dormir.

–¡Gracias, ah gracias! ¡Os quiero a todas!

Papi estaba con las niñas en la cocina, y nos hemos salvado de la bronca. ¿No es irónico que un borracho prohíba beber a sus hijos? ¿Qué se esperaba? Cuando subí al cuarto, Jim ya estaba roncando, con una sonrisa boba en los labios y un hilo de baba mojando la sábana. Creo que ha perdido su gorra de capitán. Estoy deseando que se despierte. Ser un borracho tiene sus consecuencias.

El mes que viene empiezo a trabajar otra vez. En una botica. Una basura, sí, pero mejor que la oficina de Tío Willie. Desde luego, no he nacido para mecanógrafo. Aunque ahora, de cara al público... casi lo siento por el público. ¿Soy horrible? No me considero una mala persona. Trato de hacer de mis actos una consecuencia lógica de mis convicciones. Por supuesto, no siempre lo consigo. ¿Es esto ser horrible?

6 de enero. Jim es un genio. Uno disperso, obsceno, borracho, todo lo que se quiera, pero un genio. Esta mañana me ha estado leyendo algunos de sus poemas nuevos, y también sus epifanías. Los poemas son del amor y la familia. Las epifanías, revelaciones del espíritu, breves y luminosas como un relámpago.

El poema que más me ha gustado ha sido «Cabra», que empieza así:

El chico sigue el camino rojo

buscando un sol de invierno.

El sol de invierno, entiendo yo, es la felicidad: es decir un imposible; el camino rojo la sangre. Es bonito. Pero tiene que evolucionar, desarrollar su propio estilo –dejar atrás la oscuridad, el vago simbolismo. Le he recomendado que deje de leer a Coleridge y a Browning, le he dicho que no le hace ningún bien. Además la lucha es vana. Jamás superará a Browning.

–No –me ha respondido–, pero a Tolstói.

–¿A Tolstói? –le he dicho yo– ¿Qué sabes tú de Tolstói?

–Todo lo que hay que saber: que no cree en la vida. Yo creo.

–¿Cómo?

Aquí ha empezado a soltar una de sus largas peroratas, solemne, alucinado, escupiéndome en la cara a cada rato (herencia de borracho) y mirando al infinito con ojos melancólicos y miopes. Resumo la idea, por ahorrar papel: socialismo, alcohol y montones de putas. ¿Es que no entiende que si sigue así va a malgastar su talento? Dios le da pan a quien no tiene dientes. En esta casa pocos tenemos dientes.

8 de enero. Hoy, cosa rara, ha hecho un día soleado, lleno de un aroma de falsa primavera. Me he levantado de buen humor, y he ido hasta la desembocadura del Dodder. En el camino me he encontrado con Cosgrave, amigo de Jim; de los nuevos, estudiante de Medicina. Me gusta Cosgrave. Ha dicho que la otra noche O. G. se pasó de la raya con Jim: él fue quien le quitó su gorra, aprovechando un descuido de mi hermano. Luego se subió a una mesa y empezó a imitarlo a voces. Luego se puso a hablar de madre.

En ese momento, dice Cosgrave, Jim se abalanzó sobre él y lo derribó. O. G. le dio la vuelta como a un niño y lo pegó contra el suelo. Con los brazos inmovilizados por las muñecas, le escupió en la boca. Me da pena Jim. O. G. es un gilipollas. ¿Por qué volvió tan contento la otra mañana? Su vida (como la de todos nosotros) hace aguas.

Luego he seguido hasta la frontera con Palmerstown y me he tumbado a la margen del río. Hacía tiempo que no tenía la mente tan limpia. He visto cómo unos niños jugaban a indios y vaqueros, cómo una mujer rechazaba los besos de un joven muy insistente, cómo un perro se perseguía la cola... Y he deseado estar allí con alguien. Con quién prefiero no decirlo aquí. Jim, si estás leyendo esto: no lo sabrás. Y ella tampoco, me temo.

9 de enero. Madre nació y creció en un matadero. Pero literalmente. De reses. Si Dios existe, que me da a mí que no, tiene un humor muy escabroso.

Papi nació en Cork, en una casa un poco rica. Él, que tuvo como quince hijos bautizados (y embarazó como veinte veces a madre, si no a otras), fue hijo único. Esto está patente en su chulería y en su despotismo. Su padre también fue hijo único. El niño mimado de un niño mimado. Pero ¿y nosotros?, ¿qué nos queda de este apellido venerable? Poca cosa.

Hoy, en la cocina:

–No grites tanto, que te oigo.

–¿Y por qué no vienes entonces?

–Estaba arriba.

–Ya, pues por eso grito.

–Igual tienes un tapón.

–Sí lo tengo, sí: ¡en el culo!

Y entonces se empieza a reír solo. Tanto que al final se olvida del recado y me puedo marchar. Papi lleva demasiados días seguidos de buen humor. Algo feo se acerca.

10 de enero. En esta familia, los hermanos y las hermanas hemos ido por parejas. Yo voy con Jim. Charlie iba con Georgie. Eileen va con May y Eva con Florrie. Poppie está sola, y Mabel es la única hija de papi. ¿Odiaría menos a papi si yo fuese su preferido? Lo dudo. Trato de analizar desde fuera mis propios sentimientos, con frialdad y justicia; este odio –llamémoslo así– no parece una alucinación. Aun con todo, papi tiene sus cosas buenas, y no tengo problema en admitirlo. En momentos muy puntuales puede ser gracioso, e incluso tierno. Estos momentos son difíciles, pues tiene que estar no completamente sobrio (triste) ni completamente borracho (violento). Papi es un hombre de extremos. Yo valoro ante todo la moderación, el punto medio. Está visto: ser padre no vale la pena. Papi se va a quedar solo en cuanto crezcamos, y solo va a morir. Yo no voy a tener hijos. ¿Y si me sale un Charlie? ¿Y si me salgo un yo? Además, que no es fácil encontrar a la mujer. Pocos la encuentran. Papi tuvo muchas novias antes de madre, que era más joven. De una estuvo enamorado. La dejó por un rumor, por su orgullo de elefante. Pero no dejó de quererla. Durante años tuvo su foto sobre el piano, junto a las nuestras. Madre hacía como que no se enteraba. «Qué guapa, ¿verdad?», me dijo un día. Yo me enfadé muchísimo. «¿No ves que te está humillando?», le dije. «Vamos, vamos... No seas exagerado.» Al final la Sra. Conway me dio la razón: una mañana agarró la foto y la echó al fuego. Cuando papi llegó de trabajar, muy enfadado, dijo: «Dónde está la foto». Madre respondió con voz temblorosa: «La he quemado». Pero papi supo

inmediatamente que eso era mentira. Que ella no era capaz de hacer eso. Apretando los puños, maldijo a la vieja y se encerró en el cuarto. Madre no se atrevió a dormir en casa aquella noche. La Sra. Conway aún aguantó un par de años más con nosotros. Su marcha –por motivos económicos– terminó de derribar para madre la presa de las humillaciones y papi terminó de hacer de su vida un infierno. Yo me alegré de la salida de la vieja. De la salida de sus biblias y de la salida de su asqueroso y perenne olor a cebolla, que aún tardó meses en despejarse.

Esta mañana, en el baño:

CHARLIE: ¿No vienes?

STANISLAUS: No.

C: ¿Hace cuánto que no vas?

S: Mucho.

C: Esto no es un juego. ¿Lo sabes?

S: Lo sé.

C: Eres imposible. Te vas a arrepentir.

S: Es mi decisión.

C: Volverás. Todos vuelven.

S: ¿A misa?

C: Al rebaño.

S: Pues ya te avisaré cuando vuelva. ¿Me dejas cagar?

C: Eres un gilipollas. ¿Eso lo sabes?

Su paciencia cristiana aún tiene sus fallas, es evidente. He apostado con Jim: él dice que Charlie es tan estúpido que aguantará hasta el final y morirá con un rosario al cuello y los huevos sueltos; yo coincido en que es estúpido, pero digo que no aguanta ni un mes

en el seminario. ¿Cómo va a compatibilizar a su dios con sus putas? Voy a ganar cuatro chelines.

Por supuesto, Jim tampoco ha ido a misa. Hemos ido a dar un paseo por el puerto. Las mañanas de domingo son las mejores: todos los meapilas están recogidos en la oscuridad de su templo y uno puede disfrutar de las calles y de su paganismo sin trabas ni aglomeraciones.

Jim dice que está llegando a su madurez espiritual. Me parece un poco exagerado, a su edad; aunque es cierto que sus escritos empiezan a tomar forma, que se aguantan en pie por sí solos. Pero que aún no se ha encontrado a sí mismo resulta evidente. Dice que entrenará su voz y dará conciertos. Esto cubrirá sus necesidades básicas y le dará publicidad a su apellido. Su tiempo, su vida, los dedicará a escribir versos, novelas y obras de teatro. Esto no me ha convencido. Le he dicho que se centre en el teatro, que era su aspiración original. «Ya sabes, quien mucho abarca poco aprieta.» Aquí se ha empezado a reír y ha dicho que mi única lectura de provecho hasta ahora ha sido el refranero. Le he dicho que yo le descubrí a su querido Giordano Bruno, y ha tenido que darme la razón.

Giordano Bruno hizo que dejase de creer. Su idea de un universo infinito (con infinitos planetas y con infinitos soles) me pareció exacta. Si hay un Dios, tiene que haber muchos: serán necesariamente infinitos. ¿Cómo un Dios finito va a generar un universo infinito? Y la idea de un Dios infinito, ¿no es justamente absurda? Alguien me puede decir entonces que hay tantos dioses en el universo como granos de arena hay en la playa, tantos como hombres en definitiva, y que esto es una paradoja. Supongo. No he podido llegar a ninguna conclusión, esta es la verdad. Pero a misa no vuelvo. Y a Bruno lo quemaron.

Luego me ha dicho que planea abordar al gran Thomas H. Kelly, patrón de las finas artes, que lo va a esperar pacientemente a la salida de la Biblioteca Nacional detrás de una columna; entonces lo asaltará y le invitará a un café –le propondrá un «proyectito». Le he dicho que se espere. ¿Qué le va a enseñar? Kelly es, como casi todos los intelectuales en este país, un poeta frustrado. Si es un hombre envidioso (y los artistas lo son) va a aplastar a Jim, pues va a ver

allí un peligro. Y si le anima es que no ha visto peligro, y esto es todavía más triste. Le he dicho que se espere a tener una voz propia. Él se ha defendido:

–Mis canciones, esto te lo concedo, pueden recordar a las canciones de los viejos. Se encajan dentro de una tradición. Pero mis epifanías no. Mis epifanías no son imitación de nadie.

–Hombre, las iluminaciones de Rimbaud ya...

–Rimbaud era un tonto y un pederasta.

–¿Y esto qué tiene que ver?

–He pensado en abordarle la semana que viene. ¿Qué te parece? Creo que va todos los viernes de cuatro a diez.

–Déjate bigote. Tienes cinco días.

11 de enero. Lunes por la mañana. Anoche tuve una polución nocturna y tuve que tirar los calzoncillos a la basura; estaban inservibles. ¿Por qué no me masturbo? Por la misma razón por la que no me voy de putas: por moderación, control y dignidad. Aquel que no sabe controlar sus impulsos no es un hombre, es un animal.

Ya sé por qué mi hermano estaba tan contento: cuando dejó el bar, llorando de rabia, fue directo a ver a Nellie, a consolarse un rato. Nellie es una puta de la calle Purdon. Una famosa por su indecencia y sus rizos rojos. Jim se ha encariñado. Encariñarse con una puta, ¿hay algo más patético?

12 de enero. Martes noche, solo en la habitación; leo el Diario de León Tolstói. Parece que, así como nosotros somos los borrachos cantarines, alucinados y melancólicos, ellos son los borrachos tristes, lúcidos y atormentados. Tolstói, por su parte, es un hombre abstemio, deportista, vegetariano, pacifista, antijuego, antitabaco... Es decir, un hombre insoportable. Los excesos nunca me han gustado. Los hombres que se exceden (por uno u otro lado) solo

buscan llamar la atención.

El día lo he pasado con Cosgrave, primero en el puerto, luego en Donnybrook. Vino por la mañana buscando a Jim, pero le dije que se había pasado toda la noche estudiando y que no se iba a levantar hasta la tarde. Entonces me dijo que si quería dar una vuelta. «¿Yo?» «Sí, tú.»

Cosgrave me saca solo tres años, pero a su lado me siento bastante pequeño. Creo que esto es porque estoy acostumbrado a la inmadurez mental de Jim; casi soy yo el mayor.

La mente de Cosgrave no es la mente de un poeta. Es mejor: es la mente de un filósofo. Sus ideas son sólidas, y esto se nota en su conversación. Son ideas pensadas, firmes, probadas. Las de Jim son efluvios, pedos de su mente.

Cosgrave dice que estudia Medicina para contentar a su tía vieja, pero que se va a dedicar a pensar, «como Descartes». Esto me ha parecido una estupidez rampante y una pedantería, pero creo que dice la verdad. Su vida está regida por la reflexión, y no por el impulso. Cosgrave es como yo. No tiene miedo a decepcionarse.

Hemos comprado un desayuno saliendo de Phibsborough y nos lo hemos comido sentados en el muelle, con las piernas suspendidas sobre el agua. El tiempo era bueno y había mucho ajetreo. Tablas, gritos, martillos, metales... Todo esto me gusta. A veces me gusta la presencia de los otros, aunque no entren en contacto directo conmigo. También había unos peces dorados y gordos como panes a los que de vez en cuando lanzábamos algún bocado o algún escupitajo, que se tragaban indistintamente y con violencia. Hemos empezado hablando de tonterías (la universidad, la política, la juerga). Pero pronto se ha confesado. Yo no se lo he pedido.

–¿Sabes por qué me gustas? –ha dicho–. Tú me entiendes.

–Ah. ¿Sí?

–Sí. Tú no eres un niño como tu hermano. O como O. G. y los otros. Tú tienes las cosas claras.

–¿Tú crees? –le he respondido apurando el bocadillo, que me había salido gratis–. ¿A qué te refieres exactamente?

–Tú sabes que la vida es una mierda. Y no tratas de maquillarla. Eres áspero porque la vida es áspera.

–Vaya. ¿Tan áspero...?

–No, no, perdona –ha dicho con un arrepentimiento precoz. Y luego, un poco hipnotizado por el movimiento del agua–: Es solo... Tú vas de frente. No sabría cómo explicarlo. No te escondes.

–Sé a lo que te refieres –he mentido–. La clave está en no aceptar las cosas tal y como vienen, pero tampoco tratar de darles la vuelta. Hay que asumir el mundo y hay que asumirse a uno mismo, pienso yo... Pero sobre todo vivir, vivir hasta el final por dignidad humana. (!)

Esto, que según he terminado de decirlo me ha parecido una vergüenza, lo ha impresionado. Hasta se ha emocionado un poco.

–¿Sabes? Tienes razón –ha dicho con una firmeza repentina–. Mucha razón. –Y después de un silencio–: ¿Te apetece comer en un restaurante? Yo invito.

¡Un restaurante! No pisaba uno desde que Jim ganó aquel premio en el colegio y nos llevó a todos a celebrar. Qué borrachera cogió papi aquel día, qué ridículo espantoso.

–Claro. Muchas gracias.

En este punto yo estaba decepcionado. Que se hubiera dejado impresionar por tan poca cosa no era una señal de inteligencia precisamente; más bien de sentimentalismo y estupidez. ¿Por qué cuesta tanto? Pero luego la cosa cambió, a mejor. Estuvimos hablando de la importancia de la filosofía en la vida, en el día a día (es esta, pienso yo, la única que vale verdaderamente). Cosgrave coincide conmigo en que el arte tiene algo de fraude. ¿Por qué inventar? ¿Acaso no nos basta con lo que ya tenemos y apenas conocemos?

Como para sí, mirando el poso medio seco de su café, muy

encorvado, abrazando la tacita con ambas manos:

–Yo digo que el filósofo es aquel que observa. Dentro y fuera. Aquel que luego comparte su observación para hacerles la vida más fácil a sus semejantes.

De acuerdo…

–El artista, sin embargo, se dedica a escapar, a huir hacia delante. El mundo real, lo que vemos, es mil veces más interesante que el mundo evanescente y cursi de los poetas. ¿No lo crees? Ellos tienen algo de niños. El filósofo no inventa: se limita (aunque esto no tiene nada de limitado) a observar. Observación antes que invención –ha sentenciado.

Luego ha dicho que el hombre que aún lee novelas pasados los treinta es un cretino. Esto quiere decir que nosotros aún podemos leer novelas. Cosgrave es un poco radical en sus postulados, pero cómo no serlo en un mundo tan inasequible; hay que tomar partido: allanar, simplificar –resumir. Yo me he limitado a asentir a su discurso general y a negar resueltamente algún detalle con el que no estaba en absoluto de acuerdo. Mi cabeza no está asentada, y lo sé, pero creo que va por el buen camino. No debo seguir los pasos de Jim. Aunque Jim parece más feliz que Cosgrave.

13 de enero. Miércoles, día estúpido. He sufrido una emboscada callejera y he acabado comiendo en la casa de mi jefe, con mi jefe y con su mujer.

Rathgar. Conversación de hora y media sobre la Juventud, sobre el Tiempo que no vuelve y sobre las ciudades que cambian, luego un caldo amarillo de puerros y cebollas que me deshace el estómago como un ácido y luego un cigarro de pólvora junto a la chimenea, anécdotas farmacéuticas y más nostalgias: que ve en mí a un amigo, no a un recepcionista, que le recuerdo a él mismo a mi edad, que le doy «buena espina». Todo lo que hice, señor, fue contestar un anuncio en un poste. No le importa. A la salida se acuerda de algo y echa a correr con ímpetu y a la pata coja. Él y su gigantesca señora vuelven cargados con dos bolsas de tela cada uno. Me guiña un ojo

y: «Para que te los vayas –gesto juvenil– empollando». Ya en casa hago inventario y Charlie y Jim se caen al suelo de la risa.

1. «La purgación estomacal: santo y seña del XIX.»

2. «Manual de materia médica o Sucinta descripción del enfermo y sus manías.»

3. «Aviso al pueblo acerca de su salud o ¿De qué mueren los hombres de ciudad?»

4. «El boticario y la familia o El trato cordial.»

5. «La toxicología y sus adversarios.»

6. «Farmacología explicada a los más jóvenes.»

7. «El siglo médico o Una receta para la vida.»

8. «La Medicina y sus adeptos.»

9. «La fábula de la botella.»

10. «El libro de la sangre.»

11. «¿Qué hay en mi botica?»

12. «Demonios del azafrán.»

La mayoría están deshechos y huelen a verdura.

14 de enero. Literatura. Hablar demasiado es, como poco, una descortesía. Los escritores que más me repugnan son los charlatanes: los Oscar Wilde. Yo soy más yo cuando estoy callado (esto lo sé). Afanarse demasiado en explicarse a uno mismo es una pedantería, y un absurdo al fin. Si uno habla de sí mismo debe ser para hablar de todos. Uno es importante para uno, otros son

importantes para uno –fuera del corazón todo está seco.

15 de enero. Viernes, cinco y media de la tarde. En este preciso instante Jim está haciendo el ridículo. En vez de ponerse su mejor traje (su único traje) ha decidido ir hecho un vagabundo como siempre. Le encanta parecer un bohemio –y digo parecer. Me saca de quicio. No entiende que, para ser un bohemio, antes hay que tener dinero. Que los bohemios aparecen en las épocas de riqueza, y no en las de miseria total. Lo que eres tú es un vagabundo orgulloso y fanfarrón. Ser pobre no es algo de lo que enorgullecerse: es algo que combatir.

Se ha puesto su chaqueta azul mohosa y sus tenis grises deshechos, se ha perfilado la pelusa rubia que en un hombre sería un bigote y hemos iniciado la marcha –como siempreal ritmo de su avellano. «¿Y cuando llegues allí?» «Improvisaré un discurso.»

A las cuatro, Sir Thomas Hughes Kelly llegaba a la Biblioteca. Ya lo había visto alguna vez, pero aun así me ha impresionado. Llevaba un monóculo muy grueso y elegante y una cara grave como de aguantarse un pedo. Es un hombre grande y atractivo, un gran señor. «Vale, deséame suerte. Allá voy», y metiendo las manos en los bolsillos del pantalón para darse un aire casual y descuidado, me da la espalda y aligera el paso. Los veo desde lejos, Jim muy sonriente y decidido, el otro algo perplejo. Y sorpresa: ¡funciona! Kelly no entra en la Biblioteca; tuercen la esquina y se pierden por la calle Kildare.

Noche. Van a dar las doce y Jim todavía no ha vuelto. O ha secuestrado al mecenas nacional o se está emborrachando con Colum y con Kettle en algún tugurio del centro. He esperado todo el día. Pero ya me voy a dormir.

16 de enero. Es sábado y Jim no ha vuelto. ¿Dónde demonios se ha metido? Papi no ha preguntado por él.

17 de enero. Tercer domingo de mes. Casa de los Sheehy.

Los Sheehy son una familia importante, de ambición política. Fueron nuestros vecinos hace cuatro años, en el número 2 de Belvedere, cuando no éramos todavía gente miserable. David Sheehy, el patriarca, es un parlamentario inteligente y despiadado, un chaquetero lleno de codicia y vanidad. Papi y él fueron buenos amigos, hasta que el Sr. Sheehy decidió traicionar al Gran Cacique. Papi no lo perdonó. No volvió a poner un pie en su casa (papi nunca había rechazado un whisky antes) y nos prohibió a nosotros que lo hiciésemos; luego habló de «darle un escarmiento a Judas» y comenzó a planear un ataque físico, una emboscada anónima y alevosa en el porche. No se ejecutó. Al principio íbamos a su casa en secreto, luego empezamos a aborrecer a papi y nos dieron igual su honor y sus sentimientos. Su honor es el de un borracho loco; sus sentimientos los de una morsa violenta y llorona. Luego nos mudamos a una casa más pequeña y vacía y no se volvieron a ver las caras. Pero nosotros –Jim y yo– seguimos yendo. ¿Por qué? Por María Sheehy. María es la hermana pequeña; las mayores son Hanna y Ginger. María es una chica rubia y delicada, y todos hemos estado un poco enamorados de ella alguna vez. Jim le compuso canciones, pero nunca se atrevió a dárselas o a leérselas, o a decirle que las había compuesto; luego su amor se fue. Entonces vine yo, que ni me confesé ni le compuse canciones. Charlie, que la vio un día de casualidad, se lanzó a su cuello como un pato: Eugene Sheehy, el hermano, le pegó una paliza que lo tuvo en cama dos días. Charlie tuvo que mentir en casa, y no se le ocurrió otra cosa que decir que la paliza se la había dado un chulo por intentar regatear unas monedas. Esto hizo que madre se derrumbase. La mente de Charlie es un misterio. Con el tiempo, mi amor también se fue. Pero aún me resulta agradable estar cerca de ella. Su perfume, blanco y ligero, está clavado en mi cerebro como un punzón y me recuerda tiempos más fáciles. Hanna y Ginger, por su parte, son feas y desagradables. Eugene es un bestia y un gilipollas. Ahora que Jim tiene otros amigos más mayores, literatos y borrachos como él, apenas va a casa de los Sheehy. A decir verdad, tenía la esperanza de encontrarlo allí hoy. Pero no. Allí solo estaban las hermanas y Eugene. También Francis Skeffington (Francis Sheehy-Skeffington,

o, como nos gusta llamarlo a Jim y a mí, El Cristo Peludo). Skeffington es el recientísimo marido de Hanna, y ha cambiado su apellido por el de ella porque es muy feminista y vegetariano. Es un tipo listo, pero insoportable, que aprovecha la mínima ocasión para darte una lección de política y moral.

Lo primero que hemos hecho ha sido bailar. El Sr. Sheehy tocaba el piano y nosotros bailábamos por parejas. Yo con María; luego, por hacer la broma, con Eugene. Me gusta bailar, pero no consigo soltarme. Mis movimientos son torpes y pesados y todo el tiempo pienso que me están mirando. María se ha dado cuenta de esto y se ha reído. Eugene se ha dedicado a hacerme daño en la espalda y en los pies y a repetir, una y otra vez, que «cuidado con dónde tocas». Luego hemos jugado al juego de las palabras. El primero en salir del cuarto ha sido Eugene. Cuando ha vuelto, las palabras han sido: zote, osito, charlatán, gorila y rey; la mía, por supuesto, era gorila. Ha adivinado solo dos: zote-Hanna y gorila-yo. Se ha enfadado muchísimo y ha amenazado con pegarme. Casi se carga el juego. Luego me ha tocado salir a mí. Las palabras han sido: lija, leal, callado, imbécil y saturnino. Solo he adivinado imbécil y leal. La única que me ha molestado ha sido la de María.

–¿Saturnino? Pero ¿qué es eso?

–Significa algo así como... seco, como que te cuestan las palabras. Lo vi en un libro de mi padre y dije ¡esto a Stannie le va como un guante! ¿A que sí, papá?

Aquí la gente se ha empezado a reír y yo he fingido que me hacía gracia también.

Al llegar a casa he buscado la palabra en el diccionario. Tiene tres acepciones:

1. Intoxicación con plomo.

2. Relativo al plomo.

3. Persona triste o taciturna.

18 de enero. Una vez tuve un sueño profético. Fue cuando vivíamos en Richmond, hará cinco años. Nosotros éramos animales de carga y papi y madre nos conducían por un camino. El camino era de piedra blanca y se perdía a la vista inmediata en una niebla muy espesa. Las niñas iban contentas y obedientes, pero yo empujaba de los arreos hacia un lado; yo sabía que el camino de piedra era el camino del matadero. Ellas no entendían mis mugidos y yo no lograba soltarme las cadenas. Recuerdo el rostro nervioso de madre y una lluvia fina de color negro que olía a cloaca. Papi repetía todo el tiempo, muy contento: «¡Hoy cena junto al fuego niños! ¡Hoy cena junto al fuego!». Por fortuna, desperté antes de llegar a ningún sitio. Está claro que no tenemos dinero para psiquiatras, pero tampoco hay que ser un lince. Otras veces –muchas– he tenido sueños pornográficos; también pesadillas pornográficas, que creo es más raro. Una de las que mejor recuerdo fue con la Sra. Donnelly, vecina y madre de familia de la que estuve un poco enamorado cuando era un chico. Estábamos los dos solos en una habitación (me parece que era la casa de Bray, la de la playa) y al otro lado de las ventanas se veía el mar –quiero decir el océano. Eran ventanas de submarino, ojos de buey. Yo al principio estaba muy nervioso, pero ella pronto me tranquilizaba con palabras dulces y familiares. Entonces recorría mi bragueta con el dedo índice, de arriba abajo, siempre mirándome y tranquilizándome. Luego me sacaba el pene y lo empezaba a tocar con cuidado, casi diría con oficio; sus manos estaban muy mojadas y todo parecía muy fácil. Pero yo disfrutaba a medias. Tenía miedo de que mis hermanos se despertasen; no estábamos solos, y yo lo sabía. «Si alguien nos descubre... Esto será fatal para su familia», pensaba. ¿Qué dirán sus hijos? Sus manos están ahora enredadas de algas y porquería y ella es una sirena guapísima. Poco a poco baja el cuerpo hasta el suelo, dejándose deslizar, y mete mi pene en su boca; veo la cola de pez retorciéndose de placer más allá de mí. Cierro los ojos y acaricio su pelo ensortijado y un poco rojo. Me consigo relajar, y entonces una risa histérica lo interrumpe todo. Descubro que sus rizos son escamas secas que saltan entre mis dedos y que ella es una especie de carpa monumental, pesadísima y monstruosa. Sus ojos dos pelotas blandas sin vida. No logro despegarme. Jim, Charlie y Georgie, al otro lado de la ventana, se

mueren de risa frente a la escena, que se torna ridícula y aterradora. Cuando desperté sentí vergüenza de mí mismo y pensé que era un degenerado. Luego apunté el sueño y luego lo quemé por miedo a que alguien lo leyese. Ahora pienso que esto no tiene nada de extraordinario. Uno no controla estas cosas, uno no tiene culpa de nada. Si acaso la Iglesia y sus doctores.

Es lunes. Hoy papi ha preguntado por Jim, y se ha enfadado cuando le he dicho que lleva varios días sin aparecer por casa y que él ni siquiera se había dado cuenta. «Solo me faltaba eso», ha dicho, «tener que andar preocupándome por lo que hace o deja de hacer este tipo. Yo a su edad estaba trabajando para salvarle la vida a mi pobre padre; ahhh…» Mirada al techo, y: «Si no quiere volver por aquí que no vuelva, pero que me avise primero». Le he dicho que si le veo se lo digo, pero que yo tampoco sé dónde está. «Estará con alguna puta. O con el amigo ese, el gordo.» Si O. G. se entera de que lo han llamado gordo… Fuerte: él está fuerte, papi.

Jim y papi llevan oficialmente peleados cinco meses y medio, desde la muerte de madre –desde que Jim no quiso arrodillarse y rezar con todos la oración de los muertos.

Lo siguiente se lo atribuyo a papi:

1. La salud quebradiza de sus hijos y sus dientes podridos.

2. Su inclinación al alcoholismo y la dispersión.

3. Su falta de posibilidades en la vida.

4. Su inteligencia cerrada y obtusa.

5. Su miedo al qué dirán.

6. Sus ropas raídas y deshechas.

7. La degeneración de madre.

Así, vista en papel, es una buena lista.

Papi es una especie de Abraham irlandés, un Saturno con orejeras.

21 de enero. Noche. El frío ha vuelto, y mi mal humor también. He estado pensando mucho, y, como siempre que pienso mucho, me he puesto triste.

A día de hoy me siento desprovisto de las herramientas más básicas, de eso que los filósofos y los pedantes llaman «voluntad». No tengo un pretexto para vivir más allá del estar vivo, y no sé si con esto es suficiente –pues no debería. Esto lo vengo sospechando desde hace años ya. No es lo mismo vivir que existir, no tiene tanto que ver. Pensaba que con el tiempo desarrollaría este pretexto, que en algún momento me sería dado o me lo inventaría, como se lo inventa, me parece, todo el mundo. Pero no: no tengo con qué hacer frente a las cosas que me pasan, por pequeñas y aburridas que estas sean. Tiendo naturalmente a la pasividad total. El suicidio es una salida cobarde, y ni siquiera me lo planteo; no por falta de cobardía precisamente, sino por pura y simple vaguedad.

22 de enero. Viernes. Ocho de la tarde. Apenas algo. Papi ve caer la lluvia por la ventana, suspira, suspira, las niñas guardan silencio. No hay leña. Subo a la habitación y me tumbo en la cama.

Por la mañana, en el comedor:

PAPI (sobrio): ¡Poppie!

POPPIE (baja corriendo la escalera, aguantándose el camisón): ¿Sí, papi?

PAPI (señalando con estupidez un sobre blanco que ha colocado

dramáticamente sobre la mesa): ¿Qué es esto?

POPPIE (pálida): ¿Eso? (Silencio.) Una... ¿carta?

EILEEN, MAY, EVA, FLORRIE, MABEL (pálidas).

PAPI: ¿Quién es Tim?

POPPIE (azul).

PAPI: ¿Quién es «Poppens»?

EILEEN, MAY, EVA, FLORRIE, MABEL (azules).

CHARLIE: ¡Ja!

PAPI: Qué has hecho... (Brota la vena.) Qué nos has hecho...

POPPIE: Nada... Papi... Nada. Te lo prometo. Tim es... lo conocí un día, nada más. Es marino. Ni siquiera es de aquí. Es inglés.

PAPI: ¡Marino! (La vena ensancha.) ¡Inglés! (La vena revienta.)

POPPIE: Sí, sí... Pero no hemos hecho nada, te lo prometo, te lo prometo. Pero nada de nada. Somos amigos. Bueno, ni eso. Fuimos una vez... Me invitó al teatro una vez. Y no hicimos nada. Vimos La chica bohemia. Yo quería verla, y no hicimos nada.

PAPI: Nada... ¡Y qué es esto de Buenos Aires!

POPPIE: ¿Buenos Aires?

PAPI: ¡Sí, Buenos Aires! Aquí dice que os vais a Buenos Aires. ¡Pues no está lejos!

POPPIE: No, no... Papi, eso no es verdad. No es para nada verdad. Son cosas de Tim, yo ya le dije que...

PAPI: ¡Cosas de Tim! (Se empieza a quitar el cinturón.) ¡Cosas de Tim...!

POPPIE (echa a correr escaleras arriba).

CHARLIE: Vamos, papi, déjala... Es normal que la chica tenga sus asuntos. Tiene ya como veintipico de años... (Nos mira.) ¿No? (Y muy filosófico, echando cuentas.) Sí, sí. Es normal... Es normal...

PAPI: Tú mejor te callas... Tú mejor te callas...

Cuando madre murió, Charlie, Jim y yo acordamos no dejar nunca la casa sola. Nos lo pidió Poppie. A Jim y a Charlie les da igual. Si algún día alguien se enfrenta a la morsa, ese voy a ser yo –no tengo duda.

24 de enero. Hoy todos, incluyendo a papi, han ido a misa. Estoy solo en casa, leyendo y viendo llover. Hacía siglos que no estaba solo en casa. ¡Menuda diferencia!

El obispo Berkeley es, indiscutiblemente, el patrón intelectual de nuestro pobre país. Esto no quiere decir, claro, que no estuviese terriblemente equivocado. El Sr. Berkeley nos dice que el mundo real, lo que vemos, oímos y tocamos, no existe. O lo que es lo mismo: existe en función de nosotros y de Dios. Esta pluma, si no estoy yo para sostenerla, si no está Dios para mirarla, nos dice, no existe. Esto es de una vanidad total, imperdonable. Berkeley representa el paradigma puritano irlandés, de la misma forma que lo representa el whisky: escapismo, sueños, vaguedad. Somos una raza de cobardes. ¿Y no será mejor admitir de una vez que esta pluma es tan real como yo, asumir que apenas si somos algo? ¡Cuánto daño ha hecho la literatura! ¡Cuánto daño a la vida!

Hace tiempo, cuando tenía catorce o quince, traté de escribir una filosofía –quiero decir una metafísica. Era una metafísica indecisa, como centaura –a medio cocer. Después de discutirla largamente con Jim en una de nuestras caminatas, me di cuenta de que era una pura equivocación. Y la quemé. Si la gente hubiese quemado más... nos habríamos ahorrado tantas tonterías.

Por lo general, los artistas se conforman con alimentar la confusión –la vanidad es su princesa y ellos sus campeones.

25 de enero. Jim lleva diez días desaparecido, y no hemos movido un pelo por encontrarlo. La lluvia… no ayuda.

Hoy le he leído un cuento de Robert Louis Stevenson a Mabel, y le ha gustado mucho, se ha puesto muy contenta. Es el mismo que le leí a Georgie cuando estaba enfermo, mi favorito: «El diablo en la botella», del volumen Noches en la isla. Mabel tiene once años, pero es una chica muy lista.

26 de enero. Primera hora de la mañana. Las niñas están muy nerviosas por Jim. Le han pedido a papi que por favor haga algo y él ha dicho que «no, él sabrá». Voy a salir a buscar a O. G. Charlie dice que seguramente ya estén reconciliados otra vez, que lo más probable es que esté con él en su casa gigante de Rutland y que ya volverá cuando se vuelvan a pelear –«ya sabes, ¡hip!, cosas de pareja». En una semana es el cumpleaños de Jim. Espero que esté bien. Ya ha hecho esto otras veces.

Tarde, cafetería en Kings Inn. He estado en la casa de O.G. (o casi). La casa de O.G. ocupa el cuarto piso y el ático de uno de los principales edificios de Rutland, uno que da directamente a la plaza. Cuando el mayordomo ha abierto la puerta, se ha encontrado en su felpudo con un perro mojado.

–¿Sí? –ha dicho.

–¿Está Oliver? –he preguntado yo, con una confianza que inmediatamente me ha dado ganas de vomitar.

–El señor está estudiando. Mañana tiene una prueba importante.

–¿Puedo?

–No lo sé.

Entonces me mira de arriba abajo y se vuelve a meter, entrecerrando la puerta antes.

En mi defensa diré que el único paraguas que hay en casa es el de papi, y he preferido no pedirlo por orgullo. Él tampoco lo ha ofrecido:

–Adónde vas, con la que está cayendo.

–A dar una vueltita.

–Este chico es tonto... –y ojos bovinos a periódico.

Un nuevo fracaso de mi ironía. En fin. La puerta se vuelve a abrir y aparece O. G., en pantuflas y bata y con los pelos negrísimos del pecho asomando. Tiene el cuerpo de un domador de fieras, de un forzudo de circo.

–Hombre.

–Qué tal. Cuánto tiempo...

–Pues sí. ¿Qué?

–¿Está aquí mi hermano?

–No. Por qué va a estar aquí tu hermano. ¿No tiene casa?

–Lleva varios días sin aparecer. ¿Tú lo has visto?

–No, hace bastante que no le veo.

–Cosgrave me dijo que os habíais peleado.

–Bueno. No tanto. Tu hermano se pasó toda la noche buscándome y al final me encontró. Tuve que arrearle, claro.

–Cosgrave me dijo que lo imitaste delante de la gente y que eso le sentó muy mal.

–¿Ah sí? ¿Y de su imitación no te habló? ¿Del capitán Ahab cazando a mi madre con un avellano no? Cosgrave es un chico muy listo, pero su memoria a veces falla.

Aquí no he sabido qué responder. Aquello olía a Jim. He preferido desmarcarme un poco:

–Ya, sí. A veces mi hermano es muy gilipollas.

Se me queda mirando, sin mover una partícula.

–Bueno. ¿Te puedo ayudar en algo? Estoy bastante ocupado.

–No, era eso. –Y después de una mirada compasiva, que quiere decir «vaya familia»–: ¿Te presto un paraguas?

Por supuesto he dicho que no. No quiero las limosnas de O. G., nada de O. G. Cuando hay gente delante, el muy cabrón me llama El Duro. Es un cerdo. Jim dice, y no sin motivo, que su dinero huele a ano.

No sé a quién le puedo preguntar ahora. Me he puesto un poco nervioso. ¿Y si de verdad le ha pasado algo? Jim es un irresponsable, un descerebrado total. Siempre tiene que venir alguien a rescatarlo. Ahora... quién. ¿Colum? ¿Starkey? ¿Kettle? No tengo ni idea de dónde viven.

¿Su intensidad? Byrne ha sido, de lejos, el mejor amigo de mi hermano, el único que ha tenido (el único que no se ha aprovechado de él). Decía que nos habíamos criado en el regazo del lujo y que por eso ahora vivíamos como ratas –que estaba justificado. Jim decía que él era el único capaz de seguirle el juego y que tenía probablemente los rasgos mentales de un genio; pero luego que no, que debía de tratarse de parálisis facial o así, que no había allí peligro ninguno de cerebración. Era medio imbécil. Este amante celoso no aprobó las nuevas amistades médicas (O. G.) y prefirió hacerse el digno y desaparecer del mapa. Yo nunca le caí bien.

27 de enero. Jim está en la cárcel. Por altercado público. Al otro no lo encontré, y pensé entonces en ir al Nighttown. ¿Dónde mejor que en el Nighttown? Me costó horrores encontrar a Nellie, todas las putas son iguales. Es verdad que el pelo rojo y las pecas de esta resultan llamativas; puedo entender que Jim se haya dejado aquí sus ahorros y no en otro sitio; siempre fue un chico muy exigente. Cuando la encontré, le dije quién era. «¡Ay! ¡Jim! ¡Pobrecito!»

Entonces me dijo lo que había pasado: Jim fue a pasar una, dos noches con ella, y a la tercera ya no podía pagar. Ella lo invitó, pues le tiene «mucha estima»; pero el dueño del local se enteró. Cuando este criminal asomó por la puerta a Jim no se le ocurrió otra cosa que decirle que iba a sacar a Nellie –a su estrella– de la calle. El resultado inmediato fue Jim comiéndose el cabecero de la cama. Cuando el cerdo se dio la vuelta para regañar a la otra, Jim le pegó con una silla en la espalda y trató de fugarse con la puta, que estaba «muy triste y nerviosa». Un policía vino y se llevó a mi hermano, que estaba temblando y fuera de sí –el policía, es decir, le salvó la vida. Y eso fue.

–Estoy haciendo una colecta con las chicas para sacarlo, pero tenemos poco... Con esto se gana poco. Toma, dale esto –y va a un cajón y coge cuatro billetes arrugados–. Pero no le digas que te lo he dado yo. Es un chico muy orgulloso. –Y sigue, con los ojos húmedos–: Con una voz muy bonita... Solía cantarme por las noches, ¿sabes? Canta muy bien.

–Sí, canta bien.

–Os parecéis un montón.

–Sí, eso dicen.

Luego he querido darle un chelín por su tiempo y ella ha dicho «por Dios no» y me ha pedido la dirección de nuestra casa para ir a ver a Jim cuando salga de la cárcel. Se la he dado, claro, y esto me ha hecho muchísima gracia.

28 de enero. Ver a Jim en el calabozo, pálido, risueño, con esas bolsas moradas bajo los ojos, tratando de resultar, incluso en estas circunstancias, ocurrente y genial, me ha asqueado. Jim es un pobre hombre, un chico de genio aplastado por el peso granítico de una estirpe de borrachos. Ha confiado demasiado en su talento, ha pensado que él sería distinto. Ha dejado de lado a la gente que alguna vez se preocupó por él y lo ha apostado todo a la extravagancia, a eso que él llama «su arte». Su arte está por encima de todo lo demás. En sus versos, como en su prosa y en su vida, veo

autodecepción, un deseo frustrado de expresarse sin vanidad. La libertad, como me ha dicho tantas veces, es lo único en lo que cree; la vida es su única religión. Muy bien; ¿es esto ser libre?, ¿es esto vivir? Mi vida se ha forjado en el ejemplo de la tuya. Sin embargo, cuando soy acusado de imitarte –por papi, por las niñas, por tus amigos– me siento mal. ¿Por qué? Hay muchas cosas en las que nunca te he seguido. En el beber, por ejemplo, o en el ir con putas. O en las amistades, o en la franqueza, o en las ambiciones. O en el tratar de escribir poesía y ficción, o en tantas otras cosas. Creo que puedo decir con seguridad lo siguiente: no me gustas, Jim. Tú te piensas que soy un ser vulgar. A pesar de que te he seguido en tantas cosas a lo largo de la vida, no se puede esperar de mí que acepte algo así. Si yo tuviera que ponerles un nombre a mis diarios, les habría puesto Diarios de Imitación de Jim. Hoy, está perdiendo su influencia sobre mí. Invierno de 1904.

29 de enero. La casa de los Murray está en North Strand, cerca de la costa. Es un paseo agradable que me gusta hacer. Papi y Tío Willie se odian y siempre lo han hecho (el tío nunca aceptó el matrimonio de su hermana pequeña con papi). Nosotros tenemos prohibido ir a su casa, y por supuesto vamos. Mientras le contaba a Tía Josephine lo de mi hermano, Tío Willie (que estaba poniendo la oreja como siempre) ha cruzado la cocina con paso grave, ha soltado un etéreo lo tiene merecido, ha agarrado una botella y se ha largado de vuelta a su despacho con una sonrisa justiciera en los labios, pensando que nos había impresionado. Tío Willie es un imbécil, pero es sincero –quiero decir, se alegra sinceramente de nuestras desgracias, por puro y simple odio hacia papi, al que se parece tanto. Tía Josephine es nuestra consejera y nuestra confidente. Jim le enseña todo lo que escribe (aunque por supuesto ella nunca entiende nada). A mí, supongo que por equilibrar atenciones, me dice que le preste «mis cosas». Papi la llama El Cachalote Blanco y Tía Cojeras, por su enfermedad, y dice que el propio peso de la gravedad pondrá un día fin a su existencia. Tía Josephine se ha puesto muy triste con la noticia, ha dicho que Jim se está echando a perder y que lo siente sobre todo por madre. Y luego, agarrándome una mano y mirándome muy seria, que «Stannie, tienes que cuidar mucho de tu hermano. Es un chico muy

listo, pero no sabe elegir sus amistades. Tú tienes que ser su amigo».

Jim va a hacer veintidós años, ¿qué demonios es esto? Ni que fuera un subnormal. Tía Josephine dice las cosas de corazón, pero a veces dice tonterías. En cualquier caso, lo esperado: que no tiene dinero; que Tío Willie se enfadaría mucho con ella si se enterara de que ha empeñado algo; que hable con papi; que papi en el fondo es bueno y quiere a Jim; que papi en el fondo es bueno y nos quiere a todos; que seguro papi estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por nosotros. Basura.

Luego he ido al salón y he esperado. Katsy ha llegado veinte minutos después y se ha puesto muy contenta, la casa se ha llenado de su olor. «¡Stannie! ¿Qué haces aquí?» El corazón me ha dado un vuelco. Tenerla cerca es tener cerca la felicidad; así de simple. Hemos pasado la tarde juntos, y luego me he ido a casa caminando. Llevaba puesto su vestido rosa oscuro de espirales. De dónde venía no he sabido preguntarlo; cualquier posibilidad me ha sonado extraña.

30 de enero. Sábado. Jim ha vuelto. Cómo es un misterio. Quizá se hayan cansado de él sus propios carceleros –un monólogo de tres horas sobre las excelencias de la Hedda Gabler agota a cualquiera.

1 de febrero. Escritura. Para qué escribo es algo que me he preguntado muchas veces. Quiero decir, ¿realmente es posible la expresión cabal de la intimidad? ¿Soy yo, en carne y hueso, esto que leo aquí? Cada vez estoy más convencido de que no. Escribo, quizá, porque no puedo dejar de hacerlo. No tengo una intención estética, o moralizante, no quiero agradar a nadie, conmover a nadie, ni siquiera a mí mismo. No busco desesperadamente que los otros me lean. ¿Entonces? ¿Una manía, una afición y nada más que eso? No lo sé. He iniciado muchos diarios a lo largo de mi vida, y casi todos los he quemado después de una segunda o tercera lectura. No me arrepiento. Por otro lado, mi escritura se hace más legible con los años, esto me parece evidente. Ahora, ¿para qué?, ¿de qué me sirve esto a mí? No quiero escribir ficción, ni poesía, ni

ensayo. Las novelas, los cuentos, las fábulas, me parecen una manera como otra de pasar el rato; una mentira, en definitiva. Pero luego resulta que la gente tampoco me interesa mucho, que no tengo la necesidad de explicármela –que me dan igual. Tampoco tengo la curiosidad de la Historia, o de las Naciones. Este país, el otro: ¿qué pueden importarme a mí, qué tiene todo esto que ver conmigo? ¿Qué tiene nada que ver conmigo más allá de yo mismo, del par de personas a las que quiero? Si tuviera que dar una razón, una sola, diría que escribo para pensar mejor, para prevenirme de volverme estúpido, que es mi mayor miedo en la vida.

2 de febrero. Tolstói es un hombre deprimente. Tolstói sabe que poco o nada le queda por hacer en este mundo, y se dedica a esperar. Todas las anotaciones de su diario terminan con las iniciales «s. m. v»: «si mañana vivo». La literatura rusa tiene dos temas, que son la demencia y la muerte. De vez en cuando se cruza también un tema menor, como es el amor o el conocimiento. Indefectiblemente el primero lleva a la muerte; el segundo a la demencia. Un poco exagerados estos rusos, para mi gusto. El alcohol (al contrario que aquí) solo ensancha sus amarguras. Tolstói es un hombre triste, pero él se esfuerza en sonreír –una sonrisa de actor. Pocas cosas más patéticas que ver a un hombre inteligente esforzarse por dejar de serlo.

3 de febrero. Ayer fue el cumpleaños de Jim: veintidós años. Volvemos a estar juntos en el cuarto, vuelvo a la cama pequeña. Está muy resfriado.

Ha llegado la respuesta de Dana: han rechazado su ensayo. Como es incapaz de asumir un fracaso, por pequeño y tonto que este sea, ha dicho que «menos mal, Stannie» –«¡Menuda potra!». Dice que este rechazo le ha animado a convertir su ensayo en una novela, ya que el tema –él mismo– daba para mucho más. Pero que mucho, mucho más: dice que esta novela va a tener sesenta y tres capítulos y no menos de trescientas mil palabras, «como Anna Karénina». ¿Puede Jim rellenar tres mil cuartillas sobre Jim? Por supuesto que puede, de esto no tengo ninguna duda. Que pueda

llegar a despertar el interés de la gente, esa ya es otra historia. El mío lo tiene, o por lo menos mi curiosidad. Le he animado, pero también me he permitido darle un consejo. Le he dicho que trate de impersonalizar, que no escriba al día, que empiece por el pasado, y que escriba sobre el presente solo cuando este sea pasado, que no trate de hacer de su libro su arma. Los libros que se escriben para saldar deudas personales, le he dicho, no pasan la prueba del tiempo. Un libro puede llegar a valer algo si su autor está sereno mientras lo escribe –si no le va la vida en ello.

Por supuesto, no me ha hecho caso, e inmediatamente se ha sentado a tomar notas feliz; sobre sus enemigos, sobre sus amantes, sobre su familia: sobre todos. Dudo que nadie (quitándolo a él) salga bien parado.

Luego Charlie ha ido a comprar té y pasteles. Hemos pasado la noche juntos en el salón, jugando a las cartas y escuchando la lluvia caer. Jim y Charlie, ocasión especial, fumando como chimeneas. Sobre la una o las dos ha llegado papi, muy triste y borracho, y (cosa rara en él) ha ido directo a la cama. Nos ha dedicado una mirada corta y penosa y ha subido la escalera. Charlie y yo hemos pensado en decirle que bajase, pero Jim ha dicho que era mejor dejarle dormir.

6 de febrero. Las nubes y las calles encharcadas le van bien a esta ciudad gris. También el frío y este viento helado. Mi único abrigo está a punto de desaparecer –literalmente. Tiene un agujero en cada axila, y todos los remiendos que hizo madre han cedido ya. Solo me lo pongo cuando es estrictamente necesario: cuando prefiero no pasar frío a no pasar vergüenza. A Jim y a Charlie les da igual, a ellos les gusta esta estética de la pobreza (a Poppie y a las niñas no; apenas salen de casa). Mi sombrero, que tan bien me sentaba, tiene una abolladura en uno de los laterales y un descosido por dentro, bajo la copa. Ahora que Jim no tiene gorra apenas lo veo en su percha. Mis botas me aprietan.

Pero el lunes vuelvo a trabajar –mi primer sueldo va a ir directo a un abrigo nuevo; uno negro, largo, caliente.

Parece que al Sr. Kelly no le gustó mucho el proyectito de Jim. Jim dice que esto es porque el Sr. Kelly es un simio. No se han entendido.

Mi hermano tiene muy idealizado el mundo literario. Tiene, antes que nada, un miedo terrible a decepcionar. Ha cargado demasiado peso sobre sus hombros, y eso siempre es un peligro –no solo para el escritor.

7 de febrero. Papi, Charlie y las niñas están en misa. Yo cuido de Rimbaud como puedo. Su resfriado, agarrado en la humedad helada de su celda, solo va a peor. Como era de esperar, es un mal enfermo. Pero está animado. Ha empezado su libro, con un episodio de la infancia. Con lo que él denomina «El Despertar o La Semilla» (esto es, cuando de niño vio a Nannie remangarse la falda y hacer pis debajo de un chopo en Malahide). Jim es un degenerado, y se piensa que sus lectores lo serán también. No tiene por qué. Esta primera erección de Jim no me parece ni mucho menos un episodio universal, común a todas las biografías. Más bien una rareza. Parece estar escribiéndolo con gran placer y determinación. El primer deseo.

Nannie (Anna Flynn) fue mi primer amor. También la chica que nos cuidó cuando éramos pequeños. A Charlie, a Georgie y a mí (la enfermedad la mató antes de que yo dejase de necesitarla, y entonces vino la vieja). Nannie, que a mí me parecía una mujer muy mayor, era en realidad muy pequeña, casi una niña. Se crió en la casa de Usher Island con las tías de madre, las Hermanas Flynn, porque su madre, otra chica muy joven que trabajaba en la casa, no quiso darle su nombre y desapareció. Las tías la criaron junto a Mary Ellen, como a una prima más, y a los trece años la mandaron a servir a nuestra casa en Bray. En ese tiempo nosotros aún teníamos dinero y vivíamos como personas. Jim estudiaba fuera, y lo veíamos en Navidad y en verano. Yo siempre estaba con Nannie; madre tenía suficiente con criar a Poppie, quedarse embarazada y aguantar los continuos abusos de papi. Cuando Charlie creció yo me puse muy celoso. Un día, mientras ella lo bañaba, me escondí bajo sus faldas y me agarré a los muslos, negándome a salir nunca más. Nannie se puso muy nerviosa y no supo cómo actuar. Madre se

enfadó muchísimo y papi se partió de la risa. Por aquel entonces ella tenía dieciséis o diecisiete años, yo siete u ocho. Pronto mis celos se multiplicaron. Cuando papi y madre no estaban, cuando iban a cenar o al teatro (en esa época iban mucho al teatro), un tipo venía a verla. Era alto, moreno, flaco, e iba siempre uniformado, con guantes y traje blanco y una gorra con el emblema de un barco. Yo le rezaba todas las noches a Dios para que se lo tragase (Dios convertido en mar). Cada vez que el chico venía a casa, Nannie me mandaba a mi cuarto a dormir. Yo no dormía. Me quedaba espiándolos a través de la puerta, por la rendija rota del picaporte. Ellos se sentaban en el sofá, hablaban en voz muy baja y se reían. Una noche, mientras ella se reía, él la besó en la boca. Estuve a punto de abrir la puerta y montar un número, asustarla fingiendo una asfixia o un ataque de asma, pero logré tranquilizarme y volver a la cama. Al día siguiente se lo conté todo a madre, que a su vez se lo contó a papi. Pero papi decidió esperar; quería pillarla in fraganti. Lo hizo al final del verano. Este tipo y Nannie se besaban en el sofá por cuarta vez cuando papi apareció por la puerta vestido de gala, con su monóculo y su frac negro, hecho una auténtica furia. Empezó a blasfemar y trató de agarrar por el cuello al tipo, que pudo escapar por una de las ventanas de la cocina. Por supuesto no volvió más. Madre se ocupó de Charlie y Georgie y yo la tuve otra vez para mí solo. No tuve el valor para decirle que había sido yo y que lo sentía. Murió en la casa de Usher Island año y medio después, asistida por Mary Ellen, que casi era su hermana. En el momento de su muerte tenía la edad que tengo yo ahora. Los celos son algo terrible –y también inevitable.

9 de febrero. Ayer fue mi primer día en la botica.

El Sr. Ward es un viejo minúsculo, entrañable y cojo, un poco estúpido. Es boticario desde los veinte años, antes ganadero como su padre, y dice amar su trabajo por encima de todas las cosas aquí en la Tierra. Tiene lo menos setenta, y no se habla con su único hijo (que renegó hace tiempo del negocio para ser piloto de carreras), como no se habló con su padre en su momento final (el Sr. Ward dejó la ganadería por una excesiva «ambición juvenil»). Al hijo le ha ido bien, ha ganado alguna que otra copa y su nombre aparece

regularmente en los periódicos locales. El Sr. Ward, por su parte, no parece dispuesto a perdonarlo. Dice que le trató muy mal, y que no piensa abrir sus cartas por muchos billetes que estas contengan. Esto es un síntoma evidente de imbecilidad. ¿Y no puede coger el dinero y echar la carta al fuego? –no hace falta ni leerla. Solo espero que no vea en mí un sustituto de este hijo pródigo.

Mi primer cliente ha sido una mujer muy gorda y florida, que estaba muy nerviosa y avergonzada. Después de quince minutos de eufemismos y ademanes, he comprendido que ella y su marido sufren de unas hemorroides como ramos de uvas. El Sr. Ward ya lo sabe: no hay que decírselo. Pero a mí ha hecho falta explicármelo. «Espero que le vaya a usted bien con la pomada, Sra. Hudson. Ya me contará qué tal.»

¿Ya me contará qué tal? Pero ¿cómo puedo ser tan estúpido?

10 de febrero. Me despierto helado y todavía es de noche. Llueve. Aguanto en cama hasta el amanecer mirando el cristal. Jim ronca como una bestia herida. Siento unas ganas terribles de agarrar el almohadón y acabar con su sufrimiento –de tener un cuarto para mí.

Hoy he mentido sin ningún motivo, por el puro placer de mentir.

EILEEN: Oye, ¿es verdad eso de que al trabajar en una botica puedes tener todas las cosas gratis si quieres?

STANISLAUS: Sí, así es.

E: ¡Hala! Pues ya me conseguirás alguna cosa...

S: ¿Cómo? ¿Es que te encuentras mal?

E: No, no.

S: ¿Entonces?

E: No sé; por tener.

S: Pero ¿por tener el qué?

E: No sé…

S: …

Creo que la Trinidad del vicio irlandés la completa –junto con el alcoholismo y la masturbación– la mentira. El derroche es un vicio menor.

La pesadilla: entro a un edificio muy bajo y largo, de piedra blanca; soy una especie de príncipe; cada vez que cruzo una puerta, esta se cierra a mis espaldas; sigo, sigo y, entre celebraciones, encuentro una cabeza de pescado.

11 de febrero. Tercer día. Poppie ha venido a verme. «¡Stannie! ¡Stannie!» –y se pone a golpear el cristal con los nudillos, muy efusiva.

Yo le he dicho con un gesto que pasase, que no se quedase allí fuera. Ya que estaba, ha comprado unos polvos amarillos para echar en los pies de papi, a ver si atenúan un poco su pestazo. Se los echará por la noche, cuando él esté roncando boca arriba sobre la cama o el sofá. Me irrita, esta falsa ingenuidad de mi hermana. El alcoholismo de papi es un tabú. Desde fuera pareciera que nuestro único mal es un olor de pies.

Poppie. Poppie se está convirtiendo en una mujer. Su aspecto y sus maneras son los de una mujer. Es alta y estilizada, delgada pero fuerte, con un pelo negro, denso y larguísimo, bonito y descuidado. Las facciones de su cara son algo toscas, algo campestres, digamos, pero el azul cielo de los ojos les da un brillo especial que ilumina todo el rostro, tan pálido. Viste exactamente igual que madre (ahora lleva su ropa) y de espaldas parecen a veces la misma persona. Papi dice que cuando las niñas crezcan –esto es, cuando Mabel cumpla los dieciséis– casará a Poppie o la meterá en un convento de Connacht, al que la irán siguiendo una a una sus hermanas

pequeñas. Poppie aún no se ha decidido, aún no sabe bien qué opción es la peor. No es muy lista, pero es buena y cariñosa, y responsable como nadie que yo conozca. Creo que le tiene demasiado respeto a papi, y que es por esto por lo que no se atreve a vivir de verdad (parece vivir permanentemente en un estado de cautela, de tensión silenciosa). A veces resulta muy estricta con las chicas, sobre todo con Eileen, que cada vez se desmarca más de ella y sus maneras (a Jim y a mí nos asegura que será actriz, artiste errant, que se dedicará a vivir y viajar con su compañía y que probablemente no se casará; a Jim le divierte este destino posible de su hermana, y la anima a ir a por él; yo también la animo, pero con cabeza; una vez que te vas de aquí ya no puedes volver, hay que saber elegir el momento). Eileen es muy distinta, más como Jim y como Georgie. May, Eva y Florrie se parecen más a Poppie, más a madre. Mabel también es distinta, pero distinta a todos. Mabel es lista pero reservada, responsable pero algo caótica. Creo que si logra evitar el convento y escapar de papi puede llegar a ser una mujer feliz –más o menos. Sin embargo, me parece difícil: ella es la única que lo quiere de verdad, la única que ha recibido de su parte un afecto sincero, entiendo yo que por ser la pequeña y parecerse poco a madre.

12 de febrero. Los verdaderos filósofos de la Historia. Cada vez estoy más convencido de que la observación de uno mismo, el autoescrutinio (digamos), es la única forma posible de conocimiento. Mi cuerpo, como estas cuartillas o esta mesa o este cristal, forma parte del mundo; mi cuerpo es el único puente posible hacia las cosas, y hacia el alma de las cosas. El culto de la nada y el menosprecio del cuerpo y lo real son achacados a menudo al cristianismo y sus doctores. No hay duda de que el cristianismo empeoró la situación, de que la prolongó en el tiempo y en el espacio. Pero el problema había empezado antes: había empezado con Platón –un poeta. Cuando Tomás de Aquino quiso rescatar del olvido a Aristóteles, bien o mal, un filósofo, ya era tarde (el daño estaba hecho). Los Antiguos –los presocráticos y los sofistas, los verdaderos filósofos de la Historia– jamás se hubieran atrevido a colocar la felicidad en un mundo invisible. Para ellos, la felicidad se podía tocar con las yemas de los dedos, o no existía.

Cuando era un niño (seis o siete años) Nannie me leyó un cuento que no he podido olvidar o encontrar otra vez; mi primera lectura. Trataba de un chico al que se le moría la mascota, el gato. El chico estaba muy triste porque quería mucho al gato y no había podido despedirse de él; había muerto de una caída inesperada durante las largas horas de colegio. El chico, gracias al consejo de un adulto bromista y borrachín, llegaba a la resolución de visitarlo en un sueño aquella noche y decirle adiós. Y así lo hacía. Pero a la noche siguiente quería verlo otra vez. El niño se hacía un joven y luego un hombre y luego un viejo, y seguía visitando al gato. Al fin el viejo ingresaba definitivamente en aquel plano porque había muerto también, y los dos estaban felices de no esconder más su secreto. Recuerdo las ilustraciones de una especie de limbo sobrio y casero donde tenían lugar sus encuentros clandestinos y del chico quedándose dormido en cualquier lugar a propósito con una sonrisa en los labios. Ahora: ¿a quién demonios se le ocurre? Esto, que debió ser ideado por algún hombrecillo cursi y no demasiado talentoso, contiene horrores equiparables a los de Poe o los de Hawthorne. (Tiene para mí, además, la fuerza borrosa, totalizadora de la infancia que puede al genio.) Veo aquí una blasfemia inmensa, entre otras cosas. El autor debió basar su idea en una inocente experiencia de niñez, y sin quererlo, movido por su sentimentalismo, la convirtió en un cuento de terror. La imagen de ese limbo tan parecido a la casa de uno en un momento exacto del tiempo me pareció superior a los jardines de Dios o los calderos del Diablo. El chico no quiso esperar a la muerte y el Juicio para ver otra vez a su gato; esa fue su blasfemia.

Tengo la sensación desagradable de estar siempre esperando. Mientras leo un libro, pienso en el siguiente que leeré, cuando leo el siguiente, pienso en el que vendrá después, y así. Con los lugares lo mismo. Estando aquí, pienso en ir; estando allí, pienso en volver. Solo al lado de ciertas personas uno habita el presente. 17.03.

Creo que si pudiéramos pasar las páginas de nuestra vida como

en un libro y quedarnos al fin con unas pocas, las que de verdad querríamos vivir, o revivir, nuestra existencia sería un pasquincito. La clave de una vida moderadamente feliz es saber apreciar las esperas, más allá de su resultado (que no será nunca satisfactorio).

13 de febrero. No tengo folios, escribo en las páginas restantes de un cuaderno escolar lleno de garabatos. Un poco borracho. Silba el bastidor, no llueve, la casa está tranquila –papi no ha vuelto. Estos garabatos me provocan una nostalgia inesperada y absurda (no volvería a esos días ni por todo el oro del mundo) que detesto; los recuerdo a la perfección, el momento exacto –curso, casi clase, hora y compañía– en que los hice.

Hoy ha sido un día muy raro, también muy largo. La mañana la he pasado con las niñas y con Charlie, en el muelle. La tarde en casa, leyendo el Viaje a Italia de Johann W. Goethe, que he comprado de segunda mano en Aston Quay.

Goethe dice que el espíritu italiano está en las calles, y que su paisaje natural es la noche de verano. Nuestro espíritu está en la oscuridad pegajosa de los bares, y nuestro paisaje natural es una tarde helada y lluviosa de octubre. Goethe dice que los seres humanos somos animales climáticos, ¡y yo no puedo estar más de acuerdo con él! Los italianos son seres abiertos, cercanos, charlatanes. En esto se parecen a los irlandeses, pero los irlandeses tenemos un fondo de remordimiento y amargura que los italianos no tienen. Yo no soy un irlandés corriente. No soy fanático, ni hablador, ni bebedor, ni cercano. Creo que el espíritu alemán, el espíritu europeo (ese del que Goethe se quiso desprender en su mediana edad, acosado por la triste sexualidad), se asemeja más al mío. Un espíritu racional, no siempre tibio, desapasionado de sí (el espíritu irlandés es el de un racionalista borracho, el espíritu de un Chamán).

Pero luego resulta que son los paisajes de Italia aquellos con los que sueño, y no los de Alemania –¡que me da lo mismo! Los de la Italia salvaje, a medio civilizar de Leopardi, de Stendhal; los de la Italia matriarcal de Sicilia y la Toscana. ¿Por qué? Uno siempre quiere lo que no tiene, lo que lo saca de sí. Pero algún día cambiaré

todo este gris oscuro por el azul claro del Mediterráneo –alguno próximo.

He intentado compartir mi lectura con Jim, que estudiaba tumbado en la cama un tratado abstruso y aburridísimo. «¿Goethe?», ha dicho fingiendo indiferencia, pero muy feliz de que le preguntase. «Una urca mercante, un patatero saltarín.»

Sobre las ocho ha llegado Cosgrave. Eileen ha abierto la puerta e inmediatamente se ha puesto a coquetear. Papi lo ha escuchado desde el salón y ha pegado un berrido. Eileen ha entrado y papi ha salido. Él y Cosgrave han quedado en el «porche», en silencio, cruzados de brazos mirando el suelo mientras esperaban a que Jim bajase del cuarto. (Cosgrave... En realidad, no había lanzado una palabra a Eileen más allá del ¿está tu hermano?) Yo he bajado también, en mi mano el libro de Goethe a medio cerrar.

«¡Qué gran libro!» Pero Jim ha frustrado cualquier posibilidad de diálogo. «¿Adónde vamos?» Y ya decide él mismo: «Creo que en Mulligan está Colum con los Dinosaurios. Andiamo». E inicia la marcha. Pero Cosgrave no lo sigue. «¿No vienes?», me dice. Jim se extraña. Yo también. Lo miro instintivamente y esto me molesta. Jim no dice nada. «Sí», digo yo. «Voy por las botas, dadme un segundito.» (!) Imaginando la conversación que tienen en mi ausencia bajo al trote.

Empezamos a caminar, Jim hablando con Cosgrave y Cosgrave tratando de incorporarme también al diálogo, de manera bastante torpe. Jim habla de la puta.

–La chica se ha encariñado... ¿Te lo puedes creer? No sé qué hacer, no sé qué hacer; ay. ¿Tú qué harías? ¿La conoces? No me acuerdo ahora. ¿La conoces o qué? –repite una y otra vez, de maneras distintas tontísimas.

–No, no. No, no –repite Cosgrave siempre de la misma forma.

Con conocerla, Jim se refiere a otra cosa pero mucho peor.

–Es buena chica, aunque tiene todavía algo de niña. Hace ahora veintiséis, pero no lo parece en absoluto. Quiere dejar todo eso.

Creo que por mí.

Después de casi una hora de caminata cruzamos el río y entramos al bar. Serán las diez. Allí está Colum con los Dinosaurios. También O. G. La mayoría están borrachos.

–Pero ¡pero!

–¡¡Ah!!

–¡Tweedledum y Tweedledee!

El simio nos busca las cosquillas, logra cierta tensión. Mi hermano y yo preferimos ignorarlo. Jim se pone a hablar con Colum, con una seriedad un poco ridícula para el ambiente, y yo los escucho, en mi mano una pinta que sabe a tumba. Cosgrave fuma, divaga, divaga, pero nadie lo sigue; desaparece y yo aguanto una hora más. Esta gente me provoca un asco físico, real, increíble.

Papi ha llegado a casa. Ha forcejeado con la cerradura durante diez minutos y ahora está dando voces desde la escalera. Parece que, una vez más, no puede subir. Si alguna de las niñas baja a acostarlo, yo voy a bajar también.

14 de febrero. Jim ha llegado a casa hace media hora, blanco como la nieve y con el chaleco y la corbata manchados de vino seco. Se ha ido directamente a la cama y no me ha saludado. Me ha mirado como quien mira un mueble y ha subido la escalera. Papi sigue roncando boca arriba, en el sofá. No paró de berrear y yo no pude seguir escribiendo. Me dieron ganas de bajar y matarlo.

Puedo imaginar cómo acabó la noche: antes de que yo me fuese, el simio hablaba de «hacerle una visita a la pelirroja» –una en grupo.

15 de febrero. Jim está enfermo. Tiene treinta y nueve de fiebre.

Poppie está haciendo de enfermera y las niñas de ayudantes. Estoy durmiendo en el sofá y me duelen la espalda, la cabeza y las articulaciones –me arden. Mal humor y un frío espantoso. Los bastidores están hechos polvo y el viento no deja de silbar, noche, mañana o tarde. De los muchos hogares que hemos sufrido a lo largo de nuestra pobre vida, este es sin duda el peor. Papi está abajo, en el salón, dando vueltas en círculos con la mirada tiesa. Ya ha vivido esto. (La muerte de Georgie no la esperaba nadie.)

20 de febrero. Sábado, Charlie es gilipollas. Le ha dicho a papi que ha aprendido a dar la extremaunción en el seminario y que si quiere se la puede dar a Jim por si acaso, pues ya se sabe, papi, «es un pecador». Papi casi le mete una bofetada. Al final, ha optado por el lamento. Lo ha mirado de arriba abajo y ha dicho para sí: «Este chico es tonto… tonto…». Puedo entender el amor de papi por Jim y por Mabel y su desprecio por el resto de sus hijos. Papi en el fondo se piensa inteligente, y es lo primero que valora en las otras personas. La inteligencia mercantil, autodidacta, y una cierta cara dura. Es por esto que los quiere a ellos y nos desprecia a nosotros. Es por esto que lo quiso tanto a Georgie.

Georgie era como Jim, un Jim más agradable y delicado. Los dos se parecían mucho. Georgie quería mucho a Jim, y era el único capaz de escuchar sus discursos hasta el final sin bostezar o enfurecerse. Era un chico muy educado, y le gustaba ir siempre aseado y bien vestido, cosa realmente difícil en esta casa y en esta ciudad. Era un chico muy listo, muy sensible y muy cobarde. Recuerdo que el cura que le asistió en los últimos momentos quedó muy impresionado con él. Le dijo a madre: «Esta no es la mente de un muchacho, May». Madre no entendió lo que quería decir el cura, y no supo si agradecerlo o no. Yo creí entenderlo. Georgie se sabía capaz de algo, aunque todavía no sabía bien de qué. Yo llegué a pensar que los hermanos íbamos a saltos. Él y Jim habían salido par. Charlie y yo, impar. No tuvimos una relación estrecha, pero nos queríamos. Era el alumno más respetado de todo Belvedere, y cuando murió le hicieron allí un homenaje, cosa que, que yo sepa, no hacían nunca por nadie. Últimamente el silencio se había apoderado de él. Sufría de un ligero tartamudeo en la voz, que se

fue agravando con los años y que acabó por callarlo casi del todo. Pero cuando hablaba, en la intimidad, con Jim, con Charlie o conmigo, resultaba casi siempre brillante –y siempre interesante. Creo que habría llegado a hacerse un nombre (en la escena, en la música, en la literatura; eso no sabría decirlo). Su temperamento era artístico. Murió a los quince años de una fiebre tifoidea mal tratada por un médico incompetente y borracho.

25 de febrero. La lluvia vuelve densa y apestosa como en los días de la niñez. La madera de los alféizares y los dinteles está podrida. El salón y la escalera absorben el agua como una esponja y las goteras del segundo piso se replican en el primero. Papi dice que está viejo y lesionado, y que no puede hacer nada ya. Que lo arregle yo en vez de andar quejándome todo el tiempo. Ni muerto. De hecho, en cuanto junte dos pagas, me pienso ir de esta pocilga. Abandono a tiempo la Casa Usher.

Hoy hemos recibido una visita inesperada, alegre, a su manera.

–¿Cómo dice? Pues no, no puede atender a nadie en estos momentos. Disculpe usted.

–Vamos... mujer, que solo es un minuto. Solo quiero ver qué tal está.

–No, lo siento mucho. Es mejor que no vea a nadie, en su estado.

–Pero ¿él está bien?

–Bueno, eso nunca se sabe.

–¿Ah, no?

–Con estas cosas... Siempre es difícil.

–Sí que lo es. ¿Tiene ronchas?

–No, ronchas no.

–Bueno, pues mejor entonces.

–Sí. Pero oiga, ¿quién es usted?

–Me llamo Helen.

La mismísima Nellie, ¡en nuestra casa! Una lástima que papi no estuviese. ¿La habría reconocido? ¡Quiero creer que no! Charlie no la ha reconocido (no tiene un centavo), pero inmediatamente se ha puesto a sudar.

–Eso, quién eres –ha dicho.

–Una amiga de Jim.

Aquí a Poppie le ha cambiado la cara.

–Pero ¿amiga... amiga? –ha preguntado.

–Sí, amiga –le han respondido.

Entonces ha pegado un berrido:

–¡Stannie! ¿Puedes venir aquí un momento?

Yo estaba en el sofá, gozando de la conversación.

–¿Conoces a esta chica?

–Sí. Hola, Nellie. ¿Cómo estás...? –he dicho, acercándome a la puerta.

–¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? –ha dicho ella.

–Sí que me acuerdo. ¿Has venido por Jim? No está tan mal. Está estable.

–¿Sí? Este chico, Oliver, me dijo que estaba fatal, pero que muy fatal...

–Bueno, ese es un exagerado. ¿Qué te dijo?

–Que Jim... –y entonces se calla, como compungida.

–¿Sí...?

–Es que…

–¿Qué pasa?

Y de pronto muy seria:

–Mira, tienes que decirle una cosa, ¿vale? Que yo no he sido. Que es imposible. Im-po-si-ble. Que yo siempre obligo a… Bueno, la carta francesa.

Aquí a Poppie le ha dado un mareo y a Charlie le ha dado la risa. La chica ha seguido:

–Perdón si soy muy bruta… Pero es que yo no he sido. Y no me gusta que la gente se piense lo que no es. Esto puede salirme caro, ¿sabes? Si el Sr. *Chulo* se entera…

–Caro, ¿a ti?

–Muy caro. Muy.

–Pero ¿a qué te refieres? No entiendo.

–Pero ¿cómo? A la parálisis.

–¿Qué parálisis?

–¿Jim no tiene parálisis?

Charlie ha tenido que acompañar a Poppie al sofá y darle un poco de aire con la mano. Yo no me he preocupado en absoluto; sonaba a calumnia, puro O. G.

–No, no lo creo –he dicho.

–¿Seguro? Que no lo juzgo, ¿sabes? Son cosas que pasan.

–Seguro, no, pero conociendo a ese… Creo que te han engañado, lo siento. Jim tiene una gripe, nada más.

–¡Cómo! ¿Una gripe? ¿Y por qué me dice eso ese, entonces?

–Porque ese es gilipollas. Cuando le vuelvas a ver dile que…

–No, yo no le veo más. ¡Vamos hombre!

–Mejor para ti. ¿Quieres que le diga algo a mi hermano?

Y después de una pausa para la reflexión:

–Pues sí. Mira, dile que lo siento mucho pero que no puedo aceptar. Tengo que decir no a su oferta.

–¿Qué oferta es esa?

–La de irnos a la costa...

–Mmm... Vale, se lo digo.

–Gracias.

–De nada.

–Siento el bochorno... –y mirando a Poppie, que estaba medio desmayada–: ¿Está bien? Soy muy bruta.

–Sí. Es solo que ella es muy aprensiva.

–Ya. Bueno. Pues gracias...

–Stanislaus.

–Gracias, Stanislà. Cuídate mucho.

–Igual.

La chica me ha parecido esta vez muy simpática, y sospecho que a Charlie también. Verla aquí en casa, al lado de Poppie, ha sido extraño. Se ha marchado deprisa y a pasos cortos, como un duendecillo atareado. Llevaba un vestido gris oscuro bastante discreto, de luto pero solo a medias.

28 de febrero. Domingo. Todos en misa y lluvia. Otra vez me toca a mí cuidar de Rimbaud, que, dice, no está nada bien –¡Je ne pourrai jamais envoyer l’Amour par la fenêtre!

Dice que, si pudiera hacerlo sin arruinarse la vida en el camino, apuñalaría a O. G. Ha jurado vengarse por todo lo alto, en cuanto se recupere. Dice que le vaya avisando, que se prepare bien porque la que se le viene encima no es pequeña. Está muy indignado y muy cansado. Ninguna chica de Dublín va a querer acostarse con él ahora. Ahora me toca a mí salir a la calle y desmentir su sífilis.

1 de marzo. Sentado en el sofá, tratando de leer un libro, o fingiendo que leo un libro, escucho a papi hablar, una y otra vez, de los tiempos felices. No sé qué tiempos fueron esos. Los momentos que yo guardo con mayor cariño (o con algo parecido) son todos momentos de espera. Espera de algo bueno, que después no llega o llega de una forma distinta a como yo lo había imaginado. Papi, estoy seguro, también se sentía así entonces, pero no se acuerda o no quiere acordarse. Esos «tiempos felices» de los que tanto habla (y cada vez más) son felices ahora –en su memoria. Dudo mucho que papi haya sido feliz alguna vez, incluso en esos días un poco vagos. Esos días, para mí, son los de Bray, los de la playa. La casa de Bray no es la primera casa que tuvimos, pero sí la primera de la que yo tengo recuerdos. Uno de los primeros tiene que ver con papi. Es el recuerdo de un espanto. Papi y yo jugábamos juntos en el mar, cerca de la orilla, cuando él me soltó los brazos para seguir más adentro. Yo volví a la arena solo y me quedé mirándolo. El sol me deslumbraba y al rato ya no se le distinguía apenas –era un punto colorado en el paisaje azul y blanco. El resto dormía o jugaba y a nadie parecía importarle. No sé cuánto duró aquello, mucho, pero no dije una palabra. No recuerdo ninguna rabieta, solo una angustia infinita que no se fue cuando él volvió a mi lado. Los primeros miedos, los miedos infantiles, son arbitrarios. Los miedos adultos son mucho peores, me parece, porque tienen que ver con la inteligencia, que los ilumina en toda su fealdad. Los días de Bray son para mí, hoy, un refugio de la imaginación, el cuarto adonde voy cuando no quiero estar en ningún sitio. Allí viví los primeros ocho años de mi vida, que en realidad (lo sé) no fueron exactamente felices. Pero juego a que sí. Allí estaban los Donnelly, Nannie, las excursiones... Cuando todo iba más o menos bien, papi perdió su trabajo y todos nos mudamos a la ciudad, a una casa más pequeña y lejos del mar. Luego fuimos pasando de una a otra, una o

dos casas por año. De esta forma, Bray se heló en el tiempo. Y es por esto que no he querido volver más, a pesar de su cercanía. Jim y Charlie (también Georgie) han vuelto varias veces a la casa donde crecimos, con distintas excusas, pero yo nunca los he seguido por miedo a estropearlo todo; la vaguedad es una condición necesaria para este cariño. Por muy igual que siguiese todo no podría acercarse en ningún caso a mi recuerdo borroso. Verificar el paso del tiempo es deprimente y no sirve más que para llenarse de melancolía, que es la más estúpida de las emociones. Jim se rió de mí cuando, después de aplastar a un mosquito sobre la página de un libro viejo, fui a por un pañuelo y un vaso de agua para tratar de limpiar el punto de sangre. «Eres un maniático insufrible», me dijo. Yo le dije que el libro era prestado (era mentira) y que quería devolverlo igual a como lo había recibido, pues era lo justo. El motivo real era que no quería abrir el libro muchos años después y encontrar allí el punto rojo que me habría recordado ese momento exacto de mi vida que ya no volvería más. Las imaginaciones, complacientes, nos salvan del mundo despiadado: aferrarse demasiado a ellas significa cerrar los ojos, autoinfligirse una ceguera. El ser humano desdibuja la realidad porque su dibujo le produce dolor. Es el más triste de los animales, y solo puede ser feliz imaginando –imaginando un futuro, imaginando un pasado. El presente nunca lo colmará, y así morirá esperando. Una vida sin ilusiones –dice Leopardisería una vida hueca. Si hay algo que distingue al ser humano del resto de los animales es precisamente la capacidad de ilusionarse, de hacer ascos a lo real. Por este motivo el ser humano no es feliz, y esta es su naturaleza. «La razón», dice Jim, «es enemiga de toda grandeza. Los más grandes tienen lealtad solo para su visión.» Pero ¿qué visión es esta? Ninguna visión. Jim sabe que nuestro tiempo está curado contra todo eso. Nuestro siglo no cree más en las viejas ilusiones, como es natural. No hay cabida en él para la ingenuidad o la espontaneidad. ¿Qué hace él, entonces, ante esto? Fingir, fingirse loco o poseído, imbécil, se inventa un sueño y trata con todas sus fuerzas de creérselo y hacérselo creer a los demás. Ante esto solo le queda fracasar. (Espero que tarde, pues el dolor que le produciría saberse cuerdo y en la Tierra difícilmente podría soportarlo.) El genio de ayer era un niño, el genio de hoy es un viejo que finge no conocer las cosas del mundo para parecer un niño que las mira por primera vez –el resultado es grotesco. Yo, que tanto he creído en su talento, siento pena por él. Una vida dedicada

a la mentira y al naufragio; ¿quién la querría? Eso por no hablar de toda la extravagancia y malos hábitos que la acompañan. Ya no hay marcha atrás, Jim jamás reconocería esto: que no está poseído por ningún daimón, que es un simple, cuerdo mortal. Si hay algo peligroso para el artista, es descubrir que las leyes de la naturaleza funcionan igualmente sobre él, como funcionan sobre su vecino. Jim antes no era así. Hasta hace pocos años sus ilusiones eran sinceras: eran todavía las ilusiones de un chico. Hoy todo me resulta artificial: sus discursos, sus escritos, la manera en que se viste y se comporta, sus grandes teorías, sus grandes borracheras, sus grandes sentimientos –su pobre vida. Yo tengo miedo por mí. Si mi cabeza termina por asentarse en este lugar, si mi vida adulta llega a parecerse alguna vez a la vida de papi… Todo esto se ve dificultado, claro, por mi espantosa incapacidad; incapacidad para hacer nada que requiera de acción. Charlie, por lo menos, hace estupideces, que ya es algo. Ahora le ha dado por hacer versos también. Remiendos de la poesía francesa más putrefacta y remiendos de las pequeñas –en ocasiones bellísimas– canciones de amor de Jim (de amor por las putas). El resultado es: una perfecta basura. Charlie no dejará nunca de hacer el ridículo, me parece a mí. Ahora se las da de intelectual, cuando literalmente no puede ser más estúpido. Ha conseguido un trabajo, como acólito, ayudando al curastro de la procatedral de Santa María, el padre O'Rourke (cómo este repugnante cura que tanto me atormentó en mi niñez ha confiado en él para hacer cualquier cosa es otro misterio). Charlie con dinero es un peligro. Se lo va a beber todo, o se lo va a joder todo –o ambas. Jim está jugando con él, riéndose de él. Le anima a seguir con sus versos, que son bastante decentes, chico, que le han sorprendido gratamente, la verdad. Son todos medio pornográficos. Aquí un fragmento de «Dos abejas», verbatim:

DOS ABEJAS

Amor y Primavera

[…]

–Eres, AMOR, bella como la rosa roja
y frágil como el rosado clavel.

»Sueño con habitar tu colmena blanca
que guarda un sabor a miel.

O:

–Cada vez que te miro con mis ojos negros,
corazón amarillo,
el amor del Adán descubro.

»¡Mi aguijón se emponzoña y yergue
ante el meloso olor profundo!

Charlie anda muy primaveral, últimamente. Creo que necesita darse una vuelta por la calle Purdon. Entonces, supongo, se le irá la tontería. Es, y cada vez más, un chimpancé; no he visto una cosa igual, ni siquiera Jim en su mejor momento. Lo mismo se encuentra allí con O'Rourke, de paisano, y juntos echan unas pintas a la salud de su jefe.

2 de marzo. Los hombres, incluso los más mediocres, tendemos a pensar que hay algo especial en nosotros, y que es trabajo de los demás el descubrirlo. Los otros deberán penetrar nuestro carácter, bucear con paciencia en sus profundidades hasta dar con el ansiado tesoro, que existe pero está tapado. Así, la búsqueda de nuestros muchos méritos y cualidades, que no viven sino en nuestras

cabezas, que se mantienen velados –pensamos– por nuestros entrañables defectos y la egoísta incapacidad de los demás para superarlos, deberá convertirse en el motivo de su existir, en su primera preocupación. Nosotros, mientras tanto, no moveremos un pelo por penetrar el carácter del otro, que solo existe –pensamos– en función del nuestro, adónde va a parar, mucho más valioso; el otro ha nacido para comprendernos y estimarnos, y lo que haga en su vida está de más. Este pensamiento (que ya había pensado alguna vez, de manera poco clara) terminó de tomar forma en mi cabeza cuando, caminando con papi por Chapelizod, hace dos años, encontramos al Sr. Moriarty, un amigo de su juventud que yo no conocía.

–¡Moriarty! ¡Perro! –dijo papi.

–Pero ¡bueno bueno! ¡John! –dijo el otro.

–¡Qué es de tu vida viejo!

–¡Ya lo ves!

–¡Qué!

–¡Poca cosa!

Y entonces hubo que ir a un bar, dejar el recado a medio hacer y emborracharse hasta las lágrimas. Yo aguanté un poco, escuchando batallitas, luego esperé fuera y luego me fui a casa. Durante la fase «alegre» de su borrachera, papi dijo cosas tipo:

–¡Y cómo es que no me has escrito, viejo, todo este tiempo!

–Pues ya lo ves, John, ¡habré andado ocupado!

–¡Ocupado! ¿Tú? ¿Qué tienes tú que hacer?

–Dar de comer a siete bocas... ¡y te parece poco!

–Hombre, hombre..., pero una cartita a tu viejo compadre, un día que estés tranquilo, así en un hueco, en un interludio... Y te casaste, claro.

–Si me casé, si me casé... ¡No me ves la cara que tengo!

El hombre mantenía un tono estruendoso, de borracho ridículo y «social», y a cada rato estallaba en carcajadas. Pero papi, cada vez más, insistía en lo suyo. Lo suyo es descolocar a la gente.

–Hombre, Moriarty, pero una carta, una cartita... ¿Acaso no te acuerdas de quién te enseñó lo que sabes? ¿Te has olvidado de tu compinche?

Aquí el Sr. Moriarty me miró, divertido, como diciendo: «Esta es una broma de tu padre, ¿no? No le pillo el punto». Mi cara no le dijo nada.

–¡Qué razón tienes, John! –aulló–. Mira, chico, aquí donde lo ves, tu padre era todo un cerebro.

–Sí, Moriarty –contestó papi, que no vio la ironía por ningún lado, lleno de nostalgia–, pero los cerebros también se secan.

–Vamos, Jack, ¡no digas chorradas! ¡Estás hecho un buey!

Yo este cumplido no lo entendí. Ya veía que papi entraba en la fase melancólica de su borrachera, y me preparé para salir.

–Te lo digo, Maurice, mi cabeza no es la que era. A veces la tarea más simple... Bueno, y que no me sale. Mi memoria...

Papi sacó adelante un curso de Medicina, y luego se dedicó a cobrar impuestos y hacer chanchullos.

–Tu memoria... ¡Y qué me dices de tu salto! ¿Eh? ¿De eso qué me dices?

Esto halagó muchísimo a papi, que alzó la mirada y sonrió, con los ojos vidriosos.

–Un metro sesenta y cinco –y me mira–. Ah...

–Sí, señor. Joder, Jack, ¡eso era un cuádriceps! ¡Eso eran tiempos!

Luego siguieron hablando de papi, de sus muchos hogares y de sus muchos y mediocres recuerdos. Solo entonces pude saber que el tal Moriarty sí había terminado la carrera, y llevaba toda una vida ejerciendo en el Colegio de Cirujanos. Pero papi seguía pensando, y estoy seguro de que sinceramente, que él le había enseñado a su amigo todo lo que sabía –un par de trucos o artimañas chuscas para pasar los exámenes de primero, hace casi cuatro décadas. Papi no se planteó, ni por un instante, que Moriarty fuese mejor que él. Que siguiese existiendo solo. No era capaz de entender cómo su amigo se las había arreglado para vivir una vida propia durante tanto tiempo. Cómo ni siquiera se le había ocurrido escribirle, a él, que saltó un muro de un metro sesenta y cinco centímetros.

Si no vas a interesarte por los demás, al menos no esperes que los demás se interesen por ti. Es lo que hago yo, es lo mínimo.

3 de marzo. Tía Josephine insiste en que le preste mis cosas. Dice que le da mucha curiosidad «saber qué hay dentro de mi cabecita». Jim le ha dado a leer sus últimos poemas y sus últimas epifanías, que le han «gustado un montón». Ni siquiera se ha dado cuenta de que algunas tratan de su familia, y que no la dejan en buen lugar precisamente. El diario no se lo presto. ¿Cómo se lo voy a prestar? Tía Josephine no ve que esta atención compartida, equilibrada a la fuerza, resulta humillante para mí. Yo no se la he pedido. Si Jim le da sus textos, allá él. Este tipo de cosas no deben compartirse; lo poco que pudieran tener de valioso desaparecería al instante.

Jim se empeñaba en compartir sus muchos descubrimientos con madre, que nunca entendió nada y que siempre se esforzó por hacerlo. Jim respondía a este esfuerzo con desprecio. Una tarde, en pleno entusiasmo ibsenita, Jim agarró la Hedda Gabler y, sentado a un taburete, empezó a declamar para madre, que planchaba. Al fin, madre se vio obligada a decir algo, a dar un apunte crítico. Jim consideró que no había entendido una sola cosa, que su pobre mente había perdido el sentido de la obra, y se marchó ofuscado de la cocina. Yo lo secundé, en ese momento. Ahora me da vergüenza solo pensarlo. A madre no le interesaba nada Ibsen, como es natural, y muy probablemente ni sabía quién era. Si fingió interés –

por muy tonto que este resultase– fue para no disgustar a sus pomposos hijos.

Esta época del año, en Dublín, es por lo general casi pasable. Este año no. Este año viene helado, lluvioso y terrible. Es, quizá –¡seguro!–, el último en esta isla.

El Sr. Ward ha prometido pagarme esta semana. Entonces tendré un abrigo, que pronto no necesitaré.

4 de marzo. Viernes noche. Día aburridísimo de trabajo. Leo en el sofá a la luz del gas mientras los otros duermen. Escribo. Es un gusto tener un escritorio limpio, despejado; para ti. La casa está tranquila y fuera canta un grillo.

Me pregunto con honestidad si los echaré de menos cuando me vaya, y me avergüenzo un poco de pensar que no. Pero: ¿por qué debería sentir vergüenza? La familia, o la idea que tenemos hoy de la familia, tiene mucho de fantasía, de pura construcción. Si mañana descubriese que este hombre no es mi padre (en el sentido biológico de la palabra, quiero decir) la imagen que de él tengo cambiaría por completo. Toda la pena, toda la compasión y ternura desaparecerían al instante para dejar paso a la verdad. Ante mí solo vería a un viejo rencoroso, violento y borracho. Ya no sería más un pobre hombre, mi padre. Todas las cosas que tácitamente se le perdonan pasarían a cobrar la realidad que nunca debieron dejar de tener. Todos sus defectos, reales, se nos aparecerían crudos, dejarían de estar empañados por esa falsa neblina que es la sangre. ¿Qué habría cambiado, al fin? ¿Por qué hay que dejar que nadie te amargue la existencia, aunque sea tu padre?

Yo, que ahora soy más bien un desgraciado, no puedo soportar a los románticos. Ser un desgraciado no es en ningún caso algo bueno, o de lo que se pueda extraer satisfacción o siquiera un sentido. Antes, ser un desgraciado era ser un desgraciado; hoy es ser

Lord Byron. La gente con tiempo libre busca y persigue el sufrimiento, para tener algo de lo que hablar. Quieren cantar su dolor porque de lo contrario no podrían cantar nada. ¿Que no hay dolor? Pues me lo invento. Lord Byron, enfermo y danzarín, Rousseau, el estupidísimo Werther, todas estas son figuras que me irritan. Entiendo perfectamente que Goethe se avergonzase de su criatura. Yo lo habría dado todo por meterle un zapato en la boca a ese desenfrenado. Si acabé su historia fue solo para ver cómo reventaba en mil pedazos. ¡Y menudo alivio, por Dios! ¡Qué silencio! Goethe, con los años, se dio cuenta de su error, y trató de enmendarlo. No lo consiguió. Era tarde: toda Europa se veía infestada ya de duendecillos tuberculosos que cambiarían definitivamente la manera de sentir y pensar de las personas (a peor). En otro tiempo, el arte y la filosofía sirvieron para hacer más felices a los hombres. Hoy, en este mundo egotista y sentimental, es mejor ser un desgraciado que ser feliz. ¿Quién quiere ser feliz? Si buscas el amor, será para sufrirlo; si buscas la inteligencia, será para desesperar. El hombre de hoy prefiere quemarse en un fuego de estrellas antes que aburrirse un rato. Esto es bastante ridículo; es lo que querría un niño. El tedio, la rutina, en ningún caso será peor que el dolor. No debería. Que esto que digo sea visto hoy como una insensatez habla mal del mundo en que vivimos. Jim sabe que sin este empujón necesario, sin esta alucinación, no sería nada: sería probablemente un hombre feliz (un mal escritor).

A la gente le gusta ver u oír su angustia y su dolor expresados por otra persona, pero siente envidia de no haberlos expresado él. A la gente le gusta sentirse comprendida y acompañada, pero a la vez incomprensible y fatalmente solitaria. 2.45.

«No es culpa nuestra el haber ido a caer en este enredo. Escuche bien mis palabras: aquel en quien quedan muchos principios activos sin desarrollar tardará más en conocerse a sí mismo y el mundo en el que vive. Son muy contados los capaces de hacer y pensar al mismo tiempo. La reflexión amplía, pero paraliza; la acción dinamiza, pero restringe» (Wilhelm Meister, I-VIII).

«Y cuanto mayor es el hábito de la reflexión y la profundidad de carácter, mayor es la dificultad y el dolor de tomar una decisión.»

Literalmente helado. 5 de marzo. Me despierta el estruendo familiar. Charlie se levanta pronto para ver a su amigo el cura. Papi y las niñas salen «a pasear por el parque y tomar un desayuno» (esto es: papi camina cincuenta metros, aparca a las niñas con Poppie y se va a ver a los amigotes, ¡alguno con suerte no se ha acostado!). Subo a ver a Jim y le llevo un café espeso como petróleo. Está mejor. Escribe como una bestia, envuelto en mantas, lanza volutas de vaho como si tuviese un pie en la tumba –y ya le gustaría. Según él, casi médico, tiene dentro algo feo, Stannie, algo gordo. Nada gordo, tu gripe ya recula –lo siento.

Hablamos de su libro. Yo aparezco en él. Me llamo Maurice. Soy el hermano del héroe, el Escudero, la piedra de afilar.

Este término, que es evidentemente humillante, me divierte. Lo malo es que Jim va muy en serio. Le digo que su humor, bien o mal, es una parte grande de su personalidad, horrorosa, y debe estar en el libro. Él me dice que tiene cosas más importantes de las que hablar. Vale. De momento, la cosa marcha más o menos.

Jim es el héroe; el mundo el villano. La soledad su aliada. Jim, hace un par de años, decidió vestir la máscara del Ángel Caído. Esta no es una máscara agradable, ni tampoco difícil de llevar. Es mucho más fácil tener un enemigo que estar solo. Crecer en negativo que crecer en positivo. Jim dice que su misión con el libro es «revelar al mundo su fe ilimitada». Un poco cursi. Y esto sí que es un peligro. Escribe episodios sueltos, «Infancia», «Adolescencia» y «Primera juventud». Yo le pregunto que cómo los va a juntar luego. No lo sabe. Le digo que el tema es demasiado vasto para una primera novela, y que los límites no siempre son malos. Mejor empezar una carrera literaria y, a partir de ahí, ir avanzando poco a poco, libro a libro. Pero da igual; él nunca escucha. Tose, escupe y sigue con su criatura.

Nuestra prima Mary Ellen se muere, otra vez.

Mary Ellen vive con las tías en la casa de Usher Island, y ha pasado ya por tres agonías diferentes. Creen que está tuberculosa, pero no hay un diagnóstico. Mary Ellen es una mujer pálida, delgada y llena de vergüenza. No tiene treinta años y actúa como si tuviese setenta. Viste, habla y huele como una vieja. Sus tías, solteras y envidiosas, le han arruinado la vida. Su vida es la de un animal castrado, la de un prisionero de guerra. Papi la llama «tu prima La Muerta» o «La Santurrona», y la trata con el mismo desprecio con que trataba al servicio, que tanto extraña. Papi odia a la familia de su mujer y todo lo que tiene que ver con su mujer. Mary Ellen es el producto típico de esta tierra, su típica víctima. A su lado hay que reconocerle a Poppie cierta personalidad; lo normal, con un padre así, hubiera sido una cosa muy distinta. Poppie es un manojo de nervios, pero también una chica fuerte. Mary Ellen parece de trapo. Poppie es otra cosa.

Me parece difícil pensar que nadie hace mil años pudiera llegar a suicidarse por razones de amor, melancolía... Los problemas eran otros. Creo que la única manera de olvidar todas estas cosas sería volver a un estado de necesidad. ¿Qué le importa el amor a un hombre que no tiene qué comer, que se muere de frío?

Cada vez que leo un libro y me gusta siento que descubro algo que ya conocía muy bien; es esta una de las sensaciones más satisfactorias de la vida. Los libros no nos enseñan: los libros estimulan nuestro aprendizaje natural, lo aceleran. La única manera de que el lector te quiera es decirle lo que ya sabe y no ha podido articular en palabras.

(Sentir que tú escribiste el libro, en otro tiempo.)

Visto y oído esta tarde, en el puente de Grattan, en pleno crepúsculo.

–Pero, cielo, ¿y qué es lo que te he hecho yo, si se puede saber?

–No me importunes, Thomas; todo cambia, yo he cambiado también.

–Pero... yo no...

6 de marzo. Domingo: la familia a misa, Jim a dormir y yo a pasear. Desayuno un bocadillo de queso y una botella de zumo de limón, se me olvida el libro en casa y literalmente no tengo nada que hacer. En el parque, aburrido, me dedico a mirar. Reflexiono sobre lo que los hombres de letras y los idiotas han llamado, con buena pompa, «las pequeñas cosas». El aroma de una planta, el canto de un pájaro, el sonido del agua contra las piedras. Todas estas son cosas que me aburren, que no me dicen nada. ¿Quién puede hallar placer, me pregunto –placer real, claro, y no el placer de aparentar–, en el vuelo de un gorrión, en el paseo de una hormiga? ¿Acaso puede haber algo más aburrido? Nunca me han gustado estos escritores en miniatura que, bajo el pretexto de la levedad (la fase más extremada y vana de la gravedad), se dedican al ocio de mirar y transcribir los «pequeños detalles de la vida». Estos escritores son postaleros de playa, vendedores de souvenirs por lo general bastante cursis. Me niego a pensar que si hay algo valioso en la vida esto es el cabeceo de una zarza contra el viento. Los «pintores de estampas» –los Émile Erckmann, los G. C. A. Chatrian– son todos unos farsantes, y casi todos unos charlatanes. No digo con esto, claro, que a mí me gusten los otros, los escritores «profundos». Esos son todavía peores. Los grandes escritores (los Leopardi, los Stendhal) utilizan las cosas del mundo y se utilizan a sí mismos para hablar del ser humano, que, nos guste o no, es lo único que existe para nosotros.

Cosgrave me ha escrito una carta. Dice que el sábado que viene (día 13) hay una representación de la Ifigenia en Táuride de Goethe en Dublín, en el Teatro Gaiety (teatro del que yo guardo un recuerdo más bien funesto). Me escribe para saber si quiero ir con él. Dice que si no tengo dinero que no me preocupe; que no tiene problema en prestármelo y ya se lo devolveré cuando pueda. Ifigenia es una obra que Goethe escribe durante su viaje a Italia, a través de Verona, Venecia, Ferrara, Roma, Nápoles y Sicilia, y es la favorita de Cosgrave y de mucha gente. Yo nunca he visto una obra

de Goethe representada –y leído solo un par. En la carta no menciona a Jim, así que entiendo que él no está invitado.

¿Debería decírselo? No decírselo sería lo mismo que ocultárselo. En la carta, Cosgrave me llama Stanislaus. ¿Debería yo llamarlo Vincent? Todos estos son detalles importantes. Voy a aceptar, pero no me gusta deberle dinero a nadie. En cuanto el Sr. Ward me pague lo que me debe, se lo devolveré todo. Solo espero que no sea demasiado. Tengo que ahorrar. ¡Tengo ganas!

7 de marzo. Lunes. Un hombre gordo y desesperado entra en la botica con la cara medio tapada y, empuñando un bastón blanco, me dice que le pica el cuerpo una barbaridad y sin previo aviso se descamisa. Tiene los pechos gruesos y flácidos de una mujer vieja y la piel roja, escamosa y repugnante de un lagarto cocido. Me da una náusea y casi lo echo sobre el mostrador. Le pregunto que cómo es que le ha salido eso tan feo, al caballero, y su cara de vergüenza lo dice todo. Le recomiendo un ungüento de hierbas un poco al tuntún y que se lo aplique tres veces al día y lo deje respirar. Sonríe, me da las gracias efusivamente, casi entre lágrimas, y sin abotonarse intenta cogerme la mano y me dice que por favor sea discreto. Lo esquivo con asco y digo que no lo conozco, que no puedo ser indiscreto. Se ofende, paga su ungüento, espera la vuelta y con el morro erguido se larga sin despedirse. Quedo pensando en la vanidad de los puteros, que es ilimitada.

Por primera vez, he negado a Jim la posibilidad de leer mi diario. Normalmente yo lo dejaba a la vista, y cuando me iba de casa Jim aprovechaba para leerlo. No se atreve a preguntar directamente, no vaya a demostrar interés. «¿Ya no escribes tus Bile Beans?», me ha dicho hoy. Los Bile Beans son unos supositorios contra el estreñimiento muy de moda entre los hombres maduros; en la botica se venden como caramelos. «Sí, sí que los escribo», le digo. «¿Ya estás quemando otra vez? No vayas a coger mis cuartillas, ¿eh?, ¡ni se te ocurra!», me dice él. «No te preocupes que no te he cogido nada. Pero no, no estoy quemando.» Se queda callado. Veo la gota de sudor resbalar en curva por la frente, gritar

en silencio: «¡Por Dios!, déjame leerlo, ¿quieres?». Me he mantenido serio. Al fin, ha dicho: «Bueno, ya me lo dejarás… Quizá pueda aprovechar algo para mi libro. Algo de la familia. ¿Sabes que el hermano de mi héroe escribe un diario?». «¿Ah, sí?» «Sí, escribe como tú.» «¿Cómo yo?» «Sí. Cosas como», y se pone muy solemne, se aclara la garganta y alza el pico–: «“El amor entre hombre y hombre no es posible, pues no habrá de haber comercio sexual; el amor entre hombre y mujer no es posible, pues habrá de haberlo”». Este es un apunte que hice hace dos años y del que Jim se estuvo riendo semanas. «Ya no pienso así», le digo, «ya no soy tan severo con esos temas.» «¿Ah, no?», me dice él, y se empieza a reír. «¡Quién es la afortunada!» Lanza varios nombres, y con uno de ellos acierta. Pero no confieso mi amor.

Entonces aprovecha para hablarme del suyo (que es lo que de verdad quiere hacer) en unos términos perfectamente ridículos. «Nunca me había divertido así con una chica.» «Es muy femenina pero de alguna manera tiene la inteligencia de un hombre.» «Es el desnudo más perfecto que yo he visto.» «Es rarísima.» A todo me dan ganas de responder: «Sabes que estás hablando de una puta, ¿verdad?». Pero no lo hago. Se va poniendo más y más sentimental, mirando por la ventana a cada rato y lanzando suspiros desdichados.

Jim da pena. Jim, que tanto presume de amistades, no tiene a nadie. Es evidente que echa de menos a O. G., pero es orgulloso.

A mi silencio se suma el suyo, y entonces abre un cajón.

–Toma, ve y dale esto, hazme el favor. –Y me da un sobre.

–Vale, pero no quiero volver a ese lugar. ¿Dónde vive la chica?

Se pone colorado. No lo sabe. No tiene ni idea.

–Bueno… se lo llevo.

–Gracias. Oye, y ni se te ocurra abrirlo.

Lo primero que he hecho ha sido leer la carta. La carta consiste en un par de canciones de amor (bastante bonitas) y una

desesperación final: ¿querría irse ella a vivir con él a la costa? Podrían ser felices, quizá... No, ella no quiere. Y se me olvidó decírselo. Ahora, si le doy la carta a la chica, voy a quedar como un irresponsable, un mal mensajero. Creo que lo mejor será no hacerlo. Al no existir acuse de recibo, Jim entenderá. De hecho, creo que le vendrá bien olvidarse un poco de la puta.

El primer cuerpo desnudo que yo vi fue el de la Sra. Donnelly. (El primero de mujer, quiero decir; lamentablemente papi ha sido bastante nudista de puertas para adentro.) Yo era amigo de sus hijos, e íbamos a la playa juntos: madre trataba de descargarse un poco siempre que podía, con cierto éxito. Durante la última época en Bray, me gustaba ver a esta señora en bañador –algo tal vez un poco precoz para un chico de ocho o nueve años. No sabía exactamente por qué, pero el caso es que me gustaba y mucho. Los niños no se daban cuenta, no veían nada sospechoso en estas miradas, y entiendo que ella tampoco. Un día, después de bañarnos en el mar, fuimos a quitarnos la arena y la sal en unas duchas; ella, tras la cortina rayada –la tengo clavada en la cabeza–, limpiaba a su hija, una niña de unos cuatro o cinco años que nos acompañaba a menudo y a menudo resultaba un incordio (los hermanos, los gemelos, le hacían constantemente de rabiar y ella respondía sin fallo). Pues bien, estábamos limpiándonos yo y estos niños, ellos haciendo el imbécil, entrando y saliendo, abriéndole la cortina al otro y haciendo piruetas y prestidigitaciones con su pene como una lombriz, yo tratando de taparme. En un momento dado, de golpe, le abren la cortina a su madre, que se enfada y, entre lloros de la hija, vuelve a cerrarla furiosa (luego les caería una tunda a los gemelos, conmigo callado y delante). Esos pocos segundos fueron para mí cosa del otro mundo, algo que no he podido ni querido olvidar. Pero es mejor que uno no hable de estos temas –el peligro del ridículo es grande (y el premio inexistente). Es esta, en fin, una de las cinco o seis imágenes que a toda velocidad me pasarán por la cabeza al momento de morir.

He aceptado la invitación al teatro. La nota me ha quedado algo sucinta, pero no sabía qué más poner. Peor habría sido lo contrario.

Me da miedo no tener un tema de conversación, el probable silencio; mejor reservarlos todos para el encuentro. Voy a tratar de conseguir un traje.

Cuando un sentimiento poético no se expresa, se enquista y produce dolor. La gente casi nunca logra expresarlos. Es esta una de las primeras razones de su infelicidad. Piensan: «Y si pudiera… Entonces verían lo que siento y valgo». Pero no pueden.

La intimidad con Jim exige de un tributo: la traición de uno mismo, el sacrificio en su altar.

8 de marzo. Eileen se empeña en conseguir sus propias ropas, no acepta las de madre o de la prima. De dónde las saca es un misterio. A papi estas ropas no le gustan nada.

Eileen es la más guapa de la familia, con diferencia, e incluso se pinta a veces. ¿Para qué? Para nada, para ir a la carnicería o para ir al mercado. Supongo que la miran mucho, y que esto le gusta. Esto no cambia las cosas para ella. Me ha pedido que le «adelante» un poco de dinero: para asistir a clases de teatro en secreto. Yo, sintiéndolo mucho, he tenido que decirle que no. Si me llegase a sobrar, ese ya sería otro tema, le he dicho. Ella me ha amenazado: «Ya lo conseguiré, de una forma u de otra». No me creo nada. No se atreve a pedírselo a Charlie, que se reiría de ella. Jim, «el único que me entiende», no tiene un centavo. Le he dicho que puedo encubrirla en alguna tarea si quiere, para que intente asistir a algún ensayo amateur como espectadora, y así; más adelante ya veremos. Pero no: ella quiere hacer «las cosas bien» «o no hacerlas». Las cosas solo se pueden hacer bien si se tiene algo, y nosotros no tenemos nada.

Eileen se ha convertido en una joven muy bonita, divertida, y a pesar de su mal genio puede resultar todavía simpática. Pienso que de aquí a unos años podrá encontrar un marido que la mantenga sin mayores dificultades, que la salve de papi y del convento. Así lo espero. Ahora, que ese marido esté dispuesto a pagar tales

caprichos… lo dudo.

¿Quién querría una esposa artista? Los celos no te dejarían dormir. Yo le he contado que este sábado voy a ver una obra de Johann Goethe. «¿De quién?», ha dicho ella. Está claro que lo que le interesa del teatro no es el teatro precisamente. Se ha puesto celosa, la muy tonta, y he prometido invitarla la siguiente vez –que Dios sabe cuándo será. Me ha preguntado si «Vincent va mucho a esos sitios» y yo le he dicho que sí, que es un tipo culto con esos intereses. «Pues parece un chico muy serio…», ha dicho. «¿Y esto qué tiene que ver?», he dicho yo. Eileen se piensa que todos los hombres con intereses son como su hermano, unos bufones. Este es un error muy común entre la gente.

Cosgrave es serio por lo que le ha tocado vivir. La familia de Cosgrave –el padre, la madre y la hermana– murió de tuberculosis cuando él tenía quince años; uno detrás del otro. Él mismo se salvó de milagro. Todavía tiene algunas marcas por la cara y por el cuerpo. Solo le queda una tía soltera, en Londres, pero no le entiende en absoluto.

Noche. Cenamos todos en el salón, algo que intentamos hacer al menos dos veces al mes desde la muerte de madre. Papi (cosa extraordinaria) aguanta casi-callado, y Jim solo baja cuando vamos por la mitad, al olor de la salsa. Poppie ha hecho carne. Normalmente hace acelgas, y cosas verdes por el estilo. Dos veces al mes, carne.

9 de marzo. «El joven del espejo tiene un cuerpo sólido, duro, ni grueso ni delgado, con las espaldas anchas y los brazos fuertes, las piernas firmes no muy largas. NO es alto, y tampoco le importa. Si no está en la media está dos o tres centímetros por debajo. Tiene un cuello ancho y una cabeza cuadrada, una cabeza bien formada, compacta. Sus orejas, amplias, están algo despegadas de la piel, atributo que le avergonzó durante la niñez y que hoy le es indiferente. Su boca es pequeña, entre irónica y severa, y está sellada como si guardase un secreto grave que no debe revelar; sus

labios son finos y sin color o del color de su carne. Los ojos pequeños, estrechos, con el pigmento del cielo del verano y algunas franjas cónicas de roble pálido. Ambos se hunden en dos sombras oscuras y profundas que no desaparecen por mucho que él descanse ni se ensanchan porque deje de hacerlo: un rasgo esnob que NO le agrada en absoluto. El pelo es fuerte, entre el carbón y el cobre, y le gusta llevarlo corto y peinado, sin patillas y a ser posible brillante. No tiene piojos, aunque ha tenido muchos. Cree que esto ha debilitado un poco su cabello últimamente. Respecto de la barba, no tiene; es lampiño, y casi que mejor. En el vestuario, hace lo que puede dadas las circunstancias; su máxima es no llamar la atención. Si tuviera dinero, esto no cambiaría. La gente extravagante en el vestir, piensa, es de una inseguridad pasmosa. No necesita gafas y su salud es, en general, buena. Ha superado tres gripes y un sarampión sin secuelas visibles. Su piel es blanca y tersa, adolescente pero sin restos. Se encuentra aceptable. Un tipo normal, ni guapo ni feo de los que te cruzas por la calle. Prefiere que la gente no tenga que fijarse en él para nada. Le gusta pasar desapercibido, como uno de esos hombres que aparecen en la fotografía de alguna multitud mirando a la cámara o presenciando un evento importante. Le gusta ponerse frente al espejo y analizarse desde la distancia, verse desde fuera como un tercero. Lo que ve le recuerda al autorretrato de un joven Rembrandt. Una expresión sobria, con un algo gris de través, no precisamente resignada, tampoco presa de un entusiasmo. Un chico normal, algo envejecido.»

Este es un autorretrato que hice hace dos años y que guardé. ¿He cambiado desde entonces? Poco. Desde luego que hoy no hablaría de «el joven del espejo» ni cursiladas por el estilo. Pero el retrato es certero: ese joven sigo siendo yo.

Los adultos. De pequeño veía a los adultos muy seguros de sí mismos y de su situación en el mundo, muy conscientes de algo importante que yo no sabía y quería saber, y eso me intrigaba y admiraba. Hoy los veo como a niños; peor: veo los mismos niños, pero llenos ya de los miedos e inseguridades que la vida ha acumulado sobre ellos. Toda esa gravedad –esos grandes discursos,

esas grandes hipotecas, esos grandes bigotes– no me engaña; esos hombres están igual de extraviados, si no más, que yo mismo. Los adultos fingen seguridad porque piensan que sin esta ficción el mundo se resquebrajaría. Pero si uno pudiera echar un vistazo dentro de sus cabezas se daría cuenta de que viven por inercia, que no saben nada. Nada más triste que un niño arrugado, grueso y falto de las viejas ilusiones, acompañado de las viejas manías. Puede que la edad más digna o preferible sea entonces la juventud. El joven aún puede, por lo menos, ilusionarse con el futuro posible (aunque luego este no exista) y vivir en la esperanza de algo mejor. Al viejo, que ya ha visto fracasar sus ilusiones y que no cree más en ellas, ¿qué le queda? Recordar, inventar, suspirar.

Yo nunca me he sentido joven. Soy una especie de adulto prematuro, pasé de la infancia a esto, que no sé bien lo que es, y lo hice rápido. Ahora, ¿preferiría ser un niño hasta el final, llevar una existencia febril? No, que aún guardaría un poco de decencia y sentido del ridículo y lo pasaría fatal entre la gente –o dejaría de ser yo. El joven se asocia al ideal, al amor y a la poesía; el viejo, a lo real, el reposo y la filosofía. Si tengo que elegir, es evidente, me quedo con la segunda. Aunque a veces me gustaría también un poco de sinrazón, de tontería esporádica. Pero estas son cosas que uno no fuerza; solo las encuentra. A día de hoy he estado enamorado hasta tres veces, y he tenido otras tantas amistades. Tres de verdad, quiero decir, otras pocas de mentira –una muy de verdad. El enamorado es, esencialmente, un tonto. Así como el hombre tuberculoso no puede evitar expectorar esputos, el hombre enamorado no puede evitar hacer tonterías. Yo me resisto en lo posible a ello, creo que así se pasa antes. Ya hice bastantes las otras veces, y ahora estoy resuelto a no hacerlas. Ha sido este un amor fantasioso, delirante: literario. Y no tengo ninguna intención de ser de nuevo el príncipe Hamlet –Dios me libre–, que me parece uno de los modelos más odiosos, tontos y pesados de la literatura universal; egocéntrico, charlatán, llorón, desenfrenado, esnob, melancolísimo, asesino de la boba Ofelia y el pobre Laertes... El literato común, pero con una espada y una excusa.

Lo que querría hacer, lo que de verdad me gustaría, sería vivir casi solo, en algún punto apartado de Europa, soleado, junto al mar. A mí no me importa vivir con modestia, siempre y cuando pueda

vivir más o menos como yo quiero. El tema de qué voy a hacer con mi vida se empieza a volver urgente.

Quiero decir, no tengo una formación, de ningún tipo, no estoy especializado en nada, y en el mundo de hoy hay que estar especializado en algo, aunque sea en tipos de vacas o mezclas de mortero. Si hubiésemos tenido dinero, es claro, habría estudiado. Habría hecho una carrera de letras, de idiomas. Pero no, soy completamente autodidacta, y tengo unas lagunas que impresionan. Por ejemplo, no sé nada de Historia, más allá de las cuatro invasiones y un par de guerras lejanas e imbéciles. Podría dedicarme a la enseñanza, pero ¿qué enseñaría? ¿A ser inflexible y testarudo? ¿A caminar de puntillas? No me importa trabajar en lo que sea, por un tiempo. Pero aprender el italiano sí que es urgente. Jim sabe italiano, pero no va a estar dispuesto a enseñármelo; además, pedírselo delataría mis secretas intenciones. ¿Qué voy a hacer? ¡Pronto lo sabremos! Esta vez, esta vez sí, toca actuar y resolver.

Atardecer en casa. Papi se divierte con Mabel; casi resulta entrañable. Mabel tiene once años y pronto será una jovencita. Entonces papi no tendrá nada. La llama, sin ironía, Bebé, y la trata como si tuviese seis. Está retardando su crecimiento de manera consciente, forzada –con cepo. Mabel, cuando llegue el momento, no va a estar preparada para afrontar la vida, dificilísima. Poppie la trata igual, como a una cría. Madre, aunque la llamaba igualmente Bebé, no la trataba de esta forma. Quería que su hija pequeña fuese algo –algo que ella no pudo ser. Quería que siguiese sus estudios e hiciese luego un curso de mecanógrafa, que fuera secretaria o empleada en alguna oficina importante. Hoy, si Mabel sigue sus estudios, es por rutina, por pura inercia. Papi no le mete ninguna presión, antes al contario, y Mabel corre el riesgo de dejarlo todo si alguna materia se le atasca. Tiene que acabar, por lo menos, el colegio. A mí y a Jim nos respeta, nos toma en serio; somos, como ella dice, «los listos». Sus hermanas le parecen en el fondo unas catetas, lo diga o no por educación, y Charlie un payaso –divertido y ocurrente, a ratos, pero mentalmente muy limitado. ¿Querría Mabel ser secretaria? Desde luego es mejor que nada, pero creo que

puede aspirar a más. Aunque ahora mismo no se lo plantea. A qué puede aspirar mi hermana yo no lo sé; más que a monja o a esposa, como Poppie, May, Eva y Florrie, como madre, eso seguro. Pero papi es un hombre egoísta, y no la dejará ir tan fácilmente. Enfermera... ¿La única hija de papi hasta el día final? Menudo horror. Y aun así probable.

Noche. Conversación típicamente encantadora con mi hermano Charlie, que llega tarde, los bajos de la sobrepelliz asomando por el chaquetón, los carrillos colorados.

CHARLIE: Uy.

STANISLAUS: Eh... ¿De dónde vienes?

C: ¿Yo? Eh... Uh. De arreglar unos asuntos.

S: ¿Qué tipo de asuntos?

C: Asuntos eclesiásticos.

S: ¿Con O'Rourke? ¿A estas horas?

C: Sí, con Jack.

S: ¿Jack?...

C: ...

S: ...

C: Es que teníamos... Ya te digo, había un asunto.

S: Asunto eclesiástico.

C: Eso es.

S: ¿Urgente?

C: Sí, bastante. Estas son cosas que no se pueden dejar, ya lo sabes.

S: ¿No?

C: No. Uno las deja y pronto se arma un estropicio. Jack es un hombre escurpuloso, de principios.

S: Pero ¿qué ha pasado?

C: Nada. Un cáliz. El cáliz...

S: ¿Sí?

C: Que se nos ha caído.

S: ¡Aiba! ¿Al suelo?

C: Sí, al suelo.

S: ¿Y qué estabais haciendo, por Dios?

C: ¡Y a ti qué te importa! Entrometido. Gorrino. ¡Cabrón!

S: Bueno. Relájate, haz el favor.

C: Perdona, perdona...

S: ¿Y está bien?

C: ¿Quién?

S: El cáliz...

C: Ah. Mmm... No. Es decir, se ha abollado un poco.

S: Pero ¿mucho?

C: No, un poco.

S: ¿Y qué habéis hecho con él?

C: Pues desabollarlo, qué vamos a hacer. Así con el puño...

S: ¿Y os ha quedado bien?

C: Sí. No tanto…

S: Pues te has metido en un buen lío, chico. Qué quieres que te diga.

C: No. ¡Que te den! Se le ha caído a él, a él, y ahora quiere que cargue yo con el muerto. ¡Qué cabrón!

S: Eso no está nada bien. O'Rourke siempre fue un cretino.

C: ¡Cuidado! ¡Cuidado lo que dices de Jack!

S: Pero ¿cómo te puedes llevar bien con ese hombre? De verdad que no lo entiendo. Es un viejo verde y charlatán, un comediante feo y pequeñín con olor a desinfectante y vino barato. Un duende.

C: Jack es un hombre listísimo, con una fe a prueba de bombas, y lo sabe todo de Dios y de la Virgen. Es mi maestro…

S: Ya veo.

C: Tú qué vas a ver, tú no ves nada, tú eres un descreído y un chalado. Y si me apuras un gilipollas.

S: Y tú un borracho.

C: ¡Que te den! ¡Dios que te den! Yo no sé por qué demonios hablo contigo. Quién me manda… Jesús. ¡Hip! Y como digas algo, ¡ay como digas algo!

Y tambaleante y colorado… se va a dormir la mona, con mucho cuidado de no despertar a nadie.

Esta posición de sofá tiene sus ventajas y sus diversiones. Lo malo que uno no duerme.

10 de marzo. Jueves. ¡Eileen me puede conseguir un traje! Uno azul, rayado, elegante… «¿Y de dónde lo vas a sacar?», le digo. «Eso es un secreto.» Bueno, mira, mientras sea un traje. Ha prometido tenerlo para mañana. Si no me va bien, no voy a tener margen de

reacción; estoy un poco nervioso. Si no, iré con un chaquetón de papi, el verde, que casi va a ser un hábito –hablamos de un elefante terrible. ¿Cómo voy a ir con este abrigo agujereado, con este resto de camisa? No voy bien vestido desde que dejé de ir a la iglesia los domingos, y eso fue hace ya dos años. Toda la ropa que tengo y he tenido es de Jim. Jim es apenas un espárrago, un muerto viviente, y yo, que no lo soy, voy siempre apretado. Sus ropas me hacen parecer más grueso de lo que realmente soy. Pronto dan de sí, y su degradación natural se acelera. Cuando llegan a Charlie, no valen ni para trapos. Y esto sin contar con que Jim trata muy mal sus cosas, a propósito; peor las de los demás. Creo que casi le daría vergüenza pasearse por la calle con un abrigo impoluto, recién salido del sastre (un poeta que se precie no puede ir por ahí aseado). Lo de Charlie es distinto. Charlie, como papi, es un guarro involuntario. Yo me baño tres veces a la semana como mínimo. La gente con pretensiones intelectuales, que suele vivir, o fingir que vive, en otro lugar, desprecia altaneramente todo lo que tiene que ver con el cuerpo y lo visible –dicen que Plotino, filósofo neoplatónico, llegó a sentir vergüenza de tener un trasero. Pero cuidar del cuerpo, ejercitarlo y asearlo es tan importante como cuidar de la cabeza. Uno no se vuelve menos listo por tener un cuerpo presentable, creo yo. Esto, por supuesto, es culpa (otra vez) de los románticos, que otra vez idealizaron la enfermedad y la ligaron a la poesía, la belleza y la inspiración. Cuando uno piensa en un poeta, nunca piensa en un Goethe, esbelto y cabal, bien vestido, con su salud de hierro; piensa en Lord Byron en su cama, ardiendo de fiebre, emanando versos como una fuente emana agua. Me hubiera gustado que Jim ayudase a combatir con sus escritos esta concepción mística de la vida. Esta ha sido una esperanza para mí. Hoy es evidente que, cada vez más, equivoca su talento, y que no solo no va a ayudar a combatir esta concepción, sino que corre el riesgo de sumarse a ella, de hacer su batalla, sea o no la suya buena literatura. Yo imaginaba su literatura como una literatura libre de especulaciones y metafísicas, despierta y vigilante –un realismo poético desnudo y afilado como un cuchillo: algo más que literatura. Ahora creo que lo suyo es la vaguedad y la fantasía, la autocomplacencia, el remolino en el mar, el berrido en la noche. Las cábalas alucinadas de Joachim Abbas, los sueños de opio de Coleridge, al que admira. Toda su incursión científica, aristotélica y tomista no ha sido más que la última broma genial –un mecanismo de defensa, el novísimo

caparazón. ¡Qué pena! Habrá que seguir esperando. Yo confío en que la cordura volverá a reinar en el arte, como lo hizo alguna vez. ¿Qué puede hacer un aficionado? No es fácil mantenerse conectado a Europa desde esta isla maltrecha. Todo llega tarde y deforme, hecho monstruo, ciego. El país del chamanismo, de las hadas…

La estúpida de Mary Ellen está peor –Poppie ha ido hoy a Usher Island. Dice que no va a aguantar el fin de semana. Como le dé por morirse el sábado… Papi dice que no, que La Muerta nos entierra a todos. Así sea. Jim se salva por su «enfermedad», que casi dura un mes y que ya no se cree nadie (esta falsa enfermedad le ha dado una excusa para dejar de buscar activamente un trabajo y dedicarse sin culpas a su libro). Charlie ha ido a ver a Mary Ellen en calidad de confesor, y no de primo. Imagina pasar tus últimas horas de vida escuchando a Charlie decir sandeces, uno casi correría hacia la luz. Hasta el año pasado, solo había utilizado la Biblia para calzar la mesa de noche, coja. Papi la ha utilizado más de una vez como proyectil. La pobre, que era de madre, del abuelo, una reliquia familiar, está hecha polvo, acabada. El único que la ha leído de verdad, de punta a punta, ha sido Jim. Yo no encuentro ninguna sugestión en ese ladrillo forrado en cuero, y esa letra de guía telegráfica no ayuda en absoluto. Si lo hace mañana, el viernes… Poppie está nerviosa, a la que salta –es un gato con frío.

Jim. Jim sigue con su monstruo, y yo he podido leer el borrador de los capítulos I, II y III, que sospecho se van a parecer mucho a su versión final, pues no le gusta corregir sus prosas. Los versos no, los versos, Stannie, «son otra cosa». Yo creo que a estas prosas les vendría muy bien una buena corrección. El texto es, en general, decente, pero tiene unos arranques de entusiasmo juvenil que lastran el conjunto y revelan la desesperación de su autor por lograr de forma inmediata y última la Comprensión o el Abrazo Universal. Un buen tijeretazo es lo que le hace falta.

Por ejemplo en el capítulo III (p. 5):

[Jim] estaba decidido a luchar con toda la energía de su alma y de su cuerpo contra toda posible entrega a lo que consideraba ahora como el Infierno de los Infiernos –la región, expresado de otro modo, donde todo resulta ser obvio–, y el santo que en otros tiempos fue avaro de lenguaje en obediencia a un Mandato de Silencio, podía reconocerse ahora en el artista que se aleccionaba para el Silencio, no fuese a ser que las palabras le devolvieran su descortesía.

Esto, que empieza mal, termina en descarrilamiento, en una frase salida de la pluma y no de la cabeza, con repeticiones, saltos de equilibrista y mayúsculas caprichosas. Ejemplos hay muchos. Mismo episodio, III (p. 7):

[Jim] pasaba días y noches martillando ruidosamente para edificarse una casa de silencio en la cual pudiera esperar su Eucaristía. En casa, en la acallada biblioteca, en compañía de otros estudiantes, oía de pronto un mandato de marcharse, de estar solo, una voz que agitaba el tímpano de su oído. Escribía muchos versos, y, a falta de mejor artificio, sus versos le permitían reunir los oficios de Penitente y Confesor.

Esto no es cierto. A Jim le gusta socializar, se sienta solo o no en el proceso y piense o no que lo contrario quedaría mal en un libro. Es, de hecho, un charlatán. Creo que no está siendo sincero, y si algo le queda a la literatura (que es apenas nada) es la sinceridad, la voluntad de no mentir. Es su libro, en cualquier caso, y no el mío; que haga con él lo que le dé la gana –yo siempre le voy a decir la verdad, si me pregunta. No va a ser, parece, el libro de un cualquiera (Jim no es un cualquiera), pero uno desearía que fuese a veces otra cosa.

Los momentos que él cree mejores, los momentos de «alto vuelo» (así los llama), son sin duda los más penosos. Algunos, diría yo, rozan el ridículo. Aquí, una chica de mala familia pasa a convertirse

de golpe y porrazo en una semidiosa natural, si no algo más. (III, p. 13):

[Ella], ¡la más querida entre las mortales! A pesar de los versos tributarios, a pesar de la falsedad de las relaciones, aquí y en la vana sociedad del sueño, la fuente del ser (¡eso le parecía!) había sido restituida. Años antes, durante la niñez –la fuerza del pecado abriendo un mundo ante sus ojos...–, se había cuidado de ti. Entonces no te comunicaste: llegaste después, oportuna, benefactora, como una bruja a la agonía, como un enviado de las Justas Cortes de la Vida. ¿Cómo agradecer el despertar de un alma? ¿Quién se lo ha revelado sino tú? Con las formas de la ternura, de la simple, intuitiva ternura, tu amor le hace surgir entre torrentes primeros. Tus brazos protectores, tus arrebatos de silencio, tus palabras murmuradas, el maternal calor de tu seno... Íntimamente prisionera como has sido, has hablado a su corazón. Refinarás, dirigirás su pasión, custodiando la Belleza desde la más inteligente de las cárceles. Tuya será la virginidad de su alma. Sacramental, imprimiste en él tu marca indeleble, tu gracia visible; una letanía ha de honrarte, OH Señora de los Manzanos, OH Amable Sabiduría, OH Dulce Flor en la Oscuridad... No hay necesidad de inventar. Su camino (¡abrupta criatura!) nace ahora al mundo mensurable, a las largas jornadas de actividad, al día y a la noche que se viven. La sangre ya galopa por sus venas, sus nervios se llenan de fuego, los amantes se visten de llamas. Un beso: y saltan unidos, indivisibles hacia arriba, sus ojos y labios radiando, sus cuerpos confundidos en una extasiada y dulce melodía. ¡Mi Amiga, mi Amante, la breve vida es nuestra y de nadie más...!

Quién iba a decirme a mí que los besos de una puta iban a convertirse en una fuente eterna de sabiduría y revelación. ¡Qué cosas! Lo que se pierde uno.

De pronto, ella volvió la cabeza y le oprimió los labios con los suyos. Y él leyó todo lo que querían decir aquellos movimientos en

los ojos humildes que, levantados, le miraban. Era demasiado, cerró los ojos y se entregó a Ella en cuerpo y alma, sin conciencia de cosa de este mundo salvo de este sombrío roce, de la dulce hendidura de aquellos labios húmedos. Los sentía en la carne, en el cerebro, como conductores de un vago idioma. Y, entre ellos, la desconocida y tímida presión, más sombría que el desfallecimiento del pecado, más dulce que el sonido o el olor.

Le he dicho a Jim que quería copiarme para mí los fragmentos que más me gustaban de su libro. He hecho lo contrario.

El genio de mi hermano, cuando desciende a lo patético –el momento de la verdad, lo único importante–, se hunde, se afloja, se pega un tortazo fenomenal.

Noche. Estoy recuperando el hábito de la escritura, y esto es bueno para mi equilibrio. Estas notas son una forma de disciplina, y esta nunca viene mal. Tengo que acoplar más cuartillas, con urgencia; si no saco mis egagrópilas a diario mi humor va a cambiar. Charlie, estoy seguro, me está birlando folios para sus enemas. Aquí somos todos muy artistas. El cojo me está empezando a enfadar; si no paga la semana que viene, me largo. No sin mearle antes la puerta y el suelo y pintarle MOROSO y LEPRECHAUN en el escaparate. La pluma está floja, cada palabra me supone un esfuerzo.

11 de marzo. Creo que, de no haber muerto Georgie, Charlie no se habría convertido en un borracho. Georgie era para Charlie lo que Jim ha sido para mí (a pesar de que Georgie era pequeño, apenas un niño). Georgie actuaba como dique de contención para las miserias de Charlie, era la promesa de algo; sin él, Charlie no sabe muy bien qué hacer. Charlie le quería mucho, como es natural. Como ya he dicho, los hermanos, al ser tantos, hemos ido siempre por parejas. Esto ocurre en todas las familias numerosas. No se puede esperar de mí entonces que quiera a Charlie como lo he querido a Jim. A Charlie apenas le conozco. Mis hermanas, quitando a Eileen (que fue con Nannie mi princesa en la niñez), son

casi desconocidas. Jim fue importante entonces, y lo siguió siendo durante mi adolescencia. Cuando éramos niños, él estudiaba fuera, y cada vez que volvía a casa –en verano, Pascua, Navidad– era en mi vida un acontecimiento, una pequeña ilusión. Recuerdo largas mañanas esperando el coche, armado con mis regalos: dibujos, versos y alguna golosina. Cada vez que oía cascos me lanzaba a la calle y echaba a correr la cuesta arriba. Jim nunca o rara vez me agradeció nada, veía en ese culto o ese amor algo natural, el tributo que el mortal le paga al dios. Jim no era ningún dios. Era un niño enclenque y creído. Un pequeño monstruo literario. Durante su primer fervor, el piadoso, además bastante cursi. Ahora que está en el segundo (y esperemos que último), el apostático, es sobre todo desagradable. A veces me pregunto si, de no haber existido Jim, yo hubiera tenido igualmente la curiosidad intelectual que no han sabido tener mis mayores, si hubiera tenido las mismas ganas de conocerme y de vivir. Probablemente no, pero ya he pagado con creces mi factura. Considero poco menos que un milagro que, en el seno de esta estirpe de borrachos que es nuestra familia, haya nacido alguien tan empeñado en el cultivo de la poesía, tan preocupado por mantenerse en contacto con las corrientes del pensamiento europeo. No sé qué fuego pudo transfigurarlo. En cierto modo, yo he tenido algo de esa suerte que no se tiene.

Es viernes. Vuelvo de trabajar, por la tarde, y el traje no está. «Está llegando», me dice Eileen. ¿Llegando? ¿Quién demonios lo trae, Sir Maewyn Succat? No sé quién me manda confiar en mi hermana, como si no la conociera. Eileen es un desastre –un desastre total.

La lluvia no descansa. Poco a poco viene menos helada, y más aromática, anunciando una primavera que promete ser muy húmeda. Esto a mí no me importa: si algo me irrita es el frío; si el agua es templada… casi que me gusta. Su olor, los cambios que parece traer consigo –las ilusiones, o la capacidad de renovarlas. Lo malo son las goteras. Si sigo durmiendo en el sofá, voy a tener que comprarme un chubasquero. ¡Con qué dinero! Llevo trabajando dos meses y todavía no he visto un centavo. Las personas, por buenas

que parezcan, si tú las dejas, se aprovecharán de ti. No falla. Hay que ser exigente, desagradable y algo brutal en esta vida si se quiere salir adelante con normalidad. Es un círculo vicioso. O mejor una cadena. Papi ha pagado durante años sus muchas frustraciones con nosotros. En realidad, papi es afortunado. Él tuvo una infancia dorada, y ha querido que la de sus hijos fuese negra –para compensar. Hay cosas, creo yo, que no se perdonan nunca (no por orgullo o amor propio, sino por pura y simple memoria). Que están hechas y basta. Por mucho bien que papi me hiciese de ahora en adelante, lo otro no dejaría de existir, no se borraría de la Historia, de la cadena de sucesos que viene rigiendo a la Humanidad desde el Inicio de los Tiempos.

El sueño. El sueño fue un acierto evidente de la naturaleza. El reinicio, la impresión de un comienzo; ayuda al hombre a resistir. Esto es, como toda ilusión. El hombre se levanta y, amnésico, piensa: «Hoy sí, hoy va a ser un buen día», y contento se lanza a la calle. Al rato comienza a darse cuenta de que no, de que el día será también gris, oscuro o claro –pero intenta no pensar. A la tarde lo confirma. A la noche, agotado, el hombre se lanza a la cama; solo quiere acabar, apagarse como un fuego. Piensa: «Qué horror. Pero, bueno, mañana Dios dirá». Entonces se levanta y, amnésico, piensa: «Hoy sí, hoy va a ser un buen día». Sin el sueño, sin una falta momentánea de consciencia –sin una pequeña muerte diaria–, no aguantaríamos hasta el final. Cada vez me doy más cuenta de que el mundo está sostenido –si no construido y regido– por esperanzas, por ilusiones –por fantasías. Ahora, ¿qué es mejor, tratar de frenarlas, de reducirlas a su mínima expresión, o por el contrario alimentarlas hasta la bulimia? Uno sabe que son fantasías, y si no fuera por eso... Las almas inquietas –dice Leopardi– no saben lo que es el presente. Yo diría que nadie lo sabe, inquieto o sereno. Un hombre, mientras trabaja, piensa en otra cosa, mientras cena, mientras habla, mientras camina... Quizá, el instante del placer, como el del dolor, sea un pequeño instante de presente. Ese sería todo nuestro premio. Disponer toda una vida de acuerdo a un premio parece poca cosa.

Tengo que hacer unos recados en la ciudad. Subo y le pregunto a mi hermano si quiere venir conmigo, fingiendo que ni yo mismo recuerdo lo de su gripe. «¿No me ves cómo estoy?», me dice. «¿Sucio y en pijama?», le digo yo. «Ya te darás un baño otro día; vamos, vente.» «Que no, que no.» «¿No te estás volviendo loco tú solo aquí arriba?» «Hacía tiempo que no sentía esta fiebre creadora. Me siento muy intelectual últimamente. Tú… ¿Qué haces tú todo el día?» «Yo trabajo. Tengo que ir a la botica casi todas las mañanas. Y allí paso de seis a siete horas.» «¿Y antes de eso?» «Antes hacía otras cosas.»

Luego me ha leído nuevos versos y me ha contado nuevas ideas para el nuevo episodio. El héroe va con su padre a Mullingar, a pasar el verano, y allí traduce dos o tres obras alemanas. Bien: ¿tiene esto algún interés? Me ha dicho que le compre tinta y cuartillas, que no puede escribir y él tiene que escribir. Le ha robado dinero a papi (poco). Me voy.

Que a Eileen no se le ocurra pedirme un favor. Es imposible esperar nada de esta familia. Esto ni siquiera es una familia –es un grupo de personas que comparte el mismo apellido y vive bajo el mismo techo goteroso porque no le queda otro remedio.

12 de marzo. Sábado. Ha llegado el traje. No está nada mal. Es un traje tweed, de lana gruesa y algo peluda, áspero por fuera y suavísimo por dentro, con un patrón azul y blanco en espina de pescado. Me queda bien, bastante bien. Hacía tiempo que no me encontraba tan presentable. Voy a pasar frío, es evidente, pero merece la pena. Voy a recuperar mi sombrero y cogerle el avellano a Jim, que no se va a enterar.

Eileen ha estado de lo más misteriosa, y prefiero no saber. Ha pasado la mañana, de las ocho a las diez, preguntándole a papi que por qué no salía a tomar su desayuno –eufemismo de primer whisky– como cada sábado. A ella le da igual todo lo que tiene que ver con papi. Papi se encontraba «muy regular», y lo mismo no salía. Ella lo animaba.

–Vamos, vamos, hay que empezar el sábado con fuerza. Después de toda una semana trabajando, un hombre se merece descansar.

–Pero bueno, y será grosera. No hables así en mi presencia.

–Venga, papi, tú trabajas muy duro… ¿O no? ¿Acaso miento?

–Pero ¿a ti qué te ha dado? Déjame en paz.

–Si lo digo por ti…, por tu felicidad.

–La leche. ¡Y desde cuándo te importa a ti eso!

–Pues mira, papi, desde que soy mayor.

–…

–Me importa, me importa… Quiero que seas muy feliz. Lo máximo posible, si me preguntas.

–Toma con la niña… Qué barbaridad.

Papi no es tan tonto como parece, y aquello ha sido muy, pero que muy sospechoso. Eileen no se dirige a un miembro de su familia si no quiere pedirle algo. Yo me temía lo peor.

–Quieres dinero. Es eso, ¿no? Pues no te lo voy a dar. Para que te lo gastes en esos vestidos de puta. Que no.

–¡Ay! Pero qué cosas tienes, papi. No quiero nada. Es por ti. Por tu salud.

–¿Qué le pasa ahora a mi salud? Es un bajón, y nada más. Tengo mis subidas y mis bajadas. Tú eres mujer y no lo entiendes.

–Es que te veo triste. Últimamente…

–¡Qué! ¿Triste cómo? Malditos los tristes.

–Te veo así, como apagado. Ya no haces tus bromas. Mabel me dice que ya no las haces.

–Mis bromas… Pues pensé que no os gustaban, fíjate. No las

hago por eso, por respeto hacia vosotras.

–¡Claro que nos gustan! Toma, ¡nos encantan! Cómo era aquella, la del... la de Tía Josephine y el Capitán.

–Esa es buena... Ahoy.

–Sí, casi todas lo son, papi. Tienes que sonreír más. Y reír como reías antes.

–Bueno, coño, déjame.

–Echas de menos a madre. Es eso, ¿verdad?

–Pero ¡cómo! Pues claro que la echo de menos. Qué cosas tienes. ¿Cómo no la voy a echar de menos? Se trata de mi esposa... La madre de mis hijos...

–Sí..., lo sé. Y aquí tienes también a tu hija. Y mucho por vivir, papi. Tus años restantes pueden ser pero que muy hermosos.

–Bueno, bueno, no me des más la brasa. Y déjate de años restantes. Preocúpate por los tuyos, que nunca se sabe.

–Nada de brasa. Tienes que divertirte, aprovechar.

–¿Aprovechar? Pero ¡si a mí lo que me queda es esperar! Esperar el día en que me reúna de nuevo con mi querida May... Qué ganas tengo.

–Eso sí. Pero y mientras tanto, ¿por qué no pasarlo bien? ¿Acaso es un delito? Yo digo no. Carpme dien.

–Si lo paso bien, cojones. Lo que pasa es que...

–Venga, papi, eres un hombre afortunado. Tienes una casa, tienes a tu familia. Y sobre todo... ¡tienes unos amigos estupendos que te quieren! Que deben de estar echándote de menos en este momento, los pobres.

–¿Esos? No lo sé...

–¿Cómo no? Si eres el alma del grupo. Todos lo dicen. A quien le preguntes te lo dice. Eso es algo que se ve, que se siente de alguna manera.

–Es verdad que se dice. El alma, el pulmón. Es por mi estilo fuerte, creo, por mi vitalidad.

–Sí, si me preguntas a mí.

–Mmmmmmm…

–¡Vamos! ¡Afuera!

–Voy, coño, voy. Mira que eres pesada.

Y papi se levanta, coge su abrigo verde lima, se encaja el gorrito de orejas en el cabezón y un poco confuso se larga. Entonces Eileen me mira aliviada, agita la mano y dice como para dentro «uffff». Yo no entiendo nada. A los diez-quince minutos llaman a la puerta. Ella sale corriendo nerviosa, abre unos centímetros, se desliza al exterior como una culebra y cierra por el otro lado. Dos minutos después entra con un estupendo traje tweed bajo el brazo que me entrega. «Me debes una gorda», dice. Y se marcha a su habitación.

Yo me lo pruebo inmediatamente, y quedo muy satisfecho con el resultado. Luego me lo quito y luego lo plancho. Huele a naftalina.

Quedan nueve horas para la función. Releo el Viaje a Italia para refrescar. No sé si la Ifigenia del Viaje fue la última versión, la definitiva. Probablemente. ¿Querrá Cosgrave tomar una copa antes, charlar un poco? Espero que no… No me gusto nada cuando bebo. Solo digo estupideces, de las que luego encima me acuerdo verbatim. Y si llegase a manchar el traje… (Nervios absurdos.)

Katsy y las niñas han ido a ver a Mary Ellen. Pasarán allí todo el día de hoy incluida la noche, y mañana a primera hora volverán. Parece que el desenlace es inminente. Ahora, si aguantase hasta el lunes… La cosa se complicaría. Yo iré mañana; no quiero quedar

como un insensible a ojos de Kathleen y Tía Josephine. Tío Willie... no creo que pise por allí. El cumpleaños de Katsy se acerca, y me gustaría tener con ella un detalle, aunque solo sea una pequeña tontería (tengo pensada una cosa). El lunes le pienso exigir a Ward lo que es mío. Jim, socialista, dice que ese dinero no lo veo; que me jodo. ¿Cómo no lo voy a ver? ¿Cuál es la idea entonces, que trabaje gratis sin más ni más? El Sr. Ward es un viejo, y quizá sea, en parte, un problema de despiste. Voy a ver hasta el último centavo de ese dinero: queda escrito.

Hora de comer. Como solo. Al «postre», Jim baja y toca el piano –«La juventud tiene un final», de Meneer Jan Pieters Sweelinck («El extraño nombre del viejo músico holandés hace que toda belleza parezca extraña y lejana..., ¿no te parece, Stannie?»). Está muy melancólico.

–Pero qué te pasa a ti –le digo.

–Ah. No es fácil. –Suspiro profundo–. No es fácil...

–¿No? ¿Por qué?

–Tú no lo entenderías.

–Si me lo explicas, igual sí.

–Ah. –Suspiro, Suspiro, Suspiro.

Jim, que se piensa opaco e impenetrable, es transparente como un cristal. El fracaso de su aventura en París, madre, el alcohol, la puta... No hay que ser un lince. Todo esto lo ha ido convirtiendo poco a poco en otro. Otro peor. Jim, me parece, está al borde del colapso, y yo no sé si puedo hacer algo por él. Cada día, dice, se siente menos joven. ¡Pues como todos, chico! Dice que duda de su genio. Pero esto es una mentira.

Si Jim perdiese su vanidad, ciclópea y total, no escribiría una línea. Creo que no corre peligro, pero estas pequeñas amenazas de blandura me asustan, me hacen dudar un poco –poco. Afortunadamente para él no dejan de ser momentos muy puntuales.

La vanidad es importantísima en el arte, es su fuerza motriz. Los artistas son hombres desesperados por demostrar algo, gente descontenta y –piensan– maltratada por la vida. Esta falta de amor propio, este «ya verán, ya verán», es lo que les hace perseverar. Por eso es tan peligroso el éxito. El artista exitoso corre el riesgo de decir: «Hala, ya está. Todos estos esclavos están a mis pies como merecen. ¿Y ahora?». Jim está deseando ejecutar su venganza sobre O.G. Pero la venganza va lenta. Mejor hubiera sido su primera opción, la puñalada fría y material. Actualmente se está vengando de la universidad (de la institución en sí) –los capítulos V y VI van a estar dedicados a ella: a su escolástica rigidez. A Jim se le acumulan las venganzas. Me sorprende que papi salga tan bien parado en su novela. En la vida lo desprecia; en la literatura, parece, lo tolera y hasta lo estima. En su novela papi –un borrachuzo viejo y disoluto– es un «caballero», un «pequeño rentista», un «bebedor y buena persona». Quitando lo de bebedor, todo mentiras. Madre apenas sale, y las muchas hermanas han sido reducidas a una, boba y estruendosa. Charlie no existe y yo soy un lameculos.

Dice que la novela le puede llevar, «fácil», «de diez a doce años», y que quizá tenga que dividirla en dos o tres volúmenes debido a su extensión. Creo que mi hermano debería dedicarse a la poesía o al teatro y dejar aquí la narrativa. Sus canciones de amor están muy por encima de este proyecto de berrinche, esté o no bien escrito.

Insiste en que le deje mi diario; «para desatrancar» –es decir, para plagiarme. Pero no. Estas observaciones son mías y no suyas. Esta vez no te vas a llevar un mérito que no te mereces. ¿Y si algún día las uso yo? No es probable, pero aquí tendría este material, mi material. Si se lo prestase lo perdería. Le he dicho que no hay mucho, y que es lo de siempre. Lo cierto es que prefiero seguir manteniéndolo secreto.

13 de marzo. Salimos para Usher Island, papi y yo. Las niñas y Charlie ya están allí. Día largo y atroz. Imposible escribir nada. Otra vez he tenido que tirar los calzoncillos a la basura –me he ido hasta North Road, de la pura vergüenza.

14 de marzo. Kathleen Murray tiene un temperamento

encantador y una voz dulce y fuerte que, creo, contiene la promesa de una gran contralto. Tiene la profundidad (en el tono) de un contrabajo, y puedo sentirme orgulloso de haber sido la primera persona en darse cuenta. A ella no le gusta su voz, dice que es «la voz de un chico». No es la voz de ningún chico: es la voz de una mujer. Kathleen se desarrolla rápido, y casi soy capaz de advertir el cambio cada vez que la veo, una o dos veces por mes. Es una chica alta (casi tan alta como yo), con la piel blanca y porosa y una espalda fuerte e inclinada por la mala postura. La cintura es recta; el vientre, plano; las piernas larguísimas y sin curva. Lo mejor es el pelo, que recoge en una trenza gruesa y negra que deja al descubierto unas orejas finas y respingonas un poco puntiagudas. Conserva todos sus dientes, con la paleta derecha que se monta casi entera sobre el incisivo. Esto no le avergüenza para nada: Kathleen sonríe muchísimo, y cuando ríe, que es todo el tiempo, lo hace a carcajada limpia, sin pudor: un signo, dice su padre, «de su pobre educación». Sus pechos se han desarrollado poco, me parece; los imagino altos, duros... Tía Josephine le compra sistemáticamente vestidos feos y pesados, o le da los suyos, morados, rosados, como de vieja –supongo yo que para disimular todo esto. Kathleen, en su cumpleaños... Le pienso regalar un broche, que he visto en una tienda. De plata, con la forma de una libélula. Con las cuatro alas desplegadas y dos ojos azules de piedritas. Es un broche para el pelo, para la parte de la nuca. Podría ponerlo al inicio de su trenza. Así lo imagino yo. Cuesta bastante (dos libras) pero estoy seguro. Es su estilo. Kathleen es una chica extravagante, rara en el mejor sentido de la palabra. No rara tipo Eileen, que es perfectamente consciente de su rareza y la cultiva.

Llevábamos ya un rato «velando», con las manos cruzadas y la cabeza baja, mareados por la peste del incienso y las violetas. Yo miraba el pecho de Mary Ellen que se inflaba y desinflaba bajo la franela. Nadie decía nada y hasta papi estaba solemne (quizá dormido). La sensación general era de que la cosa podía alargarse así hasta el infinito, y ya ni las tías lloraban. Entonces veo que Kathleen me está mirando a mí, sonriendo entre dientes, con el labio inferior apretado, aguantándose la risa –si la llega a ver su padre, le da una tunda. Dice que mi cara casi le hace caerse allí mismo. Que tenía la cara de un «besugo», de un «monje» –de las dos cosas a la vez. Dice que soy el chico más serio que conoce, que voy

siempre «medio tieso»; esto es a menudo un motivo de alegrías para ella, que me llama Hermano John por el cura de la nana. Lo cierto es que cuando estoy con ella soy tímido. Cada gesto, cada palabra suya me desmonta, y la rigidez atenaza mis músculos y mis sentidos. Me encanta verla reír, aunque sea de mí; sé que lo hace con cariño, y sin maldad alguna. Dice que le doy «muchísima risa», que no me doy cuenta pero que soy muy gracioso. Nadie me ha dicho nunca que yo le haga la más mínima gracia, antes al contrario. Esta es una cosa agradable, que tengo solo con ella. Me habría gustado sacarle la lengua, la punta, un instante, visto y no visto; se habría partido. Pero era peligroso, y he preferido no hacerlo por precaución. A papi también le hubiera gustado. Aunque sus ojos estaban más bien cerrados.

Mary Ellen no se muere. Poppie va a instalarse unos días en Usher Island con las tías, y le va a tocar a Eileen hacerse con la casa. Ella dice que no: es una chica egoísta. Pero no le queda otra opción. Sus hermanas le van a ayudar. La comida va a ser, me temo, terrible. Y esto es lo que nos faltaba. La mala cocina pone de muy mal humor a papi (a todos). Jim sigue sin mover un pelo. Nuestro cuarto apesta a sudores. El último baño se lo dio en octubre. Es un guarro indecible, definitivo.

A Katsy no le gusta demasiado Jim, dice que es un idiota, y que se cree muy gracioso pero que no lo es. Las bromas que él le hace son a menudo obscenas, y una vez incluso le enseñó el escroto. Mientras le pedía la hora (Katsy lleva, siempre, un relojito colgado al cuello).

Normalmente la gente no me prefiere a mí. Y no digo que no lo entienda. Yo no soy una compañía agradable, y soy perfectamente consciente de por qué no lo soy. Como soy consciente de que Katsy dice las cosas que dice de corazón. Ella no sabe lo que es la mentira.

Mucha gente ve en el suicidio la mayor de las atrocidades que un ser humano es capaz de cometer, en ocasiones más aún que el propio asesinato, que es visto, en cierta forma, como algo «natural». Esta gente se piensa que lo correcto es vivir, sí o sí, hasta el Último día –por Dios, por el Deber, por la Dignidad. Yo estoy a medias de

acuerdo. Creo que el suicidio es una salida cobarde (la muerte propia no es nunca un asunto propio), pero también creo que la vida de uno le pertenece a uno y a nadie más, y que se tiene todo el derecho del mundo a ponerle fin si es eso lo que se ha decidido. Lo mejor que nadie puede hacer por Mary Ellen es terminar con su vida cuanto antes. Ella piensa que su vida no es suya, es de Dios; que su vida ha de tener una resolución penosa porque así está escrito en algún lugar y que cuanto más la sufra y arrastre más honrosa y pura será su muerte –más honrosa para ÉL. Mary Ellen es una mujer estúpida, vulgar, que nunca tuvo la más mínima intención de servir a la vida. Este es su gran momento, está gozando de cada instante, y nosotros viéndolo. Lo va a alargar todo lo posible: es el momento para el cual ha nacido. Sus tías también gozan. Este arrastramiento difícil y pesado de la muerte por la vida me resulta de lo más obsceno, casi pornográfico. La muerte no debería ser venerada de esta manera; es una injusticia boba y vulgar y como tal debería verse. Rendirle culto es una perversión, fruto del miedo y la cobardía de espíritu. La gente que vive en la obsesión de la muerte nunca está lista para marcharse.

Jim se pasea por la casa, se aburre, me espía, sube, baja, la cocina, el salón, el cuarto, la cocina. No le he contado lo de Cosgrave, ni pienso hacerlo. Quizá me vaya a la biblioteca a trabajar: si logro cumplir una rutina de tarde, esta vez de verdad…

Leo a Leopardi –su diario, su Zibaldone– y a Stendhal –la no ficción, sus viajes a Italia y sus apuntes sobre el amor. También el nuevo fragmento del «Artista».

15 de marzo. Mabel ha terminado La isla del tesoro y está feliz. Dice que El Ciego Pew la ha tenido varias noches sin dormir. Me lo creo, porque a mí me ocurrió lo mismo. Dice riéndose que le recuerda a papi; pues sí. Le dice a Jim que a ella también le gustaría ser escritor. Yo digo que le puedo prestar algunos libros, si se trata de eso. «Tus libros no son de aventura.» (¿Y los de él sí?) Yo pasé rápido de los libros de aventuras –alguna cosa de indios y vaqueros, de piratas y robinsones– a estudiar lo que Jim me daba, que no eran

lecturas para un chico. Papi está orgulloso de verla leer, como si esto fuera algo necesariamente bueno, y les dice a sus hermanas que «a ver si aprendéis un poquitín». Mabel enrojece. Papi se cree que El Ciego Pew es algún galán de novela rosa, y dice que va a leer él también «ese libro famoso», porque «hay que leer más: ¡a ver si me pongo!».

Idiota. La gente que no lee no entiende que uno se puede estropear la cabeza leyendo, que es una actividad incierta. Muchas veces pienso que este ha sido mi primer error; otras, exactamente lo contrario. También depende de lo que uno haga con estas lecturas. A mi modo de ver, hay dos maneras de encajarlas: la de un Platón (donde este nuevo conocimiento servirá para potenciar los propios sueños y despegarse aún más de la realidad circundante) y la de un Aristóteles (donde servirá para recrudecer la razón y desnudar con violencia las cosas a nuestro alrededor). La primera llevará gradualmente a la embriaguez, a la cálida ceguera; la segunda, a la lucidez fría y desencanto progresivo del corazón. Siempre será mejor filósofo Aristóteles, pero como artista Platón fue superior. Platón, desde un cierto punto de vista, puede estar en lo cierto antes que Aristóteles. Esto depende de dónde situemos nosotros lo cierto, en la filosofía o en la poesía. Qué es lo verdaderamente importante, ¿comprender la vida o vivirla «contento», despistado en la medida de lo posible? Yo mismo no tengo una respuesta para mí. Probablemente la segunda. Lo que sí tengo claro a día de hoy es que ambas son incompatibles, ya que la felicidad estará unida siempre a lo vaporoso y a lo vago y la razón a lo duro y lo concreto –a lo exacto. Goethe fue capaz de hacer de su punto medio, me parece, una opción más o menos válida…

Últimamente, y a pesar de mi vida gris, no me encuentro mal. Creo que esto se debe a la escritura. El momento en que escribo este diario es el mejor momento del día, y casi parece compensar todos los demás. Las tardes y sobre todo las noches son para mí momentos de placer. Esta nueva vida de sofá me ha dado una intimidad inesperada que, no era consciente, necesitaba con urgencia. Me gusta saber que los otros están ahí arriba, durmiendo, pero no me gustaría tampoco que bajasen a molestar. Salvo alguna incursión

nocturna del borracho de Charlie o del borracho de papi, nadie me incordia estos días. Son las dos y media de la mañana y el silencio es casi total: un grillo, unos cascos que se alejan, la lluvia finísima... El frío es el de siempre, o más o menos. La chimenea una tumba. El brasero ni lo huelo. Mantas y mantas y más mantas. Uno nunca se acostumbra al frío, como no se acostumbra al dolor físico.

Durante años, Jim dijo que yo era un estoico. Al principio (yo no había leído a los estoicos) esto me pareció bien –sonaba a una de esas palabras que a veces él aplicaba a sí mismo. Al fin leí un par de libros y comprendí que se trataba de un insulto. En el corazón de los estoicos está la renuncia, en el mío la cautela. No es lo mismo –no tiene nada que ver. Jim pasó a hablar luego de mi estoicinismo, «una especie de mala leche recta y disciplinada». Decía que le negaría un pedazo de pan a mi propio padre por justicia. Él, en aquel entonces, era un epicúreo –«uno de esos extraños seres capaces de disfrutar la vida». Luego ya pasó a inventarse y asumir su propia filosofía del Genio, personalísima. La resumo, por ahorrar papel: «Soy un genio, palurdos –chupadme el ano!!».

Los estoicos, con toda su falsa humildad, seguían pensando que el mundo giraba en torno a ellos, o que era su espejo. Querían vivir «según la naturaleza» (otra excusa más –como toda metafísica– para la total indiferencia entre los hombres, si no para la brutalidad). La naturaleza no tiene principios: mata, crea, derrocha, ajusta..., todo sin ningún tipo de plan. El hombre tiene que tener un plan, uno de convivencia y respeto mínimos. Los sombríos estoicos hicieron de la indiferencia su religión: una religión violenta. Un hombre nunca podrá perder de vista su ideal, por mucho que lo entierre bajo capas y capas de soberbia o abdicación. El estoicismo fue la doctrina de los hombres feos y contrahechos, de los airados, el equivalente antiguo al fanatismo puritano de nuestros días. Yo no soy ningún puritano, no se me puede acusar de esto. Entiendo que entre el putero y el puritano ha de existir un punto medio. Ahí estoy yo. Los cauchos, los químicos, espermicidas..., todas estas cosas son corrupciones del erotismo. Como es una corrupción del espíritu la total censura del cuerpo y el corazón. ¡Qué fácil es abrazar los extremos! ¡Qué difícil lograr un punto medio! El punto medio se asociará siempre a la mediocridad, y nunca al genio.

16 de marzo. Anoche tuve un sueño muy vívido en el que me enteraba, en pleno entierro, de que el abuelo se había muerto –nadie me lo había dicho. Todos lloraban desde hacía tiempo y yo no sabía por qué. Me equivoco y llevo un traje blanco, impoluto y muy brillante. Madre me defiende: «Pues mira, John, como los chinos. Ellos usan el blanco. ¿No tenemos acaso el mismo Sistema Digestivo?». Pero no: papi me esquiva la mirada. El ataúd rarísimo baja con una lentitud increíble entre la vibración de las cigarras y el chirriar de las cuerdas; la fosa es muy honda. Estoy sudando. El calor es tremendo. Echo un vistazo con el rabillo del ojo y veo que nadie me mira.

Los sueños. Cuando uno apunta rápido un sueño, y relee lo que ha escrito, todavía queda algo. Pero algo personal, intransferible. Durante una época llevé con puntualidad un «Cuaderno de Sueños y Pesadillas». Todas las mañanas me levantaba y trataba de rescatar los restos del naufragio –no lo conseguía; eran cursis y pretenciosos, raros, que no misteriosos, aburridísimos. El sueño provoca soledad. La provoca porque no se puede comunicar su sensación, ya sea esta de terror o de entusiasmo (como no se puede comunicar la sensación del amor o del recuerdo –de nada, me parece– más que jugando a los espejos). Uno interpela la emoción del otro, la saca a flote, pero nunca comunica la suya. Esto es frustrante. Porque, cuando uno siente una certidumbre, siente igualmente la necesidad de hacérsela sentir al otro; ¡qué broma pesada! Hay algo penoso en soñar con alguien. Ni se entera. Las chicas soñadas –si existen sus rostros en la realidad, que a veces tampoco– conservan luego, por un rato, su brillo del sueño. Esta veracidad de lo desconocido, ¿de qué nos sirve a nosotros? Sirve, como mucho, a los artistas; ellos hacen su juego, su miniatura. El precio a pagar es alto. Para nosotros, el minuto de melancolía cae en saco roto –y tantas cosas en ese minuto.

18 de marzo. Eileen es una pésima ama de casa, y una pésima hermana mayor. Pone a las niñas a fregar, a quitar el polvo, lavar los cacharros, la cocina... mientras ella se ocupa de las labores más visibles: aquellas que papi presencia. Pone la mesa, pasea por el

salón, riega la planta. ¿Y la cena? Entre May, Eva, Florrie y Mabel; Eileen supervisa. ¿Y la compra? Entre May, Eva y Florrie; Eileen hace la lista. Ayer se gastaron todo el dinero de la semana en una pata de cordero carísima que luego destrozaron en un guiso espantoso. Papi aún no se ha dado cuenta de los detalles, no ha percibido todavía estas pequeñas ayudas invisibles, como de duende; porque cuando las niñas salen al mercado (esto es, a «acompañar a Eileen») Eileen sale también. Adónde demonios me gustaría saberlo. Jim come cada vez menos, esta feo y consumido; parece un pájaro; tiene la barba de un mendigo lampiño; huele a axila. Charlie cena fuera; invitan los pobres; invita O'Rourke. Yo no tengo un centavo y me muero de hambre. Comer algo espantoso, cuando le ruge a uno el estómago, lleva a la melancolía. Si papi trae la barriga llena de whisky come sin exigencias; todo le entra. Pero su tolerancia, sospecho, va a cesar pronto: en cuanto llegue a casa un poco sobrio (por estadística, mañana o pasado). Su odio lo dirige ahora contra Mary Ellen, que tiene a Poppie secuestrada, «la muy lesbiana». Porque en el fondo se la quiere joder, y siempre lo ha querido. Esto lo dijo anoche medio borracho, delante de las niñas. No descarto que sea verdad, pero estas cosas no se dicen. Eileen me pone de los nervios; ¿quién se cree que es? Tiene la frivolidad de una gran estrella, sin tener también sus méritos. La casa echa de menos a Poppie.

El abuelo. El abuelo James (padre de papi) fue un hombre callado, blando y bueno, un pobre hombre. Apenas pisaba por casa, y cuando lo hacía era porque no le quedaba otro remedio. De todos sus nietos, solo quiso a Jim. A mí me llamaba indiferentemente Stanislaus, Charles y George, y nunca se molestó en saber quién demonios era de los tres. No lo juzgo. A mí también me hubiera dado igual. Murió cuando yo tenía diez años y papi lo lamentó mucho. Jim también. A mí me sorprendió aquella muerte (era un niño), pero poco más –no recuerdo un dolor especial como, por ejemplo, en la muerte de Georgie. Ese día madre nos llevó a todos menos a Jim a pasear por la ciudad y tomar leche con cacao. No estuvimos en el entierro, al que apenas asistió alguien –parece ser que, entre sus muchos conocidos, el abuelo tenía pocos amigos. La abuela se enlutó y esperó su propia muerte, que llegaría cuatro años

después. Papi dijo entonces que se había quedado huérfano (tenía casi cincuenta). Que había perdido a su familia.

Ver al abuelo –flaco, pequeño, exhausto– al lado de papi –gordo, vital, más bien grandote– producía un efecto extraño. Como si papi hubiese sorbido toda la vida o jugo de su progenitor para poder vivir y doblarse en tamaño, como ocurre en algunos insectos. Una vez hecho, su padre ya no le valía de nada; era apenas una carcasa, un remanente de vida final. Lo trataba sin respeto, con la ternura humillante e irónica con que se trata a un criado preferido, y lo manipulaba a su gusto como a un objeto físico. Cuando el abuelo estaba sentado en el sofá de orejas y papi llegaba, automáticamente el abuelo se levantaba para dejarle el sitio. Papi se sentaba entonces y empezaba a contar el día, Jim a su lado. El abuelo iba a la cocina y traía una silla; escuchaba con las piernas cruzadas y la cabeza inclinada, en una débil silla de mimbre. Es este el recuerdo que tengo de él –uno de los pocos. Con su mujer mantenía una relación horizontal, de compartido terror. El abuelo era uno de esos extraños seres en los que el vivir humillado no provoca la necesidad de humillar. A la gente que ha vivido humillada se le nota en la cara. ¿Yo estoy a tiempo de cambiar mi cara, la expresión en ella? Mi expresión es de defensa, de alerta mordaz. Soy ácido y malintencionado, para reducir daños. Cuando uno va abierto por la vida, recibe muchos. A veces la catástrofe es irreparable: mejor ir con un puntito de seguridad, con un juboncito. Antes, cuando me hacían daño, me enfadaba. Ahora me río; luego medito, centrifugo... Hasta convertir ese daño en una enseñanza, en una muesca lúcida de pesimismo. Si el abuelo hubiera logrado rebelarse –contra su padre, contra su jefe, contra su hijo– su vida habría sido muy distinta.

Los sueños. Los sueños son, con el amor y la esperanza, la máxima expresión de lo borroso, y así de la felicidad. No hay nada más placentero en esta vida. La idea de infinito nos obsesiona, pero no podemos concebirla: la sustituimos (temporalmente) por la idea de lo indefinido. ¿Y qué hay más indefinido que un sueño, que la espera y que el amor? Lo vago y misterioso y la felicidad están confundidos. Uno vive esperando algo muy misterioso, y se muere.

La cosa está en creérselo, en poder creérselo –pensar que sí. Pero quizá sea, antes que nada, una cuestión de temperamento, de puro carácter (cosa innata). Poder llegar hasta el final, decir «¡ay!, ¡me equivoqué!» y morir; no hay tiempo para horrorizarse. Uno pensaría que su primera obligación es ser feliz, y que para ser feliz hay que cultivar lo vago, pensar poco y creer mucho; evidentemente uno no siempre puede hacerlo. La literatura, como la religión, alimenta y cuida estos fantasmas delicados. Del filósofo Tales se cuenta que tenía un secretario y que este secretario le dijo un día, mientras el filósofo miraba el cielo: «¡Oh Tales, no puedes ver lo que tienes delante de las narices y pretendes ver lo que hay en las estrellas!». Pues bien, este secretario no había entendido nada, era un imbécil. Si Tales hubiese mirado lo que tenía delante de las narices, probablemente lo habría visto. Mirando las estrellas se aseguraba la embriaguez, la ceguera, la idea de infinito –la extrema subjetividad, la nada y el todo: ¡la felicidad, estúpido secretario! Tales miraba las estrellas para soñar, como otros han mirado las montañas o han mirado el mar. La idea del conocimiento, del perfeccionamiento, es otra excusa más para la oscuridad, para atarearse con algo. Algo –y esto es lo importante– que no se pueda tener, pero que dé la impresión, a veces inminente, de que sí. Madre, consumida por un cáncer de tripas, se consolaba con la idea –a todas luces equivocada– de que nos íbamos a ver otra vez. Y lo creía de veras. Ahora, ¿quién puede juzgarla, considerarla estúpida? Cuando madre se moría, Jim y yo no quisimos arrodillarnos frente a su cama de enferma para rezar la oración de los muertos. «No creemos más en Dios», dijo Jim, «no podemos hacerlo. Hacerlo sería mentir.» Papi, que pensábamos nos iba a dar una paliza, se echó en una silla y empezó a gimotear. Yo estuve a punto de arrodillarme (estaba muy nervioso) –pero Jim nos mantuvo firmes. ¿De qué valió la escena? Nos ganamos el odio de nuestra familia y madre se fue un poco más agitada. Creo que hay dos tipos de personas: las que consideran las ideas más importantes que los seres humanos y las que consideran los seres humanos más importantes que las ideas. Yo (creo y me conviene creer) sería de los segundos.

19 de marzo. Jim y yo hemos salido al muelle con Mabel. Es la primera salida de Jim en mes y pico. Un paseo largo, extrañamente

agradable. Antes (hace seis, siete años) solíamos dar paseos de este tipo todas las semanas, en dirección a la biblioteca. Luego madre nos lo prohibió –porque Jim me estaba corrompiendo– y luego volvimos a hacerlo –porque yo ya estaba corrupto. Fue durante estos paseos cuando se formaron mis primeras ideas serias de la vida. Jim fumaba, chupaba regaliz, y mientras divagaba. Sobre cualquier cosa: poesía, prosa, amor, amistad… Yo al principio callaba, luego transcribía en un papel las cosas que podía recordar. Al fin sentí las primeras contradicciones en su discurso, y empecé a hablar también. Cuando llegábamos a la biblioteca, después de un largo rodeo, nos quedábamos en la puerta cerrando el tema, finiquitándolo. Y entonces llegaba la noche. Nunca entrábamos a la biblioteca. Dábamos media vuelta y vuelta a empezar. Estos paseos, de tarde, a veces enteramente nocturnos, eran importantes para mí. También para él: él podía saber cómo sonaba su propio pensamiento, al tiempo que se formaba; yo aprendía algunas cosas. Hacía meses que no dábamos un paseo tan largo. Pero hoy no nos hemos puesto muy serios, y mejor. No delante de Mabel.

Mabel es un misterio. Es una niña mona y regordeta, aunque cada vez menos. Poco a poco se transforma en una pequeña mujer, se desarrolla de forma prematura, sin la belleza femenina de madre ni su delicadeza. Ahora está en ese extraño punto en el que uno no es ni una cosa ni la contraria; un punto ingrato.

Parece asumir que su vida será más o menos «intelectual». Con una actitud que oscila entre el alivio (alivio de no ser como su hermana Poppie) y la resignación (resignación de no ser como su hermana Eileen). Ella se parece más a mí. Es una pequeña Stanislaus. Callada, seria, torpona. Delante de ella está prohibido hablar mal de papi. Jim y Poppie lo prefieren así, y yo estoy de acuerdo hasta cierto punto. ¿De qué serviría, en cualquier caso? No le gustan las monjas. Pero tampoco tiene un interés especial por los chicos. «No me voy a casar con nadie», nos dice. Me gustaría poder advertirle del peligro de esta posición. Corre el riesgo de ser una solterona como Mary Ellen, con una carga muy superior a la de dos tías viejas: papi. Si fuese monja, quizá, podría desarrollar una vida intelectual auténtica, dedicarse a leer y a pensar –si quisiese. Como hija menor solterona tendría la misma vida que tuvo madre, pero sin los partos anuales. Hmm… «¿Y emigrar?», le pregunto.

«¿Adónde?», me dice ella. «No lo sé… Adonde sea. Europa, América.» Ella mira a Jim. Luego dice: «Dublín…».

Papi no sabe que ha venido con nosotros. No le gusta nada que Mabel pase tiempo con Jim y conmigo. Solo con sus hermanas y, si no hay más remedio, con Charlie. Piensa –con razón– que nosotros le vamos a meter ideas feas en la cabeza. Que vamos a ponerla contra él. Yo quiero hacerlo, desde luego, pero hay que tener cuidado, utilizar métodos sutiles. No tanto ponerla contra él como hacerle ver que su vida todavía es suya, y que no debe aceptar que nadie le diga lo contrario. Papi sabe que Poppie tiene un límite, y que este límite está cerca. A Eileen la ve perdida y al resto de sus hijas las considera estúpidas. Con Mabel se quiere asegurar la criatura perfecta. La hija perfecta para un padre monstruoso: la perfecta esclava.

¿Por qué le he gustado tanto a Jim? ¿Por qué hoy le gusto menos? Leopardi escribe: «¿Qué compañía nos es más agradable a los hombres? Aquella que reafirma la idea que tenemos de nosotros mismos». Yo no he encontrado nunca a nadie que me vea de la forma en que yo me veo. Jim ha confundido siempre el cinismo del entomólogo con la justeza del crítico. Para la familia he sido una réplica de menor intensidad. No soy vanidoso: no digo que sea mejor que esto, digo que soy otra cosa. Esta mirada que lanzo sobre mí mismo (tan insistente, tan plomiza) no es una mirada fascinada –ni mucho menos. No creo que yo sea una persona capaz. Sí creo que el primer trabajo de un hombre es conocerse, quizá el único posible, y que este es el trabajo de toda una vida.

El olor de madera mojada, hinchada, podrida, es el de mi niñez. Es un olor que no me produce placer o pesar, sino una angustia física. Un sonido es el de las mareas.

«Solo podía ser amo o esclavo; libre e igual a otros no podría ser. Aquellos que están gobernados por el egoísmo solo pueden

gobernar o servir» (Zibaldone).

El artista es compatible con la vanidad, el filósofo no. Que la filosofía de nuestros días es una mentira lo demuestra la invariable vanidad de los filósofos. El filósofo más fácil de querer es el presocrático, aquel que mira las cosas por primera vez –es un niño.

EVA (hojeando el periódico de papi): ¡Aiba! ¿Se ha muerto la señora Cassidy?

PAPI: No lo sé. Pero alguien se ha tomado la libertad de enterrarla.

– Cosgrave, de Jim: Monstruo de Gogartenstein, El Nolano – Judex.

– Jim, de Cosgrave: Lord Lagarto, El (Gran) Samaritano. – Jim, de mí: fray Ceñudo, El Hombre Muelle, Der Golem, Prometeo.

– Papi, de Jim: el Deán, Sir Daniel.

– Yo, de papi: Otto von Pinta, Nicolás II.

– O. G., de Jim: Kinch, El Dante.

– O. G., de Charlie: Homo-Lupanar, Baco, Sir Ano de Bergerac.

– O. G., de mí: El Duro, Carapiedra.

20 de marzo. Tercer domingo de mes. Es primavera.

Por la mañana.

Las niñas –capitaneadas por Eileen– me despiertan muy temprano. Van y vienen, se visten, se calzan, van y vienen. Remoloneo en el sofá y pregunto por mi desayuno. «¿Qué desayuno?», dice Eileen. «Mi tostada y mi café», digo yo. «JaJaJaJa, JaJaJaJa.»

Me enfado, pero no me levanto. Mascullo una maldición contra mi hermana y cierro los ojos otra vez, me envuelvo la cabeza en la manta peluda. Las niñas arman un pequeño escándalo que se prolonga por unos pocos minutos larguísimos; al fin se van a tomar viento. A las dos horas me despierto y preparo un café. Dos cafés: otro para Jim. Subo la escalera con cuidado y oigo los ronquidos de elefante al otro lado de la puerta rota; papi no ha ido a misa. Entro despacio a mi cuarto y una nube densa de olor corporal me golpea como un puñetazo. Yo, que voy con una taza en cada mano, tuerzo el gesto y abro la boca, respiro por la boca. Avanzo a tientas, dejo las tazas sobre el escritorio, donde puedo, retiro la cortina y abro un poco la ventana. Entra al cuarto un aire helado y limpio. Deben de ser las diez. «¡Agh! ¡agghh!» Miro a Jim; está horrible, legañoso y desnudo, blanco como la nieve, las costillas y sábanas marcadas; parece una larva, o algún tipo de batracio.

«¿Te apetece dar un paseo? Hace un buen día.» «Aghshsuhd.» «Te he traído un café. Pero date prisa que está caliente.» «Aghsjshusjsh.» «Venga, que hace un día estupendo. Es primavera.» «Agghhhsushuggh. ejjj. Ttstsssttt.» «¿Qué?» «Ttstsst. ¿Ttststagahhh?» «Las diez, las diez y media.» «¡Aghsgh!» Cojo los cafés y bajo. Me los bebo uno detrás de otro y me visto. Agarro el libro y salgo.

Empieza a chispear un poco; me refugio bajo los árboles del parque. Intento concentrarme en la lectura, pero nada, no puedo –es imposible. Una chica guapa y vestida de rosa pasa corriendo, llorando. Detrás de ella su galán, que la alcanza. «Pero pajarito... Pajarito..., ¿por qué huyes así?» Se la lleva del brazo. Ella me mira un instante. Yo apunto la frase en un papel.

Al rato aparece, muy concentrado en sus pasos, J. F. Byrne, ex-amante, Alma-Gemela, Albacea, Amor. Thomas Falanges-Cuadradas, El Mar Incorruptible, Su Intensidad.

–Anda, Tú.

–Sí. Qué tal.

–Bien...

–Y yo...

–Y tu hermano, ¿cómo está?

–Ahí está. Ha estado enfermo.

–He oído que pasó por la cárcel. Que se fugó con una puta.

–No se fugó. Intentó fugarse.

–Gogarty se folla todas las semanas a esa puta.

–¿Cómo lo sabes?

–Lo va diciendo. Quiere que tu hermano se entere.

–Ya, pues yo creo que ya lo sabe. Pero ahora no... Ella me dijo que ahora no.

–Ah, pues no sé. Es lo que he oído.

–Ya... entiendo.

–¿Escribe?

–Sí, una novela.

–¿Novela?

–Sí: novela.

–Ya, pues nada. Que vaya bien.

–Igual.

–Adiós.

–Adiós.

–Chao.

Y se larga con sus andares cimarrones, sin mirar atrás, dejando a su paso un rastro baboso de librepensamiento y gravedad. Yo medito sobre la nueva proposición de Jim, la última ocurrencia: una cabaña a las afueras, los dos. Mi sueldo, cuando lo vea, su sueldo, cuando lo haya. Sin papi. Por unos meses. Tentador.

Vuelvo a Cabra, perro mojado.

Por la tarde.

Reunión familiar: magnífica.

Eileen y las niñas «lo han pasado en grande». Charlie es un gran actor. Maneja los tiempos y conoce los ritmos. Es un gran actor y lo han felicitado. Se pavonea.

–Así es, pues sí. He aprendido un par de trucos, esta es la verdad. Aprendo rápido.

–¡Ya te digo! ¡Ya te digo!

–Qué talento.

–Qué gracia.

–Qué tensión, qué... Tensión.

–Ay. Me hubiera gustado verlo. Pero ¡este sueño mío! Sueño mucho, ¿sabéis?, y a veces cuesta arrancarme de la cama. Dicen que la edad te quita los sueños, pero este no ha sido mi caso. Soy soñador.

–O'Rourke dice que aprendo rápido, rapidísimo, que soy un rayo. Que mi talento es nusitado.

–Sí.

–Sí.

–Me lo creo. Solo tenías que encontrar tu lugar.

–Sí, pero no me conformo. Quiero estudiar los Evangelios. Profundizar, rascar.

–Eso está muy bien. Así me gusta, chico. Tu madre estaría feliz.

–Lo sé.

–Ella siempre tuvo sus esperanzas... Os digo que su ideal en la vida era ver a uno de sus hijos tomando los hábitos. A otro lo mandaría al cuerpo y otro sería abogado. Y al fin... fíjate tú. Quién nos lo iba a decir a nosotros.

–Cómo. ¿A qué te refieres?

–Bueno, pues a ti.

–Pero... ¿en qué sentido? ¿Se os hace raro que yo...? Soy devoto, ¿eh? Siempre lo he sido. Siervo.

Entonces se produce un silencio. Veo que Jim no piensa abrir la boca; mantiene su mueca, que casi es una sonrisa. Hablo para mí, se me escapa:

–Ave Hepatitis. Con pecado concebida.

La mesa contiene el aliento. El primate estalla.

–¡Ah! ¡AHHH! ¡Sal fuera! ¡Sal fuera!

–Relájate, oh vamos. Charlie...

–¡Dejarme! ¡Que lo mato a ese cerdo! ¡Cerdo! ¡Cabrón!

–¡Esa boca!

–¡Tú a callar, zorra!

–¡Tú a mí no me llamas zorra!

–¡Eileen!

–¡Zorra! ¡Zorra! ¡Zorra!

–Bah. Bah... No le hagas caso a este, hijo. Este no sabe ni dónde tiene el agujero del culo. Si ya lo decía su madre...

–¿Decía el qué?

–Que serías poca cosa.

–¿Y tú qué eres?

–Un hombre honrado y trabajador, por lo pronto. Y el que te ha dado la vida y mantenido en ella, a veces con pesar. ¿Y a cambio de qué? A cambio de caras largas y desprecios.

–¿Tú me has dado la vida? ¿Y qué me dices de madre? ¿A ella qué le diste?

–Cállate, Stannie. Vámonos.

–¿Por qué? ¿Realmente se cree las cosas que dice, este tipo?

–Cállate, vámonos.

–¿Tipo? ¿A quién llamas tú «tipo»?

–Déjale, papi. Es un descreído y un gilipollas. Poco se puede hacer ya.

–¡«Tipo», y me llama «tipo»! ¡El perro faldero! ¡Ver para creer!

–Vamos, papi.

–Por favor...

–Chicos...

–La niña.

–Mira, si no fuera por la memoria de tu madre...

–¿Sí?

–Te estampaba aquí mismo.

Mabel llora y Jim me saca a la calle. Rara vez entro al trapo, no sé qué mosca me ha picado. Hacía meses que no me ocurría. A veces la estupidez humana te supera y tú simplemente no puedes soportarlo. La mucha vanidad de los mandriles y los lomoplateados asusta. A uno le molesta que se lo crean. Difícil no intervenir. Desespera ver a gente tan tonta tan convencida de su verdad. Más aún si esta verdad viene secundada por otros tantos tontos. Ver feliz al tonto, convencido de su no imbecilidad… Uno querría despertarlo de su sueño, emanciparlo, hacerle ver de una vez y para siempre toda su gloriosa, inmortal estupidez. Es algo humano…

Jim y yo hacemos tiempo hasta la noche. Primero vamos a los muelles, donde hablamos de la casa. No lloro. Jim no siente aprecio por ninguno más que por mí. Le dan igual y no tiene pensado verlos más. No le dan pena las niñas. «Si no fuera el convento sería el marido, y si no fuera el marido sería papi.» Y a su manera tiene razón. Hablamos de la cabaña, a las afueras. No quiere trabajar, no piensa mover un dedo. «Lo primero que tenemos que hacer es cobrar lo nuestro. Mañana vas allí y le dices al cabrón que, si no paga, no vuelves.» «El Sr. Ward suele pasar de tarde. Es un hombre mayor.» «Bueno, pues esperas a que pase. Y entonces le dices que, si no paga ipso facto, adiós.»

Luego –el sol ha caído– vamos a la casa de los Sheehy; Jim está animado. «¿Cómo están las cosas por allí?» «Como siempre.» «¿Cómo está El Cristo Peludo?» «Como siempre.» «¿Hm?» «Más pesado que el mercurio.»

Una vez allí, Hanna nos recibe.

–¡Hombre, hombre!

–Qué, qué.

–Qué pasa, Hanna, ¿quién es?

–¿Qué pasa? ¿Quién es?

–¡El hijo pródigo!

–¡Ah!

–Pero ¡bueno!

–¡Jim!

–¡Ah!

–¿Cómo estás, María? Ginger.

Su entrada triunfal se convierte en una conferencia triunfal. Jim habla en el sofá, y el resto escuchamos en semicorro. Los temas van variando. Arte. Política. Mujeres. Eugene El Gorila no escucha; me incordia.

–Cuánto tiempo, chiquitín... –Y me estruja el brazo.

–Qué haces. Para.

–Je, je. ¡Debilucho!

–Para, haz el favor.

Jim habla, las chicas escuchan. Y al fin El Cristo Peludo, verde de envidia, rojo de abstinencia, alza la voz. Él se ha casado con la hermana fea, ¿y no tiene derecho a hablar acaso? Él es el Líder de la Manada. Es muy feminista. Y es vegetariano.

–Mmmmmm... Veo lo que quieres decir –empieza Skeffington–. Es decir, veo tu punto. Pero... No. Te equivocas respecto a eso.

–¿Sí?

–Totalmente.

–¿No les cerrarías ninguna esfera de la vida pública, entonces?

–Claro que no.

–¿Les dejarías entrar en el ejército, en el cuerpo de policía, el de bomberos...?

–Hay ciertos deberes sociales para los que las mujeres no están

físicamente capacitadas.

–Te creo.

–Al mismo tiempo, deberían poder ejercer cualquier profesión civil para la que tengan aptitud.

–¿Doctores y abogados?

–Por supuesto.

–Y qué me dices de la tercera profesión liberal.

–¿A qué te refieres?

–¿Crees que serían buenas confesoras?

–Bromeas. La Iglesia no permite mujeres en el sacerdocio.

–¡Ah, la Iglesia!

–Pues yo creo que lo haríamos muy bien.

–Nada, cariño. Tú déjame a mí.

–¿Que te qué?

Después de una hora ya discutían por discutir, y nadie los escuchaba. Las hermanas bailaban al piano del Sr. Sheehy y Eugene me tocaba las narices.

–Venga, uno solo.

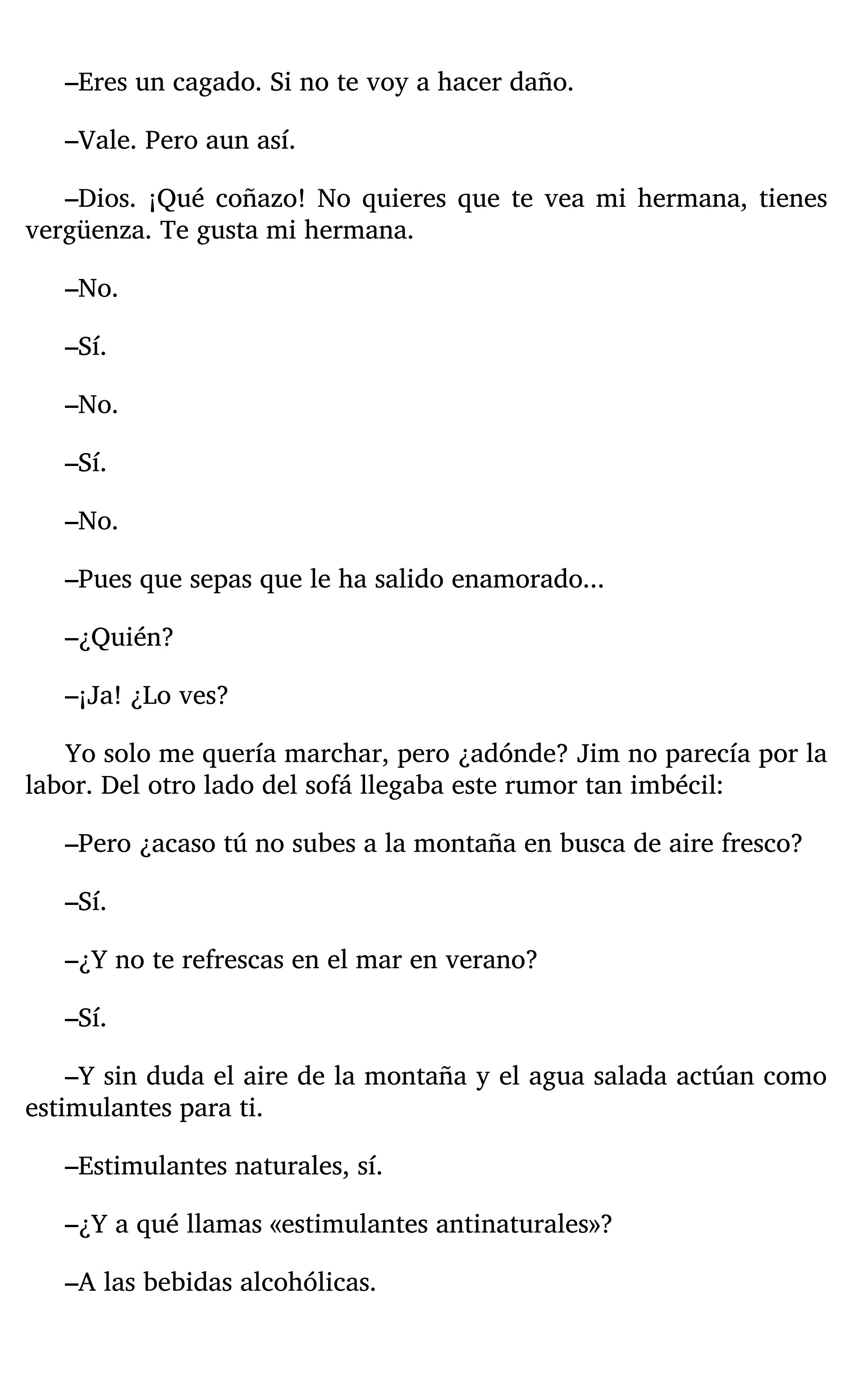
–Que no.

–Cobarde.

–Sí.

–Venga, con la izquierda. Es mi brazo malo.

–Que no.



–Eres un cagado. Si no te voy a hacer daño.

–Vale. Pero aun así.

–Dios. ¡Qué coñazo! No quieres que te vea mi hermana, tienes vergüenza. Te gusta mi hermana.

–No.

–Sí.

–No.

–Sí.

–No.

–Pues que sepas que le ha salido enamorado...

–¿Quién?

–¡Ja! ¿Lo ves?

Yo solo me quería marchar, pero ¿adónde? Jim no parecía por la labor. Del otro lado del sofá llegaba este rumor tan imbécil:

–Pero ¿acaso tú no subes a la montaña en busca de aire fresco?

–Sí.

–¿Y no te refrescas en el mar en verano?

–Sí.

–Y sin duda el aire de la montaña y el agua salada actúan como estimulantes para ti.

–Estimulantes naturales, sí.

–¿Y a qué llamas «estimulantes antinaturales»?

–A las bebidas alcohólicas.

–Pero... son producidas a partir de sustancias vegetales naturales, ¿no?

–Quizá, pero mediante un proceso antinatural.

–Entonces ¿consideras colegas al cervecero y al taumaturgo?

–¿Qué? Las bebidas alcohólicas se producen para satisfacer apetitos artificiales. El hombre, en condiciones normales, no las necesita para vivir.

–Dame un ejemplo de lo que llamas «condiciones normales».

–Un hombre que lleva una vida saludable y natural.

–¿Tú?

–Por ejemplo.

–¿Representas a la Humanidad Normal ?

–Lo hago, humildemente.

–Entonces ¿la Humanidad Normal es miope y sin oído?

–¿Sin oído?

–Sí: pienso que no lo tienes.

–Me gusta oír música.

–¿Qué música?

–Cualquier música.

–Pero ¡si no puedes distinguir una melodía de otra!

–No: puedo reconocer algunas.

–¿Por ejemplo?

–De acuerdo...

–¿Sí?

–Admito que mi oído es un poco defectuoso.

–¿Y tus ojos?

–¡También!

–Entonces ¿cómo representas a esa Humanidad Normal ?

–En mi manera de vivir y sentir…

–En tus apetitos y en el modo en que los satisfaces, ¿verdad?

–Exacto.

–¿Y cuáles son tus apetitos?

–Aire y comida.

–¿Alguno más secundario?

–La adquisición de conocimientos.

–¿Y necesitas también de consuelos religiosos?

–Quizá… de vez en cuando.

–Y mujeres… ¿de vez en cuando?

–Mi Hanna. ¡Solo mi Hanna!

22 de marzo. Comprobar que otro, hace mucho tiempo, sintió ya los miedos y penas que tú sientes hoy y que no se acabó el mundo como parecía entonces, alivia. ¿Qué importa sentirse humillado, al fin y al cabo? Pensémoslo. El humillador muere con su víctima, y la vergüenza no es eterna. El dolor tampoco. La mayoría de los libros hablan del sufrimiento, y a nosotros nos gusta leerlos. Y es que contemplar la desesperación de los otros y ver que es idéntica a la nuestra genera un sentimiento de igualdad que casi es de comunión. Más si ellos ya están muertos (y siempre los mejores hombres lo

están). Este sentimiento diluye nuestra pena en la pena de todos y hace que las edades sean una edad. Las tres o cuatro cosas que sentimos hoy como hace tres mil años son las únicas cosas importantes, pienso –mientras existan los jóvenes, van a seguir soñando con morir o escapar, van a seguir descubriendo el amor y pensando que Dios los ha tocado, como luego el desamor y que Dios los ha abandonado; el conocimiento va a seguir naciendo, creciendo y extinguiéndose, otros que aún no viven van a seguir negando y aceptando su propia muerte, entera o parcial, y a otros la vergüenza no les dejará dormir. El tiempo se pliega como un papelito cuando uno lee a los Antiguos, y entiende que el hombre es todavía muy joven, y que seguramente no llegue a ser viejo. Somos lo mismo. La primera comunión auténtica que yo tuve con otra persona –o la segunda, si quitamos a mi hermano y nuestras infancias– fue gracias a la palabra escrita. Gracias al proceso mental de un alumno de Sócrates en una tarde muy lejana. Yo habría hecho las mismas exactas preguntas al viejo maestro, habría llegado punto por punto al mismo lugar de su mano. La impresión fue grande. De un solo golpe todos los chicos se me igualaron, como gatos o como caracoles, y yo me igualé con ellos. Ahora, esto es melancólico; la melancolía alivia. El dolor, cuando tibio y constante, cuando muy vago, no es dolor: es otra cosa. ¿Qué puede importarme a mí lo que vaya a sucederle a este lento dublinés de principios de siglo? ¡Poco! La melancolía no es tan mala al fin y al cabo, pienso... –mientras uno no se esfuerce por encontrarla. ¿Quién se va a acordar de Stanislaus Joyce Murray? ¿Qué va a importar? Nada en absoluto. La indiferencia de uno mismo cambia el dolor por la melancolía y la pasión por la templanza y la humillación es menos humillación porque es la humillación de todos.

23 de marzo. Cuando era un niño siempre me gustaba una niña del barrio, que rellenaba un hueco en mi cabeza. Luego llegaba una más guapa o más encantadora y la destronaba automáticamente, la lanzaba a la basura. Cuando este hueco no está lleno siento una frustración, la de no saber pensar en nadie. Me gusta tener una cara concreta y sensible que adorar e imaginar, una que cambia y vive, que puede incluso ser tocada y besada –aunque no lo sea nunca por mí. Sé que una y otra cosa son similares, pero ¿a quién hago daño

con estas fantasías? Los chicos como yo amamos antes el amor que el ser amado. Y esta es una diferencia importante. Para nosotros, lo importante es tener un Objeto, una cara con la que tejer futuros y felicidades posibles; esto sirve de mucho, aunque pueda parecer una cursilada o una estupidez, o ambas. Por lo general somos inofensivos. La esperanza no puede vivir sin su Objeto, y uno no puede vivir sin la esperanza. Que sirve para levantarse de la cama – o del sofá.

Pero esta vez (lo creo de veras) es un poco distinto. A K. la conozco bien, de toda la vida, su vida. Llevo catorce años a su lado (casi quince) y cuando la miro, la veo a ella, a K., veo un revoltijo de rarezas y prodigios que se han dado y a nadie sirven. ¿Es este un amor maduro? ¿Es esto amor? No lo sé ni me importa; sí ha sido (lo es ya) mi obsesión más fiel y duradera. ¿Quiere esto decir algo? Su olor, que encuentro a menudo en la calle y en las tiendas, me retuerce las tripas y me encoge el corazón. ¡Amor! ¡El amor de los poetas! Ante todo tranquilidad, mucha cautela. Esta vez, esta vez sí, la puedes llegar a besar (puede no ocurrir, ¡y por lo mismo ocurrir!). Nunca he besado a una mujer. Nunca he tenido verdaderamente la sensación, el acto físico real de besar a alguien en los labios. Según los literatos, es esta la mejor sensación de la que uno puede gozar aquí en la Tierra. Jim escribe cosas absurdas sobre los besos, que son, entre otras cosas, «conductores de un vago idioma». Yo no creo que los besos sean una fuente de conocimiento –al menos no solo de uno mismo, como los pinta él, de autoconocimiento. Su amor por la puta es un amor mentiroso, literario. Esto es así porque Jim no puede sentir interés real por nadie que no sea él. Si de verdad se interesase por la puta, si de verdad quisiera saber quién es esa puta (que como todos ha tenido una niñez y una adolescencia y como todos tendrá cosas en la cabeza y tendrá deseos en el corazón que puedan tener que ver o no con su condición de puta y de irlandesa), se aburriría al instante. Mejor convertir a esta puta, como a otra, en el negativo de su espíritu, en OH, la Anhelada, Símbolo de su Raza y de su Corazón; mejor para escribir, pero no para vivir.

K. se ha ido convirtiendo en una mujer delante de mis ojos. No puedo recordar el momento exacto en el que descubrí que la amaba, el momento en el que mi cariño y mi amistad pasaron a ser otra

cosa. Mientras fuese una chiquilla, yo no podría amarla (los pocos años que le saco han sido un abismo entre nosotros, pero esto se acabó). K. es poco femenina, y por lo general las chicas que me gustan no lo son. Se cumple aquí la regla. Hay algo en sus gestos, en su manera de reírse y de moverse, que dice sin quererlo libertad; es la espontaneidad y la alegría hechas niña, y esto a pesar de su vida maltrecha. Yo, que soy más bien severo, detesto a las mujeres severas (detesto también a las extravagantes, a las que fingen esta libertad de espíritu, que es una y reconocible y no se puede impostar). K. la tiene, K. nació con ella y no lo sabe, como todas las que nacen así. K. es uno de esos extraños seres capaces de ponerlo todo patas arriba en una fracción de segundo. Uno nunca sabe por dónde va a salir, qué va a hacer o decir a continuación, y esto es lo maravilloso. Está loca. No le importa la gente, no le importa su familia, no le importan los desconocidos, no le importa el futuro, no se importa ella misma: todo le da igual, se pasea por el mundo –un mundo miserable– como una araña de piernas largas movida por la corriente. Mi K.... ojalá pudiera yo decirte todas estas cosas que siento, hacerte ver en un gesto, en una palabra, de una vez y para siempre todo esto. No sé qué piensas tú. Sé que me quieres, pero ¿algo más? Sé que me prefieres a Jim, y que me prefieres a todos. Yo te entregaría mi vida y mi salud para que tú las dislocases, para que las hicieses saltar en mil pedazos, para que las hicieras tuyas y de nadie más. Yo sería tu guardián, y conmigo tú podrías ser tú todo el tiempo. Pensar que puedes llegar a casarte con uno de esos tipos grises encorbatados, brutos y demandantes... Un obtuso empleado de la Guinness, un triste corredor de apuestas. Este paisaje sentimental me atormenta cada día más: tú y el olor de una Italia de libros, despertar de un sueño que dura demasiado y ver ante nuestros ojos el azul claro del Mediterráneo y el naranja vigoroso de las naranjas. Tengo que encontrar la manera de decirte todas estas cosas que siento. Contigo podría atreverme a hablar de las cosas que guardo en el corazón y me hacen daño. Tú me harías una persona mejor. Sueño mucho contigo, y cuando lo hago no me quiero despertar.

24 de marzo. Jim dice que suba al cuarto, que lo ha dejado todo listo. Que ha limpiado incluso –la primera vez en su vida (suelo

encharcado y una gelatina sucia y gris asomando; no he querido mirar). Está entusiasmado con su novela, e insiste en leerme fragmentos. Yo tengo la cabeza en otros lugares, y él se piensa que la he tomado contra él y su obra, que mi indiferencia, mi negativa a condescender con una persona a la que quiero, es una vez más producto de mi deliberado mal genio. Nada deliberado: lo cierto es que, ahora mismo, no me interesa mucho su novela –lo siento. Cuando me interese se lo diré, pero no me gusta (ni puedo) fingir este tipo de cosas. Menos con él. Le he dicho que me deje el manuscrito y que cuando encuentre un rato bueno lo leeré todo – una larguísima discusión estética y moral entre su álter ego y el rector de la universidad. ¡Estética! ¿Y qué puede importarme a mí eso? Jim vive en un mundo ficticio en el que la belleza dicta sus leyes y Jim es el rey. A veces me pregunto si, de no haber nacido en esta casa miserable, habría sentido igualmente la necesidad de inventar ese otro mundo perfecto de inteligencia y papel que él considera hoy el mundo real. Dice que la literatura sirve para ver; yo tengo serias dudas. Quizá sirva exactamente para lo contrario. Nuestra vida (hablo por nosotros, por la familia) es una de esas vidas sin voz ni misterio que siguen adelante como por inercia y que terminan como de repente. Jim se inventa este mundo de literatura, y a mí no me parece mal. Jim es un pobre chico que no quiere estar triste, y esto lo entiendo –es lo que queremos todos. Pero él se piensa exactamente lo contrario: él nos va a revelar la verdad de nuestras pobres vidas a los demás. Unas vidas que tenemos delante y a las que no les hace falta ninguna poesía.

Leopardi dice que el niño tiende a convertir las cosas y a las personas en arquetipo: la primera flor será las flores, el primer crepúsculo será los crepúsculos o el crepúsculo perdido, el primer soldado, los soldados, –etc. No lo dice, pero yo sospecho que nuestros problemas con el amor derivan igualmente de aquí: cierto sentimiento... Y ya nada se le iguala. Estos arquetipos aún tienen poder sobre el adulto, y probablemente sobre el viejo. La niñez siempre es presente. La vejez, bien mirado, no existe tanto.

El primer amor juvenil tiene de su parte algo que ninguno de los siguientes amores tendrá, y que vale más que el mundo y el amante:

la inexperiencia del enamorado –su fe total y absoluta, el desinterés completo de todas las cosas, el creer que ellos sí.

Todos nos pensamos una parte insignificante de los muchos seres humanos que han poblado y poblarán la Tierra y a la vez secretamente mejores que todos y cada uno de ellos, el único que de veras tuvo conciencia de sí –¡y total para nada!

El momento más feliz: el del duermevela. Un momento en el que sueño y realidad se funden. Instantes infinitos de viva felicidad. Un pie aquí, otro allí. El ideal se materializa, o la materia flota...

Eileen. Pobre Eileen. Hay algo admirable en esta resistencia suya, en esta negativa a ser arrollada por los hombres. Creo que no es solo holgazanería. No le gusta hacer las tareas, es evidente; pero creo que hay algo más. Eileen soporta la tiranía y la humillación peor que sus hermanas, de manera natural; su posición no tiene un ápice de literatura o de política. Hay gente que simplemente no ha nacido para servir. Eileen está salvada, me parece (siempre y cuando no dé con un marido brutal, cosa que, pensándolo bien, puede ocurrir, dados sus encantos y su belleza, pues son los más brutales los más celosos y las más guapas su carroña). Eileen es consciente de esta belleza y encantos. Los utiliza. Quizá sean su pasaporte para escapar de esta casa: no la juzgo; quizá yo haría lo mismo. Poppie no es exactamente fea, pero madre le hizo creer que sí. Madre ejerció sobre Poppie un maltrato parecido –versión feminizada– al que papi ejercía sobre ella. Quiso aplastar a su hija porque ella vivía aplastada. Eileen, que fue la segunda, se salvó de ser madre cuando madre murió: ha podido dedicarse a ser la oveja negra, todo un privilegio. Jim decepciona a papi a conciencia para quitarse este peso, el peso de su amor. Jim dice que es por su inteligencia obtusa y su arbitrariedad, pero se engaña. Él le quiere, y su novela es una buena prueba de ello. Incluso cuando trata de atacar sus faltas, en las que se ve terriblemente caricaturizado, lo reivindica sin quererlo; papi resulta divertido, encantador. Si no se

hubiera esperado tanto de él, Jim podría haber sido el hijo perfecto para papi. Cada vez más se ve obligado a chocar, a resultar aberrante, a destacar para bien o para mal –a ser posible para mal (basta con decir A para que Jim diga B, basta con decir B para que Jim diga A). Él no lo hace «para descolocar a quien le escucha», «sino porque piensa que es la verdad». Su verdad es siempre el negativo de la verdad del otro, casi es un sistema. La verdad, a veces, vale menos que no ser grosero o gilipollas. Pero a lo que voy. Eileen. Anoche se negó a hacer la cena, pues estaba «muy fatigada». «¿De qué?», pregunta papi. «De dar un paseo.» «¿Con quién?» «Con unas amigas.» «¿Y tú desde cuándo tienes amigas?» «Desde hace poco. Las conocí un día en una casa. Fueron simpáticas conmigo.» «Cuáles son sus nombres, y para qué las quieres.» «¿Cómo?» «¿Es que no te valen tus hermanas?» «Bueno; no lo sé.» «Anda, déjate, que ya no eres una niña.» «Eso es. No lo soy. Puedo hacer cosas.» «Sí...» Y de pronto muy tierno: «Venga, haz el favor, hija mía... Vengo molido». «No...» «¿Eh? Tus hermanas te han preparado el fuego. Venga, venga, venga», y se sube, contento y saltarín, probablemente borracho, sordo como una tapia. Al final ella ha ido a la cocina, porque sabía que ella no iba a cocinar –y allí ha pasado el rato enfurruñada. Sus hermanas han tenido que convencerla de que no subiese al cuarto de papi a decirle cuatro cosas. A Eileen lo que le molestaba era el «gesto», y no tener que hacer la cena. ¡Hermana mía!

Ceno, rezagados las sobras, con Jim. Jim habla del non omnis moriar («no morir del todo») de Horacio. Yo bostezo. Su obsesión es deprimente. Nos dan las tres.

Jim, que no cree en los milagros canónicos, ni en la persistencia del alma después de la muerte, cree en los milagros literarios y en la persistencia de un temperamento sobre un papel. ¿De qué valen los temperamentos sin vida? –¿de qué valen los libros de Jim sin Jim?

Papi, el día de su veintiún cumpleaños: «Te ibas a comer el mundo... ¡¡Y el mundo te ha comido a ti!!».

25 de marzo. Noche. El amor es un sentimiento parásito: cuando uno está enamorado, vive del amor, y todo es el amor; el resto de pasiones, visiones y sentidos se ven tiranizados por él. El amor es (estoy seguro de que en un futuro así será catalogado) una enfermedad. ¿No es la enfermedad una alteración de nuestras capacidades más elementales? ¿No provoca el amor (digamos el enamoramiento) la más atroz de estas alteraciones? Cuando uno está enamorado y ve un árbol, no es un árbol, es el amor; la lluvia, el amor; un paisaje, el amor; un sueño, un día soleado... Me parece una posición perfectamente razonable el no querer estar enamorado, desear exactamente lo contrario. Uno tiene dos opciones: seguir adelante o esperar la cura, que llega. Yo me encuentro a la mitad, en un lugar borroso. No espero ya ni una cosa ni la contraria. No sé muy bien qué hacer o sentir. Me conozco, y soy capaz de vivir de una palabra suya; una palabra suya, y mi semana y mi mes están justificados. Necesito poco. Una gota de agua en el desierto... No debería bastar. Abrazar la sepsis o cortar por lo sano; nada de controlar infecciones.

Ayer me planté. Le dije a Ward que o me pagaba inmediatamente o el lunes no iba a trabajar. Hoy, viernes, no me ha pagado. Me ha dicho que vaya a comer a su casa el domingo, que su gorda esposa hará un guiso y hablamos. Lo cierto es que a él no le gusta «ir paseando el dinero de aquí para allá, como es natural»; él es un hombre muy pudoroso. Que vaya a comer el domingo y veré como todo queda solucionado. Hoy, mientras tanto, a trabajar, que lo hago magnífico. Trabajo mal a propósito, no le pongo la más mínima gana ni estudio los fármacos; de momento no ha habido ningún problema, y me da exactamente igual si lo hay. La gente adulta se piensa que soy un imbécil, solo porque no soy violento. Confunden la inteligencia del hombre con la astucia y falta de escrúpulos del animal. Este es un país de astucias. Nadie elegirá nunca el camino largo; si atropellándote se pueden ahorrar un esfuerzo, unos pocos metros, unos miserables centímetros, no te quepa la menor duda de que te atropellarán. Pero voy a guardar en una botella el orín de todo el fin de semana.

Leopardi reproduce esta sentencia antigua en su diario:

NUNCA ESTARÁS MENOS SOLO QUE CUANDO ESTÉS SOLO.

Nos dice –escribe en 1822– que esto es especialmente cierto en su tiempo, pues hoy, quien está en compañía de sus semejantes está en compañía de lo verdadero (es decir, de la nada, y no hay mayor soledad que esto), mientras que quien está lejos de los hombres está en compañía de lo falso –(una ilusión, placentera como todas, pues desde dentro no parece hueca). De ahí este dicho, que, aunque antiguo y destinado al sabio, se ajusta mucho mejor a nuestros días, y no solo al sabio sino a todos los hombres, especialmente a los desafortunados. Antes, según él, lo verdadero no era esta nada (antes, de hecho, la cosa era más bien al revés). Para él el mundo antiguo era un mundo elemental de buenos sentimientos, coraje e imaginación. Yo sospecho que Leopardi se hubiera sentido igual de solo en todos los tiempos, aquí y en la Luna.

Leopardi fue un contrahecho. Se creía nacido para la belleza, y la fealdad ocupó y devastó su vida. Pensaba que las jorobas que le brotaban del pecho y las espaldas eran el fruto directo de sus estudios: de las miles de horas invertidas en leer y comprender a los Antiguos, a los muertos; encorvado en la vieja biblioteca de su padre, encorvado sobre el mármol de su habitación, a la pobre luz de una vela. El inútil conocimiento se convierte en símbolo de su miseria y él suspira por la hierba, el sol y la luna. Sobre todo por la belleza física, que también es moral: Si un hombre de imaginación, sentimiento, entusiasmo, carece de belleza física, es para la naturaleza como el más ardiente y sincero de los amantes es para la amada, si ella no le quiere. Este hombre siente que no tiene parte en todo lo hermoso que ama, conoce y admira. Siente de forma inmediata y final que lo que admira, ama y conoce no le pertenece, y que esos otros a los que sí pertenece lo merecen menos que él, que es quien de verdad lo estima y comprende.

Leopardi dice que la felicidad no existe ni existirá. Para él la felicidad es solo la ausencia temporal de desdicha. Pobre Leopardi.

Él (un suicida en potencia) fue un chico bueno y obediente, y el más inteligente de los hombres, por delante de Goethe.

Ella era capaz de expresar la totalidad de un sentimiento con una palabra o con una mirada. Yo solo sé derrochar tinta.

La Madrugada: flujo negro de mis pensamientos.

–¿Y qué peso tienes tú?

–El de inventarla otra vez. ¡Te parece poco!

Individualidad –única posibilidad de vida. «Vive en mí o no vivió.» Consuelos del corazón –mentiras y más mentiras.

JIM: «La literatura sirve para devolver la dignidad a los muertos».

JIM: «¡Qué envidia me dais!».

JIM: «Los lugares recuerdan los cuerpos».

Un retrato de mí mismo niño. Nos veo y me reconozco en los ojos, grandes y claros. Sensación de haber fallado, de habernos fallado.

En esa casa no hay luz.

Allí nadie tocará a tu puerta.

(Pronto serás aborrecible a los ojos.)

Oscuridad. Huesos calados. Rotundos fracasos.

Ellos se apelotonan. Visiones de un Cristo horrendo en Viernes Santo: asume en su cuerpo los pecados del mundo para salvarte: a ti, a ti sola.

Mis pensamientos feas piedras sin pulir hundiéndose en el lodazal donde me esperas.

Tu cara en un medallón.

Tu perfume en las cosas.

Realidad vestida de Sueños, Ella es Otra.

Volver a colocarte en la vida –o en la semejanza de la vida.

Las vidas vulgares arrastrándose. Entre el bostezo y el gemido la muerte los engullirá.

Caras horribles de duende bajo sus máscaras de hombre.

Manos y almas nervudas.

Olor nauseabundo de flores baratas. «Los tuyos no te olvidarán», «Hasta la Eternidad» (¡la Eternidad!).

Tu cara aún joven arrugada como papel. La mortaja sin planchar.

El límpido cristal

Los labios sin color o del color de la muerte

El universo que se ríe

fuera que llueve, llueve, llueve

26 de marzo. En la juventud, nuestra felicidad es la esperanza; en la vejez, el recuerdo de esa felicidad. Ya puede uno saber muy bien que esto es una paradoja que poco importa: la esperanza no se va nunca (o casi nunca); ¡la maravillosa y penosa esperanza! Si se va, ya no hay nada que hacer, por supuesto. Se va cuando el amor propio desaparece. (El amor propio no nos permite admitir que somos poca cosa, y preferimos matarnos antes que hacerlo.) Lo malo de ser joven es sentir que tienes que aprovecharlo, que cada segundo de duda o infelicidad es un segundo tirado a la basura: porque ahora es la vida; luego será otra cosa. Una vez se entiende que la felicidad es siempre futura, uno deja de ser joven –aunque su cuerpo diga lo contrario. Yo creo en la espera como en una forma de la felicidad. No me atrevo a tacharla de falsa y tirarla por la ventana; es decir, es evidente que es falsa, pero al tener su utilidad, ¿no deja de serlo un poco también? El caso es saltar de la cama por las mañanas, tener ese algo obsesionante –hacerse un poco el

distraído. Si fuésemos inmortales, esto no sería posible (pero no lo somos, ¡a Dios gracias!). A veces envidio en mi hermano esa capacidad de autoengaño (envidio su posición subjetiva, su individualidad, porque desde fuera resulta bastante difícil admirar esa patraña). En este contexto, me pregunto: ¿sirve de algo un sistema? Y pienso: sí, en tanto que ilusión, en tanto que Objeto de trabajo. El valor es poder trabajar en él, y no su resultado, que será tan falso y risible como cualquier otro. ¿Puedo yo, yo, edificar un sistema? Lo dudo. Mi mente, aunque ordenada, no es clara; es torpe, densa: yerma. Envidio las mentes diáfanas de los Kant, de los Spinoza –no su afeminada frigidez. Yo tengo la confusión esencial de un STC, sin tener también su genio. Quizá mejor. Quizá, si pudiera ver a las claras esa habitación que es mi cabeza, despejar todo el barro y la cochambre, disipar la oscuridad, vería que se trata de una habitación más bien modesta. Yo puedo robar algún pensamiento, de aquí, de allá, y hacerlo mío; pero nada más. No soy un creador, y esto lo sé. Hay dos grandes tipos de creadores: los Spinoza (si yo fuera un creador pertenecería a este tipo) y los STC (mi hermano me parece una mezcla de los dos). Detrás de estos creadores, que pueden ser poetas y pueden ser filósofos –los mejores filósofos son siempre un poco poetas y los mejores poetas un poco filósofosestán los, digamos, «estudiosos», o no-genios, que hacemos nuestra la luz creada por otros y la rebotamos donde queremos o podemos, un poco ajustada o modificada por nuestro propio talento y visión. Yo pertenecería a esta segunda clase de (futuros) intelectuales, que no es la peor clase. ¿Qué más da que el pensamiento no sea nuestro si lo hacemos nuestro? Dejando a un lado la vanidad, el bobo reconocimiento y teniendo en cuenta que el único objetivo del arte y la filosofía, así como de la vida, es conocerse un poco más a uno mismo antes de desaparecer, y no salir en las enciclopedias: ¿no es igual? ¿No es exactamente igual? Cuando leo y entiendo a Spinoza, ¿no soy Spinoza? ¿No soy (cuando quiero serlo) Jim?

¡Milagro! ¡Milagro de primavera! –Mary Ellen se ha levantado de la cama.

Cuentan las tías y cuenta la leyenda (la carta ha llegado esta

misma mañana, con el fresco amanecer, buen presagio) que anoche la prima, como sonámbula, se acercó al baño y se dio un agua. Sus tías, con un gesto de alegría y de horror, la despertaron y avisaron a Poppie; Mary Ellen se vio erguida frente al espejo con el camisón empapado y dio gracias a Dios. Poppie dice que «la prima ha vuelto a nacer», que «el Señor le ha dado una nueva oportunidad, ahora sí que sí, para seguir su vocación». Quiere ser monja. Ahora le da igual lo que digan sus tías ancianas y Poppie la apoya, pues «mucho ha tardado». «Se acabó el servir, ¡bien por ella!» ¿No es para reírse?

Creo que todos sabíamos, íntimamente, que no se iba a morir. Siento una mezcla de alivio y rabia. Si te mueres, te mueres. Mary Ellen ha quemado ya todos los puentes; lo mismo es inmortal. Su muerte será fulminante o no será. Me veo dentro de cincuenta años velando un cuerpo perfectamente sano de vieja impostora. Papi ha danzado por el salón canturreando: «¡Ay cómo me pica el chirri, ay cómo me pica! ¡Un agüita para resucitar a este muerto!», y Jim se ha partido de la risa. Mabel se ha puesto muy contenta de que la prima viva; Eileen se ha puesto muy contenta de que las tías no necesiten más a Poppie –por ahora: y si la otra se mete de verdad a monja, ¿quién será la esclava de las Hermanas?–; el resto ha mostrado su perfecta indiferencia y Charlie ha lamentado haberla «extremauciado para nada».

Eileen está planeando un ataque sobre papi, quiere dolerle. Yo le he dicho que estoy planeando una venganza –venganza química– sobre mi jefe. He cogido una botella de leche vacía y he rellenado más de un cuarto con el orín de la mañana. A Jim le ha entusiasmado la idea, y ha querido aportar también. Su orín, denso y asqueroso, se ha mezclado a duras penas con el mío, mucho más cercano al agua. Esto es porque Jim se está purgando, y su cuerpo sufre. Lleva sin beber desde el inicio de su «enfermedad» –un mes y medio, el récord personal desde la Caída. En detalles así se ve el estado de salud de unos y de otros (el orín de Charlie y papi debe de ser ácido nítrico).

Mañana como en casa de Ward y señora. Una parte de mí desea secretamente que no me pague: siento una adrenalina extraña; quiero utilizar mi torpedo.

Todo esto a Eileen le ha parecido una vulgaridad. «Pero bueno, si te funciona.» Ella tiene «otro estilo». ¿Cuál? «Más femenino.»

*

Querido S.:

¿Hay algún tipo de problema conmigo? Si es así, te pido por favor que me digas cuál es, para que yo pueda buscarle cuanto antes un remedio. Escribe.

V. C.

Primero, ¿por qué Cosgrave me llama S.?

Segundo, problema ninguno; simplemente no supe cómo responder a tu carta, que, en mi opinión, iba un poco subida de tono. Detesto que la gente se me confiese encima, que me abra las puertas de su corazón cuando yo no se lo he pedido. Creo que esta amistad ha ido demasiado deprisa. La gente confunde mi silencio perplejo con mi fraternidad. Yo apenas dije nada (no pude). A él el alcohol le soltó la lengua. ¡Qué de desgracias, por Dios! ¡Qué sinsabores! Amor, estudios, personas, lugares: todo le duele. No se puede exigir así a un «amigo» que hiciste ayer, como quien dice. Cosgrave me parecía un hombre serio y equilibrado. Pues resulta que es una bomba de relojería como todos. Como todos, está desesperado por vomitarte a los pies sus pobres, grises sentimientos. ¡Si hasta me agarró del brazo porque no lo miraba!

Tercero, ¿a qué viene esta postal del Liffey?

Una de las cosas que me dijo, entre otras muchas, fue que no podía haber «tanta belleza en el mundo». No es justo.

Anda que...

Pienso que la religión (cualquiera de ellas, me da lo mismo) es el mayor monstruo que la razón del hombre se ha inventado hasta la fecha. La peor de las trampas.

Y es que si algo puede consolar a un hombre desgraciado (y todos hemos sido desgraciados muchas veces y lo seremos) es la idea, la certeza, de que en cualquier momento, si él quiere, puede acabar con su desgracia. Que el suicidio exista, aunque uno no vaya a suicidarse nunca, es una bendición, un milagro. La pura posibilidad alivia. Ya puede ser muy grande nuestra pena, total, humillante, irresoluble, que no importa: puedo ponerle fin ahora y para siempre si yo quiero. Pues bien, el hombre piensa, piensa, y de tanto pensar se enferma: nace la religión. Existiendo la más mínima posibilidad de un futuro ultraterreno al que yo ya no tendría acceso... ¿Y no me merecerá más la pena cargar con todas mis miserias un rato más, hasta el fin «natural»? Un vil chantaje. La gente se deja sufrir, no vaya a ser. Lo aguanta todo, todo, por si acaso. ¿Quién querría arriesgar un infinito de dichas y felicidades por un rato menos de tristezas, por terribles e inhumanas que estas sean? Qué desproporción, juzgar una eternidad de castigos o recompensas por un puñado de anécdotas caprichosas. Aun así, creo, la posibilidad permanece (chantajeada, aplastada por la duda, pero permanece). La gente que se suicida lo hace a pesar del infinito, porque ya no puede más. Yo, que no creo en religiones, me alivio de vez en cuando en esta posibilidad, lejana pero generosa.

Atardece en Cabra. Las niñas hojean sus revistas baratas, Jim escribe su novela, la bestia no está. Yo la visito, en la prisión de mi cabeza.

MABEL: Charlie, ¿quién escribió la Biblia?

CHARLIE: El Espíritu.

MABEL: ...

27 de marzo. Domingo. Tres días para el cumpleaños de K. Nervios. En un rato salgo para casa de Ward y señora. Yo supongo que no esperarán de mí un vino y una barra de pan. La otra botella, la buena, aumenta sus misterios, que casi rebosan. Otra mañana más y estará lista –ojalá me sirvan espárragos.

El broche resiste en su escaparate, me mira cada vez que paso por delante, con sus ojos luminosos y azules, me mira, me espera –es una llave.

Jim se ha pasado toda la mañana dando la paliza, despreciándome por mi vida plana, que le da «muchos celos, en verdad». «¡Ojalá pudiera!»

Jim dice que lo difícil hoy, lo valiente, es ser un hombre alegre. Él se declara feliz. Yo, así (le gusta mucho faltarme en negativo, es decir halagándose a sí mismo, se piensa muy sutil), soy basura, una basura triste. Jim no es feliz, es solo ordinario. Jim es falso, faltón, egoísta. Su «alegría» no tiene nada de inocente, al contrario: es fría, premeditada e intelectual. Jim parece obligado a contar un chiste de anos o penes cada tres o cuatro horas porque si no se muere; ¡qué tipo tan espontáneo!, ¡qué ocurrente y sin pelos en la lengua!, ¡qué genio impulsivo! ¡Ah, qué tío! Jim era el rey de la cena familiar, el monstruo de papi. De él ha heredado un chaleco, la propensión a escupir a su interlocutor mientras le habla y una inquietante incontinencia sexual. Yo, resulta, me parezco más a madre, pero sin el consuelo de la religión ni la absurda resistencia. El colmo de la frigidez, Don Parálisis. Jim, si ve que la parálisis lo atenaza un instante, agarra y suelta la primera vulgaridad que se le pasa por el cerebro –se tira un eructo, o lanza una rima verde, o se pega una voltereta; una vez más, su famosa espontaneidad. Genio. ¿Y no será mejor, antes que hacer cualquiera de estas cosas, callarse un rato? ¿Por qué se valora tan poco el silencio, la ausencia momentánea de gilipollez? No he respondido a sus provocaciones. Ahora, ir a decirle lo que pienso cuarenta y pico minutos después sería ridículo: él vería mi esfuerzo. Soy incapaz de resultar espontáneo, de improvisar una sola cosa. Además, que con una sola

risa (su horrible, irritantísima risa de maníaco) echaría abajo mi discurso.

Jim dice que su novela «va a generar más de una ampolla en esta ciudad». El pobre lo dice contento. Bien. ¿Y ?

¿Para esto escribe uno, para generar ampollas?

Es evidente que la fuerza motriz del arte es la vanidad del artista (esto lo dije hace poco en otra nota, en 12 de marzo; es su andamiaje, su motor –pero ¿y si también fuese su fin? Esto sería muy triste). Por mucho que escame la novela de Jim (que escribe, cada vez estoy más convencido, única y exclusivamente para escamar, esto es, para vengarse de los seis o siete tipos en los que ha querido ver al país, si no la Tierra –vengarse de la gente a la que no puede meter un simple y justo puñetazo, como de verdad le gustaría–), Jim nunca va a quedar satisfecho. Él querría condenarlos a todos, por la Eternidad, y vivir él también una Eternidad de visitas casuales. Le conozco muy bien.

En el Limbo podríamos encontrar (con suerte) a Mabel, o a Georgie, ambos inocentes, pero manchados en su sangre; en el círculo de los Lujuriosos, por qué no a él mismo y la puta, que se aman; en el de la Gula, a medio Dublín, y en él a nuestra familia materna, con las gruesas y babeantes Hermanas a la cabeza; la Avaricia... Tía Josephine, inflexible Tesorera de Tío Willie o Gargantúa; la Ira y la Pereza: el proteico Charlie Charles, disfrutando de su chapuzón en el Estigia; la Herejía: el Saturnino Stanislaus, privado de sus rodillas por los siglos de los siglos, condenado a empujar por las tristes calles de Dite una inflexible y gruesa piedra pulida; la Violencia: ¿quién sino El Monstruo de Cork? –¡papì Satân, papì Satân aleppe!; Fraude: la pobre Mary Jane Murray; Traición:

OLIVER GOGARTY, OLIVER GOGARTY,

OLIVER GOGARTY

Jim dice que no cree en la vida eterna: mentira. Como todos los artistas, cree en la gloria eterna, que viene a ser lo mismo (se piensa que donde hay algo hay vida). El artista hace su arte para sobrevivirse, por puro y simple miedo a la destrucción total (la gente vulgar copula y tiene hijos). El artista es un ingenuo –la vanidad solo puede existir si viene acompañada de la ingenuidad. Jim dice que él tiene que escribir, él tiene que «devolverles a las cosas su sentido». «Una misión, Stannie, autoimpuesta o no.»

Salgo para casa del Druida. Pensar en ella es lo único que me mantiene cuerdo.

28 de marzo. La desesperación y el entusiasmo son ambos caras de una misma moneda. El hombre desesperado –el suicida en potencia– y el hombre entusiasmado –el enamorado correspondido, o ilusoriamente correspondido– tienen una cosa en común: ambos son panteístas. La mayoría de las personas vivimos en esa vasta franja entre el horror y el éxtasis, una variadísima escala de grises en la que oscilamos el 99 % de los seres humanos. A todos, alguna vez (son estos los llamados «momentos clave» de una vida), se nos permite –o se nos obliga a– visitar una de estas dos zonas malditas. No existe un solo hombre que no las haya visitado ambas antes de morir; quizá a lo largo de pocos días o de un mismo día –existen horribles atajos entre una y otra. Por supuesto hay quien las visita con más y menos frecuencia, pero al fin todos lo hacemos.

A lo que voy: el hombre que vive uno de estos momentos clave (normalmente uno sabe que lo ha vivido tiempo después, cuando esta intensidad de sentimiento no se repite) vive lo más cerca del presente que un hombre puede vivir –dando por hecho que el presente absoluto no existe, existe el futuro y existe el pasado imaginados, la autoficción constante que la naturaleza nos dio como principal herramienta de supervivencia. Pues, como digo, el hombre desesperado y el hombre entusiasmado, ambos son panteístas, ambos ven en todo el símbolo de su delirio. Al primero le dolerá e irritará toda pequeñez, especialmente la alegría de los otros; el segundo verá en esta alegría ajena su alegría, como el primero verá

su desdicha –todos menos él habrán sido invitados al banquete de la vida; el otro será el anfitrión. El enamoramiento correspondido (la fase más extremada de la felicidad) convertirá todas las cosas en el amor –todas las músicas y poemas cantarán tus sentimientos únicos y originales (como cantarán también los del desesperado, pero su pérdida irremediable), seréis Adán y Eva, la naturaleza te guiñará un ojo a cada paso que des, el tiempo se habrá concentrado en siglos de raíz para que tú la conozcas a ella y ella te conozca a ti (¡menuda suerte!)–; la desesperación verdadera (la pérdida total del amor propio, el fin) las convertirá en símbolos de soledad y muerte. Es decir, en ambos casos todo será nosotros, todos serán para ti –seremos Dios.

El enamorado y el desesperado contienen la esencia misma de nuestra pobre raza: el narcisismo demente, la pasión de uno mismo, el egoísmo total e inapelable. A las personas no nos importa nada la realidad.

29 de marzo. Martes. Poco. Llueve. Se me había olvidado lo horrible que era esta casa por las mañanas. ¿De qué trabaja papi exactamente? Hay días en que ni va, adonde sea que tiene que ir; otros va al bar. No ha vuelto a dirigirme la palabra, y el pobre se piensa que me importa. No sabe el peso que me ha quitado de encima. Cuando papi esté viejo y enfermo y levante la mirada de su babero no va a encontrar a nadie (por lo menos nadie con su apellido). A la practicante de turno, quizá. Esta imagen –una imagen forzosa, segurano me produce ningún placer, que no se me entienda mal. Pero uno recoge lo que siembra, y a veces simplemente es demasiado tarde. El sombrío y cursi catolicismo (la forma más extremada y dura del cristianismo) nos ha hecho creer que todo es redimible en esta vida, porque, al final, ¿cómo no va a acabar bien? Darse cuenta de que las cosas pueden acabar mal, y punto, es crecer. Entender que sí o sí van a hacerlo (la vida consiste en ir ganando cosas para perderlas luego), envejecer. Es peligroso llegar a este punto demasiado deprisa: te conviertes en un escéptico, cuando no en un imbécil. Creo que el escepticismo es una señal de inteligencia, así como de infelicidad esencial.

Estudiar a Leopardi me alivia diariamente. La madrugada, la hora del silencio, unida a este largo y tranquilo diálogo con una gran alma, se parece a veces a la felicidad. Jim no se atreve a despreciar por completo a Leopardi, como hace con todo lo que me gusta y él no conoce, pero más allá de un par de canti y una o dos operette morali no ha leído nada. Su profesor de italiano, el padre Ghezzi, lo tenía en un altar –literalmente. Este cura no entiende que Leopardi despreció la religión, sobre todo el cristianismo, que era una mentira en la que él no podría creer. Jim dice que el padre Ghezzi es un hombre astuto, bruto y sensual, que entiende la espiritualidad como pudieron entenderla los primitivos cristianos, y que aún pueden aprovecharse algunas cosas de él. Lo dudo. Jim dice que Leopardi fue «un gran músico antes que nada», y que yo no puedo juzgarlo porque no conozco el italiano. Esto de gran músico me parece más bien un cliché. A mí los poemas de Leopardi me dan igual. A mí me importa su prosa, su pensamiento más o menos crudo: su Zibaldone. No creo que Leopardi anduviera muy preocupado por la música en el Zibaldone. Jim dice que esta es una «lectura de profesor», que es un libro que Leopardi escribe de manera privada, para sí –«la trastienda de sus versos, que no tiene mayor interés». No ha leído una sola página. Yo tengo que conformarme con un puñado.

Me gusta que a Jim no le guste Leopardi. Leopardi es mío. Se lo he quitado –si lo estudiase ahora, lo haría en secreto, hasta saber más que yo: entonces me lo revelaría; si le gustase, sentiría una tremenda, dolorosa contradicción. Los ídolos de mi hermano han sido, sucesivamente: Yeats, Maeterlinck, Hauptmann, Ibsen, D'Annunzio. ¿Quién es esta gente, al lado de Giacomo Leopardi? Pobres y torpes aprendices de artista. Leopardi no fue un artista: fue mucho más que eso. Jim, como mucho, podrá ser un artista. Nunca podrá llegar a comprender la grandeza de un Leopardi, que no vio en la estética, sino en algo más misterioso y difícil, la esencia de las cosas. Fue, además, un hombre bueno; ¿qué más se puede pedir? El primer hombre de su extraño siglo.

Salgo para Rathgar, otra vez, a exigir las dos libras del broche –una emboscada. El viejo va a pensar que lo veo como un regalo

caído del cielo, y que se lo voy a agradecer mucho. Se lo voy a agradecer. En cuanto tenga el broche, voy a volver para exigir mi otra media libra, de la que no me había olvidado en absoluto, y ya de paso descargar mi botella en el último hueco del más profundo de sus putrefactos armarios.

He revisado los bolsillos de papi (nunca había hecho esto) y he sacado unos míseros centavos. Jim no tiene nada y yo tengo cincuenta peniques, que es una cifra digna de un niño. K. no se merece nada que pueda conseguirse con cincuenta peniques. Mabel tiene otros treinta, y estaría dispuesta a dármelos sin preguntar.

Madre. Madre trató de inculcarnos una fe en la que ella misma no podría creer. La religión fue para ella un escudo contra las miserias del día a día, pero vivió rodeada de herejes. Era una mujer inteligente, y en el fondo de su corazón, estoy seguro, sabía que todo aquello era una mentira, o que podía serlo (lo que, para el caso, viene a ser lo mismo). Pero ella no podría admitirlo, porque su vida habría dejado de tener el sentido que otros le habían buscado desde niña, el sentido que otros le habían fabricado como se fabrican las vidas; habría carecido de esa recompensa final a tanta resistencia. Trató de hacer de papi un perfecto caballero católico: fracasó. Trató de que sus hijos creyeran: volvió a fracasar. La religión de Poppie, la más piadosa de sus hijas, le irritaba. Poppie no es inteligente, madre lo era. Jim fue su esperanza. El día en que Jim hizo pública su apostasía (Jim ha sido siempre un gran actor) el humor de madre cambió. Se hizo más silenciosa, mucho más mansa, y sus famosas bromas y su famosa risa, que Jim sí ha heredado (ella a veces incluso imitaba a nuestros conocidos en la intimidad y todos nos partíamos, incluido papi, pues lo hacía realmente bien), se hicieron más y más raras hasta desaparecer. Jim fue bestial con ella. Quiso hacer un número, en el que pronto me vi participando como personaje secundario. Madre trató de convencerlo, luego a mí. Jim dijo que estaba dispuesto a condenar su alma si es que se había equivocado; había tomado una decisión, de su mano la eternidad. Yo lo mismo, sin tanta pompa. Los últimos años de madre fueron tristes. Lo único que tenía era a su hija Mabel y una religión en la que cada vez le costaba más trabajo creer y que no encontraba en

su casa. Nunca se creyó la religión de Charlie, que era un putero. Fue la suya una vida errada, fraudulenta. Creo que, si madre no se hubiera topado con papi (madre nació en la ciudad, y tenía sus pequeños estudios y dos hermanos que por brutos que fueran la querían, además de sus tías, que la quisieron como a una hija y ven hoy en papi a su verdugo y cada vez lo disimulan menos), su vida habría sido una vida normal, y no una de matadero. Papi le sacaba a madre diez años; cuando papi se cansó de vivir y tener novias (con una en realidad se intentó casar, pero cuentan que el padre de la chica fue listo y propagó un rumor para salvarle la vida a su hija contra su propia dignidad) se casó con madre por despecho, tras pocos meses de noviazgo, con pleno asentimiento del otro abuelo, que no dijo nada, y gran recelo de los hermanos, que habían oído hablar de papi en la ciudad. Papi era un hombre atlético, social. Era un gran remero y en general un tipo listo. Tenía fama de orador, e incluso él llegó a creerse que un día haría algo importante para la vida pública; fue esta plena confianza en sus poderes y las lisonjas de los otros que lo debilitaron. Su casual alcoholismo lo fue ahogando poco a poco, y su discurso pasó a ser con los años el discurso de un borracho. La vida de mis padres se fue pudriendo, y para cuando quisieron darse cuenta ya era tarde, como ocurre casi siempre. Fueron llegando los embarazos, uno detrás de otro, implacables (papi debía de ser una bestia, un abusador sexual), las deudas, las mudanzas, las miserias, y madre se dejó enterrar en vida, a pesar de su gran fortaleza, que con la enfermedad terminó por claudicar. En realidad, ella murió con Georgie; la apostasía pública de Jim solo puso la última piedra sobre su tumba. Yo la quise, y creo que ella, que fue la persona que más y mejor me conoció, lo supo. Solo ella sabía cómo tirar abajo ciertas naturalezas de mi carácter, aunque cada vez (la adolescencia es violenta) yo se lo pusiera más difícil. Vidas como la de mi madre le hacen pensar a uno que no existe un Dios, y que si existe es uno indiferente y desdeñoso de sus criaturas, si no cruel y sanguinario. Madre decía que nos volveríamos a encontrar alguna vez, y, aunque yo no puedo creerlo, sí trato de pensar que ella lo hizo.

Se supone que los años de la juventud son los más felices de una vida. ¿Qué me espera en el futuro si estos son mis años más felices?

Pensándolo fríamente, no merece la pena para nada. Mejor no pensarlo fríamente. Detesto a la gente triste, a los quejicas en general, y trato con todas mis fuerzas de no ser uno. El abatimiento, sin embargo, es grande.

No tiene sentido fingir lo contrario –¿para qué?, ¿para quién? He sido, soy y seré un infeliz, creo que de esto no hay duda; y ojalá la hubiera, que con eso me bastaría.

30 de marzo. Cumpleaños de K. –quince. El viejo no suelta un centavo, y la prima se ha muerto.

Poppie ha llegado esta tarde con la cara hinchada y, exhausta, se ha echado en la cama. Todavía no se ha despertado. Ha venido para darnos la noticia y enlutarse. El velatorio va a ser en Usher Island (en la casa). Las tías, parece, están desoladas. El resto estamos un poco perplejos. Jim consuela a Mabel, papi mantiene un perfil bajo, Charlie está solemne. Yo no digo lo que quiero decir, porque si lo dijese se armaba un estropicio.

31 de marzo. Cuando alguien cercano se muere, la idea de infinito vuelve para acosarnos. Es esta una idea física, desagradable, que dura más o menos según la costumbre y experiencias de cada uno. Yo sé que este vértigo pasa, como pasan casi todos. La muerte cercana es una perplejidad casi tangible, que parece a veces al alcance de la mano. Cuando uno se estira para agarrarla, sin embargo, se escurre como un pez. Esto ocurre siempre. Vemos la cara del muerto, blanca, vacía, y pensamos: «No puede ser...», y nos vemos ahí a nosotros, con otro haciéndose las mismas preguntas. Una respuesta parece flotar en el aire. Pero, como digo, no se dejará atrapar. La de ayer fue una tristeza tibia, más cercana a la melancolía de lo que es inevitable. No sentí dolor, una injusticia cósmica. Simplemente... pues sí. Algún día yo, pero de momento no. Lo peor de la muerte de los demás es sentir que te quedas solo, que aún te queda faena. Por eso la muerte de un ser querido –cuando es querido de verdad– siempre da un poco de envidia. Piensas: «Ya está, tú ya lo hiciste. A mí aún me queda... De aquí a la destrucción

del mundo, será nada para ti; un parpadeo. Mi tiempo aún pasa lento».

La de Mary Ellen no ha sido una vida digna de ser vivida. Si ella hubiera podido verla en su conjunto antes de nacer, habría dicho: no gracias. También habrá tenido sus momentos de felicidad, como todas las vidas. ¿Qué momentos felices se lleva mi prima a la tumba? Quién lo sabe. Los instantes de felicidad rara vez sirven para justificar nada; una vez nacido, el pecado está hecho, y no nos queda más remedio que vivir. Me sorprende la ligereza con que la gente trae niños al mundo –una pura insensatez. ¿No es el mejor regalo no llegar a nacer nunca? De verdad. ¿No nacemos para imaginar lo maravilloso que habría sido no nacer? Por supuesto, yo soy un pesimista, uno tal vez un poco superficial, que –ya que está vivo– aún quiere vivir. Como todos los pesimistas, no soporto a otros pesimistas. Los Schopenhauer, los Voltaire, los poetas que quieren que todo vaya mal para penoso beneficio de su poesía, me irritan con su egoísmo; los Leibniz, con sus tiritas cósmicas, me cabrean (es decir, los optimistas se me hacen todavía más pesados, no puedo con los cándidos). El pesimismo de Leopardi me parece a veces un poco demasiado llorón. Leopardi escribe sobre su pena porque su pena es lo único que tiene, y quiere hacerla extensible al mundo –su excusa, la época en que le ha tocado vivir: una época cualquiera, como todas las épocas. No he encontrado todavía a un artista, un filósofo, un poeta, que me satisfaga por completo, ni lo voy a encontrar jamás. El hecho de que esa gente hubiera cogido papel y pluma hace que les pierda un poco el respeto; me revela inmediatamente que, como yo, andaban perdidos. Cuando uno alcanza cierta edad, se da cuenta de que todo el mundo anda perdido –es esta una de las cosas más difíciles de asimilar, junto a la idea de la propia extinción a la que va ligada. Tus padres tampoco saben nada: ¿y cómo demonios se traga esto? «¿Quién me va a salvar a mí, entonces?», piensa el niño, que deja de serlo. Este descubrimiento ayuda a soportar su pérdida, que si no sería devastadora. Un muerto cualquiera ya sabe más que el más enjundioso y estudiado de los filósofos. Si un muerto pudiera volver, el 99 % de la literatura, si no el 100 %, iría directa a la papelera. Me parece que el único acto poético en la vida de muchas personas es morirse, desaparecer.

La habitación está hecha una porquería. Así debe de oler el último sótano del infierno. Jim lleva sin ducharse desde octubre. Su marca es indeleble. Si abro la ventana, me hielo. Si no, me muero.

Jim se ha quedado a dormir en Usher Island con las niñas. Mañana la entierran. Entre los muchos papeles que ha dejado desperdigados por la mesa, hay un grupito alineado y muy visible; están pasados a limpio. Son apuntes para su libro. Son más interesantes que su libro. Quería que los leyese y los centrifugase luego. Johnson dejándole pistas a Boswell.

IRLANDA.

– Su educación está en manos de sacerdotes y su arte en manos de esquiroles.

– Su estado es como el de Francia después de las Guerras Napoleónicas o el de Egipto después de la Matanza de los Primogénitos.

– Sus rebeliones son guerras serviles.

– Su moral se basa en la omertà: ley siciliana del silencio.

– Su arte es el espejo roto de un criado.

– Amamanta a sus crías para devorarlas luego.

– Aún hay esperanzas para ella: dentro de 500 años se habrá agotado el suministro de carbón de Inglaterra.

JESUITAS.

– Críɑn ateos.

– Los términos de su filosofía son como la jerga de la heráldica.

– No aman el fin al que sirven.

– Juzgan por categorías.

– Tienen la preocupación erótica.

– «Los que viven junto a la turba perecerán junto a la turba.»

*Yo añadiría: Bordan el papel de víctima –mártires profesionalizados.

GOGARTY.

– Habla con fluidez la jerga de los baños y la Medicina.

– Su rostro gordo afeitado y su mandíbula ovalada hosca recuerdan a algún prelado, mecenas de las artes en la Edad Media.

– Se dirige a los objetos sin vida y los golpea con elegancia con su avellano: el naturalismo de la mente celta.

– Tiene la cara de un caballo con sobrepeso y el pelo bovino color roble pálido.

– Llama pensamiento a la secreción de las células cerebrales y dice que Irlanda secreta sacerdotes.

– Su dinero apesta a culo.

– Colgó escapularios de los retretes de Howth y dijo haber revelado al fin el verdadero rostro de Jesús Cristo.

– Los dublineses que me desprecian a mí lo estiman a él como los campesinos estiman al curandero o los pieles rojas al hechicero.

– Su tosquedad y su vulgaridad son la máscara de su cobardía de espíritu.

– Un mayordomo sirve en su casa y él le dice en susurros de cerdo: anda sé bueno viejo y ve por un sacacorchos.

– Habló de escribir de derecha a izquierda cuando le dije que Leonardo da Vinci lo hacía en sus cuadernos y un instante después juró que, maldita sea, escribiría como los griegos y no como los

apestosos judíos.

– Se proclamó a sí mismo patriota del Sistema Solar.

– Teme el filo de mi arte como yo temo el filo del suyo.

– Dijo que mi rigidez mental acabó con mi puerca madre.

VINCENT COSGRAVE.

– Huérfano de padres y de Iglesia.

– Una tía rica de Londres le manda el dinero justo para convertirse un día en Héroe médico y ayudar a combatir la Tisis que arrasó Europa y su Linaje.

– Su rostro rosa rojo de manchas de tiña escamoso y su ropa holgada y raída recuerdan algún reptil encapuchado. – Me dijo que era un niño de mamá y que ya maduraría cuando la vida me diese el golpe merecido.

– Filosofa serio y tambaleante desde su ágora natural la barra de bar.

– Célibe materialista.

– Fumador obsesivo.

– Pobre.

PAPI.

– En su juventud atendió clases de medicina y no pudo pasar del segundo curso.

– No puede mantener su pipa encendida mucho tiempo porque su músculo buccinador está débil.

– Llamó a Charlie Tina de Tripas y Meapilas Narigón.

– Un día le quitó el sombrero a madre para hacernos reír durante una excursión a la colina de Howth.

– De joven sabía de memoria versos de Thomas Moore y hoy se lamenta de no recordarlos y del curso del tiempo. – Está orgulloso de su salto.

– Cuando éramos pequeños y algo se extraviaba preguntaba suavemente: ¿alguna vez habéis probado el cenicero niños? – Leyó la Licensed Victuallers Gazette.

– Pregunta todo el tiempo: ¿y quién lo dijo si se puede saber? – Leyó y subrayó el Modern Society.

– Amenazó con hacerme oler el Infierno si no fregaba los platos.

– Llamó a Poppie idiota confirmada.

– Se peleó con mis amigos.

– Cuando está borracho compone versos que contienen la palabra quizás.

– Sufre de vértigo.

– Llamó a Stannie medio Jim.

– Llamó a Mabel mi pastelito.

– Llamó a Georgie prodigio.

MADRE.

– El cajón de su cuarto de muerta contenía programas perfumados, cartas de amor y plumas viejas pintadas.

– Cuando era niña una jaula de pájaros colgaba de la ventana soleada de su casa en Rathgar.

– Cuando era niña fue al teatro a ver la pantomima de Turko el Terrible y se rió cuando el actor gitano cantó con su guitarra:

Yo era aquel niñito guapo…

el de la soledá de gato…

– Vino a mí en un sueño después de su muerte y su cuerpo lavado dentro de la suelta mortaja parda emitía un leve olor a cera y palo de rosa y su aliento un suave olor a cenizas mojadas.

– Cada primer viernes de mes se acercaba al altar y cuando llegaba a casa bebía un vaso de agua fría antes de comer. – Tenía las uñas enrojecidas por la sangre de los piojos.

– Sus manos olían a vinagre.

– Dijo que nunca fui a una iglesia, misa o reunión.

NELLIE C.

– Me pedía caricias después de hacer el amor y cobrar su dinero.

– Su ropa interior y su piel blanca húmeda despedían una peste lánguida y salvaje que encendía mis sentidos y rompía mis nervios.

– Me llamó mi golosina y mi único niño.

– Dijo ser la Musa del mejor poeta de Dublín que era Yo.

– Yo recorría la larga línea de sus omóplatos y ella fingía que ya estaba dormida.

– Tenía las pecas y senos de las ilustraciones infantiles de mis heroínas celtas.

– Aburrida me dijo un día en la cama que le diese un azote. – Le di un beso en la puerta y ella se rió y dijo una grosería. – Me mintió cuando juró no conocer a mis amigos.

– Stannie la visitó y ella le dijo que nos parecíamos como una gota de agua a otra gota de agua.

– Dijo que los penes olían a pan caliente.

– Le compuse canciones a una puta.

DEDALUS.

– «Et ignotas animum dimittit in artes»: Ovidio: Metamorfosis VII. 188.

– Hizo un duck en críquet.

– Las chicas se reían de él por sus ropas parcheadas y sus maneras severas.

– Las niñas y niños mendigos lo seguían por la calle para ofrecerle la mano.

– Las rejillas del camino a menudo atrapaban las suelas rotas de sus botas.

– Tenía un odio innato por los alimentos fermentados.

– Era un hijo desposeído.

– No le gustaba ser visto en compañía de ninguna mujer. – Temía el mar que ahogaría su cuerpo y la turba que ahogaría su espíritu.

– Su corazón fue movido a un profundo amor compasivo por la frágil palidez y los ojos humildes de las niñas, humilladas y entristecidas por la oscura vergüenza de su feminidad.

– Le gustaba el color verde y la arena fina de la playa.

– Temía los perros y los rayos.

– Esperaba que, al pecar de todo corazón, su raza pudiera llegar al conocimiento de sí misma.

– Se esforzó por cerrar los ojos ante la deslealtad de los demás hacia sus propios corazones.

– Sintió crecer el dolor de su alma en el triste proceso de la vida.

– Las chicas del Nighttown lo llamaban hola chiquitín o... cabello liso, cejas rizadas.

– Los aplausos que siguieron a la caída del telón dispararon su sangre más que la escena del escenario.

– Buscó en vano que algún poeta de su generación fuese su piedra de afilar.

– Se sintió solo en la plaza abarrotada.

– Llegó al conocimiento de la inocencia a través del pecado.

*Babeó la almohada en sueños.

*No se bañó.

STANNIE.

– Rey Minos, Juez de los Condenados. Etc.

1 de abril. Entierro de Mary Ellen. Es el quinto o el sexto entierro al que voy en mi vida, y no me ha impresionado en absoluto. He podido estar atento a los detalles de esta ceremonia deprimente; a pocos –esto está claro– les ha importado la muerte de Mary Ellen; a sus tías, a Poppie, a Mabel, a una amiga que ni conocíamos... Y para de contar. He dado dos pasos en Glasnevin y he tenido que cabrearme: papi ha montado un número al pasar frente a la tumba de madre.

Papi ha sentido siempre un gran afán de protagonismo, y su nuevo papel, uno de los más odiosos que ha representado hasta ahora, es el de Viudo de Irlanda. Hasta hace poco su papel era el de patriarca decadente y esforzado que, aun con todo (aun a pesar de su avanzada edad y la ingratitud brutal de su familia), sigue luchando y sacándolos una vez más a todos adelante por su sentido del deber y de la dignidad –por su respeto de los ancestros. Ahora es el de derrotado definitivo, el de viejo suspirador; él solo espera la muerte. No la muerte: la anhelada reunión con su querida esposa.

Lo que no sabían sus piadosos espectadores era que este Gran Doliente llegó a pedirle a mi madre que por favor se muriese ya, pues no podía soportarlo más. Jim dice que el numerito ha sido

sincero y que yo soy de piedra. Yo tengo mis dudas; él, sus flaquezas. Como sea, la gente se ha olvidado de la prima para atenderlo a él, solo a él. Siempre se las arregla para ser el centro de todas las miradas, y esto no es una opinión, es un hecho. Las Hermanas –las tías– no podían creerlo. Le odian con toda la sinceridad de sus decrépitas almas.

Escribo esta página abajo, en el salón, y Jim se piensa que ya no le quiero. Me pide que esté arriba, mirándolo escribir su libro y disponible para consulta. Le digo que eso se ha acabado. Él lo acepta.

La casa está tranquila. Siempre que hay una muerte en la familia la casa adquiere esta extraña tranquilidad casi metafísica, que aún dura unos pocos días. El tiempo, gris, es de nubes –de interludio.

Papi, a la tumba: «Pronto, amor, en el Lugar donde las despedidas no existen».

Papi es, cuando quiere, un poeta; su talento es teatral.

3 de abril. Creo que el ardor juvenil es la cima, en términos de fuerza, felicidad y poder, de la raza humana. Es el momento más confuso, más nublado y flotante de una vida, y así el más poderoso. Todos han sido un poco genios en su juventud. Luego casi todos se han olvidado y han pasado a ser un duro y anhelante pedazo de carne. No porque supieran que este entusiasmo era una mentira, la más feroz, sino por pura y simple vaguedad, por falta de valor, vileza –se les ha salido el alma. Ven que el resto de las personas a su alrededor lo han aceptado, o lo aceptaron hace tiempo, y no se sienten tan culpables.

Es por esto por lo que un filósofo escribió:

UNA VIDA LOGRADA ES UN SUEÑO DE ADOLESCENTE

REALIZADO EN LA EDAD MADURA.

Un aforismo cursi y peligroso, fácil de malinterpretar. Este filósofo, por supuesto, era francés. Yo creo que equivocó el término. El término tendría que haber sido joven, no adolescente. Y más que realizado –un sueño nunca se podrá realizar– mantenido. Mantener en la vejez la fuerza ilusoria de la juventud haría que el viejo aún tuviese ganas de vivir –¿y qué más puede pedirse? Por otra parte, sería este un hombre ridículo, infantil, vergonzante. Todo apunta a que hay que saber elegir entre la tristeza y el ridículo.

El punto medio, el tal vez posible punto medio, es una cosa que ocupa a menudo mis pensamientos. Es decir, ¿puede uno no apostarlo todo a un lado de la balanza y aun así ganar? ¿Es esto lo que hace la mayoría de la gente? ¿Es esto acaso la mediocridad? Mi adolescencia duró lo que dura un suspiro, y no la echo de menos. Si toda esta inquietud me abandonase, se resolviese, no tendría nada. ¿El genio ha de ser necesariamente un idiota o un loco? ¿El sabio ha de ser necesariamente un hombre triste? ¿Se puede forzar un destino, elegir? Son estas las ideas absurdas que a menudo pueblan mi cabeza.

Poppie ha hecho nuevamente la maleta y nuevamente ha ido con las Hermanas. Alerta silenciosa y general –papi murmura. La familia formó, en el entierro, una escala de grises. No nos da ni para enlutarnos como Dios manda.

4 de abril. Lunes, primera hora de la mañana. Leo un diario literario sentado en los escalones de piedra (¡hace bueno!) cuando alguien se me acerca sigiloso por detrás. Me toca el hombro y pego un bote. Es Eileen. Me va a pedir algo.

–Stannie…

–¿Sí?

–Tú sabes guardar un secreto, ¿verdad?

–No.

–¿Seguro?

–No lo sé. Pero prefiero no saber secretos. Para evitarme luego tentaciones.

–Si te cuento una cosa... ¿prometes no decírsela a Jim, o a Charlie?

–Con Charlie no me hablo.

–Bueno, pues a Jim.

–Vale... ¿Qué pasa?

–He tenido... Hay un problema.

–¿De qué tipo?

–Médico.

–¿Cómo? ¿Te encuentras mal?

–Sí... No. Más o menos. Mal no. Pero tengo miedo.

–¿Qué pasa?

–Me ha salido... Hay unos picores.

–¿Cómo picores? ¿Dónde?

–Tú aún puedes conseguir cosas de la botica, ¿verdad?

–No. Me han despedido.

–¡No me digas!

–Más o menos, sí.

–Ay…

–Pero ¿qué te pasa? ¿Qué picores son esos?

–Son muy malos, muy malos.

–¿Dónde están? ¡Qué has hecho!

–¿Yo? Nada.

–¿Nada? ¡********!

Entonces me ha dado una torta y se ha metido corriendo en casa. He pensado en dejarlo pasar. Pero ya no podía concentrarme en las palabras, era inútil; las posibilidades se sucedían vertiginosas en mi cabeza. He entrado, he dejado el libro y he tocado a la puerta de su cuarto. Eileen lloraba tirada en la cama, la cara contra la colcha; May y Eva trataban de consolarla y ella no les hacía ningún caso. Que qué le había hecho, a la pobre, que qué malo era, etc. Las he echado de la habitación y he tratado de ser flexible. Su _ dice, está perfectamente bien. El problema lo tiene en el pecho. Lo tiene rojo y escamado.

–¿Una erupción? ¿Y cómo sabes tú que es una erupción?

–Me lo han dicho...

–¿Quién te lo ha dicho?

–Me pica, me pica... y, cuanto más me rasco, más rojo y más me pica.

–Pero, vamos a ver... ¿cuándo te ha salido? Lo mismo es una reacción alérgica. A lo mejor no hay de qué preocuparse.

–No, no...

–¿Cómo es?

–Mira...

–¡No, por Dios! ¡No!

Se baja hasta el ombligo el camisón. Tiene los pechos redondos y pequeños, rojos como tomates, tumefactos, ulcerados. Le digo que se tape inmediatamente. Que no se preocupe que yo me encargo. (?)

En el diario que estoy leyendo, titulado Anima poetae, «el alma del poeta» (supongo), se dice lo siguiente: «Lo que el amante adora en la amada es esa consumación final de sí mismo que se produce

en su propia alma, en la contemplación de otra». Esto reafirma mi idea de que vivimos solos y nos hacemos compañía –más que compañía: nos necesitamos los unos a los otros en tanto que ilusión, los otros son la llave necesaria que abre ciertas cámaras de nuestro corazón, que existen pero están cerradas. La mayoría de las personas vemos a las otras personas como sombras, nosotros la única realidad. Sombras más o menos vivas, más o menos queridas, pero sombras –o fuerzas, mejor. Nos ayudan a bucear en nosotros y nosotros a ellas. Este es, supongo, un amor correspondido.

Una prueba: el hecho de que la gente quiera más a personajes de ficción que a las personas, que los considere más cercanos y dignos de su afecto, que sienta que los comprende mejor, y al revés.

Jim desprecia a papi; en sus escritos, papi es un buen tipo, y gracioso. Esta falsa sublimación del «Arte», ¿no es literalmente grotesca? Gente que dice empatizar con cierto personaje entrañable y verosímil y que luego humilla y desprecia a su vecino o a su hijo (es la misma gente que puede admirar mucho una puesta de sol en un cuadro y luego ni levantar la vista cuando se produce al otro lado de la calle). Igual de fácil es querer, también, a un muerto, o a un vivo al que no se ha conocido. Si Jim conociera a su adorado Ibsen pensaría que es un viejo maniático con enanismo. Mientras no cumpla su sueño, todo irá bien para su amor. Es fácil fabricar a las personas. Luego las decepciones son tremendas –cuanto más existe uno, está claro, menos existen los demás.

Respecto al 31 de marzo: el propio Voltaire no se creía su tristeza; hablando de atrocidades resulta a menudo encantador, felicísimo –tal vez el estilo delate a un hombre, y no su tema.

Recordar a un muerto da placer. Es sentirlo otra vez un poco cerca. De la misma manera que el peor momento de su pérdida no es su pérdida, pues cuando es reciente por lo menos tienes tu dolor –él sigue todavía un poco vivo. Con el tiempo desaparece, o deja de parecerse al de verdad; te fabricas tu monigote, y con él dialogas.

¿Por qué la vida es melancólica? Porque la gente se muere y tú no.

6 de abril. Ayer no pude escribir una línea. No quedaba un papel aquí (quitando los de Jim) y yo tenía la cabeza un poco volada, espesa. Me levanté a las tres y media de la tarde y mosqueado. Ha sido para bien.

Jim me llama en su libro Malhumor Maurice –«la aliteración, Stannie, que no la rima, es la verdadera alma de la poesía; la rima es una imposición hispánica, de verbena y sobaco». (Para sobaco el suyo.) Ahora estamos en la fase en que madre nos impide vernos fuera, porque Jim me está sorbiendo el alma. Aquello duró apenas un verano, y no fue para tanto. He podido notar cómo el afecto del Jim real por mí subía un poco durante la redacción de estos capítulos. La escritura de su novela, la resurrección de ciertos momentos clave de su vida, le está afectando a la razón. Jim está un poco ondulante. Cuando llegue a otras partes que me sé, va a estar insufrible. Ayer no quiso dejarme un folio, pues «te lo daría, Stannie, pero este folio puede ser crucial; entiéndelo». Crucial para la historia de Europa y el Universo. No tiene pensado trabajar.

Yo sueño con una pluma recta, un poco de papel y algo de silencio. Ese sería mi estado perfecto, mi paraíso en la Tierra. Si hay algo parecido a la felicidad, esto es la calma, cierta rutina de suavidad. No la mentirosa ausencia de deseo de los estoicos: la cálida y lenta espera de algo bueno, que puede llegar o no.

Otra mentira dolorosa de las fábulas y novelas: la manera en que te afectan la cabeza cuando las lees enamorado, sean buenas o sean malas.

Uno está enamorado, y ella no le quiere. Pero uno lee una historia de amor maravilloso y los identifica a ambos con los amantes. Todo va bien, de alguna manera se está produciendo un trasvase: de tus pensamientos prodigiosos a los suyos, donde estén. La historia de amor culmina y tú eres el hombre más feliz sobre la

Tierra, porque ellos son, sin duda, vosotros. Acaba la novela: tú sigues solo y tirado, y ella ni sabe que has leído el libro y que has pensado todo el tiempo en ella. Tu emoción cálida y sincera no ha valido para nada. Las novelas y poemas son como los sueños –fuentes de soledad.

Todo, todo, todo pasa en función de uno, y decir lo contrario es mentir, estúpida o piadosamente. 1.15.

Ahora bien, esto ha llevado a grandes líos en la Historia, a grandes masacres. Que todo ocurra en función de uno no quiere decir que el mundo lo necesite a uno, o que vaya a dejar de existir cuando uno no esté. Esta es una cosa difícil. El ser humano es egoísta, narcisista –esta es su naturaleza, todo es real para él. Pero el ser humano quiere hacer de su egoísmo el mundo entero, y es aquí donde se equivoca. Es por esto que las relaciones, en general, resultan insatisfactorias. ¿El mundo existe para mí ? Sí. Como existe para este y para ese, como existe para esa zarza o esa cebra –lo único total y verdadero es la individualidad, que es múltiple. ¿El mundo va a desaparecer conmigo? ¡Sí! –para mí. ¿Debo actuar como si fuese a hacerlo para todos? ¡Nunca! Los grandes egos nacen de este miedo a desaparecer en soledad, a perderse parte de la fiesta. Y digo yo: ¿puede haber algo más deseable? Conocerse, saberse vivo –y desaparecer con todo. No dejarse nada ni a nadie, no arrastrar a nadie.

Aún tengo muchas dudas con respecto a todo esto, y no tengo problema en admitirlo. No trato de edificar nada. Si encontrase a alguien que lo tuviera todo claro pensaría que es un idiota.

Me siento un perro, o un buey, o un lagarto. Las erecciones son un fenómeno deprimente –una pequeña humillación de la naturaleza.

7 de abril. Muchos niños hemos crecido con la imagen de la Virgen como ideal de belleza y excelencia femeninas; como es normal, esto ha llevado a confusiones espantosas. La Iglesia católica

ha parecido y parece tenerla permanentemente dura bajo la sotana. Si uno no cede a sus pasiones animales, debe ser por convicción, y no por el miedo a un probable castigo, por el efecto de un chantaje –los chantajes suelen tener un efecto adverso, de tiro por la culata. La Iglesia y sus chantajes nos hacen más lujuriosos. La Virgen María es para muchos hoy (y sin quererlo, por prohibido) un motivo erótico, de lubricidad. El Espíritu que dictó los Salmos tenía unas grandes ganas de joder, y estas ganas –disecadas por la Historia– han provocado grandes miserias. Los peores libros son aquellos que se escriben con una gran erección bajo la mesa (y de esto los evangelistas saben un poco). Jim, que ya no puede o no quiere –es muy orgulloso y muy pobre– ver a la puta, se dedica a reconstruirla centímetro a centímetro sobre el papel. Esta es una cosa muy triste. Él ve en la escritura una forma de posesión. Se engaña. Le poseen a él sus grandísimas ganas de joder. A la puta le da lo mismo; como si la conviertes en la Beatriz de tu Comedia. Los literatos no dejan escapar fácilmente –la grima que pueden llegar a provocar en la gente normal es literalmente indescriptible. Menos aún si han nacido bajo la dura sombra de la Gran Erección Católica. Pobrecito Jim.

Mis motivos para no hacerlo no tienen que ver con el infierno o con el paraíso, no; son mucho más sencillos y, hasta cierto punto, diré, nobles. Simplemente no quiero iniciar un proceso que puede ser perjudicial para mí. Si no tuviera este miedo, lo haría sin preocupación ninguna, cada día.

Mi angustia infantil nunca fue acabar en el infierno, que no me daba miedo, sino qué podría hacer uno una vez en él, o en el otro lado –qué ocurre en la eternidad, cómo vive allí la memoria. Pensaba y pienso que bajar los brazos –la extinción total– es un derecho básico de las personas buenas y malas, el primero.

8 de abril. Mabel ha recortado la esquela de Mary Ellen y la está utilizando ahora como marcapáginas. Creo que lo hace con buena intención, pero a mí me parece de lo más siniestro. Está leyendo El Corsario Negro y no para de hablar del mar Caribe. Mabel se está convirtiendo en una chica un poco masculina. Su héroe es su hermano Jim. Jim puede ser un buen modelo durante los primeros

años de la adolescencia, por su pura extravagancia y falta de lucidez –por su entusiasmo–, pero luego conviene andarse con ojo.

La esquela de mi prima contiene tres erratas, una en su nombre. La muerte (para los que nos quedamos en la vida) es una cosa más bien cutre. Lo mejor es dejarse acostumbrar en la medida de lo posible y no dar mucho la vara. En nuestra casa ha sido un asunto casi cotidiano, de protocolo; me parece difícil que una muerte nos sorprenda a estas alturas –como no sea la propia. Papi le tiene un miedo atroz y cada día más. Siempre ha tratado de normalizarla, con su torpeza y grosería habituales, pero nunca ha engañado a nadie. Se piensa que por invocarla constantemente ella se va a alejar.

Cuando éramos niños, nos sentó y nos la explicó. Jim tendría nueve años, o diez. Yo, aunque pequeño, sabía ya de qué iba la cosa. Charlie quedó muy impactado. Georgie no entendió nada.

Nos habló de los distintos tipos de rito funerario, de la incineración griega a la momificación egipcia, de la purificación judía a la exhibición cristiana, etc. Al cabo de un rato se le acabaron los clásicos. Pero papi, ambicioso, no achicó. Túmulos, drakkars, torres del silencio... ¿Dónde nos gustaría descansar a nosotros, y que no nos escuche vuestra madre? Los hermanos quedamos un rato pensando y dijimos cosas variopintas. Jim, que era ya un pequeño monstruo, dijo que él quería descansar en Glasnevin, «con la familia». Charlie dijo que él no se iba a morir y Georgie no acabó de decir nada. Yo, que en esa época era feliz, que apreciaba a mi familia y que tenía incluso un cuarto para mí, un cuarto que quería mucho junto al mar (que era colonizado por Jim en verano, Pascua y Navidad –ya por aquel entonces se aseaba poco el cerdo–, pero que la mayor parte del año era mío, mío), respondí que a mí, papi, sinceramente, y entiendo el problema logístico, lo que más me gustaría, lo que me gustaría de verdad, sería que me tumbaseis en mi cama, que me tapaseis hasta el cuello con mi manta y me cerraseis la puerta, que no tocaseis para nada mi habitación, que la dejaseis exactamente como estaba, que hicieseis vida normal alrededor como si yo no hubiera dejado de vivir allí del todo, que me hablaseis de vez en cuando si sentíais la necesidad de hacerlo, que me contaseis vuestros problemas y me fueseis poniendo al día,

poco a poco, de vuestra vida, que me hicieseis vuestro confidente si lo quisierais así, pero sobre todo, sobre todo, que no tocaseis un átomo de nada, que me dejaseis allí para siempre, con mi Nannie y con mis cosas, por muy mal que oliese todo el asunto.

El estúpido de papi se pensó que yo tenía un problema y me dio por tonto. Ahora me da exactamente igual lo que hagan con mi cadáver, como si lo echan al río. En mi habitación, hasta donde sé, duerme un inglés.

Nannie. Uno de los momentos más feos de mi niñez fue el día en que me enteré de que Nannie cobraba, que todo eso ella lo hacía por dinero. La insulté en mi lengua de niño y tuve una pequeña rabieta, cosa poco común en mí (cosa más bien típica de Charlie). Madre acabó por meterme un tortazo merecido y no volví a sacar el tema. Nannie vino a consolarme en secreto y dijo que ella todo eso lo hacía por su Stannie.

9 de abril. Sábado por la mañana. Jim me lee en la habitación algunos fragmentos de su novela. Dice que empieza a verlo claro, que está como poseído. «¿Por quién?» «Pues no sé.» Lo que yo no tengo tan claro es si esto le va a interesar a la gente. Una novela, para ser buena, tiene que ser muy buena. No es fácil. Y la suya va a ser –todo apunta a ello– un pisapapeles (uno lleno de amor).

Le hago un par de observaciones y rápidamente se me ofende. Mi intención no es en ningún momento ofenderle. Jim no está preparado para los sinsabores del mundo literario, no se puede ser tan delicado, tener la piel tan fina.

–Qué curioso –le digo–. Es muy parecido a una cosa que cuenta Leopardi en su Zibaldone.

–Qué. Qué cuenta. ¿El qué?

–Eso que dices de la belleza. Lo de la belleza como una idea adquirida, de hábito y comparación, más que como cosa innata,

platónica. Dice que lo contrario es cursi y equivocado.

–¿Cómo? ¿Qué dice exactamente?

–Eso. Que la idea de la belleza como algo absoluto y fatal es falsa, una mentira gorda. Que es fruto del hábito, la inteligencia y la comparación; poco más. Un niño se da cuenta de que su padre es feo cuando empieza a compararlo con otras personas y entiende que, en términos generales, su padre se sale de la norma. Si todos en su familia tuvieran tres ojos, él pensaría que es lo normal y hasta lo bello. Es mediante la comparación y el hábito que el niño aprende qué es la norma, y aquello que se sale de la norma es disonante, feo. Así, la belleza es relativa. No viene incorporada y no es por tanto general o absoluta.

–Yo no digo eso...

–Sí, es exactamente eso lo que dices, en boca de tu personaje. De hecho, le dice a su amigo esa frase, «pero la belleza no, que la belleza no es absoluta».

–¡Bah!

Ahora lo va a quitar. Este es solo un ejemplo más de su invariable vanidad de artista. Lo normal, al descubrir que un gran escritor pensó hace tiempo lo que tú piensas hoy, y que lo expresó de forma parecida a como tratas de expresarlo tú, sería alegrarse, sentirse acompañado y talentoso. Pero al artista le ocurre lo contrario: se enfada porque un tipo italiano se le haya adelantado ya en cien años. Estúpido muerto. ¡De qué va!

Pero ¿no se dan cuenta de que todo, absolutamente todo, está ya dicho, que la vida es poca cosa? Piensan que las emociones son su patrimonio, y con ellas nosotros. ¿Para qué demonios escriben? Si fuese para hacer audible la voz de su verdad, para decir que también existieron –el único motivo digno para escribir algo, creo yo–, se alegrarían. Ellos escriben para hacerse querer, para ser admirados. Se piensan que el mundo empezó con ellos y que con ellos acabará. ¡Ah, vanidad de vanidades! Por cada mil Jims, un Leopardi.

Parece que O'Rourke anda medio indispuesto, no se sabe si va a poder oficiar en condiciones mañana; pero él no ha querido suspender –es muy estupendo. Jim se ha entretenido diciéndole a Charlie que, en caso de indisposición fatal y momentánea, recaería sobre él, acólito favorito, mano derecha total, la ejecución de la misa. Charlie, que es bobo, se lo ha creído, y muy solemne y sobrio, vestido de paisano, ha salido un rato a practicar al parque –por si acaso. Luego les ha escupido unos pocos salmos crudos a las niñas.

–«Y metió dentro a Pedro. Pum. Entonces la criada portera dijo: "¿No eres tú también discípulo de este hombre?". Crpp. Y dijo él: "No, no soy". Y estaban en pie los siervos y ministros que habían allegado las ascuas; pues hacía frío. Tss. Quie Frigus Erat.»

–Oh.

–Ah...

–Pero entonces –dice Mabel–, ¡san Pedro sí traiciona a Jesús!

–¿Cómo? ¡No! Eh... O sea, creo que no.

–¿No?

–No, no.

–¿Seguro?

–Sí...

Eileen dice que en esta casa estamos todos materialmente enfermos. Que hemos sido presa de alguna rara maldición. «Primero la cosa del ombligo de Georgie, luego los calores de madre, la parálisis de Jim... Y ahora esto.» He tenido que explicarle que Jim no tenía parálisis, que si tuviera parálisis estaría muerto. Le he dicho que maldición ninguna: falta de higiene y una alimentación irregular. En esta vida todo tiene su explicación, Eileen. La gente tiende a evaporar un poco sus miserias, a barnizarlas de misticismo

y fatalidad. ¿Quién puede luchar contra el Destino?

Lo primero que tiene que hacer, le he explicado, es ponerse en cuarentena, dejar de dormir en el cuarto con Eva y con May; las puede contagiar. Pero no. Se ha negado en redondo a dar cualquier pista sobre su enfermedad. Ahora solo vestidos de mangas y cuello, y a ver cómo evoluciona la cosa. Dice que si papi se entera se acabó para ella. «¿El qué se acabó?» «Todo.»

Un poco exagerado, ciertamente. Le he dicho que quizá pueda efectuar un último robo en la botica. Pero antes tengo que saber qué demonios voy a robar. ¿Y no habría tenido más sentido preguntarle a Jim, que ha estudiado, más o menos, Medicina? He tenido que prometer que no le iba a contar nada.

Noche. Leo el Anima poetae en el salón. Un frío y viento góticos, de cuento.

1801: «¡Algo inherentemente oscuro en la acción! Incluso la creación del universo perturba mi idea de grandeza del Todopoderoso».

Muy bien.

Pero luego: «¡Oh! ¡Qué pocos pueden transmutar la actividad cerebral en emoción!» (1803).

STC: «El gran objetivo de la filosofía: la amplitud y generosidad de espíritu que nacen del autoconocimiento».

STC: «Las mentes pigmeas medirán a los demás bajo sus propias limitaciones. Y gritarán: "¡Ah, qué clase de monstruo es ese!". Cuando vean un hombre».

STC: «Mis pasiones duermen. Ni la poesía, ni la ambición ni el amor abren ya los ojos cuando paso por su lado. Como figuras petrificadas para la gloria de nadie, en un viejo jarrón griego…

»[…] Porque para ti hay muchos como yo. Pero para mí solo existes tú, siempre igual a ti misma. Hay campos y campos de flores nocturnas; la Luna las ve a todas ellas, y todas ellas ven a la Luna».

«No podré morir: si la vida es Amor.»

¡Pobre!

10 de abril. Solo en casa. Todos (incluyendo a Jim) han ido a ver el espectáculo, con la esperanza de que al cura le dé a mitad un apretón. Que les aproveche. La motivación de mi hermano para acercarse a los otros es perversa. Si va a ver a Charlie es porque piensa sacar algo; si puede ridiculizarlo en una página dentro de cinco años o cincuenta, habrá merecido la pena.

Creo que a madre no le hubiera gustado nada ver a Charlie sobre un púlpito, frente a la gente. Habría sentido vergüenza ajena. A madre siempre le preocuparon las murmuraciones; se esforzó con verdadero ardor en mantener secretas nuestras miserias –sin éxito. Su gran vergüenza fue el alcoholismo de papi. Lo que papi hiciera dentro de su casa (aunque le afectase a ella directamente) le daba más igual, siempre y cuando no lo supiese nadie. En cierta forma, me alegro de que madre no esté aquí para ver todo esto. El naufragio es inminente y yo solo tengo un deseo: saltar. Quién se ahogue, quién no se ahogue, esto no está en mi poder. La empatía no siempre es buena: una pequeña dosis de crueldad puede ser a veces salvadora, la receta exacta para la felicidad (¿hay algo más importante que la persecución de la felicidad?). Lo normal sería que todo este peso recayese sobre el primogénito. Yo no he gozado de los privilegios de esta casa y no voy a sufrir en primera línea sus últimos quebrantos. Creo que es un trato justo.

Es imposible que papi –un viejo roto, terminado– quiera

mínimamente a sus hijos, en plena flor de su fuerza y juventud. Lo único que siente por ellos es una envidia terrible, que ha desbordado en odio por su mezquindad. Papi es ese ahogado que te arrastra al fondo del océano cuando intentas rescatarlo, un narcisista sin poder. A Jim le odia porque torció el camino que él le había diseñado con una minuciosidad de emir. A mí me odia porque no perdoné jamás su falta de afecto. A Charlie porque es estúpido, y aunque Charlie lo quiere y le trata bien (o quizá precisamente debido a ello), él siente un desprecio feroz por Charlie, y no disimula la rabia cada vez que ve su tonta cara, su estúpida nariz de excavadora, sus ojos de ganado. Papi se quedó con Jim; cuando vio que Jim empezaba a torcerse deliberadamente para escapar de él, trató de provocarle dando sus atenciones a Georgie, que se murió. Papi se quedó entonces con una mano delante y otra detrás, y pasó a buscar, ya que no la gloria de su apellido, sí una cierta comodidad en su jubilación: entregó sus afectos a Mabel. Si pierde a Mabel, todo se acabó.

A madre le pasó algo parecido con Poppie y con Eileen. En Poppie vio una caricatura de sí misma, una vulgarización de sus propias pasiones; Poppie, la «idiota confirmada» (papi le lanzó este insulto una vez delante de madre y a madre se le escapó una risita), es una mujer buena, callada, seria y piadosa que parece aguantarlo todo por el bien de sus hermanas pequeñas –esto, a madre, que era muy parecida pero se pensaba o deseaba radicalmente distinta, le sacaba de quicio. La trataba con un desprecio sorprendente, de dueña y criada, y todo cuanto Poppie hacía (obedecer sus órdenes) le parecía minuciosamente estúpido. A Eileen la despreciaba por lo contrario: Eileen era lo que a madre le hubiera gustado ser y no le habían dejado. Eileen había heredado su feminidad, pero llegada ya a su extremo natural. Eileen, una niña muy guapa, empezó a convertirse en una chica alta y delicada, como de cuento, a la que todos indefectiblemente miraban. Empezó poco a poco a ir a su bola, a dispersarse por las excesivas atenciones de madre, y madre trató de custodiarla como se custodia un tesoro (si hubiera podido encerrarla en una torre, lo habría hecho). La muerte de madre, aunque Eileen no lo sepa, puede resultar finalmente positiva para ella. Eileen va a hacer dieciséis años –todo puede salir adelante. Madre torció mi relación con Eileen de una manera que, aún a día de hoy, me provoca escalofríos por su vileza. Madre nos pilló

desnudos en una habitación cuando teníamos once y siete años; lanzó un grito de escándalo, me empujó con violencia contra la cama como si yo fuese un animal y se la llevó del brazo entre lloros horrorosos de mi hermana. Durante años yo sentí que había hecho algo atroz; es esta una de las pocas cosas que jamás le conté a Jim o a un cura. Luego, con el tiempo, pude comprender que madre actuó entonces movida por sus propios traumas, y que yo no había hecho nada. NADA malo.

La gran carga de madre fue su horror de la sexualidad. ¿Qué había hecho yo? Los adultos son capaces de cometer con los niños errores monstruosos sin darse cuenta siquiera.

11 de abril. Lunes. Un viento sibilante, absurdo, burlón. Papi hace sus recados en la ciudad y Jim escribe su libro. Yo nada. No he recibido una nota de disculpa de Ward, un aviso, algo. El cojo piensa que se ha librado y punto. Pero voy a vaciarle una botella de repugnante orín en la puerta de su casa y que hinche la madera; por la mañana, la voy a rellenar; por la noche, la voy a vaciar; etc. Los lunes serán un buen día para hacerlo. ¿Por qué no? Lo pesado es ir hasta Rathgar. Pero así estiro las piernas.

Antes, en la casa de Castlewood, la mejor que tuvimos iniciada la diáspora, pasaba las mañanas de sábado y domingo haciendo ejercicios en el jardín con una enorme piedra lisa que había allí y que evidentemente no me pude llevar. Esas pocas horas eran quizá el momento más feliz de mi semana. El ejercicio físico es una cosa importante, y desde que no lo practico me siento pesado, lento, casi diría sucio. No estoy ni mucho menos grueso, tipo papi, tipo Charlie, al que le asoman las lorzas, sino que es una cuestión mental. Si el mar no me quedase tan lejos, saldría a nadar cada mañana. La sal, el sol... Todo esto tiene algo de saludable, creo yo, de naturalísimo.

La imagen de mi hermano, por el contrario –blanco, pegajoso, consumido, garabateando símbolos en la oscuridad febril de nuestro cuarto–, me resulta de lo más artificial. ¿De veras nacimos para eso? Palpita allí una imagen de corrupción –es posible que nos hayamos equivocado definitivamente, de cabo a rabo. Ahora, ¿qué se puede

hacer? Nada, la paradoja está servida. Yo detesto las paradojas, que no son ningún consuelo. El mundo siempre ha sido así. Ese mundo primigenio y soleado de Leopardi no existió jamás (solo en su rica imaginación). Desde que el mundo es mundo existieron los anhelos, los suspiros y los sueños. El hombre dejó de ser un animal en el momento en que colocó la vida y la felicidad en un plano abstruso, futuro e hipotético –el momento en que dejó de vivir en el presente. El tiempo y la felicidad no son cosa compatible, creo yo; y respecto de los otros poco se puede hacer.

Y es que ¡menudo error es hablar de lo que se ama! ¿Qué podemos ganar? La reacción del otro no estará nunca a la altura de nuestras expectativas. La imposibilidad de transmitir una emoción cruda y humeante es la principal frustración de las personas, que no se entienden. Como mucho se podrá cocinar esta emoción, trocearla, adecentarla... Y servirla: será otra cosa. Uno busca emocionarse en la reacción del otro ante su propia emoción; busca en su reflejo la fraternidad de su egoísmo. Pues bien, ¡tal fraternidad no existe! Para encajar la emoción cruda el otro tendría que ser nosotros; tendría que haber vivido, milímetro a milímetro, las cosas que nosotros hemos vivido, sentido las que hemos sentido, pensado las que hemos pensado, etc., y entonces no nos valdría: porque ya no sería otro (como el dios de los taoístas, seríamos todo y todos, y así estaríamos eternamente solos). Si el arte «funciona», a su manera castrada y triste, es porque las personas compartimos esta frustración.

Ahora, ¿y en el amor? ¿No existe allí, ya que no en el arte y el pensamiento, la verdadera comunión del corazón? Vuelvo a las palabras de STC, que copié en 4 de abril: «Lo que el amante adora en la amada es esa consumación final de sí mismo que se produce en su propia alma en la contemplación de otra». Dos túneles paralelos y llenos de ecos y fantasmas y murciélagos. Los otros nos sirven y nosotros servimos a los otros. Esa fusión final del Gran Amor, esa Condena Eterna de los Paolos y Francescas del Universo –ese de este beso al infinito–, es solo un truco literario más, el gran suspiro de un poeta que se sabe solo. Si Dante hubiera sentido en sus propias carnes una comunión tal, ¿para qué demonios iba a escribir un libro? Su libro fue su intento desesperado por agarrar para siempre las cosas y personas que se le escapaban entre los

dedos –por meterlos a todos en una jaulita. ¡Le valió mientras tanto!

La verdadera pasión, me parece, es pudorosa. La verdadera pasión se sabe a oscuras. Por eso resultan tan aberrantes los grandes enamorados y artistas. Tanta energía derrochada, tantos grotescos, vergonzantes esfuerzos…

La gente, la mayoría, habla más de la cuenta –las personas resultan a menudo ridículas en su intento vano por compartir; son sentimentales y fracasan. Como es natural, nadie quiere tener un amigo artista, o un amigo enamorado.

Tarde. No he comido una sola cosa. Las niñas tienen la cocina patas arriba, son las cuatro y media y todavía no se ha servido un plato en este salón –caliente o frío. Papi no ha vuelto, Charlie está fuera y Jim puede vivir del aire que da un abanico.

Cuarto. Estudio los fabulosos Promenades dans Rome de Henri Beyle, Stendhal. Mi hermano lo tiene apuntado de arriba abajo, con frases de lo más incoherentes y lapidarias. Stendhal tiene que ser de los pocos autores que de veras compartimos los dos. Stendhal fue un hombre con un gran sentido del ridículo, uno que sabía lo que la vida podía ofrecer. Una tarde, a la puerta de un restaurante, después de haberse puesto hasta las trancas, cayó al suelo desplomado. Había muerto. ¡Quién pudiera morir así, y después de una vida plena! Stendhal tuvo algo de emperador romano en su manera de sentir el mundo, pero sin las gnósticas supersticiones ni las marmóreas vanidades. Aún sigue siendo un poco desconocido en esta isla, me parece. Pero el tiempo lo pondrá en su lugar.

Stendhal recomienda lo siguiente a los viajeros:

«Al llegar a Roma, no os dejéis envenenar por ninguna opinión; no compréis ningún libro: demasiado pronto la época de la curiosidad y de la ciencia reemplazará a la de las emociones; alojaos en via Gregoriana o, por lo menos, en el tercer piso de una casa de la piazza Venezia, al final del Corso; evitad la vista y, más aún, el contacto de los curiosos. Si al visitar los monumentos por las mañanas tenéis el valor de llegar hasta el aburrimiento por falta de

compañía, así fueseis el ser más apagado por la pequeña vanidad de salón, acabaréis por sentir las artes» (15 de agosto de 1827).

Stendhal fue un hombre feísimo. En su tumba leemos: Arrigo Beyle, milanese. Scrisse, amò, visse Ann. LIX M. II, Morì il XXIII marzo MDCCCXLII. «Henri Beyle, milanés. Escribió, amó, vivió cincuenta y nueve años y dos meses. Murió el 23 de marzo de 1842.»

Dicen que lo último que hizo fue echarse la mano al bolsillo, porque tenía miedo de que le robaran el reloj.

12 de abril. Ayer papi no durmió en casa, y hoy tampoco ha pasado por aquí. Las niñas están histéricas, dicen que se ha muerto. Dudo que se haya muerto; solo estará borracho. Jim dice que salga a buscar al alguacil. Otra vez yo. ¿Cuál es su excusa? Le he ofrecido, como máximo, ir juntos. ¡Que se le dan muy mal estas cosas, que se pone muy nervioso! Que yo soy más flemático, y «apto». Es tonto. Dice que a las siete, que estará libre. Papi empeñó su alianza para sacarlo de la cárcel y él no puede salir a preguntar al bar de la esquina. Charlie, dice, no vale para nada (ahora anda dando vueltas quién sabe dónde). Mejor no asustar a Poppie, que bastante tiene con las gárgolas de Usher Island.

Ayer. Al final subo al tranvía (se me hace tarde). Con el estómago hueco y sin esperanza ninguna de rellenarlo, saco la botella de debajo del sofá y la envuelvo en una manta. Una vez en Rathgar, bastante nervioso (nunca he sido de meterme en líos, ni siquiera de niño), me paro a la puerta, agarro el torpedo y quedo mirando a ver si aparece alguien. Deben de ser las ocho y media y la oscuridad, quitando el escupitajo naranja de una farola, es perfecta. Pero justo cuando voy a hacerlo, cuando estoy convencido de que sin duda lo merecen, empiezan a sonar unos fuertes pasos de mamífero que se aproxima.

Me da el tiempo justo para esconder la botella cuando aparece por la callecita la Elefanta, que viene del mercado, una bolsa inmensa cruzada por su cuerpo graso como una bandolera desencajando y orientando sus grandes ubres y abundantes

pliegues. Dejo los escalones para encontrarla y digo algo así como:

–Hombre, señora Ward, venía a ver a su marido, que quería hacerle una consulta. ¿Sabe usted si está en casa? Disculpen las horas.

Pero la Elefanta, toda digna, me pasa por delante sin mirarme y, con la papada erguida, me cierra la puerta en las narices.

¡Qué! ¡Y se habrán ofendido!

Me dieron unas ganas terribles de reventarlo contra la puerta.

Tengo que esperar unos días para volver: esperar a que despeje la humareda. La desfachatez de la gente adulta es bestial, ilimitada, increíble.

No es la primera vez que papi se pierde, ni tampoco la segunda o tercera. Cuando todavía vivíamos en Bray, hace mucho tiempo, papi decidió desaparecer por nueve días seguidos. Madre no podía creerlo, puso la ciudad patas arriba y no logró una sola pista; ni los amigotes, ni los compañeros, ni los camareros: nadie sabía nada. Al octavo día apareció un ahogado cerca de Greystones. Todos nos temimos lo peor. Este ahogado era un hombre de cuarenta y pico años, grande, fuerte, con largos bigotes grises de capitán y el pelo escaso un poco cano. Pasamos veinte horas de tensión hasta que por la tarde Tío Willie localizó sin quererlo a papi en una oficina de seguros. Estaba trabajando allí como si tal cosa, al otro lado del mostrador, con un bigote en herradura. «¡John! Pero ¿qué haces aquí?», dijo Tío Willie, que no daba crédito. «Ah. Trabajar. ¡Qué voy a hacer!» Papi volvió a casa con su nuevo bigote y su nuevo empleo –que le duró un mes– y madre aceptó con resignación que se había casado con un perdido. Nunca supe qué fue lo que pasó; todo siguió adelante con normalidad y nadie volvió a sacar el tema. La imagen de papi al otro lado de ese mostrador, sellando papeles con su impoluto bigote nuevo como si no le hubiésemos estado buscando todos sin parar por nueve días seguidos, me resulta irresistible.

Noche. Escribo en el salón. Jim y yo no hemos encontrado a papi. La policía ya lo está buscando. Hemos hablado con el Sr. Kane, con el Sr. Chance y con Tom Devin. Nada. Jim está nervioso; mañana va a ir a su «trabajo» y a la vieja fábrica. Charlie ha vuelto con una mano delante y otra detrás, borracho.

Si yo tengo un miedo en la vida, este es perder la cabeza. Mi familia tiene un largo historial de visiones, alcoholismos y demencias. Esto se debe principalmente a la infelicidad, y a la imposibilidad de paliarla. Yo preferiré mil veces una muerte prematura a la lenta corrupción de la bebida. Si en algún momento veo que estoy perdiendo el juicio, me pegaré un tiro. Lo malo y peligroso es ir hundiéndose poco a poco en este lodazal y no encontrar jamás el momento de hacerlo. Papi debe de pensar: «Bueno, total ya, me espero». Pero ¿y si aún le quedan quince, veinte años? Su estado no va a mejorar, eso seguro.

Yo tengo toda la vida por delante, y algunos motivos para ilusionarme. La pasión intelectual, mentirosa o no, te da una impresión de movimiento, de avance enérgico hacia algo –lo más importante en esta vida es, creo yo, no estarse nunca quieto. Sentir que te acercas a un premio imaginario que se aleja cada vez que vas a tocarlo mantiene la cabeza y las manos ocupadas. El hombre sin ilusiones busca este movimiento en la inconsciencia, en el empacho –en la oscuridad.

El amor, en cualquiera de sus formas, los grandes vínculos del corazón, son el principal peligro, porque no dependen de uno y pueden perderse. Esto es algo en lo que he pensado mucho, y he llegado ahora a un pequeño respiro. Ahora pienso (y creo que con sinceridad) que nada es para siempre: tampoco la muerte de un ser amado. Me explico.

Lo que nos produce horror en la muerte de un ser amado es la idea de la eternidad (31 de marzo). El pensar: «Ya está: se ha ido para siempre». «¿Para siempre?» «Sí, esta persona no va a existir más, es un recuerdo y no será otra cosa.» Etc., etc.

Esto es triste porque los hombres vivimos en el futuro –ya da exactamente igual que esta persona haya existido, que nos haya hecho felices, muy felices, de golpe todo eso no vale nada; ya no existe ni lo hará, y solo esto importa. Pascal dice: «El presente no es nunca nuestra meta. El pasado y el presente son nuestros medios, pero solo el futuro es nuestro fin. Así, no vivimos, sino que esperamos vivir». Este ser amado no existe; ¿qué importa que haya existido? Es esta idea de la eternidad la que nos asusta.

Pero se trata, al fin, de una idea mentirosa. «No voy a ver a esta persona nunca más. Se acabó.» No: no vas a ver a esta persona de aquí a sesenta años, a lo sumo. Luego no vas a verla (por supuesto), pero tampoco vas a no-verla, digamos. La idea de que os vais a volver a cruzar es una estupidez y una mentira total. Ahora, que tampoco vais a estar perdidos el uno del otro para siempre, porque simplemente no vais a estar. Y hay quien puede ver aquí (esto ya depende de la naturaleza de cada cual) una forma de reunión. Aquí ya entramos en aguas pantanosas, corremos el riesgo del autoengaño. Pero quedémonos con lo primero. Se ha muerto X, no la voy a ver nunca más; pero tampoco voy a vivir una eternidad de su ausencia. ¡Nada es para siempre, alegrémonos!

13 de abril. Jim, profético, le dijo el otro día a Tía Josephine que «la bebida pronto acabará con papi; entonces colocaré a las catolicísimas con el arzobispo Walsh y podré dedicarme a vivir». Tía Josephine me escribió horrorizada. Esperemos que Jim no tenga que arrepentirse de sus palabras. Él mismo ha vuelto a beber, y el otro día tuvieron que traerlo a rastras hasta Cabra. Tenía todo el abrigo vomitado de mora. Quienquiera que le acompañase lo dejó sentado en los escalones, llamó a la puerta y se largó; Eva bajó y se lo encontró allí tirado, doblado como una rama (papi, afortunadamente, dormía la mona él mismo). La media de borracheras de papi estaba en 3,97 días/semana al momento de su desaparición; Jim pretende disputarlo. No sé quién ni cómo podría salvar a mi hermano a estas alturas. Él ve en todo esto un asunto estético, de belleza. Le da igual su vida, que es ahora un «experimento», un barro que existe únicamente para que él lo conforme en ficción (en Gran Arte). Este argumento –el argumento

de un niño con miedo– me provoca una rabia indescriptible. Su vida puede ser todo lo desastrosa y ridícula que se quiera, que luego él la va a transformar en obras maestras atemporales y entonces cada pequeño desvío tendrá su justificación –mientras tanto, nos hace miserables. Es probablemente el argumento más mentiroso y cobarde que yo haya escuchado nunca. ¿Y si ni siquiera logras eso? ¿Y si lo logras? Dice que gracias a su arte es capaz de «mirar su propia vida con distancia y desapasionamiento griegos», algo muy difícil, dada la «febril subjetividad de nuestros días». Cita a su último héroe neopagano: Los sentidos reciben su dignidad de las palabras, Stannie, y no al revés. Jim parece querer llevar al paroxismo dos de los grandes fraudes de la Historia: el alcohol y la literatura. Papi, por lo menos, es solo un borracho. Jim se da ínfulas y convierte su alcoholismo de colegial en un acto revolucionario de despersonalización. Su novela es poca cosa.

Ahora se dedica a amenazar con gravedad a todo aquel que le disgusta (y es muy fácil disgustarlo). Como en este mundo ya no es nadie –es un borracho, exactamente aquello que prometió no ser–, se ha creado ese otro mundo triste de papel y sueños donde él es el rey y dicta sentencia. Que me traicionas aquí, yo te crucifico allí. Muy bien. No creo que a nadie, quitando a su amante O. G. (que es una vedete engreída y tiene terror a la pluma de mi hermano, mil veces más valiosa que la suya de simio), le importe en lo más mínimo. Transformar su vida en ficción al tiempo que la vive le hace ser grosero y buscar el fin más extremado de las cosas. No parece entender que la literatura, el arte, tiene su raíz en la imaginación y no en la vida. El peligro que encierra el pensamiento contrario es fabuloso. Busca el colapso. Su novela todavía no tiene un final.

Lo único que necesitaría para marcharme al continente es: un trabajo. La promesa de un trabajo basta. ¿Qué sé hacer? Literalmente nada.

Eileen ha depositado sus esperanzas en mí: ¡¡error!!

No he encontrado en los manuales deshechos de Ward una sola cosa que se le parezca –allí solo vienen imbecilidades y plantas, casi son libros de botánica y sociología.

17 de abril. Días sin escribir aquí. Ganas de nada. Papi está en casa, haciendo lo suyo. Hoy casi tenemos que salir a llamar al alguacil. Jim y yo nos hemos levantado a las cuatro de la tarde y él ha perdido la cabeza. Después de insultarnos y humillarnos delante de las hermanas por quince minutos ininterrumpidos, ha tenido que sentarse en una silla a respirar. Entonces Eileen ha tratado de defendernos, ante la impasibilidad y el miedo de Eva, Florrie y May. Papi, en un último esfuerzo (daba pena verlo, parecía muy viejo), les ha dicho a todas con la voz rota que «desde que murió vuestra madre sois unas putas insolentes a las que les daría igual si reventase»; luego ha amenazado con volverse a Cork. Jim no ha dicho una palabra. Ha esperado a que acabara, ha cogido la puerta y se ha largado. Su indiferencia ante nuestras miserias es degradante.

Papi me ha robado mi dinero. Tengo media libra, que ha tenido la amabilidad de dejarme en un sobrecito arrugado.

Resulta que Jim le contó lo del cojo y trató de manipularlo para que nos consiguiera el sueldo. Papi se plantó en la botica y amenazó con meterle la cabeza en el culo a Ward.

Ward, que es un viejo de metro cincuenta y cinco, delgado y seco como una colilla, se puso muy nervioso y le entregó inmediatamente a papi mi dinero. Papi pasó tres días de juerga a costa de lo que él consideraba un impuesto de acción y manutención y me dejó las sobras en el cuarto. El hecho de que haya aguantado sin beberse esos últimos chelines debe de haber sido el mayor acto de mesura que ha acometido en su vida. Papi es oficialmente un criminal, un extorsionador –un vulgar mafioso.

Pascal. Pascal fue, antes que nada, un hombre lleno de miedo. Era un poeta (uno de verdad) y no tanto un filósofo o un religioso –mucho menos esto último. Lo demuestran cosas como: «El acto final será sanguinario por bella que haya sido la comedia, se echará al fin tierra sobre la cabeza, y eso para siempre». Él no quería comprender: quería ser feliz. Por supuesto no lo consiguió –ni lo uno ni lo otro.

¿Quién puede considerar más sincero al Pascal del deus ex machina que al de las muchas dudas previas? ¿A quién, en su sano juicio, le ha convencido antes su pobre conclusión que los horrores evidentes que la preceden? (¿a quién le ha dado más esperanzas el Paraíso de Dante que malestares y curiosidad su Infierno?). Su gran aportación fue la de confirmarnos en nuestro miedo –hacernos ver, muy sencillamente, que vivimos y morimos a oscuras.

Él nos dice que nacemos bajo los efectos de una mutilación. El hombre tiene dos deseos, que mezcla e identifica: la felicidad y la certidumbre. Pero la pura apetencia e intensidad de su deseo las coloca en un mundo fantasioso y lejano y de allí no podrá bajarlas. Nos dice que estas revelaciones cojas, nunca plenamente satisfechas, son un sabor amargo a paraíso que nos queda en la boca. Se nos castiga con vileza para que sepamos de dónde venimos y adónde no podremos volver: para recordarnos que hemos caído. Si Pascal cree en un dios, es en un dios cruel.

Las revelaciones diarias –la emoción estética, los sueños, cierta forma de amor y de paisaje, lo que Jim llama hoy «epifanía» siguiendo su burla eucarística– nos recuerdan que dormimos, que permanecemos en una especie de estado comatoso y singular en algún parterre del Edén. Pero no despertaremos. Dios es lo suficientemente desalmado como para colocar aquí y allá pequeñas dosis de certidumbre; durante un instante pensamos que algo está por ocurrir, y jamás ocurre. Dios está a punto de hablarnos muchas veces, y nunca nos habla. STC –que tuvo, quizá, una inteligencia menor que Pascal y un genio mayor– nos lo dice así en su Anima poetae: «Si un hombre atravesara en un sueño el paraíso y le dieran una flor como prueba de que había estado allí, y si al despertar encontrase esa flor en su mano, entonces ¿qué?». Spinoza nos dice que cuando el conocimiento es claro y distinto suscita amor hacia

una cosa «inmutable» y «eterna»; el americano Walt Whitman, que hay muchas formas de decir nuestro nombre, que es uno. Así, la epifanía sería ver durante un breve instante nuestro verdadero rostro, sabernos dormidos por un momento. ¿De qué nos vale esto a los hombres? ¡De nada! Es una tortura de Dios, un entretenimiento.

(16 de marzo)

A Pascal le inquietan igualmente las relaciones sociales de este sueño triste. Piensa que son falsas, que nadie quiere bien al otro ni habla igual de él en su presencia que en su ausencia. En esto tiene toda la razón. Si uno pudiera saber lo que sus amigos dicen de él a sus espaldas, ya no serían más sus amigos.

Creo que Pascal y Giacomo Leopardi fueron almas un poco gemelas. Solo que Leopardi no se dejó seducir por la facilidad de ese deus ex machina y trató de levantar un sistema autosuficiente, con un ardor que no ha tenido precedentes en la Historia. Después de cuatro mil páginas manuscritas y una vida gastada, pensó que había utilizado mal su tiempo.

18 de abril. Pienso que, si algún día me decido a escribir algo sobre la familia (tengo poca imaginación), estos diarios serán una buena herramienta. Nada serio, ni extenso –tan solo un documento verídico y verosímil que diga que esta gente pasó por el mundo. Será necesaria entonces una escritura limpia y tranquila, sobria, con una ausencia total de sentimentalismos y vomitonas. ¿Qué función cumple el estilo a la hora de desenterrar a la familia? A veces, releyendo mis notas, me reconozco poco (me puedo reconocer más, digamos, en un apunte de Leopardi).

Es evidente que uno es otro cuando escribe. A veces más triste, a veces más alegre, normalmente más ingenioso y más amargo. Pienso en la impresión que me causaría leer mis diarios dentro de veinte, treinta años, y no encuentro una sola pista. Estilizar la realidad, fragmentarla –cocinarla–, es la única opción; que no hay otra. Por esto escribir un diario es un ejercicio melancólico, antinatural. Que los recuerdos puedan perderse es algo que nos horroriza, como le horroriza a un niño que se le escape el globo (un

vértigo invertido). Uno querría emanciparlos, hacerlos ingresar en la realidad de forma definitiva, justificarlos a todos por pequeños y estúpidos que fuesen y tumbarse a descansar; enterrar un cuerpo y nada más que eso. Pero lo cierto es que enterramos mucho más; que lo enterramos casi todo. Los recuerdos de mi prima, esos ya se han perdido, y a nadie puede importarle –menos a ella.

Lo que Jim pueda escribir no será la familia: será otra cosa. Yo quiero hablar de mi familia, aunque no le interese a nadie en absoluto. Dejar un testimonio de ellos, que no de otros –los otros para él.

La literatura es una mentira, y si algo puede tener de digno o de valioso es rescatar los pobres recuerdos reales de un ser humano real antes de que se extingan. (Rescatarlos por un tiempo, claro.) Si se dicen con gracia y cierta ligereza, el objetivo estará cumplido.

19 de abril. Tía Josephine nos escribe casi cada día: no se atreve a pasar por aquí mientras Poppie no esté. Papi la odia. La llama El Cachalote Blanco y Tía Cojeras. Esto es porque Tía Josephine fue quien atendió a madre durante los últimos momentos de su agonía y no él, llegando incluso a descuidar un poco a su hija y su marido (Tío Willie, que es un idiota, amenazó entonces con denunciarla a la oficina del alguacil por abandono de hogar). Tía Josephine siente ahora esa responsabilidad natural que solo sienten las mujeres simples y terriblemente resignadas. Está preocupada por la marcha de Poppie, y tiene toda la razón del mundo para estarlo. Jim y yo –más que Charlie, que está, digamos, en el otro bando y se ha tragado todas las mentiras contra ella– la apreciamos de verdad. Tía Josephine es una persona buena, y solo esta cualidad ya la distingue del 90% de los hombres y mujeres de esta isla o de este planeta. Yo no siempre he sido tan agradecido con ella como me hubiera gustado. Jim la trata con un afecto burlón, y la utiliza como confidente adulto. Le ha dicho que quiere ser famoso mientras todavía esté vivo y ella le ha respondido que «bien, Jim, ojalá». Tía Josephine finge con gran esfuerzo un interés continuo en los escritos y ambiciones de mi hermano, pero no los entiende para nada (esto a él le da igual, que solo quiere escucharse en voz alta). A mí me insiste en que le preste «mis cosas», pero yo prefiero no

hacerlo, pues creo que la naturaleza de estas cambiaría si sé que alguien cercano las va a tener.

Ayer las niñas hicieron un «guiso». Papi aprovechó la breve reunión para insultar con crueldad a Tía Josephine. Absolutamente nadie le siguió el juego; fue un monólogo grotesco.

Jim no se levantó de la silla al terminar. Papi quedó en el salón leyendo el periódico y dando cabezadas; alguna de las niñas aún daba vueltas por allí y nadie abría la boca. Entonces Jim, sabiéndose ante un público impresionable, empezó a recoger las pocas migas duras que aún quedaban sobre el mantel; sin levantarse, las lanzó una a una con desgana contra los retratos de los ancestros que cuelgan de nuestras paredes.

Jim busca su final atroz, su Ragnarök. ¿Que nos arrastra a todos con él? ¡Y!

Jim se toma demasiado en serio a sí mismo; es esta sin duda su bête noire, el gran enemigo presente y futuro de su literatura. Yo prefiero la ironía. Quizá la ironía sea el bálsamo de los que nos sabemos incapaces de decir alguna cosa. Pero mejor. Lo contrario… Normalmente, cuando abro un libro «narrativo», una novela por primera vez, no puedo evitar sentir que todo aquello que se me cuenta es una mentira, algo inventado –ridículo, en cierta forma. ¿Quién es esta gente? ¿A mí qué me importa? Mientras me los presentan… bueno. Luego todo empieza a enredarse y enredarse de manera artificiosa y luego poco a poco a desenredarse, a veces rapidísimo o de golpe. Stendhal dice que en la literatura no vale con apuntar: hay que disparar. No lo sé. Cuando solo se apunta, te aburres; ahora, cuando se dispara… Nada peor que sentir esa manaza agitada, descubrir al hombre-niño emocionado de sí mismo exigiéndote tu amor. Normalmente, prefiero las memorias y los diarios; las cartas, los libros de viaje. Pocas ficciones han logrado un efecto verdadero en mí. La poesía me cansa rápido. La leo cuando estoy entusiasmado –cosa rara– y pronto me agota. Me resulta a menudo un poco demasiado cursi. Lo primero que le pido a un artista, a un escritor, es que se sepa fracasado de antemano, y a partir de ahí haga lo que pueda. Ver a un pobre tipo luchar

obstinadamente contra el Tiempo y contra Dios sobre un pedazo de papel y sobre todo ¡verle creérselo! activa en mí, como un resorte, el sentido del ridículo –un sentido raro. Mis escritores favoritos son, a día de hoy (19/4/04):

1. Giacomo Leopardi (prosista).
2. Yeats, por cuestiones sentimentales.
3. Giordano Bruno.
4. Goethe (diarista) o Stendhal (diarista).

Creo que, si alguna vez escribo algo, por pequeño y estúpido que sea (no pretendo en ningún caso ser un «escritor», como mucho un hombre de letras), seguirá la línea del primero y del último –desde mis tullidas capacidades. Un libro familiar, un retrato; una crónica, quizá, que no una novela.

Tema para una nota:

Los escritores victoriosos, o virtuosos (los Goethe, los Wordsworth...), nunca van a resultar tan simpáticos a quienes los leen o conocen como los tristes y fracasados (los Leopardi, STC). Es por esto que mi hermano potencia cada día sus miserias: quiere que le quieran. Poco más.

Creo que el estar enamorado ya es algo. Aunque ella no te quiera. ¿Por qué? He pensado mucho en esto, no siempre a propósito, y mi conclusión es la siguiente: no hay nada en el mundo que produzca tanto placer a un ser humano como su dolor (dolor abstracto, entiéndase, no un dolor de muelas). Es esta una cosa rara, y aun así pienso que verdadera. El hecho de soñar con alguien repetidamente, levantarte y pensar al momento en esa persona, oír una melodía y confundirla con la voz de tu corazón, etc.: todo esto tiene que valer algo. De hecho tiene que –o por lo menos puede

llegar avaler más que el amor «real»: es decir, casarte (digamos) y procrear con esa persona elegida o no y luego morir cada uno –¿quién puede negar que, en medicina, lo más importante es el enfermo? El mejor momento es el previo, el momento flotante, nublado –cargado de dolor. Entiendo mejor por más intenso. Yo nunca he tenido un amor correspondido. Jim dice que yo no sé lo que es el amor (él, desde luego, tampoco). Durante un tiempo pensé que mi hermano tenía razón y punto, que ya me llegaría o no, pero ahora protesto contra esto.

¿Cómo que no sé lo que es el amor? Y esta cosa que he sentido y siento, ¿qué es? ¿No puede ser mi amor hasta ahora un poco imaginado más poderoso y obsesionante que el de dos vulgares y animalescos novios que copulan y se dan besos y pasean juntos de la mano por Donnycarney? Yo pienso que sí, porque el amor está en nuestras cabezas, y su poder depende de nuestro deseo antes que del universo. El amor puede cambiar de cara, de cuerpo, de olor, pero es el mismo; lo lleva uno dentro. Si Beatriz no se hubiera ido tan pronto, si la muerte no la hubiera congelado para el resto de la vida, Dante no la habría amado como la amó. ¿Por qué? ¿Por qué Dante amó más a Beatriz que a la Donati? ¡Porque la Donati era real! Porque dormía cada noche a su lado, y hablaba, y comía, y se hacía vieja. Si Dante hubiera visto envejecer a Beatriz, entonces nosotros no tendríamos la Comedia, o en ella viviría una Venus borrosa y desdibujada.

Pensamientos narcisistas. Muchas veces he fantaseado con la escena de mi propio funeral. Con el efecto devastador (exagerado) que mi muerte tendría sobre las pocas personas que me quieren. Y gozo pensando que jamás se recuperarán, que conmigo se entierran también ellos.

Lo contrario, el pensamiento de «bueno, habrá que vivir aunque nuestro Stannie se haya ido», me enfurece. Pensar que morir es literalmente empezar a ser olvidado, que el dolor de mi muerte pasará de insoportable a soportable, y luego a tibio, y de tibio a nada, me da ganas de tirarme de los pelos –pero ¡¡cómo vais a aceptarlo!! Este egoísmo esencial es una parte grande de mi personalidad, una que casi nadie conoce. Tampoco es famosa mi

abdicación. Creo que nadie sabe quién soy (aunque madre tuviera sus sospechas).

Leopardi era una gran promesa nacional desde bien joven, pero era desgraciado. Él siempre se quejaba de su vida, y decía abiertamente que deseaba la muerte. Una vez, un amigo íntimo le dijo: «Bueno, si así terminan tus sufrimientos…». En ese momento Leopardi supo que nunca había tenido la más mínima intención de morirse, y pensó en su amigo como en un traidor que no le amaba.

20 de abril. Miércoles. Poppie está en casa, por un día. Quiere asegurarse de que todas las niñas viven. Está entre la espada y la pared: entre el chantaje de sus tías y el chantaje de su padre. Tanto ellas como él son unos maestros en este arte, cada uno con su estilo particular y depurado. Papi no le dirige la palabra apenas, dándole a entender que acusa el peso definitivo de su abandono –todavía no, que eso vendrá. Pagaría por ver la estúpida cara perpleja al momento de verse solo, solo para los restos. Ese momento final en que Mabel cierre la puerta tras de sí y él sienta caer sobre su espalda todo el peso abrumador de decisiones y mezquindades que lo han llevado hasta allí, irrevocables. Pero no. Creo que voy a ser el primero en volar. Jim, ahora mismo, no está capacitado para ejercer ningún trabajo serio; Charlie va a ser enterrado en Glasnevin como un pobre tipo más.

Poppie dice que soy ahora el Hombre de la Casa.

Poppie es más astuta de lo que parece. Tiene una astucia de mujer, una falsa inocencia que resulta a menudo brutal en su eficacia. Cuando madre agonizaba –madre era un poco más torpe, aún tenía ganas de vivir– le hizo jurar a Poppie que mantendría la casa a flote hasta que Mabel cumpliera los dieciséis, secamente: o juras o no. Poppie juró por Dios, y si no pierde antes la razón cumplirá su palabra –no tengo duda.

Los objetos de los muertos. Produce un efecto extraño ver las cosas que desempeñaron un papel pequeño o insignificante en la vida de una persona querida cuando esa persona ya no está. Poco a poco estas cosas van desapareciendo, dispersándose. El cuarto de

mis padres es ahora algo más el cuarto de papi y algo menos el de una mujer. Pero todavía quedan restos, remanentes que no han sido retirados por su pura modestia –un cepillo, una pluma coloreada, un frasco de perfume casi vacío. Pensar que hace no mucho fueron utilizados por alguien que literalmente no existe ni lo hará le revuelve a uno el estómago y la cabeza.

Lo mismo ocurre con las propias personas, o los seres vivos en general. Pensar que algo que has tocado, sentido físicamente –su tacto, su aroma particular, su calor concreto–, no está en este universo ni en ningún otro lo llena a uno de melancolía e inseguridad. El sinsentido de las cosas se deja apreciar únicamente en los pequeños detalles: ahí, y solo ahí, es donde se hace un poco visible –un poco nada más. Si pensamos en él «en abstracto», «a lo grande», solo nos sentimos mareados; son sus pequeñas emboscadas diarias las que se sienten –las efectivas.

Cuando uno piensa en un ser querido muerto, nunca piensa en la «suma» de su relación –no puede invocar de un solo golpe la totalidad de sus momentos juntos como querría. Son otra vez los detalles escondidos los que nos producen ese vértigo. Uno ve, digamos, un día nublado en la playa, y junto al mar un torpe castillo de arena. Un «besos a miles» oído al azar de la calle; el olor del vinagre, el organillo...

21 de abril. Sueños. Un día más, despierto sin ganas de levantarme hasta dentro de varios siglos.

Quiero que mi relación con K. sea una relación física, y no una más o menos onírica –¿estoy loco?

Cuanto más dibujo mi amor para mí mismo –cuanto más apunto cosas que no le digo, cuanto más sueño con ella, literal y figuradamente–, más cerca siento a la impostora y más lejos a la real.

La fantasía es una salida de cobardes.

Mi hermano busca que le rompan el corazón para poder

escribirlo, está esperando a que le hagan daño para hacerse la taxidermia. Pero, cuando estás enamorado, el arte te da lo mismo –todo te da lo mismo.

El amor es una enfermedad y en un futuro así será catalogado. Uno piensa, cuando la tormenta pasa y la calma se restablece: «¿Qué fue más de verdad, el momento de demencia o este largo desierto? ¿Para qué fui puesto en el mundo?». Uno echa de menos el horror. Si K. me hace daño, si nada sale adelante entre nosotros, en ningún caso trataré de disecarla en un papel.

La fantasía no es más que el mecanismo de defensa que nos tuvimos que inventar contra nuestra propia corrupción –simple supervivencia. Un puercoespín tiene sus púas (nosotros tenemos esto).

A veces este pensamiento tontísimo me asalta: Nunca la voy a tener, pero si soy lo bastante obsesivo y logro pensar que sí con verdadera fe y ardor durante el tiempo suficiente, aun cuando el fondo de mi razón me diga con toda certeza que no, tendré un motivo para levantarme cada día de la cama (lo único importante), pues estaré cada día un poco más cerca de ella; mientras este pensamiento me mantenga vivo en medio de la selva, estaré cada día un poco menos enamorado, como es natural, y ella estará cada día un poco más lejos; si soy capaz de resistir el tiempo suficiente, así, yo habré sobrevivido y un día próximo estaré curado; el amor de K., que parecía la única posibilidad de vida, ya me será ajeno, o casi ajeno; mi herramienta habrá sido la mentira, el convencerme de que sí y porque sí, cuando yo sabía en realidad que no, que en ningún caso. Pero qué más dará entonces.

Este fatalismo positivo, este pensar que las cosas van a salir bien hasta que ocurren o evaporan, es fundamental para la supervivencia de mí mismo –la base de mi día a día. Los motivos del corazón pesan siempre más que los de la cabeza, aunque uno sepa que los de la cabeza serán los efectivos, los finales.

El mundo, sin la imaginación, sería una masacre. Miro a mi alrededor y todo me parece pobre. ¿Seré yo? ¡Desde luego que sí! Cuando uno tiene excitada la imaginación, el mundo es un lugar maravilloso, lleno de colores; cuando la tiene en horas bajas, todo

es mediocre y es siniestro. El mundo, en sí mismo, no es nada. Las cosas no son nada para nosotros sin nosotros. Hay días en los que lo máximo que puede hacer uno es luchar contra las ganas de irse a dormir a las siete de la tarde.

Del poder de la imaginación.

Cuando era más pequeño y viajaba en tranvía, tenía siempre el mismo sueño de despierto. (Aún hoy a veces lo tengo, aunque menos a menudo por suerte.) Consiste en lo siguiente: yo voy leyendo, sentado, tratando de imaginar que estoy solo, de borrar a las personas de mi alrededor y concentrarme en la lectura. Entonces entra al tranvía una chica muy guapa, y nos miramos un instante, y ella se sienta a mi lado. Durante los siguientes minutos mis impresiones se reparten entre ella y el libro. No la he vuelto a mirar, no me he atrevido; tengo su roce, su sombra, su olor. Durante el trayecto, poco a poco, voy sintiendo que nuestros pensamientos son sin duda los mismos; y cada vez más: irremediablemente se enredan, se confunden, están ya a punto de descabalgar –de entrar en erupción. Pierdo por completo el hilo, no sé qué demonios estoy leyendo; la cabeza me arde un poco. El tranvía se para y la chica se baja. Sube otra.

A veces ocurre –son estas veces las más amargas– que no he visto bien a la chica; sí sé que está allí. Después de aplicarle la máscara y vestidos pertinentes logro –pero no siempre– reunir el valor para lanzarle una mirada furtiva, cobarde, a rabillo del ojo. Entonces resulta que mi pobre chica era esta vez un señor, un viejo caballero con el que llevo practicada media hora de laborioso onanismo mental, o una chica muy fea.

Así, entre breves espejismos, el rato pasa y yo llego a mi destino. Durante mi pubertad leí muchos libros sin leerlos. Pasé muchas páginas. No recuerdo a una sola de estas chicas.

Cuando K. no añade una pequeña nota a las cartas de Tía J. me veo atormentado por dudas invencibles y pienso que todo se acabó.

Cuando lo hace y pone una firmita o un beso pienso que ya estamos fatalmente enredados y a punto de vivir una vida idílica de futuro y de placer.

«Quisiera darte todo lo que es mío: cada conocimiento que tenga y cada emoción que siento y haya sentido y cada gusto y cada aversión y cada esperanza y remordimiento y recuerdo y sueño e imaginación.»

Tía Julia a Tía Kate, en Glasnevin: «Nuestra sobrina no ha sido feliz, y que Dios me perdone».

Los grandes tesoros del hombre: nunca desenterrados.

Las hemorroides de Dostoievski. Pathos.

Onanismo.

22 de abril. El humor de Eileen está cambiando, resulta muy desagradable estar cerca de ella. Está muerta de vergüenza. ¿Qué va a decir el cojo? La peligrosa es señora. Puede asfixiarte con una ubre si se lo propone –hay que andarse con cuidado. Voy a ir a la botica. ¿Cómo justificar a papi? No se puede. Voy a decir la verdad: que yo mismo sufro de sus inclemencias, que no he tenido nada que ver. Que fue cosa de mi hermano mayor. Vincent Cosgrave insiste en que nos veamos, en que nos tomemos una o dos cervezas. Se está poniendo muy pesado. Eileen dice que a ver si se lo presento «bien». Cosgrave no me gustaría para Eileen. Es inferior a ella. Ella debería estar con un hombre alegre y divertido. Cosgrave no es capaz de divertirse a sí mismo. Le he respondido que sí, que nos vemos, pero

que ando un poco liado. Él dice que le gusto más que Jim. Que Jim ha vuelto a ver a O. G.

Parecía que, si algo bueno había traído todo esto, era la eliminación del simio –el rey de todos los simios– de nuestras vidas.

O. G. es literalmente lo peor de esta ciudad, o de este país. A su lado papi es san Francisco. Quiere algo de mi hermano. Cosgrave dice que están «haciendo planes».

Ahora que papi se ha bebido mi dinero, Jim ha decidido olvidarse de la cabaña.

La amistad. Nos permite ejercer la vanidad en compañía, desactivar por un rato nuestro sentido del ridículo y gozar de nosotros mismos en voz alta: decir lo que pensamos (que somos los mejores), decirlo con mayor o menor finura. Pero para esto es conveniente el desequilibrio, una posición de poder y otra de sumisión. Jim y O. G. comparten muchas cosas: el gusto por lo grotesco, las pedantescas ambiciones, las pintas, las putas. Sobre el papel, pareciera que están hechos el uno para el otro. Pero es precisamente esta afinidad extrema la que les hace colisionar. El uno ve en el otro una caricatura de sí mismo, el uno le descubre al otro su vanidad, que vive repetido, que no es tan especial –algo intolerable para este tipo de seres. O. G. tiene envidia de mi hermano, y abusa de él. Mi hermano le devuelve este desprecio tangible en forma de indolencia, lo que exaspera todavía más a O. G. Por otro lado, ambos piensan que nadie los comprende, y les alivia saberse acompañados aquí en la Tierra. Es un círculo vicioso de ridículo y fatuidad. Van a acabar jodiendo o matándose, y yo no sé qué es peor. Jim tiene en una sola uña del pie más talento que todo O. G. y su rico linaje juntos en varias vidas de trabajo. Jim reclama el «derecho de arruinarse a sí mismo», y no entiende que se engaña y que gente como O. G. le tuerce el camino: que vive en el mundo como los demás. Él finge indiferencia, pero lo conozco bien; siente la humillación como nadie, y ahora se consuela con su pobre y vaporosa revancha. En este sentido, su ilusión puede ser positiva. Evita el suicidio o el asesinato.

Aquel que se piensa artista (el ser más especial del universo, el único) detesta a los artistas sin probar, no los aguanta, quizá porque en ellos ve una caricatura de sí mismo (es la gente que nos recuerda a nuestro yo inmediato la que se nos hace más intolerable), quizá porque con ellos se siente corriente, vulgar –duplicado.

Un ejemplo de nuestra vida de burbuja: el hecho de que los lugares más corrientes y extraordinarios se tiñan de infierno o paraíso según las cosas personales que nos hayan ocurrido en ellos –una absoluta trivialidad. Los lugares más mediocres pueden ser el escenario eterno de nuestra alegría, y ser indiferentes para otros, o ser el símbolo de su miseria. Yo tengo asociados los mejores recuerdos a lugares perfectamente anodinos y hasta infectos. Por ejemplo: la casa de los Murray en North Strand, una casa pobre que huele a caldo –y el paraíso en la Tierra. Otro más lejano: la cabañita mugrienta cerca de Lugnaquilla donde los hermanos nos refugiamos con Nannie, madre y los gemelos Donnelly de una tormenta terrible cuando salimos una tarde de excursión. Charlie y Georgie lloraban sin parar y guardaron un recuerdo funesto de ese día. En la cabaña había insectos, charcos amarillos y serrín de vomitonas. Fuera un aguacero. Madre estaba irritada y de mal humor, los gemelos Donnelly gimoteaban y pataleaban y ella casi echaba humo. Pues yo fui allí más feliz que nunca. La impresión de calor en el minúsculo brasero con Nannie hablándome a mí con palabras dulces mientras madre trataba de tranquilizar con poco tacto y ningún éxito a los hermanos y a los otros niños me va a quedar para la tumba. Todos me alabaron. (Fue en momentos así que me gané mi fama de maduro y cerebral, luego de frío.) Con las mismas, entonces, ocurre lo contrario: lugares a priori bellísimos se convierten sin saberlo en el escenario de momentos penosos. El lomo verde de Ben Bulben, donde madre sufrió un primer retortijón. El Teatro Gaiety, donde Jim y yo lloramos de miedo frente a una pantomima. El jardín lleno de flores donde Georgie cayó desmayado. El escaparate de libros donde Jim me humilló frente a sus amigos. El muelle al atardecer, nosotros cargados con los retratos y cajas –etcétera. Así, la naturaleza, tan bella y abrumadora, la obra del hombre, tan compleja y perfecta, pueden verse reducidas a nada por una simple impresión. Si la chica que te gusta te diese un primer beso en el

infierno, el infierno se transmutaría en paraíso. Es el ejemplo más evidente, pero los hay muchos y menos cursis. La vida –tangible y real– no es nada al lado de un suspiro. Ante esto solo nos queda enrojecer.

Charlie me ha dirigido la palabra por primera vez en un mes. Ha esperado hasta que me he quedado solo en el salón. Yo estaba leyendo, tumbado en el sofá.

–Hola...

–Hola, qué tal.

–Bien, bien... Yo bien. ¿Tú?

–Bien también, leyendo.

–¿Qué lees?

–Un libro de Stendhal.

–Ah... ya. ¿Y qué tal es?

–Bueno, me gusta.

–¿De qué va?

–Es sobre Italia.

–Anda. Pues ya me lo dejarás.

–Vale...

Se queda allí parado, de pie, con los ojos bovinos. No lo miro. Va un momento a la cocina, al baño, a la cocina. Vuelve:

–Oye...

–¿Sí?

–Una cosa...

–Qué.

–Cómo se llamaba… Es decir. La chica…

–¿Cómo?

–Cuál era su nombre.

–¿Qué chica?

–La amiga de Jim… ¿Qué tal es?

–¿Qué amiga? ¿Jim tiene amigas?

–Bueno, puede…, no lo sé. Bajita, ojos así…, pelirroja.

–¡Ah! ¿Nellie?

–¡Nellie! ¿Y…?

–¿Y, qué?

–¿Nellie a secas?

–No lo sé. A lo mejor ni es su nombre.

–Ya veo.

–Pero…

–Bueno, ¡adiós!

Mi hermano Charlie es un putero impenitente y un culo veo culo quiero literal. Todo esto es francamente repugnante.

El estilo. El mejor estilo en literatura es siempre sencillo; luminoso, preciso, profundo –y transparente. Lo contrario –la oscuridad, el tirabuzón, el vanidoso extrañamiento– me resulta falso y cursi: una pedantería innecesaria, una piedra en el zapato.

Se supone que Jim habla con sinceridad de sí mismo y los demás en su libro; esta es su premisa y, según él, su gran victoria. Cada vez estoy más convencido de que se engaña o se equivoca. Habla con

crudeza de las cosas y de las personas, sí, pero lo hace en un estilo tal que sus confesiones parecen dichas (o mejor, declamadas) en un idioma extranjero; y así es muy fácil confesarse. Confesarte en tu lengua diaria, cotidiana, ser entendido por Tolstói y por tu tía en tus devaneos: esto es lo difícil. Jim quizá se sepa incapaz de decir algo, algo importante. Creo que ciertas ocurrencias apuntadas aquí tienen más valor que algunos de los escritos novelados de mi hermano, aunque las pueda entender todo el mundo. Él las despreciaría y diría que podría haberlas escrito un zapatero. Luego, probablemente, las utilizaría. Sublimadas –calcadas en su fondo, pero retorcidas, con un par de rulos inútiles aquí y allá, un par de postizos, volantes, volutas... Copio este fragmento con el que puedo estar más o menos de acuerdo pero en el que no puedo evitar sentir un cierto tufo, un artefacto o neblina recurrente que oscurece el fondo mismo de las ideas –lo único importante. ¿Por qué escribir así, acaso es más difícil? ¿Y si lo fuera?

XXI (p. 155):

[Su hermana] había llegado a convertirse para él en una desconocida, gracias a la manera en que sus padres la habían educado. Apenas le habría dicho cien palabras desde que dejaron de ser niños. Ahora no podía hablar con ella sino como un extraño. Ella había recibido la religión de su madre, había aceptado todo lo que se le había propuesto. Si vivía, tendría el temperamento blando y la inteligencia limitada de una pía y dócil ama de casa; si moría, tendría reservado un sitio en el Cielo Eterno de los católicos, donde probablemente no encontraría nunca a sus hermanos. Se dice que las miserias de este mundo pesan poco en los hombros del verdadero cristiano, quien es capaz de soportarlas el tiempo que haga falta esperando la final instauración del reino del bien por su Creador. El caso de Isabel movía en él un sentimiento de ira y conmiseración, pero enseguida vio qué desesperado era, y qué vano sería interferir o esperar nada. Su vida había sido y seguiría siendo un caminar tembloroso ante Dios. El más mínimo intercambio de ideas entre ellos sería, por parte de él, o bien una condescendencia, o bien un intento por corromper. Ninguna conciencia de su cercanía

de sangre lo inquietaba con un afecto irracional. A ella la llamaba «hermana», como a su madre la llamaba «madre», pero nunca había recibido una prueba merecedora de tales nombres en la actitud de ellas hacia él, ni él la había reclamado en su actitud hacia ellas. Al marido y la mujer católicos, al padre y la madre católicos, les son permitidas las gracias que a sus hijos se les niegan. Estos deben preservar el orden incuestionado incluso a riesgo de ser tachados como antinaturales por esos mismos predicadores que describen la naturaleza como el Reino de Satanás.

Había sentido a veces impulsos de lástima por su madre, por su padre, por su hermana…, pero también había sabido resistirlos: antes que nada tenía que salvarse él; la salvación de los demás no sería asunto suyo, a no ser que el experimento de sí mismo la justificase. Sus amigos habían formulado cargos contra su espíritu, invocando la imagen de Isabel como una llama que se agita, un largo pelo gris que palidece, unos grandes ojos oscuros que interrogan y se apagan. Pero él enfrentó los cargos, y respondió desde el corazón que aquello era una injusticia, que una vaga e ineficaz compasión por parte de aquellos que establecen el sistema de mutua asociación servil hacia esos que lo aceptan es una forma más de la crueldad, tan característica del egoísta como del hombre sentimental. Confesó que el tema lo tenía fatigado. Su amigo se quedó quieto y le miró firmemente a los ojos…

Los mejores momentos son los más inconscientes, los más felices por poco deliberados: los que se limitan a narrar, sin grandes adornos, lo que ha ocurrido. Aquí, en la hora inevitable de la muerte.

XXII (p. 165):

Isabel expiró poco después de la medianoche. Su padre, que no estaba muy sobrio, caminaba de puntillas de un lado a otro de la habitación, lloraba a pequeños ataques frente a cualquier breve

cambio y repetía: Está bien, patito, está bien, tómate esto ahora cada vez que su madre obligaba a Isabel a tomar una copita de champán; entonces asentía y empezaba a llorar de nuevo. Seguía diciéndole a todo el mundo que mantuviese la calma. Maurice estaba sentado junto a la chimenea vacía y miraba la reja. Él se sentaba junto al cabecero de la cama, tomando la mano de su hermana; su madre, inclinada sobre ella y ofreciéndole el vaso, la besaba y murmuraba rezos. Pensó que su hermana había envejecido mucho; su cara parecía la de una mujer. Sus ojos se movían constantemente entre las figuras cercanas, como diciendo habéis hecho mal en darme la vida, y su garganta se tragaba todo lo que le ofrecía la mano de su hermano mayor. Cuando no pudo tragar más, su madre dijo: Ahora te vas a casa, cariño. Vas al Cielo, donde todos nos volveremos a encontrar. ¿No lo sabes? Sí… En el Cielo, con Dios. La niña clavó sus grandes ojos en el rostro de su madre, mientras su pecho se agitaba bajo la ropa de cama.

Y dos páginas antes:

Una tarde, como de costumbre, tocaba el piano. El lúgubre crepúsculo se demoraba en los cristales y los prendía con su luz de óxido. Sobre él flotaba la sombra de la decadencia, la decadencia de las hojas y las flores, la decadencia de su propia esperanza y juventud. Levantó los dedos de las teclas y esperó, mirando el paisaje en silencio; sus luces y su alma se apagaban lentamente. Una figura, su madre, apareció en el umbral de la puerta, al otro extremo del salón. Su rostro encendido casi brillaba en la incipiente penumbra. Entonces una voz aterrorizada chilló su nombre. Y la sombra junto al piano respondió:

–¿Sí?

–¿Tú sabes… algo del cuerpo?

En la voz de su madre percibió el temblor de quien anuncia una tragedia:

–¿Qué se supone que debo hacer? Hay una cosa… saliendo del agujero de la tripa de Isabel. ¿Alguna vez oíste que esto pudiera pasar?

–No lo sé… –respondió él, tratando de entender aquellas palabras, repitiéndoselas en la cabeza.

–¿Debería llamar al médico? ¿Alguna vez lo escuchaste? ¿Qué se supone que debo hacer?

–No lo sé, madre. ¿Qué agujero?

–El agujero que todos tenemos… aquí.

A él estas partes le interesan poco y las revisa nada. Estas partes, dice, son un «peaje necesario» y «podría escribirlas cualquiera». No lo creo. Las reflexiones que siguen a la muerte de la hermana me parecen de lo más pueriles.

5.00. La cabeza me da vueltas y el estómago también.

En el fondo mismo de este diario, como en el fondo de sus predecesores, está la confusión.

Mi propia persona –lo único que podría conocer un poco– se me escapa como la sombra. Escribir una cosa no significa –desgraciadamente– que uno empiece a creerla, que pueda guardarla en un cajoncito y olvidarla.

Tantas ideas, tanta profundidad de temas para escribir libros… Nada sin la paciencia, que tal vez sea el talento.

El cielo clarea…

«Y no me creo que haya un solo hombre tan taciturno, tan reacio a hablar, a conversar y comunicarse con los demás, que, al experimentar una sensación extraordinariamente poderosa e intensa, no se sienta impelido, casi a su pesar, a compartir con los demás aquello que está sintiendo.»

«¿Y qué hay más dulce que tener a alguien con quien poder discutir sobre cualquier cosa como si se discutiera con uno mismo?»

«La dignidad, el valor y la virtud consisten en el dominio sobre los impulsos sensitivos y sensuales; pero el amor requiere INOCENCIA.»

Lo mejor:

– Su espalda fuerte un poco inclinada como de chico.

– Su trenza negra absurda.

– Su risa asmática.

– La inteligencia bufonesca de sus ojos verdes.

– Su falta de ceremonia espontánea y total.

– La ilusión que le hace todo.

– La forma en que sus pómulos se elevan para dejar paso a la sonrisa, súbita y desordenada.

24 de abril. Domingo. Ayer estuve con Cosgrave. Al otro lado del río, hasta las tantas; no escribí una línea. Lo pasé bien. Hemos quedado en volver a vernos pronto. Al principio estuve un poco incómodo, pero luego la cosa fluyó con normalidad y acabamos por hablar los dos con una pasión moderada y divertida. Nuestro diálogo despertó la curiosidad de los borrachos.

Cosgrave está pensando en abandonar la carrera, a pesar de los chantajes de su tía vieja.

O. G. se ríe de él porque no es capaz de sacar adelante las disecciones. Según O. G., Cosgrave es un blando que le teme a «la carne muerta». No tiene que ver con la blandura o la dureza. Yo tampoco sería capaz.

Cosgrave y yo tenemos temperamentos similares, y aun así, creo, hay algo en mí que me diferencia o que me salva de ser como él. Cosgrave es un pesimista recalcitrante, y aunque yo estoy en general de acuerdo con sus líneas, no puedo aceptar su fondo de cursilismo. Es decir, veo algo estético en su desesperación; él hace de su desesperación un trajecito harapiento, y goza luciéndolo en sociedad. Yo no estoy desesperado. Además, como ya dije en una nota anterior, la verdadera pasión (y la desesperación es una forma de la pasión) es pudorosa. No lo sé... Cosgrave es un buen tipo, pero pienso que no vale. Su lectura de Nietzsche es la de un adolescente. Yo me quedo con Leopardi y su tibieza más o menos desesperada. Los Grandes Gárrulos –el propio Nietzsche, Byron, los Werther de la vida– me sacan de quicio y si pudiera les metería un zapato en la boca.

Cosgrave está triste. Cosgrave no cree en los sistemas. Cosgrave no cree en los dioses. Cosgrave no cree en el amor o en las relaciones. Cosgrave no cree en nada.

¡Entonces! ¿Qué haces que estás aquí? Es por esto que no me lo acabo de creer. Alguien que de verdad siente estas cosas no pierde el tiempo intentando explicarlas por los bares: se quita de en medio. ¿Miedo a la muerte?, ¿al dolor?, ¿a disgustar a alguien? No tiene familia.

Conocer a Cosgrave me ha dado cierta esperanza. Esperanza de

mí mismo. Yo no estoy perdido –no todavía.

–¿Sabes, Stanislaus? Deberíamos hacer algo.

–¿Algo, cómo?

–Pienso en un libro.

–¿Entre los dos? ¿Qué tipo de libro?

–Uno de pensamiento. Quizá una pequeña recopilación de aforismos, para empezar.

–No se me dan bien los aforismos… Necesito darle varias vueltas a una idea antes de llegar a cierta claridad. Y ni así.

–Puede ser uno de fragmentos, entonces. Podríamos mezclarlos, difuminar su autoría: estoy convencido de que parecerán, en buena parte, la obra de un solo hombre. Podríamos inventarnos un pseudónimo, ¿qué te parece?

–Un pseudónimo… Bueno, a ver. No suena mal. Pero ya te digo que no sé si esto le puede interesar a alguien. Quizá nuestros pensamientos no estén maduros. Quizá nos arrepintamos un día.

–Para eso está el pseudónimo, no hay de qué preocuparse. ¿Qué te parece Gordon Brown o G. Brown?

–¿Eh?

–Por Giordano Bruno, que nos gusta a los dos. Un homenaje. Eso daría paso a nuestras intenciones. Bruno murió en la hoguera por decir la verdad.

–Me suena un poco inglés, ¿no?

–¿Gordon O'Brown?

–Nada, mejor como estaba. ¿Y qué tipo de fragmentos publicaríamos?

–Habría que ver. Yo los agruparía por temas. El amor, la

muerte... La metafísica, la religión.

–¿No te parece... un poco demasiado?

–Puedes prestarme tu diario, si quieres. Y yo me encargo de compararlo con mis papeles. A ver qué puedo hacer. Deberíamos hacer algo.

Le dije que me lo iba a pensar. Ya me lo he pensado: no. La idea de tener algo publicado halagó mi vanidad durante un rato. La conversación, las pintas, la imaginación disparada... Ahora, desde la serenidad (el mejor lugar para tomar las decisiones), me parece una tontería perfecta. Gordon Brown...

La escritura de este nuevo diario circula como un rumor por nuestro pequeño círculo. Lo sabe la familia, lo saben los amigos de mi hermano, lo sabe, estoy seguro, O. G. Cada vez me cuesta más trabajo mantenerlo secreto. «¿Qué escribes tú tanto?» «Cosas.» Si supiera griego, escribiría en griego. Todo esto puede jugarme una mala pasada. Que la gente hable de mí, que lo que pueda llegar a pensar o decir despierte ahora cierta curiosidad, no voy a negar que me satisface. Uno ve una persona callada, y se piensa que está hueca. Ahora, esa persona se sienta a escribir: ¡de qué demonios! No creo que esto llegue a las manos de nadie. Y así lo prefiero. Los libros tienen por lo general el defecto del lector; el mío –esta cosa– nace en libertad. El Zibaldone de Leopardi es infinitamente superior a sus Pensieri. Esto es porque el Zibaldone fue escrito para Leopardi. Jim escribe su libro directamente para (contra) la gente que sale en él, y está ansioso por publicarlo. Esos «de diez a doce años» se le van a hacer eternos; a este ritmo, tendremos un volumen de quince o veinte mil páginas –para quien las quiera. Cuando agote su pasado, su novela será un dietario. Mi hermano carece de imaginación y está muy asustado.

Yo he pensado en un título para mis papeles. Quería algo fácil y ligero. Zibaldone significa algo así como «batiburrillo», es decir, una mezcla de cosas heterogéneas, revueltas sin orden ni concierto y que a veces incluso se desdicen entre sí. Yo he pensado en titular estos papeles, sencillamente, Libro de mis días –lo de libro puede

ser que le vaya un poco grande. Tengo que acoplar todas las hojas en un solo cuaderno. Quizá compre folios blancos con mi media libra. Y una pluma nueva. Sentarme a escribir estás páginas nocturnas es dejar atrás la comedia diaria. De momento cumplen su función.

Lomoplateados. Este país está lleno. El primer orangután del que tengo memoria fue un gordo asqueroso y pequeño que le gritó a madre una tarde cruzando el río, en Navidad. Ella se enfureció y le dijo al borracho que «si llega a estar aquí mi marido te mata». El tipo se rió y nosotros dejamos el puente algo asustados. Madre tenía genio. Tía Josephine la tranquilizó y escondió el asunto con habilidad, porque los niños preguntábamos mucho (ver a tu madre gimotear, cuando eres un niño, es siempre impresionante). No sé cómo le ofendió tanto aquello. Madre tenía el pánico de los borrachos, y sentía por ellos un odio total y definitivo.

Madre estaba embarazada de Mabel. El chimpancé le dijo a grito pelado, delante de un montón de gente: «Yo te lo habría hecho más gordo». Mirado con perspectiva, es bastante gracioso. Papi lo habría matado sin duda.

Respecto al 21 de abril.

La apetencia de un Objeto amado puede llegar a sustituir a su posesión.

(Que esto sea bueno o malo, preferible o ridículo, no lo sé. Lo que es es patético: material de libro.)

Melancolías del escritor:

1. Escribir apasionadamente sobre la mujer que amas y hacerlo tan bien que el lector la identifique con la que ama él. Sensación de

traición a ella y uno mismo. (¡No habías escrito para eso! –ni mucho menos.)

2. No conocer gente: conocer ideas, y pedazos.

3. Que no quedes tú: que quede esta cosa.

Las banshees de Yeats–Las vampiras de STC–Las putas de mi hermano: ¡Horror a la mujer en la Historia!

Ningún artista ha alcanzado nunca ni alcanzará, por muy lejos que llegue en sus audacias, el mínimo exigible: la sustitución de Dios. Los artistas pasan la vida entretenidos como los niños.

Papi piensa que el mundo está hecho de whisky. Es un presocrático.

25 de abril. O. G. le ha dicho a Ellwood –un borracho–, en un súbito y torpísimo acceso de sinceridad, que voy a hacer beber a Joyce hasta destrozar su espíritu. Ellwood se lo ha contado a Cosgrave y él a mí. Esto confirma mis sospechas: todo esto no es sino el esfuerzo deliberado de un gran mediocre por hundir a mi hermano. Mi hermano, hasta hace un año, le tenía miedo a la bebida; tenía motivos para temerla. O. G. le convenció para que la probase: él invitaba. Jim, que es incapaz de cualquier forma de autocontrol, que tiene una resistencia física negativa, que pesa lo que un niño grande, se descarriló al momento. Ahora solo busca destrozarse la vida para tener un tema. El simio, por su parte, sabe que ni en un millón de años de trabajo y tesón podría triunfar, y quiere asegurarse de que, por lo menos, nadie triunfa tampoco a su alrededor. Le tiene pánico a la pluma de Jim, y quiere degradarla hasta convertirla en la pluma de un borracho. Sus esfuerzos han sido fríos y continuos. Del único premio que ganó nunca uno de sus pobres poemas el jurado alabó el último verso, que le dio mi

hermano la noche anterior al concurso a cambio de una pinta. Solo hay una cosa más patética y peligrosa que la vanidad del artista, y es la vanidad del artista sin talento.

La última vez que intenté hacerle ver todo esto, él me dijo que «lo que te pasa a ti es que tienes miedo de vivir. Tú y todos los que son como tú. Esta ciudad está aquejada de una hemiplejía de la voluntad». Esta frase estúpida me hirió; Jim utiliza a menudo mis intimidades (intimidades que solo él conoce) contra mí, me las arroja a la cara cuando menos lo espero, nunca olvida nada, su cabeza es un almacén lleno de armas oxidadas y mortíferas. Jim ha cambiado mucho en el último año. Ha sido una gran decepción para todos. Ver cómo este simio le hunde minuciosamente la vida me hierve la sangre y me da ganas de hacer alguna atrocidad. Siento –y esto es injusto– que le he fallado. Yo no soy el guardián de nadie. Si acaso de mí mismo.

Sentir que tu hermano mayor es débil, que no es el gran Todopoderoso que parecía, es difícil de asimilar. Ser el hermano mayor de tu hermano mayor, como ser el padre de tu padre, es algo que amarga el carácter y aleja la inocencia, condición necesaria para la felicidad. Por cada persona que decide perderse, hay otras tantas que pagan el precio.

Estos diarios no son ninguna excusa; tan solo un desahogo. Estoy convencido de que, si alguien los leyese dentro de muchos años, no podría juzgarme por lo que hice a continuación. Si puedo, mandaré dinero. No me voy a olvidar de ellos. No podría. Pero tampoco voy dejar que nadie que no sea yo tire mi vida a la basura. Esto es un sálvese quien pueda y yo no puedo hacer nada, nadie puede ya –desde la muerte de madre, se acabó esa posibilidad. ¿Qué puedo hacer yo si mis hermanos son dos puteros, dos borrachos? ¿Qué responsabilidad tengo en todo esto? Lo que pueda ocurrirle a papi me es perfectamente indiferente; llegue lo que llegue lo merece, y no encuentro el menor placer en decirlo. Las niñas no tienen culpa de nada, son víctimas. Ahora, mejor el convento que una lenta degeneración.

Aquella declaración de san Pablo: «Si en esta vida únicamente

tuviéramos la esperanza, seríamos los más miserables entre los hombres». Y aun así, quizá, la verdadera característica del genio, aquella que realmente le distingue del resto, la que lo salva de la vida, sea la de no perder nunca su esperanza, la de inventársela cada mañana.

26 de abril. Yo nunca podría ser un filósofo profesional, porque no me creo nada. Cualquier intento serio por explicar las cosas se me hace falso y ridículo. Luego, la mayoría de estos grandes disertadores –arquitectos minuciosos de altas torres– viven como les da la gana o como pueden, olvidan su doctrina y tiran adelante como todos. Son literatos. Quizá filósofo no signifique al fin más que «literato con ínfulas». (Al menos el literato se sabe mentiroso.)

No sé quiénes me dan más rabia, si los humildes o los soberbios. Los Emerson o los Nietzsche.

Nietzsche ha sido un pobre hombre que desde su cama de paralítico ha soñado despierto –un amante despechado de la vida, que probablemente lo habría cambiado todo por una mujer de carne y hueso. Emerson, un gran pesado que si te veía por la calle te abrazaba, porque eras uno con él y con el cosmos –una especie de primo. La diferencia esencial entre una religión, una filosofía y una secta es estadística y es económica.

Estos «Trascendentalistas» –ya el nombre te pone en guardia– tratarán de convencerte con la disolución de tu espíritu en el Gran Espíritu. Un Emerson agonizante nos dice:

Soy parte de la parcela de Dios. El nombre de mis amigos más cercanos ya me suena extraño.

Pero ¡a quién pretendes convencer así, hombre! Me parece, de hecho, la pesadilla perfecta. (Pensar que cuando te mueras vas a dejar de ser tú –tus recuerdos, tus pobres odios y afectos, lo único

que buenamente tienes– para ser todos es una amenaza peor que la muerte.)

Y luego los Enrabietados:

La parcela de Dios es tu parcela: cágate donde quieras.

El hombre –esto es lo único que he sacado en claro hasta ahora– no puede estarse quieto. ¿Qué voy a hacer yo? A veces me siento literalmente insoportable.

Solo me canso. Subo, bajo, me doy la vuelta, subo. No me gusta pasear, que me canso también. Solo estoy solo. Esto se cae, y la escalera está rota, y nadie la va a arreglar; no es nuestra casa. Nosotros no tenemos casa. Y este diario me empieza a aburrir, y no quiero dejar de escribirlo. No quiero un trabajo mecánico: tampoco sé aprovechar mi tiempo. Solo las grandes peleas con papi activan un poco mi sentido del deber y la justicia. Una guerra. Durante estos momentos de calma no sé muy bien qué hacer o esperar. Jim me da envidia; por lo menos él tiene algo. Todas mis lecturas caen en saco roto. Me siento incapaz de hacer nada con ellas más que rechazarlas frontalmente o por el trasero. Ya que yo no tengo un pensamiento –la base de mi persona es la blandura– podría escribir el de él, que tan convencido parece, como un Boswell barato. Pero para eso haría falta disciplina, que tampoco tengo. Yo puedo mantener la concentración un par de horas, escribir alguna pequeña nota más o menos limpia. Entonces me aburro, y a otra cosa. Luego, los libros misceláneos no le interesan a nadie. La gente quiere novelas, quiere olvidarse por un rato de su vida gris y vivir grandes vidas maravillosas. Ser durante un par de horas el Gran Amante o Gran Filósofo Total y a la compra. La gente no busca descubrir nada nuevo en los libros: busca proyectarse en una imagen hipertrofiada de sí misma –lo que le gustaría que los otros viesen y no ven. El héroe de Jim animará a otros tantos enclenques a crear su propio monstruo. Yo haré perder a la gente unas pocas horas de siesta. La literatura, cuando sincera, no es nada; cuando mentirosa una mentira. Son las cuatro de la tarde y aquí estoy, ejercitando la

muñeca.

27 de abril. Papi ha empeñado el piano y Jim se ha ido de casa. Ha metido en una maleta cuatro calzoncillos, un par de libros y su manuscrito y se ha largado. Las niñas están muy tristes y Charlie trata de animar a papi; Jim le ha llamado, delante del Sr. Chance y de Tom Devin, «la puta de Cabra». Papi no esperaba esta reacción.

No sabemos dónde está, no le ha dicho nada a nadie, ni siquiera a mí. Huele a rabieta. Aunque sabiendo lo orgulloso que es, antes se mete debajo de un puente. Allí al menos se protegerá de la lluvia.

28 de abril. Poppie ha vuelto: una enviada de las Justas Cortes de la Vida. La pobre no da abasto. Allí que ha dejado a las dos momias de Usher Island con una doncella que, ay, «les roba». Pero ¡si no le ha dado tiempo, a la muchacha! La vejez es increíble.

Papi está digno, y Charlie le hace la corte. El pobre papi cambiaría todo Charlie por un pedacito de Jim. A mí me da pena que se vaya, por supuesto, pero también tengo el cuarto entero para mí solo. Eileen está segura de que no va a volver; yo, de lo contrario. Literalmente tiene cero chelines, y cada vez menos amigos o amigos menos dispuestos. Me sorprende que no me haya escrito ya para pedirme mi media libra. Charlie dice que, «segurisísimo, papi», ha ido con O. G. –eso piensa él. Papi, que odia a «el gordo», que una vez casi le mete «una cuerada», está indignado. Quizá Jim ya tenga su final, un final un poco pobre.

Noche. Escribo en el cuarto, en silencio perfecto. Los libros de Jim ocupan casi un tercio del espacio de mis libros; huele mal; apesta. El fuego está tirado sobre el escritorio, con las tapas del revés –mierda para D'Annunzio.

¿Dónde está mi hermano? Si él estuviera dispuesto a trabajar, yo estaría dispuesto a ayudarlo. Ahora no le queda otro remedio. ¿Qué

sabe hacer? Nada –un poeta es un inútil perfecto. Esta última arbitrariedad de papi puede ser finalmente nuestro pasaporte hacia la vida. Le he escrito una carta de disculpa a Ward, y no descarto volver. Quizá se apiade de mi alma y nuestro estado de miseria. Que nos meta a Jim y a mí a atender. Jim no duraría un día, o media hora. Quizá Tío Willie lo pueda colar en su oficina, aunque sea para hacerle daño a papi. Si hubiera buscado refugio en North Strand, Tía J. me habría escrito una carta llena de lágrimas. Mi pobre K. no aguantaría esa nueva vida de horror y olores. Los Murray son gente cuadrada, limitadísima (con la excepción de ella, claro está). Ella no parece la hija de sus padres. Ni el grosor, ni la cojera, ni la tontería –tampoco la bondad materna, cosa que me encanta. Ella es un poco distraída, un poco maligna en sus maneras. No piensa las cosas dos veces –a veces ninguna. La muerte de la prima no le ha afectado y no tuvo problema en bostezar con la boca bien abierta durante la celebración de la misa. No por ser grosera, no desprecia a propósito las convenciones (como podría esforzarse por hacer Jim); es solo que a ella todo esto le da igual. ¡Admirable! Yo, que soy una centrifugadora humana, un llorón definitivo, solo puedo aplaudirla. La gente poderosa es al fin la gente movida por impulsos. Las leyes y los principios sirven para mantener la cordura, cierta convivencia necesaria: las más bellas y terribles cosas se las debemos a los grandes impulsivos. El genio ha de ser sí o sí un desesperado, un náufrago de sí mismo –lo manifieste o no, que el carácter va por otro lado. Yo admiro a esos grandes desesperados que produjeron obras tranquilas e inevitables. Los desesperados desesperados se me atragantan. Yo, por mi parte, apuesto por esa vaga y tibia infelicidad con la que no es imposible convivir y por la lenta pero firme conquista de uno mismo. No por la castración, sí por la moderación de los sueños de despierto. La atención al sentido del ridículo y a la propia dignidad. Apuesto por una ilusión escéptica, tal vez irónica, que se sabe de paso –pero apuesto por la ilusión. Los extremos contrarios, ambos darán en el váter. La cautela es una forma de la inteligencia. Cautela no es renuncia. Seguramente haya más cosas que gozar que cosas que saber aquí en la Tierra (pero esto es muy fácil decirlo). No envidio en absoluto a los genios; creo que a día de hoy no envidio a nadie, y que este es un primer síntoma de madurez. La madurez puede llevar a la inacción, al exceso de celo; siempre es positivo mantener un puntito de tontería, engañarse un poco a uno mismo. Cuando a uno se le

enfría la cabeza se acabó. Y si le quema puede darse por perdido –ninguno de estos dos hombres será feliz. La propia felicidad es lo más importante, lo único. A veces en esta felicidad propia entra la colectiva (colectiva por plural, que no por numerosa o definitiva). Ver que alguien a quien queremos está feliz nos pone felices. Y así. Esas felicidades planetarias son otra mentira cargada de peligro y yo descreo de ellas como descreo de casi todo. El socialismo, que tanto entusiasma a mi hermano (por sus subvenciones), es otra trampa. Que cada cual se haga cargo de sí mismo y todo irá bien para todos. En el momento en que alguien ejerce el poder sobre otro la cosa se tuerce. La Historia debería valernos para educar la cabeza y el corazón: que cada cual encuentre en ella lo que le sirva y no trate de imponer sus descubrimientos. El mundo lo ha moldeado la especulación individual, nunca la colectiva (que no existe). Lo importante es conocerse bien a uno mismo. Mi felicidad personal pasa por los libros, el estudio y la tranquilidad. Quizá por el mar y por el sol. Por cierta compañía femenina. Lo sé: y este es un primer paso. Hay gente que no lo sabe hasta el día final o muere sin haberlo sabido. Ahora toca actuar. Buscar un trabajo en letras, irse lejos, decir lo que se siente antes de que se pierda (aprovecharlo).

El fuego. Jim es un plagiador. Subraya, rodea y acribilla de flechas a D'Annunzio, al que, dice, «comprende pero no admira». Un ejemplo de su comprensión:

Había, pues, en la multitud, el secreto de una Belleza; una de la que solo el Héroe y el Poeta podían encender la chispa. Siempre que esa Belleza se revelara –en el repentino estallido de un teatro, en el clamor de una plaza pública, entre las glorias y miserias de la trinchera– un torrente de felicidad hendiría el corazón de aquel que había sabido inspirarla con sus versos, con sus arengas furiosas, con su espada.

¿Cómo se llama este episodio d'annunziano? ¡La Epifanía del Fuego! La novela de Jim corre un gran peligro con tutores así. Esperemos que no le dé por buscarse una espada. Mis escritores favoritos se parecen cada vez menos a los suyos. Él se piensa que yo

fuerzo estas disonancias. Al principio, puede que un poco –ahora el cauce de mi pensamiento va por otro lado. El héroe-artista me es perfectamente indiferente. Las heroicidades me traen sin cuidado. Los mártires no me suscitan simpatía, antes al contrario. Los Grandes Apestados son para mí una brasa. Mi respeto lo tienen los inteligentes y tranquilos. Con ligeras excepciones, como la de STC, que fue entrañable. Con la de Yeats por el verano. Con la del deán Swift. Ibsen es un cansino y un moralista, con un humor de viuda escandinava; Maeterlinck una copia desteñida (esto dijo de mí una vez O. G., ante un bonito público); D'Annunzio, un idiota puro y simple. Flaubert y Tolstói me dan lo mismo. Stendhal sí, pero mi hermano ha decidido mantenerse impermeable a sus enseñanzas –a las del autor de no ficción, a las del mejor Stendhal. Jim tiene veintidós años, y está a tiempo de madurar (cada cual tiene sus biorritmos, como dice él). La lectura de Giacomo Leopardi podría devastar su vida, ponerla patas arriba –¿y quién quiere esto con un manuscrito de doscientas páginas sobre la mesa? Pero a él no le interesan mis gustos y mis opiniones, desde que son adversas. Las diferencias entre él y yo –dice– se deben a una «espina dorsal altamente desarrollada». Toda esta pseudociencia y frenología me parece una estafa, pura bazofia. Pensar que papi y madre se gastaron el poco dinero que nos quedaba en enviarlo a París para que aprendiese a decir este tipo de chorradas... No puede quejarse de nada. El resto sí que podemos, y no lo hacemos apenas. ¿Qué cambiaría? Poppie es la única que de verdad trata de mantener todo esto a flote. Y no por convicción, sino por el vulgar juramento a una madre moribunda –por un chantaje. Madre sabía ser egoísta. Madre trató de proteger a papi incluso en su instante final, contra la dignidad de sus hijas. Papi, por su parte, tuvo que ser encerrado en la habitación de Eva y Florrie durante el penúltimo día de la vara que estaba dando; él, para acentuar el pathos familiar, para hacerse una vez más protagonista de la obra, saltó por la ventana y, con el tobillo luxado, irrumpió de nuevo en el lecho pidiendo «ver a su esposa». La comedia completa duró seis horas. Papi le anima la tarde a cualquiera. Papi ha sido un gran actor de la vida. Un Falstaff a la irlandesa.

29 de abril. Cuatro y media de la tarde. Me he despertado con

una bronca fabulosa. Poppie, en un ataque de limpieza febril, ha sacado una bolsa de debajo del sofá y le ha quitado el polvo. Después de desenvolver la botella transparente y no pensar mucho, ha desenroscado el tapón, se ha acercado el cristal a la punta de la nariz y ha pegado un berrido. La botella ha caído al suelo, se ha roto en mil pedazos e inmediatamente Charlie ha sido acusado. Papi no estaba, y ella se negaba a limpiarlo. La madera chupaba y chupaba, oscurecía. Yo los maldecía a todos desde mi cama, tratando de taparme los oídos con el almohadón; entonces el mandril ha subido al trote la escalera y ha empezado a aporrear la puerta. «¡Ese! ¡Ha sido ese! ¡Ese o el otro!» He abierto, pálido, y no me ha quedado más remedio que confesar. «¡Qué!», ha exclamado Poppie. «¡Tú eres tonto! ¡Lo que nos faltaba!» He dicho que era para hacerme una prueba médica, y más o menos ha encajado. Por lo menos para Charlie.

–Ah... ya. –Y muy pensativo.

Pero Poppie es un lince.

–Pero, pero ¡y para qué quieren dos litros!

–Bueno, pues por si acaso.

–Eso... para qué.

–¡Por si acaso! ¡A limpiar ahora mismo, antes de que venga tu padre! ¡Hombre ya!

No me caía una bronca así de Poppie desde que jugábamos a las familias. Eileen se ha partido de la risa y May, Eva y Florrie han vigilado en las ventanas y la esquina que papi no llegase. Había salido a comprar un «libro de texto» con Mabel.

He recogido los cristales, he pasado la fregona y me he vuelto a la cama. Son casi las cinco y la casa apesta a pis. Papi no ha dicho nada –sin duda piensa que aquello ha debido de ser cosa suya, y calla por si acaso: una de sus amnesias.

Con lo que habría disfrutado Jim... Poppie dice que no hay derecho: que no y que no y que no. Está indignada. Salgo a comprar

un jaboncito para restregarlo bien. Uno de lavanda. En la siesta de papi.

Hecho. No ha funcionado en absoluto.

Tengo postal de Jim, para mí. Dos días ha tardado.

A Stanislaus Joyce 60 Shelbourne Rd., Dublín

Querido Stannie:

Sigo vivo. Si todavía tienes el deseo de auxiliarme, reúnete conmigo mañana en el fumadero del Bewleys (Westmoreland St.) a las seis. Reúne lo que puedas; tengo un plan. No digas nada en casa. Suis dans un trou sanguinaire.

Heroicamente tuyo,

STEPHEN DEDALUS

60 Shelbourne Road. Jim está con los McKernan. (Nunca debe subestimarse la capacidad de mi hermano para chuparles la sangre a sus más remotos conocidos.) Por lo menos no está con el simio.

Se ha iniciado una nueva diáspora: papi, dice Eileen, ha liquidado su pensión; estamos en las últimas. ¿Cuánto lleva sin trabajar de verdad? No es tan mayor. «A ver si seguís el ejemplo de vuestro hermano y os vais a tomar viento.» Dice estar «aliviadísimo», ahora que se ha quitado de encima «tremenda carga». Dice que esto ha de ser ahora un dominó; la siguiente, por cronología, es Poppie, pero Poppie es necesaria; el siguiente yo. Papi sigue sin dirigirse a mí directamente. Todo esto se lo ha contado a Charlie y las niñas en mi presencia mientras yo leía en el sofá. Tipo sutil. Pero no va a tener que decírmelo dos veces; esta

misma tarde retomo mi trabajo y me voy efectivamente a tomar viento. Se ha destapado la botella. ¡Al fin!

Cuanto más avanzan los conocimientos, más pasan de moda las ideas generales. Esta es una cosa muy triste, que no sé adónde nos va a llevar. Cada uno piensa que su parcelita –tipos de asno, astrofísica– es el universo, y como él sabe mucho de eso y los demás no saben nada se piensa omnipotente e infalible: se convierte indefectiblemente en un idiota. Cómo nos hemos complicado. Es verdad que ahora es posible atajar enfermedades que antes eran mortales de necesidad, que ahora sabemos cosas –pequeñeces– que antes no sabíamos. ¿De verdad ha merecido la pena? Nuestra deriva es imparable. La inmensa mayoría de la gente no sufre de una vocación, y se la inventa y se distrae.

Yo soy partidario de la obsesión permanente como origen de la acción. Pero no de su búsqueda desesperada. Estas cosas deberían encontrarlo a uno, y, si no lo encuentran, pues nada: qué se le va a hacer. Si alguien no siente la obsesión de escribir, no debería ser escritor. No hablo de una obsesión bíblica, de iluminado, sino de una obsesión real, cotidiana –íntima. Yo no sé si la tengo o si es tan solo un espejismo, el bote salvavidas de turno. Es cierto que empecé a leer por Jim, y a escribir las cosas que le ocurrían a él, que me parecían interesantes. Nunca me planteé ser un escritor; al lado de su obsesión, la mía palidecía. Pero el hecho es que escribí muchas páginas durante mi adolescencia, algo no demasiado normal, y que aquí sigo. Ahora, que también escribe muchas páginas un registrador de la propiedad. No es fácil nombrar esa cosa que puede diferenciar a Jim de todos los demás aspirantes a genio que conozco y nos rodean. No es lo que él se piensa; no es esa careta heroica y fatídica. Es algo más misterioso. Quizá el hecho de que se supiese escritor antes de escribir una línea. Y digo supiese, no creyese. Su vanidad le ayuda, desde luego, y cabrea, exaspera e irrita a quienes le quieren y le tienen cerca, pero no está en el centro mismo de su obsesión –a pesar de que sea eso lo que él exhibe. Eso lo tiene para protegerse. Es, hasta cierto punto (para la gente que no tiene que sufrirlo), anecdótico.

Mi hermano es un genio –uno de esos hombres que nace cada

cierto tiempo para agotarse hasta los huesos, que se deja devorar por su obsesión, porque tiene demasiado talento como para hacer cualquier otra cosa. ¿Puede torcerse el camino de un genio? Sí, porque los caminos prefijados no existen. Anda que no habrá genios malogrados de los que no tuvimos noticia gracias a accidentes y entrometidos. Que hombres como O. G. puedan evitar que hombres como Jim desarrollen su talento es deprimente. Mi hermano está perdido, y yo confío en que volverá a encontrarse alguna vez (que será capaz de darle la espalda a la gente que le odia). Yo no puedo hacer nada; él me ve como un ser vulgar y sin interés, y esta es una cuestión que ninguno de los dos puede remediar. Yo no tengo ninguna gana de inmolarme en el altar de Jim, por muy genial que pueda ser. Me importa más mi propia vida que la literatura; a Jim quizá no: quizá sea esta la diferencia. Cada vez me interesa menos todo este asunto; el «experimento de su vida», creo, ha perdido en originalidad desde que es un borracho. Nuestros caminos poco a poco se separan, como ocurre naturalmente en las familias y en la existencia en general. Su novela –si de él solo quedara esto– no será en ningún caso prueba de su talento.

Madre. Madre, cuando quería, era muy cándida. Una vez me confesó una cosa en la merienda (teníamos meriendas).

Ella nunca mataba a los mosquitos pequeños, los que no pican. Cuando estaba planchando, guisando, y entraba uno por ahí, lo dejaba revolotear un poco. Si se posaba frente a ella y se quedaba parado, se producía una pequeña y secreta comunión entre los dos. Desde la muerte de su padre, hacía ya bastante tiempo (yo tenía un año), no se atrevía a matarlos. Pensaba –quizá no con el pensamiento, sino con esa otra cosa que hay debajo, más inmediata y triste– que ese bicho diminuto podía ser tal vez su progenitor, que venía a visitarla. Esto queda ridículo una vez expresado; íntimamente, me parece lícito de sentir, y hasta coherente. La gente nunca se despide del todo, porque no puede despedirse. Este tipo de experiencias lo evidencia. Uno se agarra a donde sea para no soltar. Es esta la esencia misma de la religión católica –de toda religión. ¿No hay implícita, en esta pobre esperanza de mi madre, una terrible, luminosa blasfemia?

Respecto al 22 de abril: entonces la amistad, aunque muy bonita, es un poco de cartón pluma. Uno busca amigos para ejercer la vanidad en confianza, para jugar al frontón y quedarse bien a gusto –para hablar de uno mismo en voz alta. El peaje es escuchar al otro, y así funciona. La primera ambición de todo hombre es sentirse comprendido, estimado en su auténtico valor, que es por supuesto tremendo. Nada mejor que sentirse comprendido –¿y quién, en la Tierra, no se siente incomprendido? La realización de esto, de manera más o menos decepcionante, justifica la pasión de la amistad, las grandes amistades. La película, en cualquier caso, no termina por diluirse –ni cerca. Con el arte es diferente. La lectura es, quizá, la forma de intimidad más lograda que el ser humano se ha inventado hasta la fecha. Pero no la más satisfactoria.

STC. Cuando uno lee las vidas de los grandes artistas a los que admira, no puede evitar sentir que cada hecho, cada detalle, por desastroso e inconveniente que pudiera parecer entonces, estaba escrito ya en su gloria. Cada desvío, cada desencuentro, cada decisión, se nos aparecen ahora como fatales; esos hombres estaban destinados a hacer lo que hicieron –milímetro a milímetro.

Esto es, por supuesto, una bobada. Si yo hubiera conocido a STC en su tiempo, probablemente habría sentido envidia de él y pensado que era un estúpido; quizá lo habría pensado de verdad. Hoy STC existe para mí.

Tendemos a despreciar a nuestros coetáneos por pura y simple envidia. Si un amigo o enemigo nuestro hace algo de mérito, lo rebajamos hasta ponerlo por debajo de nosotros mismos, y, si podemos, muy por debajo (manteniendo eso sí cierta dignidad de su trabajo para mejor lustrar el nuestro). Ahora, si leemos que lo hizo un tipo singular hace cien, mil años, este tipo se convierte en una especie de fauno, un hombre mágico fuera del tiempo. A todos les gustaría que sus amigos hicieran grandes cosas... pero nunca más grandes que las suyas, ni tampoco antes. La envidia y el recelo pueden gobernar fácilmente tu vida sin darte tú mucha cuenta, seas inteligente o medio tonto.

Cuando pienso en STC, que lleva casi cien años bajo la tierra, ¿pienso en el joven ligero y atractivo de melena negra y ojos brillantes, en el hombre melancólico con cara de niño y poco pelo, en el gordo triste y viejo de la peluca? Él fue todos ellos. A día de hoy, ¿cuál es? Cuando vemos envejecer a la persona es muy fácil: es en cada momento la que tenemos al lado, y siempre lo fue; cuando se muere empieza a ser una mezcla, balanceada a los momentos de felicidad. Cuando madre estaba enferma, pareció que siempre lo estuvo; papi no siempre fue un perdido, etc. Esto no ocurre con uno mismo. Uno se sigue sorprendiendo de mirarse en el espejo y no encontrarse allí con el niño. Uno ve su madurez como ilusoria; como si en algún momento uno fuese a ser ese niño otra vez, como si ese, y no otro, hubiera sido su estado verdadero, al que regresará sin duda. Creo que el viejo no se piensa exactamente viejo. Pensará: «Bueno, esto es una fase, una desagradable, vale, pero yo no soy este; yo no voy a haber sido este». Uno se da cuenta de que ha envejecido cuando ve que la gente a la que quiere lo ha hecho también; uno se piensa, siempre, un pobre niño susceptible de inocencias y genialidades. Esto ha llevado a grandes equívocos en la Historia, a vanidades grotescas. «¡Yo tengo corazón de niño!» «Pero ¿usted se ha visto, caballero?»

Los grandes libros te hacen mucha compañía, pero también te hacen sentir muy solo. Logran una plenitud monstruosa en la que no entra un alfiler. Algunas veces, cuando leo un libro y me entusiasma, me acuerdo de que su autor ya no existe, y de que si lo hiciera y yo tratara de decirle lo mucho que me ha conmovido, lo bien que él me conoce a mí y lo bien que yo le conozco a él, no serviría de nada. Pienso que los artistas hacen su arte para sí mismos, y dan su obra al público para hacerse querer; ya queridos, ellos no tienen ninguna gana de querer al otro, que les da igual. Mejor, entonces, que ya estén muertos. Así al menos uno puede fantasearlos, soñarlos despierto –o dormido, que también ocurre. «¿Qué pasaría si pudiera dialogar con Giacomo Leopardi, contarle las cosas que siento y me hacen daño?» Pues nada, qué va a pasar. Los artistas no son Hermanas de la Caridad, tienen lo suyo. La vanidad, es evidente, no es incompatible con el genio. A veces hasta ayuda, resulta positiva en el trabajo. Este aforismo del Anima

poetae sobre un gusano de seda le va bien al artista:

¿Y no será que lo que en las orugas es simple avaricia, gula voraz por las plantas, lujuria y recogimiento, aparece en su siguiente estado refinado en Amor?

Esto es peligroso porque justifica al genio en sus atrocidades. Un artista puede muy bien ser una buena persona, no tiene por qué ser insoportable, creo yo. Luego, el insoportable que no logra hacer buen arte… Ay. El mundo está lleno de estos especímenes; vasijas de miedos, frustraciones y violencias –O. Gs. El mundo del arte es una selva. La obsesión del arte es peligrosísima (y no solo para el obseso).

Ahora, pensar que la vida puede llegar a resolverse mediante la combinación de símbolos sobre un papel me parece, al fin, una ingenuidad. En una pesadilla puede haber más luces que en toda la Historia de la Filosofía, la Ciencia y la Literatura juntas –que en el total del conocimiento humano compartido o compartible. ¿Quién puede refutar este sofisma?

Respecto al 24 de abril: pensar o saber que tu amor, el mundo entero, justificó unas pobres letras, unos garabatos de tinta en un papel (¡tú, que querías una cosa tan diferente!). Si te lo hubieran dicho no habrías aceptado.

Quizá el pecado original no sea sino el de haber convertido a la mujer –cosa terrestre– en una fuente de sueños y revelación. El enredo ha sido histórico, decisivo. El hombre trata desesperadamente de hacer ingresar sus fantasías en el mundo de todos, cosa que no se puede.

Salgo para la botica sin comer, dispuesto a hacer de tripas corazón. Va tocando un poco de suavidad…

Del 22: Jim, está claro, quiere a sus enemigos –sin Dios el diablo estaría muy solo, eternamente se aburriría.

30 de abril. Sábado, once en punto de la mañana. Con un cuarto propio se ve la vida de otra manera. Hasta me gusta hoy el gorjeo insoportable de los pajarillos. Lo animan a uno a madrugar.

A Ward le di lástima; el lunes vuelvo, con paga bimensual y miserable. Le conté lo de mi hermana: que se venga cuando quiera, a ver qué puede hacer él; estará encantado de ayudar y descontar de la paga la posible solución. Ahora le doy un poco de miedo; piensa que en cualquier momento suelto a papi. He dicho que por favor le dé recuerdos a la Elefanta, pues me gustaría aclarar todo el malentendido. Me ha invitado a cenar un día y casi se deshace en lágrimas. Que aquello le había dado mucha tristeza, porque yo soy un chico estupendo. Le he dicho que bueno, que poco a poco.

A menudo me hago esta pregunta inevitable: ¿qué clase de adultos seremos? ¿Puede uno liberarse del rencor? (si no del todo, que sospecho que no, sí de manera parcial, en la medida en que nos permita vivir y establecer vínculos nuevos con personas que nada tengan que ver con él). Yo no quiero vengarme de nadie. Sí romper los lazos que me estropean la vida y no van a dejar de estropeármela. Me ha costado mucho juzgar con claridad a la familia. A la gente se la debería juzgar por los actos, por la suma y balanceo de todos ellos. Punto. Cosas como el «amor consanguíneo» –una especie de amor preexistente y fatal– son una mentira; embustes neoplatónicos y meapílicos. Como dije, si en algún momento descubro (o me hacen creer) que papi no es mi padre, el odio será definitivo. ¿Por qué no lo es ya? ¿Qué habría cambiado, en realidad? Él me dice que soy un desagradecido y un desgraciado, porque él me dio la vida, gracias a él yo estoy aquí. No tiene mayor mérito: papi es un animal, y debe de ser un poco torpe. Tres cuartos de sus hijos no fueron deseados. Hoy ninguno lo es, o solo Mabel.

¿Qué tengo yo que agradecerle?

A veces pienso, en los momentos más bajos, que valgo lo que valen mis penas. ¿Cuántas páginas de este diario y de los anteriores han servido a la bilis? Si todo me fuera «bien», ¿tendría algo que poner aquí? Y, sin embargo, son los escritores que se anteponen a sus desdichas o que las obvian los que más merecen mi respeto. Lo único que Leopardi dice directamente de sí mismo (de su biografía) a lo largo de seiscientas páginas de pensamientos es, no sé qué día de junio: «Hoy es mi cumpleaños»; y este solo apunte es un respiro, un oasis de patetismo. Cervantes, ¿no fue miserable? Spinoza, ¿no lo fue también? ¡Y ni una mala palabra! Esto es de admirar. Las mentes pigmeas tendemos a lo contrario: tendemos a la exhibición, al lloriqueo caníbal de la eucaristía. Si en algún momento decido escribir o adaptar algo para su publicación tendrá un carácter muy distinto. Y entonces los peligros serán otros: el del escamoteo, el de la sosería, el del sofisma..., tantos y tantos. La escritura es una actividad incierta, que da fiebre. Desde luego, no vale con que esté bien escrito, ni tampoco todo lo contrario. Los grandes escritores son escritores de la imaginación; sus vidas les sirven a ellos; si algo les vale, adelante, si no, fuera. No sienten la infantil necesidad de justificar nada ni a nadie, escriben sus obras a pesar de sí mismos. Yo escribo sobre papi para no matarlo. Jim debería dejar enfriar sus odios unos cuantos años si quiere escribir literatura –tres o cuatro siglos.

A nadie le gusta acercarse a una persona herida. Por eso yo trato de ocultar estas aversiones cuando hablo con la gente; no me gusta dar pena. Si aprovecho la presencia de K. y de Tía J. para desahogarme, al minuto me maldigo. No porque no me guste hablar mal de las personas, sino porque noto en sus miradas esa mezcla terrible de lástima y sopor que tanto me molesta. Tía J. nunca insulta a papi; solo escucha. A K. no le interesa, se aburre abiertamente, dice que su padre es igual; entonces aquí, a veces, Tía J. interviene: no es igual. Quizá tenga que volver a quemar mis papeles (lo último que quiero es despertar compasión).

Hay pocas cosas más tristes que criticar a un ausente para ganarte el favor de un presente y que este presente saque las uñas. Quedas con el culo al aire, te sientes el más insignificante de los

hombres. Una vez, mientras ponía a papi a parir de un burro, una de tantas y tan variadas buscando el favor de madre, ella se dio la vuelta y dijo: «¡Vale ya! ¡Ni que fuera el diablo!». Me quedé callado, y mi perplejidad y mi debilidad animaron su cabreo. Que si era un hombre generoso y desprendido; que si se había ganado la vida con el fruto honrado de su trabajo; que si iba a tener una pensión que nos iba a permitir vivir a todos más o menos dignamente hasta el día de su muerte; que si tenía una familia que se preocupaba por él y que eso es más de lo que pueden decir muchos hombres; que a ver yo. Madre tenía la semana torcida, y ya no se pudo hacer nada.

Después de criticar a los demás uno se siente sucio, como pringoso; da hasta dolor de cabeza. Es una sensación física, real. Pero cómo cuesta frenar, en el momento, o no arrancarse en absoluto. Es como si un genio maligno nos poseyese. Uno piensa que esa no es su voz, es la de otro. Uno siempre es bueno. Y, sin embargo, criticar es una de las primeras y más antiguas pasiones humanas: poner a los demás por debajo. Es esta una de las muchas cosas que comparten los grandes genios y el más palurdo entre los hombres. El palurdo no tiene necesariamente buen corazón. El genio puede ser un idiota. Las moralejas no se aplican a la vida, que no se puede resumir. Cada individuo es un océano. La Historia –de la mente, de la ciencia, de la guerra, de la política, del arte, la literatura, de absolutamente todas las cosas– no puede explicarse más que a través de las individualidades –de todas y cada una de ellas, enredadas. A la gente le gusta un buen e increíble resumen, porque pensar que comprendes algo produce, al fin, la misma satisfacción que comprenderlo.

Cada vez que escribo una página que más o menos me satisface, mi vanidad me empuja a mostrarla, darla a leer de inmediato. Quiero que el mundo sepa que dentro de mi cabeza hay algo; no es fácil resistir. Jim les está prestando sus capítulos recién horneados a los amigos (a Colum, a Kettle y a Starkey) porque quiere una admiración instantánea, como quien ejecuta una cabriola. Y la tiene: ellos lo leen todo al momento (a veces mientras él los mira y fuma cigarros) y le dicen que este país aún no ha visto algo así y que quizá no esté preparado. Puede que sea cierto, pero es un

veredicto ambiguo. ¿Así cómo?, ¿así de horrible? En cualquier caso, el riesgo de que caiga en las manos de O. G. es real. Está deseando saber si ha aparecido ya, y con qué nombre, y con qué sentencia. Todavía no. Jim lo está reservando para un momento de inspiración, quiere convertirlo en el villano de su épica, en el «alegre traidor de Irlanda» (Irlanda viene a ser mi hermano entero). La novela sigue la Natura aristotélica, y Mulligan –que así se llama el simio– corresponde a la juventud, al nuevo y quizá definitivo desengaño. Mulligan ha de ir en las fauces de Satanás, junto a los traidores McNally y Reynolds, uno a cada lado, él de culo. Con enemigos así, ¿quién querría amigos?

A mí (que por lo que sé ya no aparezco mucho) no me ha dibujado bien. He quedado como un tipo solícito y discutidor, cerrado, limitado y cabezón. Estas pueden ser cosas más o menos ciertas, pero hay otras; si de mí quedase esto, él habría fracasado. Jim nos reduce a todos a arquetipos renqueantes, adversarios fáciles para su Sócrates perverso. Cada uno le sirve para exponer una idea original de su héroe, el Escarnecedor de la Mediocridad, el Flagelador del Populacho. Esto no es una novela. Es una sucesión más o menos torpe de diálogos platónicos y datos circunstanciales. Una novela no debería poder explicarse, ni antes ni después de su redacción. Me parece bien que partas de una idea obsesionante (aunque sea una tan tonta como la revancha), pero no le seas fiel. Tus personajes no son de verdad, ni siquiera tu protagonista. ¿A quién le importa un todopoderoso, un «superhombre» (un anormal)? Yo me quedo con los verosímiles y vacilantes. La novela –y esto es lo que él no entiende– es un género incompatible con la épica, no así con el ridículo. Doscientas páginas en tres meses...

Noche. Jim no vuelve, al menos por el momento.

–¿Y CUÁL es el plan?

–Negocio. Y son dos.

–A ver.

–De largo y medio plazo. ¿Llevas papel y pluma?

–No.

–Pues atento. El primero, de largo plazo, consiste en la constitución de una sociedad. Y la venta de acciones al por mayor.

–¿Acciones de qué?

–Luego se deja que engorden y luego se contrata un gestor, te olvidas. Búscale tú el nombre si quieres. Algo fétido. Eire-tal. Al principio saldrán baratas, luego subirán exponencialmente a medida que vayan apareciendo los libros. Así, con lo poco que nos den al principio se podrá vivir con ligereza, y cuando tenga que devolver grandes cantidades no me importará porque tendré mucho. ¿Entiendes? El equilibrio se mantiene.

–¿Qué libros?

–Mi libro de versos y mi novela, de momento; luego más. Los inversores podrían revender sus ediciones originales firmadas y multiplicar, si saben esperar, sus ganancias.

–Pero a la novela aún le queda, ¿no?

–Sí.

–¿Entonces?

–Bueno, es una apuesta que hacen ellos. Te digo, de largo plazo.

–¿Quiénes?

–Los inversores.

–Ya. Pues no lo veo fácil, no sé si alguien se va a dejar liar; quizá la tía.

–No es liar. Es una inversión. Ya tengo dos socios.

–¿Quiénes?

–Dos estudiantes.

–Kettle y Starkey.

–Sí.

–... ¿Y el otro?

–El otro sería más inmediato, para el verano; julio creo. Consistiría en una gira, y el coste sería mínimo. El alquiler de un laúd y transporte.

–¿Un laúd?

–Sí, laúd.

–Pero ¿tú sabes tocar el laúd?

–Con él recorrería las costas, cantando unas baladas inglesas que me he aprendido. Viejas, sentimentales, de esas que gustan. Y que me den por ellas lo que puedan. La gira sería dirigida personalmente como la de Nerón por Grecia. ¿Eh?

–No lo veo, la verdad.

–¿Por qué?

–Lo pasarías mal.

–Me da lo mismo. Necesito poco.

–Pero no vas a poder escribir.

–Perfectamente. En las pensiones. O donde sea.

–¿Y trabajar?

–¿Como tú?

–Por ejemplo.

–¿Siete horas detrás de un mostrador poniendo buena cara a esposas y palurdos y sacándome mocos?

–O mala. Es lo más sencillo, en realidad.

–Eso sí.

–Y tendrías tiempo para escribir.

–Ayer se me ocurrió otro, para salir del paso mientras tanto. Corto plazo.

–¿Los McKernan no te cobran?

–Consistiría en un sorteo. Mandamos imprimir unos boletos en papel biblia, pongamos quinientos. Que Starkey nos haga un dibujillo. Y decimos que estamos sorteando una pata de jamón para la financiación de una obra artística.

–¿Qué obra es esa?

–Mi novela. A la gente le gusta dar dinero para estas cosas, si es muy poco. Se sienten inteligentes. Piensan: «Ah... qué sensible soy al arte. Buenos chicos, buenos chicos». Y se van tan contentos. La novela no la leerán.

–¿Y el jamón?

–Espera. Entonces reunimos a un grupito, estudiantes, podemos pescarlos en Belvedere. Y los ponemos a vender boletos por las calles como niños de Dickens, y que se queden con la mitad de cada uno. Al final de la jornada, te encargas de recolectar las ganancias. Quedáis por las noches en un punto, por Cabra si quieres, y te aseguras de que no nos engañan; tienen que devolver X esquinas de boleto, que arrancan al venderlos, por X monedas y entregar los sobrantes. ¿Entiendes?

–¿Por qué yo? A lo mejor vuelvo a la botica.

–Qué animal. ¿No aprendes o qué?

–Me van a pagar.

–No vas a ver un centavo.

–¿Y el jamón?

–El jamón da lo mismo.

–¿Cómo va a dar lo mismo? Habrá que comprarlo, no son baratos.

–Hacemos el sorteo entre todos los boletos, y damos quince días o diez para que el ganador nos escriba a una dirección. Si pasados esos cinco días no llega nada, no se compra el jamón.

–¿Y si llega?

–No va a llegar. La gente no se acuerda de estas cosas.

–Puede llegar...

–¡Pues se compra el jamón!

–Bueno. Me parece el mejor de los tres, la verdad.

–Cada uno tiene su miga.

–Pues no sé si te voy a poder ayudar. ¿Los McKernan no te cobran?

–¿Cómo están las niñas? Dile a Eileen dónde estoy. Y os venís un día.

–Vale.

–¿Cómo están?

–Bien, tristes.

–¿Sí?

–Más o menos.

–¿Papi?

–Muy triste.

–Que se joda.

–Pues sí. ¿Tú?

–Yo muy bien.

–Creo que podrías sacarle algo. Con media palabra...

–No quiero nada.

–¿Seguro?

–Sí.

–Piensa que vas en serio. Es transparente.

–¿Y?

–Yo que tú volvería. Puedes ejecutar tus planes desde casa, y tendrías mejores condiciones allí, después del envite. Ya has ganado.

–No es ningún envite.

Luego hemos salido del fumadero y hemos dado un paseo por el río hasta el muelle. Al fin, no he querido prestarle lo poco que tengo y se ha mosqueado. Le he dicho que lo necesito, pero que no puedo decirle para qué. La cerveza, claro, la he pagado yo.

Jim dice que el trabajo perfecto del escritor sería el de gerente de burdel. Pero Jim no tiene amigas. Le ha escrito un limerick a O. G. pidiéndole para comer, con esa ironía que no es ironía sino sinceridad. O. G. se lo va a dar, y entonces Jim va a estar en su mano. Como vender tu alma al diablo pero peor. Si yo fuera él me quedaba con papi, que está más viejo y flojo. Todo esto se lo he dicho, pero es literalmente una mula.

El tiempo libre es peligroso. Fácilmente puede llevar a la infelicidad, a la falta de sentido. La gente no siempre tiene interés en conocerse, porque a lo mejor no se gusta o se descubre mediocre. Yo busco ser el maestro de mí mismo, y sé que con un maestro así no llegaré lejos. Mi aproximación a la adultez se está produciendo con una cierta blandura, una cierta pereza del futuro. Aunque si tuviera dinero, mucho (si no tuviera que volver a trabajar nunca

más), mi vida se parecería bastante a la que tengo ahora. Sería en otro lugar, con algunas ausencias, con tres comidas al día, un abrigo, un dentista –pero en lo esencial muy semejante. Si no tuviera que volver a pensar en el dinero me dedicaría a leer, deambular, apuntar las cosas que creo o se me ocurren y poco más. No me convertiría en jinete, ni tendría grandes bailes y comilonas, ni tiraría flechas con un arco de ébano. Ahora, si tengo que pasar lo mejor de mis días vendiendo perfumes y potingues mi vida se puede torcer.

El tiempo libre lo pone a uno a pensar; hay quien dedica su vida y esfuerzos a tratar de no hacerlo en absoluto. La única tarea razonable, me parece, consistiría en la formación lenta del propio carácter. Aquellos que se piensan en el mundo para influir, gobernar y dirigir se equivocan. Un niño que patalea para lograr la atención de su madre no difiere de Napoleón. Si mi hermano no pudiera publicar jamás su libro o darlo a leer, ¿lo escribiría? No lo creo. Quizá escribiría otro, mejor. Si cada uno pudiera satisfacer sus caprichos (lo que cursimente se conoce como «cumplir los sueños») el mundo se acabaría en dos días o tres. Porque la consecución de los sueños del uno pasa casi siempre por el aplastamiento de los del otro. Todo se puede reducir al fin a la fórmula de Leopardi: la fórmula del amor propio.

Respecto al 26 de abril: otra de las cosas que tienen en común sectas, filosofías y religiones: todas ellas nos salvan de pensar.

Respecto al 24: no puedes llegar a poseer nada, en realidad; poseer sería dejar de desear. No se deja de desear.

1 de mayo. ¡Mayo, y este frío terrible! Vivir en una isla tiene sus desventajas. Climatológicas e ideológicas. ¿Quién dijo que un imperio es más flojo en sus fronteras? El papa tiene más poder aquí que en el corazón de Roma. Solo aquí lo tomamos verdaderamente en serio. Si el pobre tipo supiera... se quedaría a cuadros. «¡Cómo!

¡No hombre, no! Pero ¿cómo sois tan bobos?»

Todos en misa. Leo y estudio en el escritorio de nuestra habitación. La ausencia de Jim es rara. Uno termina por acostumbrarse a la arbitrariedad; sin una pequeña dosis, el mundo sería peor. Me ha dicho que le prepare el baúl con sus cosas –(¿qué cosas?). Ahora quiere que le robe el chaquetón a papi, el verde, bajo su responsabilidad; si lo encuentra por la calle se puede llevar una tunda.

Estoy disfrutando secretamente de esta nueva incertidumbre. Anoche soñé un sueño terrible, en el que ella desaparecía en medio de una turba después de un largo día juntos. Yo recorría las calles agitado y solo encontraba vagas pistas. Al fin distinguía a Tía J. y le preguntaba por su hija; pero Tía J. no tenía. Luego encontraba en mi bolsillo una pequeña composición a lápiz y letra minúscula. Una especie de soneto, «Tú» –lo único que recuerdo del poema es que este era su título y que iba vagamente rimado, o que daba esa impresión. Ella misma me confesaba allí que no había existido, y yo caía de golpe en que era la verdad. Me quería morir. Ahora la deseo más. Este sueño le ha dado un sentido borroso a mi día, que de otra forma no lo hubiera tenido. Quién sabe lo que ocurre en las cabezas. Quién sabe si el boticario no te entrega el cambio esa mañana bajo la revelación de un sueño amargo.

Me reconozco menos en esta secreta y tonta intensidad que en la indolencia. Estoy disfrutando de una manera extraña. Hay algo peor que el amor imaginado, y es sentir que lo olvidas, su lenta pero positiva curación. Volver a hacer las cosas que hacías y soñar las que soñabas antes de tu estado anómalo produce siempre melancolía, y yo celebro ahora este resurgimiento. La muerte de madre no fue fácil, pero peor ha sido ver cómo todos lentamente la encajaban. Las primeras semanas madre seguía viva. Luego papi volvió a trabajar; Mabel a ir al colegio; Jim a sus locuras; Charlie a sus bobadas, etc. Yo me sentí el único incapaz de vivir y lo disimulé. Ahora puedo vivir otra vez, y madre no está. Las emociones (que son lo único) envejecen como los hombres y uno quisiera detenerlas. Nos duele sentir que nuestro amor –aunque ella no nos quiera o ya no exista– se borra o se diluye, o se muda. Nos sentimos engañados por Dios o por la vida –queremos que al menos

haya algo auténtico en medio de toda esta mentira, algo susceptible de una verdadera salvación, algo para siempre igual a sí mismo. Más que su indiferencia, me da miedo la mía, temo el momento en que esta llegue. Pero basta de bobadas. Los párrafos de los sueños y el amor caducan rápido. Como en una de esas fábulas orientales en las que a un hombre le es revelada una verdad en letras de molde y, cuando a la mañana siguiente el hombre busca renovarla –hacerla física–, las letras no existen o dicen una cosa vulgar.

Creo que escribo simplemente para ayudarme a pensar. En mi caso es una forma de realismo. Prefiero la mediocridad concreta que logro apuntar aquí a la vaporosa excelencia de mi pensamiento. Todo el mundo cree que tiene grandes ideas en la cabeza hasta que intenta pasarlas al papel. No se trata de una falta de habilidad o de talento; verdaderamente la idea valía poco: una vez más, lo vago y lo sublime aparecen confundidos. Así, como la mayor parte de los hombres no escribe, la mayor parte de los hombres se piensa genial.

¿Hay alguna diferencia entre tener grandes cosas en la cabeza y no tenerlas? Hay quien afirma que todos sentimos lo mismo (las mismas tres o cuatro cosas esenciales, quiero decir) y que solo algunos logran compartirlo o hacerlo de todos –el artista. Yo tengo mis dudas. No creo que el palurdo de Charlie sienta lo mismo que Jim o que lo sienta del mismo modo y que la única diferencia entre los dos sea la trivial habilidad de la escritura y la obsesión. No puede ser tan sencillo.

Mantengo una actitud hosca con la gente de mi alrededor porque pienso que esta no es todavía mi gente, que mi gente llegará en algún momento –un amigo, dos, mi amor. Pero ¿y si no? ¿Y si me paso la vida posponiendo a los demás y punto? Esta gente abstracta puede no existir, o puede ser la gente a la que cotidianamente rechazo. Hay gente que no llega. ¿Por qué habrían de hacerlo, dónde está escrito? Además: ¿qué ofrezco yo? La intimidad nunca es satisfactoria, y hasta ahora he preferido la

incomprensión por el silencio. Siempre me he sentido más yo callado. Me parece que he sido un poco rudo con Cosgrave. Tiendo a despreciar, instintivamente, a todos aquellos que me prefieren a mí.

Dice Emerson (8 de enero de 1837) que lo primero que debe comprender el hombre de genio es que su genio habita el mundo con él. Yo no estoy exactamente de acuerdo. Habita y no habita, y por eso es genio. Aquí tengo un lío horroroso. Por un lado, me parece una vanidad pensar que la imaginación del hombre pueda en algún caso ir más allá de la materia, pero por otro resulta siempre inexplicable, y sospecho que siempre lo hará. El día en que alguien consiga explicar la poesía, reducir su expresión a una fórmula matemática, el mundo se acabará, como quien llega al –Fin– de la novela. Caerá el telón.

Jim dice que lo mejor que un hombre puede tener en el mundo es su vocación, porque todo significa para él, todo está dispuesto y arreglado para su labor. Esto (que pienso real y a la vez una mentira terrible) me produce en ocasiones envidia. Cuando en mitad de una lectura, o de un día o de una noche vivo un momento luminoso, lo primero que me pide la cabeza es utilizarlo, hacer algo con él en mis diarios o donde sea. Entonces viene la realidad. Que ese gran pedazo de arte o vida y mi consecuente emoción sincera hayan servido –me hayan servido– para dibujar esta impresión más o menos coja me entristece. Pero creo que partimos de un sofisma. La idea de Jim lleva al hundimiento, a la búsqueda del libro-monstruo (ese libro donde el autor pretende resumir y justificar su vida y la de todos; el libro adonde van a parar todos los amores y razones y desazones que ha recibido en su paso por la Tierra un hombre: un enorme trastero). Más mérito tiene el libro de instinto que, como dije ayer, no siente la infantil necesidad de justificar nada ni a nadie –gran tentación del artista, que tiende a vestirse de víctima y posponer la vida. Por lo general, admiro más los libros sin grandes esperanzas, hechos como sin quererlo, que no cifran –o no buscan cifrar– la obsesión consciente de su autor. El Fausto puede ser el libro de Goethe que menos me haya interesado hasta la fecha, un

mito pretencioso y bobo, un aburrimiento; la Comedia me parece en ocasiones excesiva en sus solemnidades y vendettas. La inconsciencia del Quijote es superior a toda planificación. Si Cervantes hubiera pasado la vida obsesionado con el libro no lo habría escrito, o lo habría escrito mal. La novela de Jim no pretende resumir su infancia y juventud, pretende sustituirlas –escala 1:1. ¿No consiste el arte de la literatura en hacer exactamente lo contrario? Una vez más, el Zibaldone es superior a los Pensieri por su falta de celo, por su imprudencia. Los Diarios de Emerson son superiores a sus Ensayos; los aforismos de STC, a sus muchas publicaciones. Ahora, ¿qué nos dice todo esto? Nada en absoluto. Mi confusión es perfecta. Pero Jim está a tiempo de malgastar su genio –la vida no es larga.

El salón apesta a pis. Es increíble que papi no haya dicho nada. Una nueva incomodidad, rápidamente asumida. ¿Tendré un olfato muy fino? ¿Seré yo? Antes solo olía a una mezcla de verdura hervida, pies y agua. Y Jim. Quizá simplemente no haya logrado aislar el nuevo matiz con su sentido atrofiado. Qué asco. Charlie y las niñas son cómplices de mi crimen. Las niñas no me traicionarán.

Charlie está ahora «probando con la acuarela».

Charlie ha negado la evolución –papi lo ha llamado «homo erectus».

2 de mayo. Primer día (otra vez) en la botica. El aburrimiento de siempre, pero con nuevas atenciones. El Sr. Ward está cuidadoso y hasta me ha puesto un taburete, «para los momentos en que no entre nadie» –casi todos. Mañana mismo me llevo el libro, no sé cómo he podido ser tan tonto. Poco a poco tomaré las riendas de mis horas, con disimulo y discreción.

SRA. HUDSON (una esposa con almorranas): ¡Ah! ¡Stevie, pero qué alegría!

Por la tarde ha venido Eileen, con un sombrero gigante que le

tapaba media cara.

El Sr. Ward le ha parecido muy gracioso, «un gnomo». Han hecho buenas migas.

SR. WARD: Bueno, bueno, pero qué tenemos aquí... Me han dicho que hay unos picorcillos.

EILEEN (roja como un tomate maduro): Hola... –Y me mira.

Le he explicado a Ward que las escamas se estaban expandiendo y que ella no me hacía ningún caso y seguía rascándoselo todo; cuanto más se rascaba más fortalecía.

SR. WARD: Es que da gustito, je, je. ¿Y hasta dónde ha llegado la cosa? ¿Tripita? ¿Más?

EILEEN: Casi tripa...

SR. WARD: Ya veo...

EILEEN: Quién me manda a mí ir al río... Estúpidos mosquitos... Pesados.

SR. WARD: Bueno, pues venga, vamos allá. Vamos a ver ese problemilla de epidermis.

Eileen me mira y los sigo a la trastienda.

EILEEN: Tú date vuelta.

Una estruendosa vieja irrumpe en el local; inmediatamente dice: «¿Hoooola?». Los dejo solos.

Atiendo a la vieja, que está resfriada y busca conversación. No la encuentra.

Entra de seguido un tipo buscando un jabón que huela como su jilguera. Le digo que yo no sé cómo huele su jilguera. «¡¡A cielo!!» Se pone a oler una por una todas las pastillas. Se detiene en la de limón. «Esta es..., esta es...» Aparecen por la trastienda mi hermana y el cojo y el adúltero se piensa que aquello no es exactamente una

botica. Se va muy tieso y circunspecto, después de barrer y fregar con la mirada. Tiene los ojos inyectados en sangre de una rata enferma.

SR. WARD: Pues parece que tenemos un intensa-prurigine in delicatis-locis, je, je. Nada grave, nada grave. –Eileen me mira, sonriente y roja–. La señorita se aplica esto por las noches para calmar los picores; esto otro para bajar la hinchazón tan fea... Y un buen bálsamo, claro. Aquí; aquí; aquí. Ponle una bolsa a la señorita chico.

Otro mes sin cobrar. Eileen no me agradece nada, no delante del viejo.

Ya en casa encuentro, dentro de nuestro libro de STC, una notita un poco cursi. Ahora que funcione. Voy a tener que vigilarla, ya que papi no lo hace y Charlie es Charlie.

Dice Emerson (5 de marzo de 1838) que «la esperanza del cristianismo se ha convertido hoy en la desesperanza del hombre». «Tendrán a Cristo por su Señor, y no por su Hermano.» «Cristo predicó la grandeza del hombre, pero nosotros solo oímos de la grandeza de Cristo.»

Una de dos: o Emerson fue un blando o quiso estafar a la gente. Cuando yo pienso en Cristo, pienso en ese Cristo feo y saturnino de los ritos de Viernes Santo. Pienso en el opaco Jesús de Nazaret, el de los poderes antinatura sobre la luz, el de la oscura promesa de arrancarnos alguna vez a los muertos de la tierra. No pienso en un Jesús amable y desaseado, o en uno que se arrastre y suplique frente a los otros en el recuento de sus propias miserias. Ni el beau jeune homme de los primeros italianos ni el meapilas moralista de los protestantes ni el amigo cósmico de los Trascendentalistas.

Jesús no fue ni tan simple ni tan pobre como san Francisco; sin embargo, qué ingenuidad la suya cuando decidió volver a Nazaret con sus padres y quedar allí bajo su mando. Existe una gran diferencia entre el chico alegre y sencillo y el criminal gélido, triste y desamparado. Jesús fue mucho más inteligente que Buda,

Mahoma o el de Asís, pero no tan noble, ni tan paciente ni tan bueno. Sus lágrimas fueron las lágrimas de la inteligencia, no las del corazón. Parecía impermeable al sentimiento. Estoy convencido de que durante su crisis espiritual frecuentó a las putas como el que más. Sabemos de sus banquetes con pecadores –no hay ninguna prueba de que se juntase con ellos para rezar– y sabemos que fue un gran bebedor de vino. Jesús no fue un eunuco ni un santurrón. Jesús fue un tipo varonil, con una inteligencia feroz y un conocimiento profundo del corazón del hombre. Animaba a la vida y el ardor espirituales, y creía en la bondad. En san Pedro vio quizá una simpleza y honestidad mayores que las suyas propias (en el Getsemaní conoció su inconsistencia), pero nunca sobrestimó estas cualidades. No le dio la preponderancia a la pureza carnal, como sí hicieron sus discípulos. Esto sonaría a blasfemia a un católico.

Creo que también se ha malinterpretado su humildad. A pesar de que «el altivo será humillado y el humilde enaltecido», él mismo se permitió un gran orgullo, el orgullo de sus ancestros. Hablaba de su padre con soberbia, y también de sí mismo –«porque a los pobres los tendréis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis». Duda de ser el hijo de Dios y odia a su propia gente. Sus pocas quejas ante el sufrimiento físico son perfectas en su ligereza: «Tengo sed». Creo que la Iglesia católica es la que más cerca está de entender a Jesús, pues en sus enseñanzas (no en las que pretende predicar) y en su poeta (Dante) es orgullosa, fría e intelectual. Si el cristianismo se gana otra vez el respeto de Europa, cosa realmente difícil, será a través de este Cristo sombrío y verosímil, y no a través de esa democratización piadosa; esta solo llevará a una pérdida de poder y respeto.

En cierta forma, me alegro de haber sido educado por los rígidos y altivos jesuitas antes que por los mediocres y afectuosos hermanos cristianos. Cada institución tiene su monstruo: Jim los unos; O. G. los otros. Papi decía que los jesuitas son los auténticos caballeros de la educación católica. Como sea, requiere más esfuerzo y pasión romper con ellos que con los hermanos, eso es demasiado fácil.

Mabel pregunta por Jim para incomodar a papi. Papi, que la trata como a un bebé de biberón, que la debe de considerar un poco

lenta, miente con descaro, cuando es evidente que ella lo sabe todo y solo quiere ponerlo en un aprieto. A Poppie lo mismo.

Mabel está muy pesada con Salgari y su Corsario. Yo no lo he leído, ni voy a hacerlo a estas alturas; no puedo decirle nada. He leído muy pocos libros juveniles o de aventuras (quizá me dejé engañar demasiado deprisa) y no puedo hacerle recomendaciones o comentarios. Ahora, pienso, ¿qué diferencia hay entre las fantasías de un Salgari o un Verne (digamos) y las de un Bruno o un Nietzsche? La gente trata de creer las filosofías, con un ardor que resulta a menudo entrañable y ridículo. ¿De veras pensamos que podemos llegar a saber algo? Esto no pasa con las ficciones –igual de inverosímiles. Según Jim, la vida tiene (si tiene algo) un fin estético. Decía, en su mejor momento, que si algo es bello es por lo mismo bueno, y por lo mismo verdadero. Yo no discutía, pero esta trinidad me chirriaba secretamente. Hoy creo que se equivoca o se miente como un chico. La belleza, me parece, no tiene que ver con la condición moral de nada, y lo verdadero es tan tristemente subjetivo que lo mismo daría que no existiese. Todo eso lo dice él para justificarse en sus trabajos, que nadie necesita. No hay un solo escritor que haya resultado o vaya a resultar imprescindible para el curso de las cosas. No quiere reconocer que lo hace por él, y recubre su labor con esa capa de filantropía misantrópica y esa otra de fatalidad –sin ellas, le daría demasiada pereza sentarse cada mañana frente al escritorio y agarrar la pluma. La vida no tiene un fin más allá de morirse. Al final todo se va al diablo.

3 de mayo. Creo que Cristo despreciaría íntimamente a mujeres como mi hermana Poppie, que le rezan y lloran con fervor sin saber bien por qué lo hacen, como un hábito heredado. Estoy seguro de que, aunque la cabeza le pidiera poner la bondad de corazón y la fe por delante de la inteligencia, el propio corazón le decía otra cosa. Un hombre inteligente no puede no despreciar la estupidez, aunque lo desee. Y mejor será que disimule: mejor ser externamente generoso y noble que lo contrario. Esto permite la convivencia.

Cosgrave dice que lo importante es ser amable con las personas, facilitar, en la medida de lo posible, la felicidad de los otros. Parte de la base de que las relaciones son una mentira; entonces, lo mejor

que podemos hacer es convertirlas en una mentira feliz. Él es compasivo y bueno con casi todo el mundo, y casi todo el mundo se aprovecha y ríe de él. Especialmente mi hermano y O. G., que le llaman, entre otras cosas, El Samaritano (también Lord Lagarto, por sus escamas rojas). Cosgrave no se toma estos ataques como algo personal. Dice que «la gente sufre mucho» (debe de referirse a la humanidad), y que detrás de las burlas y bromas de O. G. y Jim solo hay una falta de coraje.

Cosgrave parece incapaz de sentir la humillación. Me pone de los nervios. Como esos estúpidos taoístas que se negaban a hacer nada porque hacer algo era abrir la puerta al fracaso. Este país no está preparado para unas ideas como las de Cosgrave. Este es un país pasional, envidioso, entusiasta –violento. Cosgrave es una especie de pacifista sin ínfulas, un Skeffington sin andamiaje. ¿Para qué queremos intentar una amistad si no cree en las relaciones? Me molesta un poco que haya visto en mí a un alma gemela. Somos muy distintos en muchas cosas, quizá las importantes. Yo creo en las relaciones, creo, aunque no se me den bien. Su autosuficiencia es una forma de desprecio. Detrás de cada sonrisa hay un «pobrecito» implícito. Los Tolstói de la vida me sacan de quicio. Yo me mantengo en un estado de latencia, no veo mi campo mental como definitivo ni mucho menos; esta gente ya ha alcanzado la paz, y desde allí te perdonan la vida. Yo me preparo para actuar, a mi manera modesta. Soy joven, y prefiero coger carrerilla y tratar de no caer como caen casi todos en las imbecilidades heredadas. Que no beba no significa que no crea en la diversión, que no me vaya de putas no significa que no crea en el placer. La moderación puede ser moderada, y esto es algo que Cosgrave no entiende.

He aceptado participar en su libro, poco, aportar algún aforismo bajo pseudónimo.

Quiero distinguirlo del suyo (que él sea Gordon Brown, que yo seré otra cosa). Va a ser un volumen delgado, misceláneo, con el título ridículo de Ideas irlandesas (¿y por qué no dublinesas o mundiales?). Dice que tiene amigos en el campo editorial y que el libro puede causar algún impacto. Los amigos son George Russell.

¿Qué voy a decir? ¿Con qué nombre? Lo mejor será buscar uno perfectamente arbitrario, que Jim no cace. Le he exigido a Cosgrave

discreción. Lo último que quiero es ser otra vez el foco de las burlas de esta panda de mandriles.

Por probar... Sé que no voy a sacar un chelín de todo esto. (Pero tampoco lo podría perder.)

A veces siento que los miembros de mi familia me desprecian por lo bien que los conozco. Sé perfectamente cuándo me mienten, cuándo mienten a los demás en mi presencia, etc. No pueden engañarme. A Charlie se le quiere porque uno puede pasarle por encima sin dificultades. Jim tiene la cortesía de hacerse el despistado; a mí se me nota en la cara. ¿Y qué le hago? A la gente le gusta poder mentir en libertad, ya sea para salirse con la suya, ya sea para impresionar a quien le escucha. A mí no pueden mentirme, o impresionarme, y esto les molesta –los lleva a tratarme con distancia. Cuando me cuentan algo que les hace felices no consigo darles lo que buscan. Esto hace que no me lo cuenten más. Cuando me cuentan una pena, no sé qué hacer, y a veces en mi cara leen o creen leer un «te lo dije», un «estaba claro». El distanciamiento ha sido gradual pero efectivo, a pesar de que soy mucho más flexible hoy que hace un par de años (cosa que ellos no saben y no se van a molestar en averiguar porque están curados de espanto). Jim es horrible, y sabe alegrarse por las insignificancias de sus hermanas o de Charlie –fingir alegría, quiero decir, dar una sonrisa y un «¡qué bueno!». Esto hace que quieran contárselas. Jim solo es Jim conmigo. Conmigo se ha permitido ser él. Nunca me ha dicho un «qué bueno» y punto: ha desmontado minuciosamente mi motivo de alegría y ha dejado ahí las piezas.

Creo que los pensadores y poetas (Leopardi y STC mismos) han sido un poco melodramáticos en lo que se refiere a la inteligencia. Todos te dirán que con la inteligencia comenzó el mal del hombre, su corrupción inevitable, trágica, etc. El lenguaje dio paso a la historia del pensamiento compartido, o del pensamiento a secas, que es la historia de una Caída. Hombres tan grandes como Leopardi dedicaron su vida a esta paradoja un poco tonta. STC recurrió a ella en los momentos de flaqueza. En su diario leemos:

«La enfermedad del pensamiento es esa en que las emociones, en lugar de encarnarse en actos, ascienden y se convierten en orgullo del intelecto». Esto no deja de ser verdad; sirve para escribir un libro. Ahora, creerlo en serio: ¿para qué? Uno nunca termina de creer en serio estas cosas. Y si lo hace no las escribe.

Respecto al 29 de marzo: de hecho, creo que sí lo hizo, pues no montó un número, o soltó una frase lapidaria, o se despidió. Porque para ella quizá aquello simplemente no era el final –si no es el final, ¿para qué lloriquear? Solo en el final habría un énfasis.

Un ejemplo de nuestra necesidad de aplauso y sorpresa constantes lo encontramos en la conversación. Normalmente, uno no escucha lo que dice el otro: más bien piensa en lo que va a decir uno a continuación –algo potente, y bello, y certero, que va a impresionar y dejar huella; algo que seguramente no será escuchado porque el otro estará pensando en algo potente que decir mientras hablamos. El ejemplo máximo está en esos viejos que reanudan, sin importar el interlocutor, una suerte de monólogo infinito y circular, vaguísimo; les falta ya ese mínimo de decencia o sentido común que permite el intercambio, la conversación propiamente dicha –cierta dosis de falsedad. Hacia el final de su vida la gente se radicaliza. Los hay que de viejos solo quieren hablar, sin importar a quién; y los hay que no quieren volver a pronunciar una palabra en este mundo. Las mentes de ambos serán mentes confusas, brumosas –casas rotas llenas de viento y desperdicios esperando la demolición.

Esta necesidad de compartir es más bien paradójica. No es tanto una necesidad de compartir (entendido este verbo como la conjunción de un deseo) como de mostrar. Un ejemplo: algo nos gusta mucho, nos fascina, y sentimos la necesidad de que la gente sepa que es así. Sin embargo, una vez que lo hemos mostrado, y si hemos tenido éxito –el máximo posible: a la persona también le ha fascinado nuestro descubrimiento–, automáticamente nos sentimos raros, traidores, y esta cosa que tanto nos fascinaba deja de fascinarnos, ya no es nuestra, se ensucia –ahora la toca el otro, que no la entiende. Este proceso lo he vivido en mis propias carnes

muchas veces, al revés.

1. Jim se entusiasma con un autor, que ha descubierto a través de un muerto o un extranjero.

2. No para de hablar de él; este autor ha ocupado su vida, y su frustración (la de no poder expresar a caba- lidad, hacer sentir su entusiasmo) es palpable; me des- precia un poco por no estar en el mismo punto exacto que él con respecto a este autor y su obra, que ahora es el universo.

3. Empiezo a leer, por insistencia de Jim, a este autor.

4. Me fascina. Le digo a Jim que tenía toda la razón, y empiezo a vindicar también al genio. Jim se mantiene helado.

5. Jim pasa a desdeñar, como sin quererlo, a este autor y su obra.

6. Me siento un imbécil perfecto.

7. Jim descubre a otro autor.

Esto pasa con todo. Queremos que el otro sienta nuestro entusiasmo, y si al fin lo siente nosotros pasamos a sentir el Objeto de nuestro amor pervertido, manoseado por alguien que no lo comprende de veras; solo nosotros lo comprendemos de veras. Esto no ocurre solo con los motivos del arte, el pensamiento, etc. Madre pasaba a despreciar automáticamente cada cosa en la que Poppie la seguía. El caso más notable, el más difícil para ella, fue el de la religión. Pero ¿qué diferencia había entre las piadosas plegarias de madre y las de Poppie? ¿Por qué madre se permitía el lujo de pensar –y lo que es más grave, manifestar– que Dios iba a distinguirlas a las dos? La vanidad de la gente (sobre todo la de la gente frustrada) es infinita. Poppie, de hecho, trataba mejor a las personas que madre. Tal vez fuese eso lo que la molestaba: Poppie podía querer a todos (lo que para madre debía de ser lo mismo que no querer a nadie). Para querer mucho a alguien, o por lo menos

para respetarlo, hace falta que este alguien deje transmitir, de vez en cuando, su desprecio –tibio, aéreo, sutil. Que nos quieran y punto no nos basta.

Cuando terminamos un gran libro, nos sorprende ver que el mundo no se ha deshecho, que no hemos despertado de nuestro sueño; parecía la llave. Nada se resuelve. El arte –el gran arte– da cada vez la impresión de la resolución, y nosotros nos quedamos un poco chafados. «¿Y ahora?» Ahora nada: habrá que seguir respirando y hablando y comiendo y defecando. Esto ocurre también con la muerte de las otras personas (que es la única que existe) y desde luego con los desamores.

Idea para un libro: la muerte de un tipo, uno cualquiera, realmente deprime al mundo, que se ve incapaz de seguir, de fingir y de todo; la gente espera, las emociones inmediatas no enfrían, no evolucionan: se secan. La muerte de un tipo se convierte de pronto en la muerte de todos, el vértigo se hace general y perdurable. Los periódicos no logran hablar de otra cosa al día siguiente, disimular, ni a la semana, ni al año –la gente, por primera vez, no logra obviar la presencia evidentísima de la muerte.

¿Quién podría escribir tal libro? Un suspirador, un narcisista dedicado a la composición de parábolas. Un Byron; un Novalis, tal vez; STC, en forma de canción; D'Annunzio si no fuera tan tonto.

Creo que todo autor, leído con cuidado, revela al fin su tontería; la cosa, el talento, consistiría en demorar lo máximo posible esta revelación.

4 de mayo. Cartas; una para mí, otra para la familia. Los McKernan, «de momento», no le cobran. ¿Por qué? Porque lo consideran un «ángel caído de un paraíso en ruinas».

¡Cómo debe de estar disfrutando el tío! Pocas cosas le gustan más en esta vida que que le hagan la corte. Con ellos puede ser sombrío y teatral, como su mártir. Cabra era un purgatorio;

Shelbourne, resulta, es el infierno mismo. El otro día casi se muere, por los «desarreglos causados por un nabo tiphoideo» (los McKernan son vegetarianos y Jim tiene la barriga sensible, destruida ya, probablemente). Le ha dicho a Eileen que vayamos a verle cuando queramos, entre las 16.00 y las 18.00. Sin papi, por supuesto. Está jugando a apestarlo; ¿si no de qué? En la carta general ni le menciona. Eileen no se sorprende de la invitación: «uno de los espasmos de amor fraternal de Jim». Yo pienso más bien que detrás hay estrategia. Jim y papi se parecen mucho –muchísimo. Los dos son bestias heridas de vanidad, que ven la vida como una partida de ajedrez, o de chapas.

Gilles –el dueño de una revista bastante minoritaria sobre bichos– está a punto de conseguirle un trabajo a mi hermano. Dice Jim que lo va a nombrar subdirector. El tipo anda ahora deliberando una propuesta muy fina: la traducción de La vie des abeilles de Maurice Maeterlinck, a publicar en diez deliciosas entregas de prosa exquisita. «Dublín es, al fin y al cabo, Stannie, una gran colmena.» Y tú un zángano. Jim, subdirector de una revista sobre abejas. Mejor el laúd.

Más planes:

– Autogestión. Me va a pasar una lista de productos a robar tímida pero acompasadamente de la botica que luego vamos a revender juntos y con Charlie a precio de oro en las esquinas de Dublín con el nombre cambiado y los efectos exagerados en etiquetas muy literarias y coloridas a estudiantes y borrachos (y a estudiantes borrachos). [No: imposible.]

– Un librito de limericks sobre la situación política candente. Literatura-bazofia. Fecha de caducidad dos semanas. Sabor queso y guisantes. Eddie VII, Cusack, Balfour; para los unos y para los otros. [No sé versificar: ni me importa en lo más mínimo la política.]

– La creación de un premio literario. Jóvenes y míseros poetas entre los quince y los veinticinco deben cantar a la pobre y pluvial Erin. Precio de participación: dos chelines. Premio: ¡50 £! Metro libre. No más de treinta versos. Todas las piezas que se quieran, a

inscribir por separado. Tras dos meses de dura deliberación, el jurado –compuesto por «importantes hombres de letras y expertos en la materia»– elige al ganador: el galviense T. Malone, alias mi hermano, con un estupendo poema sobre las brumosas y cabestras Islas de Arán. [Le he dicho que ni se le ocurra. Puede morir.]

– Convertirse en el lameculos oficial de Moore. Seguirle, escucharle, loarle. Prometer mucho. [Error: prometer mucho solo hará que Moore te entierre. Es curioso que los literatos no sepan cómo funcionan los cerebros de los otros literatos.]

– Seducir a la empleadita de unos Señores de Rutland o Baggot con su voz angelical y sus manos delicadas y ponerla a trabajar a su favor. Enamorar a una pobrecita. [Adelante.]

– Jugar la última carta en las carreras. [¿Qué última carta?] – Llorar a Tía Josephine. El más realista. Aunque es muy agarrada. Y aunque no lo fuera: Tío Willie. [Difícil.]

– Chantaje emocional a Poppie. Todos somos una piña. Madre así lo habría querido. La sangre es la sangre. Bray. Los veranos. El piano y los domingos. [Complicado: Poppie no es imbécil.]

– Acercamiento fraternal a Charlie. [–]

– Acercamiento fraternal a Mí. [No tengo dinero: gasto inesperado y secreto.]

Le he dicho que se vaya a Usher Island, que se convierta en la nueva Mary Ellen y empiece a oler a cebolla. Telegrama urgente: «antes [stop] sello [stop] culo [stop]».

Las opciones se acaban: ¡le va a tocar buscarse un trabajo!

Está melancólico:

¿Os acordáis, chicos, UPA-UPA?



*

El otro día dije (22 de abril) que la gente que nos recuerda a nuestro yo inmediato es la que se nos hace más intolerable. Creo que existe otro escalón más: la gente más odiosa para nosotros es aquella que todavía tiene las manías de las que nosotros ya nos hemos curado. Pocas cosas más irritantes que sentir que alguien te sigue, te imita y lo disimula. Ver a gente presa de nuestros mismos entusiasmos (y más aún si estos ya no son tales) nos saca de quicio.

Para mi sueño de la otra noche, que hoy no vale nada:

¿Por qué, cuando soñamos con alguien a quien deseamos, al despertar ese deseo por la persona es mucho más intenso? Porque también hemos soñado esta intensidad. STC dice en su Anima poetae que las emociones van delante. En una pesadilla sentimos horror, y como somos seres sensitivos, que no pueden entender las

cosas sino a través de imágenes o figuraciones, nos inventamos un monstruo, o su equivalente –a veces incluso, los objetos más comunes (un diván, una botella, un cubo...) se tornan aterradores a falta de algo mejor. El horror va antes que el monstruo; el monstruo no produce el horror, sino al revés. Bien: pues yo creo que lo mismo ocurre con nuestro deseo, con nuestro amor. Uno siente un gran deseo, una infantil necesidad de infinito, de comprensión total, de todo ya y para siempre –de inmortalidad–, y como tiene que figurársela porque no puede no hacerlo, le pone una cara: la de una persona, a veces con su correspondencia en el mundo de los vivos, ilusoria, a veces directamente sin ella. ¿No hemos soñado todos de chicos con una mujer inventada y neblinosa, y al despertar nos hemos sentido agotados, engañados por la vida y el futuro porque ella era? Esa mujer no era nadie: solo la pura encarnación de nuestro deseo –de nuestra ansia de infinito (un ansia abstracta que, aun pareciendo lo más importante de todo, lo primero para los hombres, logramos despistar una y otra vez durante el día con ocurrencias y necesidades de todo tipo). Las emociones irían antes que las caras. Nos damos de bruces contra la pared, pero en cuanto el dolor se despeja perdemos la memoria y cogemos carrerilla –¡y menos mal!

Los sueños son una especie de nebulosa de emociones crudas. Las emociones son lo único que tenemos, pero, como digo, necesitamos encarnarlas en la vida. Los sueños, así, son capaces de generar recuerdos a largo plazo completamente verosímiles y –diré– exactos. Vivimos en una casa, y hemos vivido en ella mucho tiempo. Lo mismo con los vínculos, las personas –existan o no, o en la vida sean otras. Uno lo sabe de inmediato, uno las conoce bien. Esta es mi esposa, a quien conozco de siempre; esta es mi casa, donde transcurrió mi infancia, que recuerdo a la perfección y con cariño. Todo se derrumba, de golpe, al despertar –durante un rato, aún podemos distinguir en la vida algún que otro escombro de esta otra vida falsa, que nos confunde y pone tristes. El lenguaje, para todo lo que tendríamos que decir, es pobrísimo. Ahora, aunque pudiéramos decirlo, ¿a quién demonios le iba a importar?

La vida sería una ilusión mejor y peor sostenida en el tiempo hasta el desenlace obvio y natural. Todo es al fin poco más que un asunto orgánico de plasmas y mezclas y cables. Cada día estoy más

convencido de que el hombre nace, vive y muere en perfecta oscuridad –sin haber entendido una sola cosa.

Creo que soy incapaz de llegar a un pensamiento original. Una vez que me señalan una idea, la comprendo rápido, y entonces la hago mía; una vez vista, no dejo de verla, pero alguien me la tiene que señalar. No sé hasta dónde se puede llegar con una mente así, probablemente no muy lejos. Me parece que el genio tiene ambas capacidades: la de la creación y la de la imitación, o la de la creación mediante la imitación. Yo, cuando leo a un gran filósofo, digamos, lo entiendo, y me siento capaz de llegar hasta allí por mí mismo (una mentira probablemente) –también incapaz de dar un solo paso más. ¿Qué voy a hacer con todo esto? ¿Para qué seguir leyendo, estudiando, etc., con esta puntualidad? ¿Un entretenimiento, como quien monta en bicicleta? Las cosas tienen que tener un fin, servir para algo; todo en esta vida debería tener al final del camino ese Objeto luminoso y un poco vago que lo llena a uno de sentido y lo guía. ¿Existe la gente que siente su vida justificada por la pura emoción personal? Es decir: ¿a la gente le puede llegar a bastar con (re)conocerse en grandes obras y pensamientos y paisajes y personas y personajes y punto? (Aunque tal vez simplemente no logren concretar su pena o su deseo; los hombres y mujeres, por lo general, tendemos a vivir porque estamos vivos –un compromiso un poco pobre.) En el fondo, me parece más natural el hombre que ve en todas estas cosas una excusa para su trabajo. ¿Quién, al leer un gran libro, no desearía haberlo escrito? Una vez asumimos que la vanidad, el amor propio, es el motor múltiple del mundo, ¿no resulta todo esto de lo más comprensible, de lo más normal? Más raro es aquel que dice: «Oh, qué razón tiene el autor; sí, sí, esto es así y esto es asá; pues esta es la vida, y lo que puede ofrecer; nada, a por pepinillos que no quedan». Tal vez lo que venga después no sea importante. (Tal vez no venga.) Tal vez baste con pasar los días pensando que todas estas cosas irán a dar a algún lado: al libro que las justifique –digamos. Tal vez no importe no escribirlo. Solo pensar que vas a hacerlo, hasta el momento final. Además, que el autor nunca queda satisfecho. Pienso que la sensación de uno y otro pueden parecerse. El gran autor, como el no-autor, va a sentir que no ha escrito la obra (esa que no puede

escribirse y que es la única que quiere escribir). El primero puede tener la gloria, el éxito popular, y sentir su vanidad aplacada –por un rato. Algo es algo... Ahora, estoy convencido de que el autor serio nunca está seguro de su trabajo, y lo que digan los demás no importa cuando acaba el día. Nadie con afanes literarios piensa que no va a escribir el libro. Porque entonces dejaría de leer.

El horror de las cosas hechas por última vez. Lo que más miedo nos da a las personas es la idea de infinito –más miedo y más placer. Este infinito está confundido (a falta de algo mejor) con la idea de lo indefinido. Por eso, porque no podemos entenderlo y su ruego no puede atenderse, cualquier cosa, hecha por última vez, aunque sea la cosa más trivial, más tonta, nos asusta. Lo bueno –lo mejor de la vida, lo que la mantiene armada– es que no lo vamos a saber sino después. Imaginemos que fuéramos capaces de saber, a ciencia cierta, que hacemos algo por última vez; uno nunca la haría. Por ejemplo: «Esta es la última vez que ves esta cara [una cara sin importancia para ti], mírala bien». De pronto esta cara, en la que probablemente no íbamos a volver a pensar, aparece envuelta en misterio y a nosotros nos duele ese momento, esa centésima exacta en que hemos retirado la retina de ella por última vez. Pero la vida no funciona así. La vida es más un «¡ay!, si lo hubiera sabido». Menos mal entonces que no lo sabemos. Por ejemplo: yo no pienso, en ningún caso, que me haya despedido definitivamente del paisaje sentimental de mi niñez; aunque en el fondo sepa que no volveré a ver esa habitación, que si la veo no será esa sino otra muy distinta – que esa habitación ya no existe más ni volverá a hacerlo–, hay algo, una voz luminosa que me engaña sin palabras, como una convicción previa, disecada, que no se mueve un átomo por más que yo la zarandee y desestime; ese paisaje, de alguna manera, me promete, no ha dicho su última palabra. Así con todo. Con los amores, con los muertos. ¿Quién siente que se ha despedido de un muerto querido? Nadie en absoluto. Los muertos tienen su propia vida después de muertos. Los llevamos encima, y nuestra relación con ellos todavía sufre cambios, diálogos, altibajos, momentos de emoción, enfado, reconciliación. Todo vive en nosotros, y muchas veces los vivos cuentan menos que ellos, como cuentan menos que los personajes imaginados, los literarios, los desconocidos,

soñados… porque todo somos nosotros, con nosotros nace y muere el cosmos (esto, como digo, hay que llevarlo con discreción, no hacerlo notar demasiado, pues el peligro del ridículo es grande). Pero ¿quién niega que Leopardi vive ahora, que yo lo leo, su momento de mayor realidad, su justificación? ¿Quién dice que nuestro hermano no existe desde hace dos años? Mi hermano Georgie va a existir indefectiblemente hasta el día en que yo me muera, cuando dejarán de existir no solo mi hermano Georgie, sino el rey de Inglaterra, la ciudad de Dublín, los bosques, el futuro, los insectos, los planetas. Y sin embargo, no deja de oírse asimismo esa otra voz oscura –a simple vista irreconciliable con su hermana– que nos dice que no, que estamos engañados por nosotros mismos: que el muerto está muerto y nosotros vivos, que alguna vez estaremos muertos también, y que no volveremos a cruzarnos porque, efectivamente, hubo una última vez.

5 de mayo. Papi es, definitivamente, un poeta. Esta mañana, mientras yo me servía un café, mientras él esperaba para acompañar a Mabel al colegio (normalmente esto lo hace May), respondía unas pocas preguntas tontas, con una inquietante voz dulce. Mabel le ha dicho que qué le gustaría recibir, si pudiera pedir cualquier cosa del mundo mundial, para su cumpleaños, que es por estas fechas de mitad de primavera como el de madre. «Ay hija mía», ha respondido papi, «nada; lo único que quiere tu padre ya es unirse a la mayoría.» Mabel, me parece, no ha entendido del todo. A Jim le hubiera gustado. Creo que esta es una forma poética de pensar.

Mabel, de once o doce años, está cerca de llegar (más aún si sigue leyendo y acelerando su inteligencia) a lo que considero una revelación terrible: que nadie sabe nada, ni siquiera esas pocas personas o persona en que tú decidiste (o tuviste que) depositar tus esperanzas. Yo no recuerdo exactamente el momento en que este pensamiento cambió mi vida, decididamente a peor –¿qué somos sino pensamientos que lo cambian todo una y otra y otra vez? Aún de adultos, de vez en cuando, nos olvidamos de esto, y cometemos el error de creer que las otras personas sí son adultas; entonces descubrimos que son tan pueriles y se encuentran tan extraviadas

como nosotros mismos (¡si no más!). Es triste que el viejo no llegue a responder esas pocas preguntas que el niño se hace, que no pueda cumplir con su pobre promesa. Pero es así. Esta confianza ilusoria que ponemos los unos en los otros sirve de mucho; pensar que hay por ahí un gran Todopoderoso que sí conoce las cosas consuela. Como cuando me quedaba dormido en el salón porque sabía que por la mañana despertaría en mi cama. Esto en la vida adulta ya no pasa más. Ya no hay nadie que nos lleve hasta la cama y nos arrope y nos apague la luz; el acto final lo haremos solos y nadie nos podrá acompañar, ni siquiera nuestra madre, a quien no acompañó la suya –nuestra madre fue, también, una niña que se fingía dormida en el salón.

Formas de la insatisfacción del hombre: ARTE, RELIGIÓN, AMOR.

Según el método jesuítico

– ¿Puede el arte llegar a sustituir a la religión? Tal vez.

– ¿Puede el arte llegar a sustituir al amor? Probablemente no, no definitivamente.

– ¿Puede la religión sustituir al arte? Tal vez, quizá lo hace para la mayoría.

– ¿Al amor? No.

– ¿El amor a la religión? Tal vez, o por lo menos enfrentarla y derrotarla brevemente.

– ¿El amor al arte? Tal vez, brevemente.

Partiendo de la base de que las tres son falsas, arte y religión se me parecen más por duraderas, y tibias al lado de la otra; el amor es la forma de satisfacción más intensa y perfecta que puede lograr

un ser humano, pero también la más fugaz. Las tres, o dos de ellas, no podrán convivir al mismo nivel –el absoluto es incompatible con el absoluto–, como no pueden convivir de igual forma dos mujeres en la cabeza de un solo hombre. El Objeto es uno y cambiante. Somos artesanos de lo borroso, arquitectos del día a día –del ir tirando.

La filosofía, que tiene un poco de religión y tiene un poco de arte, está varios peldaños por debajo, me parece, porque exige de nuestra razón, que siempre va a ir rezagada.

Un apunte que hice hace un año, en un momento de desesperación, en mi viejo estilo rígido («de virginidad autoimpuesta», como lo llamaba mi hermano, «de cuáquero erecto» –ahora el mío es un estilo sobrio que tiende a la llaneza y la simetría, al A-B-C; a la obviedad, que no a la claridad. Nunca seré [me parece] un estilista. Y bien).

El apunte:

El alma, como el cuerpo, tendría una virginidad. Que la mujer la entregue o que el hombre la tome es el acto del amor. El amor (entendido como el deseo del bien del uno para el otro y del otro para el uno) es en realidad un fenómeno antinatura, tanto que difícilmente podrá repetirse, NO pudiendo el alma recuperar su virginidad y no teniendo ya la fuerza necesaria para lanzarse sobre otra. Solo el primer amor sería original, o lo que es lo mismo: verdadero para ti.

Este apunte –aislado– le gustó a Jim, que tiene alma y bragueta jesuíticas.

Yo ya no pienso así, tristemente. La vida no es tan fatal ni poética. A la vida le das lo mismo. De hecho, lo normal y lógico es lo contrario. Los sentimientos cambian, las personas, quitándonos a

nosotros, van y vienen, y no pasa nada. La gente, apasionada de sí, tiende a mezclar su amor con el determinismo. Pero ¿qué le puede importar a la vida lo que tú sientas o hagas con esta señora? Seamos serios. El universo no se dio milímetro a milímetro, segundo a segundo, para que tú compartieses tus babas con una tendera. (Podrías haberlo hecho con muchas tenderas que no conocerás y que te habrían hecho pensar y sentir lo mismo.)

Ahora, me pregunto, ¿es posible hacer literatura con todo esto? (literatura con sentimientos reales, quiero decir, no literarios). Probablemente no. Sé que con lo anterior sí, pero no me interesa para nada. Mi hermano, en los días en que aprobó esta nota, pensaba sin duda en una chica. Yo también. El hecho de que la suya fuese una distinta a la de hoy solo prueba mi teoría.

Voy a contar el primer amor de mi hermano, que marcó trágicamente el curso de su carrera sentimental, desde entonces borrascosa. La niña fue Eileen Vance, vecina nuestra. El lugar, las playas plateadas de Bray y alrededores en breves pero mágicas noches de luna. Las estaciones, verano y otoño. El año 1891 o 92.

Los padres de esta niña, el Sr. y la Sra. Vance, eran muy atentos, y pensaban que papi era un tipo de influencia y dinero. Nos buscaban, y a nosotros, supongo, nos gustaba. Teníamos doncella, teníamos una casa amplia y un padre elegante y jovial y una prole numerosa y una madre delicada y elocuente que además sabía tocar bien el piano. Los Vance y su única hija, Eileen, disfrutaban de la compañía de esta distinguida y musical familia los primeros domingos de cada mes. Mi hermano, como corresponde, se enamoró de la niña. Eileen Vance era una chica de doce años un poco repipi, con las mejillas y las rodillas rosadas y bastante maligna, como se demostró luego. Aparte de esto no tenía nada de especial. A decir verdad, no la recuerdo ni guapa; más bien sinuosa y complicada, a medio cocer.

A mi hermano le gustaba mucho, y la niña se entretenía con él. Eileen Vance era amiga de Poppie, que la seguía rezagada y con un poco de miedo. Eileen Vance, de vez en cuando, dejaba caer entre risitas una palabra o un gesto sobre mi hermano, y lo desarmaba así

por una semana entera –durante ese verano estuvo, recuerdo, especialmente insoportable. Estos vahídos románticos le hacían mucha gracia a la niña, que no sentía una sola cosa por él (las niñas, con doce años, son mujeres en miniatura, mientras que un niño de diez u once es poco más que un bebé). Papi animó este amor, que lo debía divertir o desquitar en retrospectiva; a madre este amor no le gustaba nada: Jim era solo un niño, y vale ya con la broma (papi en esa época, si iba muy sobrio, podía verse reducido de pronto por las asperezas de madre; cuando estaba borracho estas eran perfectamente ineficaces). Un día, madre encontró en un cajón de nuestro cuarto una nota dirigida a «Jimmy Joyce, mi bizcochito», y a mi hermano le cayó una bronca absurda y tremenda. Los padres de la niña se mantenían tensos, a dos aguas; le reían las bromas al uno, asentían solemnes a las gravedades de la otra. Madre ganó la contienda y papi dejó el tema.

Pero Jim no. El verano acababa y él seguía en el mismo punto exacto de su obsesión –su pobre alma de poeta se revolvía ya contra el platonismo bestial que la dirigiría (sin éxito). Una noche se decidió a actuar, y con una baladita a tinta púrpura y la complicidad de su hermana Poppie, propuso un primer beso bajo la luna. Poppie volvió con noticias. Había dicho sí. Al domingo siguiente, junto a la orilla.

Llegó el día. Todos –los hermanos y las hermanas– mirábamos expectantes, pobremente escondidos tras unas barcas. Jim permanecía solo en el paisaje azul y negro, con las manos cruzadas a la altura del pantalón y disfrazado de tonto –el trajecito de la Cuaresma, el pelo partido en dos. Eileen Vance apareció y se acercó cabizbaja, con una cajita fucsia entre las manos, a mi hermano que temblaba. El agua iba y venía suave sobre la orilla y casi podíamos oír los pequeños latidos golpeando contra el pequeño esternón. Poppie, todavía débil, empezó a llorar; tuve que agarrarla fuerte del brazo para que no diese la nota. La niña, en realidad, sabía que los mirábamos; así estaba organizado. Tras echarnos un ojo malicioso y sorprendente, le dio a mi hermano la cajita, envuelta con un lazo turquesa muy a tono con esta tonta, pobre y vanidosa familia (la niña –¡como la madre!– llevaba siempre otro igual enredado al pelo). Jim recibió la cajita y la abrió. La niña se empezó a reír a carcajada limpia y mi hermano se marchó corriendo hacia la casa,

tirando la cajita en la arena a medio camino. Todos nos acercamos y vimos el interior: una mierda de perro.

Jim fue a llorarle a madre inmediatamente y madre no dudó en montar un cristo. Los Vance fueron expulsados de malas maneras de nuestro hogar y no volvieron a poner un pie dentro. Papi los acompañó hasta su casa, tratando –vivir para creer– de suavizar el asunto y disculpar el comportamiento de su colérica esposa. Jim no volvió a ser el mismo. Su confianza se desplomó y durante un tiempo anduvo como un alma en pena, antes de regresar al colegio, y después. Su entrada en la pubertad –por esta y otras varias razones– se produciría con un sentimiento de odio silenciado. Las mujeres pasaron a ser para él el enemigo, criaturas crueles e inciertas de las que uno debe cuidarse. Durante los primeros años de su adolescencia practicó la misoginia, y gustaba mucho de repetirle a cualquiera que sacara el tema el horroroso aforismo del Dr. Perse:

La mujer. Animal que micciona una vez al día, defeca una vez a la semana, menstrúa una vez al mes y da a luz una vez al año.

Que mi hermano no haya conocido el amor sino en brazos de las prostitutas es algo perfectamente lógico y normal.

6 de mayo. Viernes noche. Yo he sido más bien un molusco. Este ejemplo y otros me han hecho cuidarme un poco de las cosas del amor. (Es evidente que esto no merece la pena para nada, pues al fin se sufre lo mismo; en la vida –como en la literatura, según Stendhal– no vale con apuntar: hay que disparar. Pocos entretenimientos peores que pensar en aquellas cosas que no hicimos ni haremos ya, entretenimientos sobre todo nocturnos.) Lo de molusco: porque, a pesar de que por fuera llevo esta cáscara fea y dura y curtida, por dentro soy de una blandura terrible. De siempre, además. Una prueba: cuando era un niño leí un poco (lo que me llegó) del Union Jack, del Pluck y, me parece, del

Halfpenny Marvel. Esto quiere decir que pasé una pequeña época obsesionado con el Salvaje Oeste, sobre el que organizábamos de vez en cuando ajardinadas batallas tribales con otros niños del barrio, alguno bastante bruto y fastidioso. Yo solía hacer de indio, Jim de vaquero. Pero cuando estaba solo fantaseaba: yo era un cowboy un poco enclenque, y Nannie mi enamorada, fuerte y mayor. Así –y aquí viene lo raro–, yo no pensaba en una Nannie desvalida prisionera de los cheroquis, una Nannie a punto de ser degollada por salvajes o quemada en la pira en un acto religioso y pagano, no; yo pensaba en que un indio me había herido fatalmente con una de sus flechas y ella tenía que acudir corriendo a mi socorro y curarme la herida sangrante y ponerme muchas vendas y aplicarme ungüentos y besos milagrosos. Esto denota una blandura esencial y trágica. Preferir que las mujeres te salven a salvar tú a las mujeres, como hacían los héroes de aquellas historias infantiles, no es un síntoma alentador para la pubertad que viene. Creo que Jim tuvo y tiene el mismo problema, solo que él no sabe que no va a encontrar, en los brazos de quienes hoy fingen cuidarle, ese afecto sincero que es lo único que busca. Todo eso no va a hacer más que ensanchar la brecha, y para cuando quiera darse cuenta, para cuando llegue la hora de la verdad, no va a estar capacitado para amar a otra persona que no sea él. Yo pienso asegurarme antes de quitarme alguna vez esta fea concha de molusco; desde luego no delante de una puta.

Comparo esta frase de

EMERSON: «La vida es las cosas que un hombre piensa a lo largo del día»

con esta otra de

LEOPARDI: «Parece absurdo, y sin embargo es absolutamente

cierto que, dado que toda realidad es nada, no existe otra realidad o sustancia en el mundo que las ilusiones de cada uno»

y me reafirmo en eso que dije en 18 de marzo: que al fin, más allá de la inteligencia, la agudeza y la lucidez, quizá todo sea, antes que nada, una cuestión de temperamento, de puro carácter (cosa innata). Las cosas pueden ser atroces o no, a pesar de uno.

A mí, a diferencia de Jim, no me entristece descubrir un pensamiento mío en otro autor, aunque él lo haya expresado antes y con mayor claridad. Yo dije aquí (25 de marzo) que:

El amor es un sentimiento parásito: cuando uno está enamorado, vive del amor, y todo es el amor; el resto de pasiones, visiones y sentidos se ven tiranizados por él. El amor es (estoy seguro de que en un futuro así será catalogado) una enfermedad. ¿No es la enfermedad una alteración de nuestras capacidades más elementales? ¿No provoca el amor (digamos el enamoramiento) la más atroz de estas alteraciones? Cuando uno está enamorado y ve un árbol, no es un árbol, es el amor; la lluvia, el amor; un paisaje, el amor; un sueño, un día soleado…

Emerson escribió en su diario, el día 6 de junio de 1839:

El amor es taumatúrgico. Convierte una silla, una caja, un trozo de papel o una línea dibujada en él sin cuidado, un mechón de cabello, una hierba raquítica y descolorida, en amuletos que valen más que el mundo. Si vemos con qué arenas y naderías construyó este pobre sus Elíseos, no leeremos nada milagroso en el Nuevo Testamento.

La nota de Emerson es muy superior a la mía, porque se centra en lo minúsculo y concreto; donde yo digo la lluvia, un paisaje, un sueño –cosas vagas y «poéticas»– él dice un mechón de pelo, un papel, una hierba. Estas son cosas que deprimen. Tal vez esto sea el talento: una cosa mínima inaprensible imposible de estudiar y anticipar. En su texto se sobreentiende el enloquecimiento generalizado por el loco, ese estado de alucinación que no solo se extiende a todas las cosas, sino que torna en reliquias sagradas las mayores asquerosidades. También introduce otro tema, que en mi nota ni se deja ver: el de que solo nuestra enamorada es vívida, el absurdo y la locura que entraña el estar enamorado, a ojos de los demás, y probablemente del Objeto de nuestro amor.

A lo largo del día, uno va sintiendo groseros embates de irrealidad –sobre todo hacia el final, cuando llega la hora de la madrugada, la hora del lobo. Durante breves instantes todo se tambalea repentina y exactamente, como en el final de un sueño, cuando nos sabemos soñando y a punto de despertar. Uno tiene que convencerse de que las cosas sí han sido, y la angustia, aunque breve, es importante. Este pequeño terremoto mental pasa (dura apenas nada) y uno puede continuar con su vida. Creo que nadie, visto en ese punto, desearía ir más allá; al contrario, la sensación es más bien de «no, no…, ahora no. Que todo siga…». No te preocupes: Dios no te dará el gusto. Durante breves momentos todo parece absurdo y a la vez muy sencillo, a punto de resolverse; luego vuelve la normalidad, la mosca detrás de la oreja.

Del último verano. La gente tiende a fabricarse, a posteriori, un momento muy feliz e intenso, cuando el mundo se dio para él; entonces se dedica a revisitarlo, una y otra vez, cada vez más adornado y minucioso, más improbable; y de alguna manera espera volver. (Hay quien piensa que el Cielo será una sucesión y luego repetición de nuestros momentos más felices; hay quien lo imagina como una especie de biblioteca personal de la que seleccionar al propio antojo: «aquel día de calor», «ese beso», sin poder de intervención o modificación; hay quien –y no sé cuál es más siniestro– lo ve como una oportunidad para obtener recuerdos nuevos. Emerson dijo en su vejez, y creo que sinceramente, que

seguía adquiriendo libros de filosofía por si en el Más Allá –cuando como mínimo todo debe verse al fin resuelto, explicado y comprendido– se le permitía consultarlos; la gente tiende a construirse paraísos caseros: cierto hogar, ciertos familiares amados en cierto momento de sus vidas terrenales, la abuela cuando abuela, el padre cuando padre –nosotros no lo sé. Una especie de enredo terrible de tiempos y espacios y personas y objetos: tus amigos de juventud y madurez, tu esposa en su momento de belleza, tus mascotas infantiles, que ella no conoció, tus libros y juguetes, etc.; ahora, que esto no resulta del todo satisfactorio: estos familiares, ¿serán ellos o más bien sombras dispuestas por Dios para hacernos felices durante nuestra estancia en la eternidad por haber sido buenos?; qué raro pasar unos pocos años con los de verdad y una eternidad con sus copias; la eternidad de ellos, a su vez, ¿estará plagada de sombras preferidas?, ¿tal vez tu copia no sea una?; la abuela tendrá a su abuela, y ella no se representará como tal. Es imposible imaginar un Más Allá no mundano, como es imposible imaginar un color nuevo.)

Lo que quería decir, que no era esto. La gente tiende a fabricarse con minuciosidad de relojero una escenita en la que de verdad se sintió en vida. Suelen ser escenas infantiles o de primer amor, ambas borrosas y brillantes, ambas bien distintas de las que en verdad se dieron en el espacio y en el tiempo. Yo, como he dicho, pienso en ciertos días de Bray un poco inventados –tal vez con elementos de aquí y de allá–, pienso en el último verano y temo que sea efectivamente el último o el verano. El hecho de saber que en esos días reales no fui feliz no tiene, como digo, ninguna importancia. Yo tengo mi escena, y vuelvo a ella y la pulo y la mejoro. Uno siente que ha contraído una deuda con estos paraísos de cartón pluma, y que deberá hacerlos ingresar alguna vez en la Tierra; una misión sagrada: de aquí tantos y tantos libros, unos muy buenos, otros muy malos, otros simplemente mediocres. Todos fracasados en lo que a su primera intención se refiere: detener el tiempo, evitar la destrucción de por lo menos algo.

Jim me ha mandado esta tarde una postal –unas cocottes a la gaélica, poca pierna y mucho mar– con unos versitos no irónicos de

Arthur Symons en los que este habla de una puta a la que conoció en su juventud como de una «Julieta de la Noche». ¿Jim no ve que se está riendo, no solo de Symons sino de sí mismo? ¿Por qué la gente permanece tan ciega a sus propias miserias? A los ojos de los otros debemos ser de una evidencia y ridículo permanentes.

¿Por qué he de recordarte todavía?

A ti, de entre todas las mujeres halladas

al azar de los caminos,

donde uno encuentra porque busca

los abrazos del dinero;

a ti, Julieta de la Noche.

Yo sé que tu corazón cansado

alberga hoy tantos Romeos...

¿Por qué he de recordarte a ti,

ni la primera ni la última?

Dice Jim que se imagina a Symons frente a su chimenea saturada de papeles y galardones, paralizado y presa del ictus, masturbándose entre lágrimas.

7 de mayo. Sábado, día libre. El tiempo es pesadísimo. Una lluvia gris y callada de sala de espera. Papi no piensa comprar leña, no «para lo que queda ya» –¿de mal tiempo o de vida? He limpiado

un poco la habitación y ahora es otra cosa. Llevaba muchos años sin tener un espacio propio, y es algo a lo que me va a ser difícil renunciar si Jim vuelve.

He quedado con las niñas en ir a verle la semana que viene, medio en secreto. Casi hablamos más ahora que cuando vivía en casa –me escribe cada día. Creo que está muy solo. Yo no sé si podremos llegar a tener alguna vez lo que se dice una amistad, probablemente no; cuando a él le gusto, no me gusto yo, y hay que saber elegir. O aprende a verme y tratarme de otra forma o no va a ser posible. Él siempre me había parecido mayor; pero es un niño. Tal vez termine siendo yo el mejor parado de esta casa, lo cual no es mucho decir.

Ha empezado a tomar clases de canto, a cambio de recados (sigue teniendo mucho tiempo libre). «Si te acuerdas», me dice, «mi sueño infantil siempre fue ese, el de ser un pájaro, tanto por su canto como por sus alas.» ¿Qué demonios le responde uno a esto sin resultar desagradable? (¿a mí qué me importa?). Solo sabe hablar de sí mismo y se piensa que siempre va a interesar. Sus cartas son, o bien directamente zafias, o bien de una sensiblería bochornosa; a veces del primer tipo por la mañana, del segundo por la tarde: está muy ondulante. Se le llena la boca hablando de la familia, y esto me da rabia. ¿A qué viene recordar ahora nuestras canciones, nuestros juegos infantiles y charlas desde la casa de unos herbívoros al otro lado de la ciudad y por escrito? Si caigo en su trampa, si me dejo arrastrar –si trato de mostrar alguna intimidad con él a estas alturas–, es evidente que me voy a arrepentir, y rápido; de pronto él estará al otro lado exacto y yo me veré en la estacada –sé de lo que hablo. Deja en paz nuestros recuerdos y dedícate a tratarnos mejor hoy que vivimos. Le gusta que las cosas se den mal y parezcan irremediables. Ahora está esperando a que papi se muera para empezar a quererlo: entonces se apoderará del dolor y su memoria (y probablemente la herencia). Yo también me siento solo, desde hace mucho tiempo, y él no se ha dado cuenta o no le ha importado en absoluto; no voy a estar disponible ahora a la primera de cambio. Reconozco que este rencor es inédito y que no me disgusta del todo.

Esta mañana he tenido que envolver los calzoncillos en unos harapos y de la pura furia he lanzado el gurruño por la ventana, con una fuerza fabulosa: ha caído en el patio trasero de los Fanning, que está a tres patios traseros, con un revuelo de gallinas y de polvo. Tal vez podría haber tenido un futuro como atleta, si mi alimentación adulta hubiera sido la de un humano.

Creo que ya tengo pseudónimo. Es una bobada. Parte de

Chatrian (G.C.A.),

que es un escritor odioso: un postalero de playa minúsculo y un francés recalcitrante. Esto último hizo que me obligaran a estudiarlo en el colegio –sus estúpidas historias de Alsacia y compañía, que aún hoy vagan sin rumbo por mi cabeza. He sacado un anagrama latino y lo he transformado en un insecto:

CANTHARI,

una especie de cucaracha siciliana con un caparazón duro y repugnante y unas largas antenas que lo captan todo y todo lo deploran. Y delante la G de Giacomo, en homenaje a dos seres inteligentes y queridos:

IDEAS IRLANDESAS

UNA OBRA MAESTRA DE

G. BROWN Y

G. CANTHARI

*

Noche. Ver a Poppie luchar contra la realidad es deprimente. No es sincera, se limita a interpretar un papel; pero nada de esto le importa más –y se nota. A fuerza de no ser guapa, pero tampoco fea, y a fuerza de no ser lista, pero tampoco tonta, ha logrado no existir a ojos de la gente –ha logrado la ausencia. Solo los contornos definidos logran existir alguna vez; las personas como ella existen de puntillas. Por coherencia, ha elegido el convento. En cuanto Mabel sea mayor. Papi ha aceptado –le ha dado lo mismo. Eileen ha dicho: «Tengo cuatro años para enamorarme». May se ha puesto blanca.

Estoy seguro de que, una vez cumpla con su promesa, no vamos a ver más a Poppie –ninguno de nosotros.

Uno, entonces, acaba siendo las pocas cosas que por suerte o semisuerte le toca pensar o imaginar. Cuando uno se sienta al escritorio delante del papel, el asombro es el de lo infinito: las posibilidades son tantas que cualquiera de ellas parece errónea, como si existiera una ideal y prefijada a la que no estamos atendiendo. Esto no pasa cuando uno sale a la calle. Pero la vida y la escritura son lo mismo, una lucha vana contra este infinito: el pobre rescate de algo en medio de todo.

Cuando uno lee a un autor que le gusta mucho, sus libros (lo único importante) no le bastan. Uno querría conocerlo, tratarlo, frecuentarlo y al fin ser él. Una vez más, nuestra fantasía puesta a

funcionar. El platonismo no se limita al amor. ¿Quién niega que Leopardi es hoy uno de mis mejores amigos, si no el mejor?

Jim dice que quiere entrenar su mano como entrena su garganta «hasta que la escritura resulte para mí tan natural como el canto». No se da cuenta de que la facilidad es mala. Un escritor no debería tener nunca grandes facilidades, porque entonces sería un periodista –y entonces todo se acabó.

El simio le dijo a Jim, en Navidades, que «su rigidez mental acabó con su cerda madre».

Jim le contestó, brillante de orgullo:

–El cáncer lo hizo, no yo.

Y quedó contento con la situación, porque había sacado una frase.

¿Por qué simplemente no le metió un puñetazo en la boca?

El error esencial de Jim: aprendió a ser un artista antes que un ser humano. El proceso debería ser siempre el inverso; desnaturalizarse poco a poco hasta convertirse en piedra. Un ejemplo: una tarde hace años, en North Strand (Tío Willie no estaba y nosotros queríamos merendar), Tía J. se sinceró ante la mayéutica maliciosa de mi hermano: empezó a hablar de un amor de juventud hasta entonces inédito (inédito para nosotros y, estoy seguro, inédito para el tío). Un chico de Wicklow, una especie de aprendiz de marino –un joven lleno de literaturas e intenciones–, la había sacado a bailar durante unas fiestas locales y desde entonces le hacía la corte con bastante pesadez. Venía de una familia de terratenientes pero se había enrolado para vivir aventuras; los compañeros no lo tomaban en serio y él se revolvía contra sus orígenes porque era muy alocado. Etc. etc. Su amistad con la tía (no me la puedo imaginar entonces, es literalmente imposible) empezó

a levantar rumores y suspicacias, como es natural en estos sitios tan paletos. A él no le importaba nada, pero los padres de Tía J., a raíz de una «habladuría fea» –algo en un arroyo–, le prohibieron verlo más. Con todo, él quería encontrarse con ella antes de partir, antes de su primer viaje transatlántico, hasta «Micaragua, nunca lo supe bien» –un último encuentro. Tía J. aceptó (todavía guarda la carta) y ya no obtuvo respuesta; pocos días después se enteró de que a este tipo lo había arrollado un ferrocarril, cerca de su casa, en Wicklow (si a propósito, eso no lo sabe).

Cuanto más humedecían los ojos de la tía y más se quebraba su voz, más gozaba Jim que, en un momento dado, rozando el orgasmo lírico, tuvo que pedir disculpas y lanzarse como un cohete en dirección al baño. Fui allí también, a los pocos minutos, y al abrir la puerta lo encontré sobre la tapa del retrete, sentado como un indio, tomando notas en la servilleta de tela sucia de chocolate en un estado de furia y esplendor –«las ideas, Stannie, vuelan rápido: ¡uno tiene que dispararlas!». Jim le pidió la carta a Tía J. y después de mucho insistir Tía J. se la dio. El amor frustrado de nuestra tía fue directo al sumidero –una epifaniita cursi y pretenciosa inmediatamente redactada y olvidada. En ningún caso se hizo justicia a esos sentimientos lejanos y verdaderos (después de medio siglo de espera).

¿Hasta qué punto es fea la necesidad de estetizar, de resolver los sentimientos, los propios y los ajenos? ¿Hasta qué punto es grosero el artista?

Y si encima es malo… apaga y vámonos.

Mi hermano, como sea, no es ejemplo de casi nada.

«A veces siento un peso terrible, pero es un peso gozoso. Y agotador. A veces simplemente veo un paisaje, pienso en una mujer, tengo un sueño… y querría descansar. Pero no: ahí están, las palabras suben y se agolpan solas en la cabeza, en el pecho, en la garganta, y tengo que sacarlas: no puedo no hacerlo. Me veo desde fuera, como un espectador resignado. Cada vez que algo hermoso, algo horrible me sucede, siento, no el dolor o el placer del instante, te confieso ahora, sino la pereza y ansiedad de saber que todavía no he tenido con ello mi última palabra, y que quizá no la tenga en

muchos años, o no la tenga nunca. A veces… de verdad, a veces solo querría tumbarme y… Ah, es algo monstruoso ser artista, Stannie.»

Y lo mismo, con variaciones: personas, fechas, lugares. ¿Qué se cree que nos ocurre al resto? Cada día que pasa me resulta más intolerable. Creo que lo que de verdad me interesaba y admiraba era el potencial, la pura posibilidad; ahora, viendo el resultado tangible, los frutos de su talento –lo único que existe al fin–, la cosa cambia.

La carrera de mi hermano se podría resumir en la siguiente fórmula: mucho ruido y pocas nueces. ¡Tú, que serías Rimbaud!

La literatura y la ficción tienen su gran victoria en el siguiente hecho: el ser humano es incapaz de aceptar que sus sentimientos no van a resolverse. En las novelas, los amores pueden resolverse, los recuerdos, los sueños, los lutos. En la vida las cosas no se resuelven, tan solo se interrumpen de forma indefinida hasta que el hilo se acaba. Por ejemplo: cuando la gente habla de «superar» un fallecimiento, el de un ser querido, ¿qué quiere decir esto? ¿Que va a llegar un momento en el que vuelvas a sentirte como si tuvieras a la persona otra vez a tu lado? Uno simplemente convive con las cosas sin cerrar, que se hacen más y menos presentes, menos y más, a veces de forma arbitraria, inesperada –una melodía, un sueño traicionero, un olor… La vida es el proceso de un cansancio, un ir agotándose poco a poco de todo. Cosas como la literatura, el amor, el arte nos ayudan a despistar la única certeza: que nada tiene la más mínima explicación y que todo tiene un final.

Dice Emerson (mayo de 1846) que: «Cuando el verano se abre, y veo lo rápido que madura, temo que me sepa a poco; pero entonces los calores de julio y agosto me reconcilian, satisfecho y nostálgico, con los frescores del otoño y los fríos del invierno. Así será con la llegada de la muerte».

Al leer esto me convencí, e incluso me conmoví un poco. Entonces volví a leerlo: descubrí que era una estupidez. La muerte

no está inscrita en ningún círculo, tras la muerte no esperaría nada; no vale. En invierno echarás de menos otra vez la primavera y no estarás a gusto con el frío, pero en el horizonte –lo principal– no habrá tal primavera. ¡Con qué facilidad aceptamos las cosas que leemos! Uno está deseando emocionarse, hacer pie –convencerse de lo que sea.

Un ejemplo de que los temas dan lo mismo y de que lo único importante es el desarrollo de los temas, el trabajo –de que la paciencia es el corazón del talento–, lo encontramos en esta otra nota de Emerson, de un 19 de febrero:

Un marinero que viajaba con nosotros en el carruaje contó la historia de un viejo cachalote blanco al que durante largos años las gentes habían conocido como Old Tom. Old Tom se lanzaba contra los barcos balleneros que pretendían darle caza, y los reducía a astillas con sus mandíbulas y cráneo. Los tripulantes se veían obligados a saltar al mar para salvar sus vidas y pocos lo hacían. Dijo el marinero que al fin se preparó una expedición para mandarlo de vuelta al infierno. Algunos dicen que se logró, en algún punto del Pacífico Sur.

8 de mayo. Día de misa: solo en casa, con papi; cada uno en su cuarto. Durante el desayuno, se me acerca por detrás y me dice en un susurro, que pretende ser amable y es siniestro: «¿Me dejas un poco?» (de café). Su primera palabra en dos meses. «Sí...» Y ya. Ahora la cosa va a estar más tensa. Habría preferido que no dijera nada; ¿ahora estamos arreglados?; ¿voy a tener que empezar a saludarlo otra vez al entrar en casa, despedirme, etc.?; ¿era consciente como yo de que no nos hablábamos? Voy a esperar a que sea él quien haga el siguiente movimiento, para asegurar. Con lo cómodo que se está a veces en la inmundicia.

Más inmundicia. El otro día, durante la cena, Charlie se quejaba de su nariz, para que el resto le dijésemos que no: que no era tan

gigante. No encontró lo que buscaba. Después de un largo silencio, papi dijo:

–No te preocupes, al fin todos acabamos feos. Es ley natural. Solo vas con ventaja.

El tono fue tan serio que Charlie no supo enfadarse con seguridad, y soltó una risita amarga de la que, estoy seguro, se arrepintió después. Lo cierto es que Charlie es muy feo. Parece un cardenal; desde que tomó los hábitos se ha relajado mucho –aún más si cabe. No me explico qué ha visto en Dios. Supongo que ahora se siente alguien y que esto es lo único valioso al fin y al cabo. Cuenta lo siguiente como un hecho muy profundo, como si algo se esperase de él:

«He pensado... Creo que deberíamos hacer algo. Un viaje, una excursión... Por ella –el día 15 de mayo madre haría cuarenta y cinco años–. Pienso mucho... Fijaos, os voy a confesar una cosa, algo que no le he confesado nunca a nadie. Una vez... Es una imagen que tengo, de cuando niño. Y que guardaba para mí y que me hacía feliz. Pero ahora la quiero compartir, es un momento hermoso, y lo quiero compartir. Creo que al final las cosas ocurren por algo. Y me apetece contároslo. Una vez... Es una imagen. Una imagen hermosa. Madre se peinaba frente al espejo, se ponía sus horquillas negras en el bello pelo que bien conocéis (ibais a salir, papi, me parece, al teatro, o con los Sheehy, fue hace mucho tiempo); y yo la miraba, la miraba, estaba sentado en el suelo y desde abajo la miraba. Estaba guapísima. Viendo cómo se recogía el pelo, de espaldas... no sé qué fue lo que vi. Pero vi algo. Me pareció una santa. Sí, dije: ahí hay una mujer santa. Y pensé que guardaría para siempre ese momento en mi corazón. Me dije: te vas a acordar de este momento insignificante, Charles John, cuando seas un anciano. Y he aquí que han pasado once años y todavía lo recuerdo. Un momento corriente, un momento cualquiera que decidí conservar para mí. Cuando lo recuerde de viejo me brotarán las lágrimas, y me diré: sí, esta fue tu madre, Charles John. Una mujer santa. Y nos hizo tanto bien... Sin duda está en el cielo, puedo decíroslo; lo sé. Y orgullosa de todos nosotros. Ahora tenemos que seguir adelante y hacer carrera, y crecer como personas humanas. Luego le pondremos al día, le contaremos los éxitos cosechados y

cerraremos las cuentas. Está orgullosa: muy».

Me parece que este nuevo tono de homilía es lo peor que nos ha pasado desde la capitulación de papi. Ahora que Jim no está, Charlie piensa que su deber es ser el listo, epatar. La estupidez es irremontable, trágica, lo peor que a uno le puede pasar en esta vida. Tiene pensado pintar la escena.

Las niñas y Poppie quedan perplejas, Eileen se mosquea. Papi dice, al cabo de un rato:

–Algo hay que hacer…, sí.

9 de mayo. Noche. Hacía tiempo que no sentía esta furia, estas ganas de violencia. Al salir de la botica, le he pegado una patada a una farola y se me ha clavado en la carne la uña del dedo gordo, aún rojo –las botas, estrechísimas, me venían doliendo.

Trato de ordenar mi asco –sin éxito.

Eran las ocho. Estaba en mi taburete oyendo los carraspeos y crujidos del Sr. Ward como cada tarde y luchando por no caer dormido. En una hora no había entrado una sola alma a la botica. Entonces aparecen los dos imbéciles, el uno con un bigote negro mal perfilado, el otro con un proyecto de bigote y la chaqueta sobre los hombros. Llaman al cristal y esperan a que el Sr. Ward les dé el paso. Entran fingiéndose aturdidos y pesarosos y el simio dice que tiene un problema grave, que necesita del auxilio urgente de un profesional porque está desesperado. Mira a su alrededor, y se abre el abrigo. Lleva un calabacín o similar apretado en el pantalón. Dice que lleva así días, que ya no sabe qué hacer o esperar y que no puede seguir fingiendo que todo va bien; está afectando a su vida. Jim permanece muy serio y solemne a su lado, cabizbajo, con las manos juntas como en un entierro. El Sr. Ward no da crédito. El simio dice que él y su amigo lo han intentado todo, todo. Jim asiente con gravedad. ¿Qué recomiendan, los señores? ¿Qué se puede hacer? ¿Algún tipo de pomada, poción, amputación? Le daría mucha pena, pero lo primero es la salud. Yo no digo una palabra. El viejo, que es idiota, no reacciona –no entiende nada.

¿Cuánto tiempo han estado planeando esto? ¿Estaban borrachos?

¿Y por qué los bigotes? El niño rico y el vagabundo se ríen de un tipo que lo único que quiere es ganarse unas monedas, cosa que no ha sabido hacer hasta ahora ninguno de los dos. Han insistido por diez minutos, sin resultado; luego, viendo que la comedia no daba para más, O. G. me ha hecho un gesto obsceno con los dedos, ha preguntado por «mi novio» y me ha llamado «saturnín», cosa que ha hecho bastante gracia a mi hermano.

–Qué raro. ¿Quiénes serían estos? ¿Los conocías?

–No.

Luego me he ido a dar un paseo largo para enfriar la cabeza –literalmente la tenía ardiendo. He comprado un bocadillo en un puesto y me lo he comido descalzo sobre la arena helada de Sandymount. He estado allí hasta casi las dos, oyendo las olas y viendo la media luna. Ahora son las cuatro. Al llegar a casa, me he encontrado a Poppie lloriqueando, a oscuras en la cocina. Encontrado no, oído más bien. Me ha dado mucha pena. He pensado en entrar y decirle algo, pero no me he decidido –quizá ella no habría querido que la descubrieran; a mí no me hubiera gustado nada. He ido de puntillas hasta la escalera, me he quitado las botas y he subido como un rayo. Espero que no haya pasado nada. No tenemos un respiro.

No deja de ser raro que la Historia y los hombres hayan querido cifrar la inteligencia y el saber en la labor de los escritores. Cuando es evidente que un escritor puede ser un imbécil perfecto –imbécil moral, sí, pero también corto. El error viene de lejos, y cada vez resulta más difícil. Si dejamos las cosas importantes en manos de los escritores, en manos de estos divos fabulosos, estamos perdidos. ¿Qué sentido hay en esto? ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra? ¿Por qué el inventor de Sherlock Holmes va a tener la menor vinculación real con el intelecto? No sé si esto ocurriría en épocas antiguas. Probablemente no.

Pensamientos narcisistas. Cuando uno fantasea con el suicidio –y yo he fantaseado a menudo, sin peligro– piensa sobre todo en los demás, en sus destinos ya huecos sin ti. En el efecto devastador que la propia muerte provocada tendría sobre la conciencia general. Minuciosamente repasa el dolor imposible de cada uno de sus amigos y enemigos, sus familiares, barrio, país, enamorada, Mundo, e imagina los reproches intolerables que se harán unos y otros y los lamentos ya irreversibles con los que se verán obligados a convivir hasta el día final; e imagina su miedo, e imagina su admiración a nuestra palabra y desdicha y coraje. Ponemos pensamientos en sus cabezas. «¿Y si le hubiéramos auxiliado a tiempo?» «¿Y si le hubiéramos escuchado como sin duda lo merecía?» «Ah, ¿y si le hubiese amado? ¿Quién me volverá a amar así?» Pero la triste realidad es que tu suicidio será, como mucho, una anécdota de barra o de bazar, a menudo maliciosa, y que el mundo seguirá rodando como si nunca hubieras terminado de existir en él del todo.

Incluso la muerte del más querido y admirado entre los hombres se soporta y se olvida.

Ovidio, Metamorfosis, IV, 445-446: «Algunas de ellas [las almas en el Elíseo] dedican su tiempo a las actividades que realizaron en su vida pasada».

En Homero: «[...] allí donde la vida es más fácil para los hombres. Donde no hay nieve, ni fuertes tormentas, donde el océano envía suaves ráfagas de viento oriental para refrescar las cabezas».

En Hesíodo: «[...] y allí viven intactos por el dolor, en las islas de los bienaventurados, los héroes felices lejos del gobierno de Cronos».

Pienso que, puesto que cuanto más existe uno menos existen los demás (cuanto más nos conocemos a nosotros mismos más somos el

universo y más inadmisible nos resulta cualquier elemento extraño), el hombre de espíritu e inteligencia –el que más ansia siente por conocerse– tendrá cada vez más difícil, a medida que pasen los años, encontrar a esa persona con quien compartir su vida. Si te has formado en soledad, si la compañía de la otra persona no es parte de tu conocimiento de ti mismo (el único conocimiento posible), esta persona ya no tendrá un lugar legítimo en tu corazón, por perfecta que pudiera ser o parecer para ti. La suerte o la desgracia la tienen aquellos que crecen enredados a otra persona como dos árboles cuyas raíces se mezclan y confunden desde su germinación. Esta persona importará en tanto que parte de nosotros mismos, y el riesgo de perderla será grande –podremos morir en vida. Pero si nuestras raíces ya son hondas y están desarrolladas, la presencia de la otra persona será tan solo circunstancial, entusiástica, brumosa: y al fin insatisfactoria –irrealizable. La decepción tarde o temprano se completará, y saldremos a buscar de nuevo esa cosa cabal y auténtica que ya no se dará porque ya no podrá darse. ¿Quién logrará conocernos a esas alturas? ¿A quién conoceremos?

Relacionado con esto, aunque un poco distinto, está el tema de los grandes obsesivos, de los genios. Creo que el genio no está capacitado para amar (amar a otra persona). La obsesión de uno mismo es tal en este caso que el hombre sabe o intuye que la realización mediante cualquier otro método (el amor material y los hijos, digamos, el más común o vulgar) resulta imposible para él, es un camino que le está personalmente vedado, porque el otro permanece abierto. Y tendrá toda la razón. El absoluto no puede mezclarse en la cabeza con el absoluto; para el genio el absoluto es su arte, su búsqueda continuada –lo vaya declamando por las calles y bares o no. Y allí no entra nadie, más que de forma oblicua. Las cosas que para los demás son la realización (como digo, este amor material y este fruto del amor material que son o deben ser los hijos) serán para él de grado secundario, materiales para el fin último y verdadero que será su obsesión; las cosas del mundo, y en ellas los vínculos del propio corazón, serán apenas actores para su comedia.

Del último verano. Un apunte enloquecido que hice hace ya casi un año en un estado de desesperación que pareció insuperable y fue superado:

Y, sobre todas las cosas, no puedo aceptar la idea de que NO. Mientras escribo esto me parece increíble, una mentira. Siempre he deformado la realidad a mi favor, hasta extremos grotescos. Todo esto (la vida, el universo, el pasado, el futuro) me parece un sueño orquestado para mí, y si ahora me dijeseis, si lograseis hacerme ver realmente, con certeza, que no, que al final no, no querría vivir.

La fuerza motriz de mi vida ha sido este egoísmo impasible, sereno, continuamente reciclado, que me ha hecho creer siempre y con afán determinista que al final bien, porque cómo no. Llegará la chica, llegará la felicidad, llegará TODO. ¿Y la muerte? La muerte no existe. Pero la única realidad es que siempre estoy esperando, y que solo he vivido de verdad estos días, estos instantes a su lado.

Esto fue después de pasar junio y julio juntos en el campo con los tíos y pensar que ella me amaba, cuando me confesó que tenía una especie de noviecito y que por favor no le dijera nada a su madre porque estaba muy ilusionada. Luego la cosa –como todo– se enfrió. Luego la cosa –como todovolvió a prender. Pero ya no estoy desesperado ni lo voy a estar más, me parece. Esta primera experiencia adulta (una experiencia bastante pobre vista desde fuera) me enseñó que mi dolor, por muy fuerte e insoportable que pudiera volver a parecer alguna vez, por muy lejos que pudiera volver a llegar en sus demencias, terminaría por borrarse como se borró, y yo habría de recordarlo –que, si bien nunca se borraría completamente, sí perdería su intensidad atroz para pasar a ser con los días esa otra cosa tenue y casi placentera con la que uno convive, o de la que vive. Mi desamor y la ulterior muerte de madre formaron entonces un intolerable palimpsesto al que me pareció imposible sobrevivir y que, sin embargo, terminó por convencerme de lo contrario: que el dolor no es nunca absoluto, sino que tiene grados y siempre encuentra nuevas cumbres, y que así todo es relativo o puede relativizarse. Ahora estos asuntos los llevo con

deportividad. Aquel noviecito estúpido pasó y las posibilidades (de aquello) se abrieron otra vez. Y es esto lo único que importa verdaderamente: la posibilidad.

Todo lo que decía en ese apunte era sincero y era cierto. Ahora, como la vida no es ninguna novela, la vida continuó. En la vida real uno es capaz de convivir sin mayor problema con las grandes y horrorosas contradicciones. ¿Que creo que todo es nada? Sí; ¿y? La mínima alegría personal, el mínimo gesto a mi favor hace que recobre de un plumazo toda mi energía secreta y mi capacidad de ilusión. Y así será, hasta el día en que no pueda ilusionarme más.

10 de mayo. Durante esos momentos de dolor desesperado (el joven es el ser más propenso al dolor desesperado, a las grandes y breves cumbres de dolor) pensé y supe que el dolor pasaría, y hasta esto me entristeció. Nunca había vivido en el mundo con la intensidad con que viví esos días, esos pocos meses de horror. Desde entonces los días nuevos han parecido no valer del todo, no contar, y casi un año ha pasado en el que no me he sentido vivir; he vuelto a esos días una y otra vez para adornarlos, lustrarlos y enaltecerlos hasta agotar todas las posibilidades. Por eso hace unas pocas semanas dije (19 de abril) que no hay nada en el mundo que produzca tanto placer a un ser humano como su dolor; y más al joven abandonado por una mujer o por dos. En ese momento de delirio pensé: «Y aún llegará el día en que nada de esto te duela, no de esta forma, y te sentirás en deuda con tu dolor, y escribirás sobre él y le dedicarás tus horas cuerdas como a una cosa muerta y pasada cuando te sentiste vivo, y tratarás de dar, desde la ruina de tu calma con la clave, cuando la única clave es esta y está aquí, y es tu dolor. Lo que puedas hacer de él de ahora en adelante (y mucho tiempo habrá de pasar para no convertirlo en una cosa ridícula y traicionarlo) no será nunca comparable a esto que tienes y vas a perder». Desde entonces vivo un poco en esos días, y me revuelvo contra la idea de tener que buscarle una justificación a mi dolor pasado (como me revuelvo contra la de tener que buscársela a mi infancia terminada), tener que transformarlo en algo que no me va a traer de vuelta al joven desesperado ni su fuerza de sentimiento por muy habilidoso y general que sea su disfraz. Además, no siento

que tenga el talento para hacerlo como se merece. ¿Qué me queda? De entre todas las notas escritas durante esas pocas semanas –y fueron muchas, pasaba las noches frenético vomitando cada pobre cosa que me venía a la cabeza sobre el papel– quemé el 99 % o más, a veces la misma noche. Jim tiene orgullosamente la idea de que no se ha despedido del todo de madre, de que las personas nunca lo terminan de dejar a él –una idea mentirosa que yo no quiero tener. Ha pasado casi un año, y mi único miedo es que pasen otros cinco, quince, cincuenta, y yo siga un poco allí como sigo todavía en Bray. Pienso que esto le ocurre a mucha gente, que vive a medias –si no a toda. A lo largo de la vida uno vive apenas unos pocos días o unos meses; el resto es una especie de entreacto lánguido y protector durante el cual hacemos y deshacemos el tapiz con la esperanza de que su dibujo nos traiga recuerdos nuevos, detalles mínimos.

Las niñas han ido esta tarde a ver a Jim. Dice Eileen que ha estado de lo más divertido y simpático y que las ha invitado incluso a merendar: leche, pan y cacao. Que ha cantado para ellas y ha tocado el piano. Que le va muy bien con los McKernan. «Son estupendos.» Admiran mucho a Jim y dicen que para ellos es un privilegio tenerlo allí. Luego Jim me ha escrito: «¿Estás enfadado?». Pero voy a esperar unos días para responder que no.

Jim les ha estado explicando a las niñas el problema de papi: no es ningún monstruo, no, es solo que tiene secuestrada la amígdala. Las raíces estarían en su infancia. Todo tiene su explicación fisiológica, frenologítica: crecemos y nos desarrollamos según el medio y las posibilidades, nos adaptamos como las bestias y las plantas. Todo es un causa-efecto, todo es conducción y reacción, todo es deductible y epigramable al fin en esta vida. Mierda. La infancia de papi fue feliz, y él es un energúmeno; ¿qué más hay que decir?

La pálida esperanza, como sea, ha vuelto a prender en las niñas.

La gente –yo el primero– tiende a mistificar su infancia. Convertimos nuestros días infantiles en una cosa brumosa, sagrada

y feliz –ficticia. La gente tiende a pensar que allí estuvo la verdadera felicidad o la verdad a secas, que relaciona directamente con su ingenuidad y desconocimiento del mundo y de las cosas, su inexperiencia; luego la vida ya se tuerce como se tuerce para todos. Creo que esto es un error, o que parte al menos de un equívoco. Que es falso, vamos. La época de la niñez no es la más verdadera (ninguna lo es, o por lo menos no menos que otra) sino solo la más borrosa. Podríamos inventar aquí este silogismo un poco exiguo:

FELICIDAD → FANTASÍA, LO VAGO E INDEFINIDO

ÉPOCA MÁS VAGA E INDEFINIDA → LA INFANCIA

LA INFANCIA → ÉPOCA MÁS FELIZ

Confundimos lo misterioso (lo desconocido por falta de medios o capacidad) con lo verdadero. Si el mundo no estuviera a oscuras, sería probablemente insoportable.

Lo mejor que le podría pasar a un hombre sería sentir, hasta el final repentino, que su vida ha consistido en el largo cumplimiento de un mandato. Uno por supuesto sublime, vaporoso –imposible. Una larga búsqueda encaminada en la oscuridad.

No deja de ser triste que los grandes artistas, que dedican su vida a esta búsqueda extraordinaria y un poco infantil, terminen por conformarse (en el mejor de los casos) con la gloria. Su aliento fue otro: el de hacer sentir orgulloso al niño, el de justificarlo.

Tal vez uno sea, al fin, aquello que ha logrado expresar y nada más. Los intentos –este diario, digamos– valen de poco.

Respecto a lo de más arriba: en realidad, no echamos de menos a una chica, no solo –sino toda la serie de circunstancias, estados de

ánimo y detalles mínimos que transitaron aquellos días tan raros en que estuvimos enamorados. Esos días se convierten en un jardín al que volver, nuestro jardín, y cualquier tontería, por odiosa o ligera que sea, si nos recuerda a esos días, será secretamente bienvenida. Esto pasa con las personas que los poblaron (pienso, por ejemplo, en la señora encorvada y saludona vecina de la finca donde transcurrió aquel inicio de verano y cuyo solo recuerdo me produce hoy una sensación de éxtasis y horror); con los lugares (Galway, que sin saberlo ha existido para que yo lo recuerde hoy en ese momento exacto y breve de su tiempo); los hechos sociales o políticos de entonces, que hablan de nuestro amor y lo sirven, invocados por razones contrarias a su condición; los objetos, los olores –tal vez sobre todo los olores, que son lo primero que se pierde junto a nuestro amor.

Respecto a los de ella: llego incluso a distinguírselos, cosa que no me ocurre con los demás, que no sé cómo huelen (a no ser que entre en juego la pestilencia, como en el caso de papi y de sus pies o de Jim y sus axilas, pero son olores generales). Tengo clavados varios olores de ella y a veces los encuentro cuando menos lo espero y en cualquier lugar. El de su pelo lavado y sin lavar, el de su boca, cuando te habla muy de cerca y se despista, el de su piel porosa y húmeda, cuando el día ha sido largo y caluroso o cuando acaba de tomar un baño, el de sus ropas. A veces siento que estos olores (que forman todos ellos un gran olor, el suyo, el de ella, un olor rosa oscuro o violeta) están en realidad dentro de mí, y que brotan y suben como vapores de mi cuerpo cuando mi guardia está más baja. A veces camino distraído por la calle y los encuentro, me poseen y torturan, sin revelar su fuente; a veces mi propio aliento reflejado en un espejo o un cristal me los devuelve.

¿Qué significa esto? Está claro que es nuestro amor quien los pone allí, quien los inventa o los subraya, pero también que estos olores existen en el mundo, que las cosas y las personas huelen y que cada una lo hace de una manera particular. A veces los olores resucitan a los muertos, de la misma forma que inventan a los vivos. Esto ocurre sobre todo con los perfumes, más concretos y duros –y perdurables. Los perfumes traen de vuelta durante un instante a los desaparecidos, los ponen delante (lo que parece confirmar que las personas son, en buena medida, una creación de nuestras propias

cabezas, de nuevo cosa orgánica, de plasmas y biologías –un juego de cinematógrafo, un correr de fantasmas). Yo no sé si todo el mundo siente así esto de los olores, supongo que sí; también te olvidas rápido. Además, ¿qué vas a hacer? Uno sufre la aniquilación de sus sentidos y a otra cosa; la revelación nunca se da, como cuando uno lee un poema o sueña, cuando el infinito parece al alcance de la mano pero uno tiene que seguir viviendo (aunque el poema nunca se termina de borrar del todo y sigue allí esperándonos y torturándonos siempre medio callado, siempre más o menos tangible y coherente en la vida, mientras que el sueño se pierde como agua a pesar de su extremada y recientísima intensidad, pero ninguno de los dos te dirá nada). A veces dan ganas de encontrar otra vez al desaparecido, de salir a buscarlo.

La emoción no te dará el tema. El dolor solo es dolor, las miserias personales no vienen acompañadas del talento para utilizarlas luego. A la vida le das igual. No existe para que tú la resuelvas estéticamente, ni tampoco para otra cosa; a cambio de nuestro dolor, recibimos nada. Un huérfano no sabe más del amor y de la muerte que un chico con padres, el huérfano ha perdido a su madre y no ha ganado nada en el camino, ni siquiera algo tan pobre a su lado como es la inspiración, como es un libro o es la gloria. En esta vida, solo el trabajo tiene su recompensa, y no siempre.

Por esto, frases como «morir de amor», «morir de pena», etc., son un absurdo. No: nunca te vas a morir de algo así, aunque quieras. La necesidad imposible de absoluto que tiene el hombre lo lleva incluso a, cuando siente un dolor muy grande, aparentemente insuperable, desear que crezca todavía más, que llegue a límites groseros y los sobrepase, que se redondee: que los mate a él y a todos. Pero esto no ocurrirá. El dolor, al contrario que la felicidad, siempre puede ir a más, y nunca nos veremos plenamente satisfechos –ni por un lado ni por el otro. Si nuestra vida fuese una novela, el autor nos regalaría una muerte noble o patética, un final ridículo o consecuente; pero como no lo es, no nos quedan más que dos opciones: o bien matarnos, pensando que efectivamente morimos de pena y no porque un pedazo de plomo ha atravesado alguno de nuestros órganos vitales, o bien seguir respirando,

bebiendo agua, yendo al baño –pero todo esto nos parecerá terrible, indigno de nuestro dolor.

A veces, cuando empiezo a soñar pero todavía estoy despierto –cuando tengo un pie aquí y otro allí, cuando todavía soy capaz de dirigir mi sueño hasta que este empieza a perderse, a extrañarse y seguir su propio rumbo–, pienso en ella, a propósito, sabiendo que lo hago; y aún llega el momento en que, ansioso, abro los ojos para encontrarla, solo para recordar que no, que la estaba imaginando hasta que mi fantasía escapó a mi control. Y disfruto de estos pequeños engaños, que secretamente disponen mi vida.

11 de mayo. Respecto a aquello que he dicho de que la gente no sabe nada, pero piensa y gusta de pensar que otra gente sí lo hace: tal vez lo único importante sea fingir o aceptar esta confianza, que tranquiliza mucho y permite la vida.

Cuando uno es un niño se admira ante la seguridad de los adultos y se pregunta cuándo llegará para él tal seguridad, ese conocimiento cabal del mundo y de las cosas, tan misterioso; más tarde se da cuenta de que no llegará, como no llegó nunca para nadie, y entonces le toca fingir –con más o menos gracia y talento. Fingir que uno ve algo donde los demás –y uno– solo ven oscuridad: esto es lo que cuenta. La gente, que por lo general, como digo, no sabe nada, está deseando creer que otra gente sí lo hace, y que con esto basta. A la gente le gusta delegar, creer en hombres y religiones. Esto es especialmente triste para aquellos que hemos crecido al amparo de un hermano mayor, que luego ha resultado ser (como todos) un pobrecito. La decepción, confundida entonces con la lástima y la rabia, es difícil; uno no sabe bien qué hacer o esperar, cómo liberarse de este rencor tan raro y no siempre injusto; uno se siente engañado, extraviado y libre. Cuando yo tenía siete años y Jim diez, me parecía un gigante, que lo sabía todo. Cuando yo cumplí diez seguía sin saber nada, y Jim, de trece, parecía saberlo todo. Cuando yo cumplí trece…, etc.

Diría entonces, más bien, que hay dos tipos de personas: los que

gustan del engaño de creer que otra gente sabe, y los que gustan del engaño de creer que otra gente cree que ellos saben. No sé qué es peor. Ambos son necesarios y se equilibran.

Leopardi dice en su Zibaldone: «Solo con arrogancia puede uno vivir en el mundo. Si no sabes o no quieres saber cómo utilizar tu arrogancia, otros utilizarán la suya contra ti. Sé arrogante. Lo mismo sirve para la impostura». Así, el mundo se dividiría en ilusionados (trágicos o gozosos) e ilusionistas (gozosos o trágicos).

Tema para una nota del libro con Cosgrave.

Las formas más deliberadas del absoluto –la ciencia, el conocimiento, la religión– no lograrán medirse nunca con las casuales –el amor, el sueño, la poesía, no solo la escrita. ¿Por qué las primeras gozan de gran reputación? Porque son las únicas más o menos compartibles, en tanto que concretas y cojas. Las segundas, como las primeras, tienen sus propias leyes, y tan oscuras e irredactables como válidas para todos y cada uno.

Respecto a lo de ayer: en ese momento no tuve, como me hubiera gustado tener, la fuerza necesaria para hacer un seguimiento más o menos frío de lo que me estaba pasando. Pero creo que es normal, que lo raro hubiese sido lo contrario, y ahora me arrepiento de haber quemado esas notas. Esas notas, de vuelta en la realidad, me daban vergüenza. ¿Por qué? Porque eran estéticamente flojas, no valían para nadie más que para mí, eran una pura afectación; no eran en ningún caso arte, literatura. Ahora, pienso: ¿y qué más da? Aquellas notas eran para mí una crónica fiel de mi delirio, mi posterior dolor y mi enfriamiento. No deja de resultar triste que, aun en los momentos de mayor desesperación, uno no deje nunca de tener la esperanza secreta de emocionar, de dejar la clave para ser comprendido alguna vez aunque ya no valga de nada, y que esto dependa enteramente de algo tan fortuito e injusto como el talento. Tal vez la verdad personal no tenga que ver con la estética, pero a uno la verdad personal no le sirve.

Todavía hubo un momento en el que, sabiendo ya que solo iba a sufrir, me esforcé por avivar mi amor, o mi enamoramiento, llevarlo adelante y ver qué pasaba entonces. Solo pasó que sufrí más antes de dejar de hacerlo, y todavía hoy no puedo evitar sentir que mereció la pena, que de alguna manera logré algo. La satisfacción de que mi amor, más allá de su realización (si es que algo así puede llegar a realizarse, en ese momento nada me habría bastado), existió, sí se dio: que estará para siempre perdido en algún punto del tiempo y que ya nadie lo podrá sacar de allí, ni siquiera ella. En un punto del tiempo estuve estúpidamente enamorado e ilusionado y vivo y esto no cambiará.

Sé, también, que ella daba lo mismo (ahora me parece un poco distinto, por otras razones), que fue mi inexperiencia la que me enamoró, y no tanto una persona de carne y hueso, ella. Ella simplemente era guapa y me trató con dulzura; pero el trabajo estaba hecho, lo había hecho yo –era el pobre trabajo de mi vida. En ese momento fue ella como podrían haber sido otras, muchas otras.

Al fin, solo los amores inventados por los grandes artistas tienen realidad. Los amores auténticos, los que se pierden o permanecen de espaldas a la Historia, a lo que queda –los que se viven, los que no van a parar a las novelas, los poemas o las canciones–, valen solo a los amantes, forma más o menos cursi de decir que no valen nada. Pero qué sentido tendría negar la esperanza de que algún día alguien lea estas notas tan flojas y yo y mi obsesión existamos de nuevo: de que volvamos a vivir juntos aunque solo sea por un rato en la cabeza de otro. Mis notas son un consuelo, una pobrísima y famélica justificación, una forma de diálogo con mi yo de entonces, que de alguna manera es el yo que prefiero. Luego, la tormenta escampa y vuelve el tedio, los pensamientos de otras cosas se hacen otra vez posibles y la infelicidad y felicidad más o menos tibias vuelven para dominar tu vida. Pero ya no es lo mismo, porque sabes que lo otro existe, y antes no lo sabías; solo tenías la intuición. Como dije en otro sitio (21 de abril) uno echa de menos el horror, y siente la pereza de saber que esto que ha pasado se convertirá pronto en su Jardín, ese al que volverá contra su voluntad o no infinidad de veces antes de morir con la esperanza idiota de cambiar algo mediante el ejercicio estéril y rabioso de su

imaginación. ¿Hay algo más importante en la vida de una persona que el descubrimiento del amor, del estado de cosas que provoca? Luego vienen las simulaciones, las repeticiones: las reencarnaciones; pero lo esencial ya estaba allí. Esto es, el descubrimiento de que el ansia de amor no es sino un ansia de infinito, y no de una persona de nombre y apellidos, que uno no experimenta nunca el amor, sino solo su búsqueda, que siempre exige de un poco más, más allá de todo; una exigencia que solo Dios o la muerte sabrán colmar. Esto es algo que la gente se niega a comprender. Cuando vuelven a enamorarse, piensan que esa es la persona, otra vez, y no se dan cuenta de que están ante una nueva encarnación de su deseo, que como los espíritus malignos necesita de un cuerpo y una cara para ingresar en el mundo de todos y hacerse adorar.

Rousseau dijo: «Si todos mis sueños se hubieran hecho realidad, no me habrían valido, habría seguido imaginando, soñando, deseando. Había en mí un vacío inexplicable que nada podría llenar, un impulso del corazón hacia otro tipo de deleite superior para el cual no tenía la capacidad, pero sí la necesidad».

Mi amor de ahora es distinto; aunque se dé por la misma persona, yo no lo siento igual. El hecho de que ahora lo considere un amor «maduro» (por no ser ya desesperado, por haber reverdecido de esta nueva forma resignada o ya curada) no deja de ser un poco ridículo, y lo sé. Ahora me pienso esforzar por conocer a la persona, por lo menos eso pretendo, y trato de pensar que no exigiré de ella este absoluto tan tonto; que intentaré «conformarme» con lo poco real que de ella obtenga porque tal vez eso sea el amor. Pero también me dejo llevar a veces, y disfruto. Porque sé lo que sentí, y sé que nada real podrá ser nunca tan poderoso como aquello, ni siquiera el amor de Kathleen Murray. De momento, ¿en qué se ha basado esta intención de realismo? Ella sigue sin saber nada, me parece, y por mucho que sepa alguna vez nunca sabrá lo esencial, que es todo eso que en un cuaderno apunté y quemé; y menos mal (yo pasaría a ser al instante el hombre menos susceptible de amor y erotismo sobre la Tierra). Uno tiene que esconder sus sentimientos más verdaderos para hacerse querer un poco, caparlos. La frustración no es salvable, y esto es lo que no entiende el joven que sufre su primer amor ya fuera de la infancia, cuando su deseo de vivir le hierve la sangre. Ahora lo sé, y estoy

dispuesto a buscar otra cosa. La vida adulta consiste en hacer oídos sordos a nuestros deseos más íntimos porque su mera presencia hace que todo lo real, o todo lo obtenible, valga nada. Pero no vale nada: vale un poco. La vida adulta consiste en conformarse con este poco tendiendo secretamente al infinito. Lo segundo es lo que yo hago aquí en las tardes y las noches. Aunque si alguien me preguntase diría que al fin y al cabo uno tiene que entretenerse porque los días son largos y son aburridos.

Sufro, para colmo, de una imposibilidad física para besar –una parálisis total. Las pocas veces que he estado a solas con una chica en intimidad se me han hecho siempre eternas y he deseado que algo ajeno las interrumpiese para verme liberado y poder así planificar de nuevo, que es lo que de verdad sé hacer. En el momento pienso: «Ahora; ahora; no, ahora» –y literalmente no consigo mover un músculo, apenas pronunciar una palabra (bastante que logro respirar y mantenerme con vida). Hasta hoy ha sido para bien: casi tenía garantizado el rechazo. ¿Cómo será con las putas? ¿A las putas se las besa? ¿O se pasa directamente a lo otro...? Qué raro. Aunque supongo que esa desvergüenza cerril del putero no es incompatible con la timidez del amor. Los puteros están llenos de paradojas. Yo no podría besar a nadie que no me amase y a quien no amase yo.

También, me pregunto, ¿es posible amar a quien no crees inteligente? Y al contrario, ¿es posible amar a quien crees más inteligente que tú? ¡No lo sé! Es difícil. Lo que sí me parece claro es que uno –o yo por lo menos– no puede admirar a quien no considera de una cierta inteligencia (que no tiene por qué tener que ver con el estudio o la cultura –eso va aparte). ¿Es necesario admirar a tu esposa? Esto es, por sí misma, y no por su condición de Objeto de tu amor, condición efímera; es decir, admirar a la persona y no a ti mismo. Tampoco lo sé. ¿Cómo lo voy a saber?

Releo mis últimas notas y pienso de una completa inverosimilitud que alguien pueda llegar a quererme alguna vez.

Jim insiste por carta; las niñas se ilusionan, Charlie desconfía:

Secuestro de la amígdala, también conocido como «secuestro amigdalar» o «secuestro emocional», es un término utilizado para describir las respuestas súbitas, abrumadoras y desmedidas frente a estímulos reales o imaginarios provocados por una percepción impactante de amenaza emocional arrobadora, subjetivamente mucho más significativa.

La información de los órganos sensoriales es recibida por vez primera en la estructura del tálamo. Parte de los estímulos del tálamo va directamente a la amígdala o «cerebro emocional-irracional», mientras que otras partes se envían al neocórtex o «cerebro práctico-racional». Si la amígdala percibe una coincidencia con el estímulo, es decir, si el registro de experiencias en el hipocampo le dice a la amígdala que se encuentra en medio de una lucha, una batalla, en medio de una situación de vuelo o congelación, entonces la amígdala activa el eje par HDP y secuestra el cerebro racional. Esta actividad cerebral emocional procesa la información unos cuantos milisegundos antes que el cerebro racional, por lo que, en caso de una fatal coincidencia, la amígdala actúa antes de que se pueda emitir y ser recibida cualquier directriz del eje impar. Sin embargo, si la amígdala no encuentra ninguna coincidencia del estímulo recibido con sus situaciones de amenaza registradas, entonces sueña y actúa de acuerdo a las instrucciones recibidas desde el siempre despótico neocórtex. Cuando la amígdala percibe una amenaza, puede manipular a la persona y hacerla reaccionar de manera irracional y destructiva.

«Ahora», se pregunta el Dr. A. M. Calzon de la Gesäßklinik de Zúrich, «¿es posible domar la amígdala?, ¿es posible sojuzgar sus terribles deseos? Una vez que tu sistema emocional aprehende algo, parece que nunca lo dejase ir, ¿verdad? Lo que nuestro revolucionario tratamiento se propone es enseñarte a controlarlo, a domesticarlo: enseñar a tu neocórtex a inhibir los deseos de tu amígdala. Se suprime así la propensión a actuar, mientras que tu emoción básica al respecto permanece en un estado moderado, casi tibio. Tristón.»

DR. A. M. CALZON,

Gesäß & Angelegenheit Klinik

Las niñas fantasean con la posibilidad de llevar a papi a Zúrich medio engañado –literalmente no podemos pagar el alquiler de la casa, como para pagar el rescate de su amígdala. Charlie hace cuentas circunspecto, le encanta disponer de unas pocas monedas en los bajos de su sobrepelliz, sabe poco de matemáticas. Es evidente que Jim se ríe de nosotros.

Noche. Se acabó –para chasco– eso de Ideas irlandesas; el nuevo título es mucho más ambicioso, poético, peor: Historia de un alma –nada menos. En el pensamiento de Cosgrave no hay rastro alguno de ironía, y esto es un peligro. No recuerdo a un solo escritor auténtico que no fuese consciente de su posición absurda; que esta posición te lleve al lloriqueo es un fracaso. ¿Por qué Historia de un alma? «Porque son pocas las cosas que nos han ocurrido, y muchas las que hemos soñado.» ¡Y tú qué sabes! «Nuestro libro ha de ser una cosa viva, Stanislaus, que nace y se divierte, que se hace luego las primeras preguntas y les da –como el adolescente– una respuesta retórica y artificiosa, equivocada; el libro pasa así de un romanticismo wertheriano en las preguntas de la vida a un cierto reposo y pesimismo clásicos» (reposo que nosotros mismos no hemos alcanzado en nuestras biologías, o no deberíamos); «así, poco a poco viene el derrumbe, el niño ha dado paso al poeta y el poeta da paso ahora al filósofo: el filósofo se desvincula del mundo y de sus seres por su dolor, ya helado, que el poeta no supo agotar.»

Así no puede escribirse un libro. Es imposible. Un libro debería ser una cosa mucho más ligera; si uno va con estas esperanzas… el tortazo es seguro. Además, ¿cómo una Historia de un alma va a ir firmada por dos? Le he dicho, con educación, que el proyecto me parece demasiado ambicioso. Él ha creído que se trataba de un cumplido. «Sí…», ha susurrado, con los ojos brillantes y el rostro serio y borracho. Le ha gustado eso de Canthari, que dice refleja mi «naturaleza trágica, casi insectoide». ¡Coño, menudo insulto!

Insectoide tú, trágico tú. Yo no me siento así. Trágico era Edipo y era Áyax. Yo voy tirando. El hombre moderno es así; la literatura moderna debería ser la historia del ir tirando, o la hagiografía. Cosgrave se cree Sófocles. La idea de Jim, en este sentido, me parece mucho más sensata. Jim entiende su posición: tiene talento. Cosgrave, me parece, no. Que seas sensible y le des muchas vueltas a la cabeza, que tengas una naturaleza preocupada y hasta cierto punto generosa, no quiere decir en ningún caso que seas un artista o un filósofo. Jim es bastante mezquino cuando quiere, y casi siempre egoísta, y no siempre sensible, y a veces poco empático, y nunca muy reflexivo; pero es un artista.

–Además, ¿cómo haríamos para que el lector no tirase el libro a la primera de cambio, durante esas primeras páginas confusas, esos balbuceos del niño? Eso debe ir mal escrito a propósito, ser desagradable; ¿no?

–Nuestros lectores tendrán la paciencia. El libro dispondrá, como la vida, de sus cumbres y sus valles.

–Y luego, ¿la recompensa por aguantar esa primera pirotecnia será un pasaje «adolescente», «wertheriano», equivocado? ¡Pues vaya recompensa!

–La vida no es agradable. ¿Por qué habría de serlo un libro?

–Pero entonces... ¿qué pretendemos? ¿Es que vamos a escribir un libro deliberadamente horrible?

–Pensaba que en este punto estábamos de acuerdo: los libros y la filosofía han de reflejar la vida tal y como se siente.

–Sí... Pero un libro agradable, y sincero, puede ingresar en la vida. Confundirse un poco con ella. Los libros y la vida pueden ser una cosa; una cosa que... –Yo también iba borracho.

–¿Guardas algún escrito de tu infancia? Redactado en tu infancia, quiero decir.

–No.

–No sé cómo escribe un niño.

–Un niño no escribe.

Ahora quiere que le preste mi diario. Le he dicho que hay mucha paja y que mejor le hago una selección. Tengo tarea como en el colegio. Quién me manda a mí meterme en estos fregados. ¡Si yo no quería publicar nada! Yo estoy bien así.

Respecto a lo que dije anteayer, 9 de mayo, de que el hombre de espíritu e inteligencia tendrá cada vez más difícil, a medida que pasen los años, encontrar a esa persona con quien compartir su vida: algo así le ocurrirá a quien ha crecido junto a un hermano de una edad similar. Ninguna amistad, por fuerte y sincera que sea, podrá lograr jamás esa cercanía, esa comprensión inmediata de otro individuo; ninguna amistad podrá compensar la acumulación de recuerdos infantiles compartidos. No podrás volver a vivir tu infancia con nadie, como no podrás vivir de nuevo el primer amor o la primera pérdida. Tu hermano conocerá –tal vez al pesar de ambos– tu respuesta interior a estímulos y detalles mínimos, ciertos resortes e ironías que los otros no podrán sospechar siquiera, serás para él un libro abierto, aunque luego todo cambie como siempre cambia y deje de saber quién eres. Nunca dejará de conocer esa parte que nadie más conocerá ya y sobre la cual se ha cimentado irremediablemente todo lo que ha venido luego: tus días infantiles.

El Zibaldone, el libro más pesimista que conozco, termina por provocar en el lector un estado de furia intelectual y entusiasmo. Y el entusiasmo, por desesperado que sea, tiene poco que ver con la auténtica desesperación, que va ligada siempre a la tibieza, a la apatía: a la inacción y la parálisis. Como he dicho varias veces aquí (18 de marzo, 26 de marzo, 2 de abril, 19, 24), mientras haya entusiasmo, pasión por algo –mientras haya un Objeto de deseos y esperanzas–, habrá vida. ¿Cómo me encontraré cuando deje de escribir este nuevo diario, que tanto y tan silenciosamente ha mejorado mis días y noches en los últimos meses? Ya empiezo a notar síntomas de fatiga, me canso rápido de las cosas. Jim es capaz de entusiasmarse por cualquier bobada, de renovar su entusiasmo sin sentirse absurdo, y por eso es un hombre de genio. No descarto

que en cualquier momento deje la literatura para convertirse en el primer cabaretero de Irlanda. Lo que haga lo hará con gracia.

Del último verano. Durante los momentos previos al dolor leí más novelas y poesías que nunca, alimenté mis esperanzas hasta la bulimia; cuando mi obsesión se completó, o llegó a su cima más alta –cuando supe que no tendría al fin lo que quería–, no pude leer una sola historia más, o un poema –apenas un texto cualquiera. Pensé: «Si esto ya no me sirve a mí, ¿para qué se escribió?»; los sentimientos de los demás, de los grandes enamorados del pasado, los enamorados perpetuos, dejaron de hablar a mis sentimientos y pasaron a repugnarme; me habían engañado. Mientras existía la esperanza todo jugaba a mi favor; cuando la esperanza desapareció cualquier cosa se hizo intolerable. Luego, con las semanas y los meses volví a los libros otra vez, pero lo cierto es que no he vuelto a leer poesía, que asocio a ese momento doloroso y exacto de mi vida, el final de mi adolescencia y el comienzo de lo que diablos sea esto. Los poemas me ayudaron a llegar hasta donde llegué, y las historias de amor también; fueron, unidas a su presencia, el colofón a una vida de fantasías y silencio. Por eso son tan peligrosas. Lo he dicho varias veces y pienso que es la verdad: los libros, y mucho más este tipo de libros son, como los sueños, fuentes de soledad. Dentro de lo malo me quedo con el ensayo y la filosofía, que sirven a algo más amplio o duradero, más tibio, sea también falso o no. El hombre sensible tiende a la obsesión; en mi caso esto no ha sido peligroso, quiero decir para los demás: soy de una inocuidad perfecta. Y fácil de engañar. En el momento, llegué incluso a leerle poemas en voz alta, unos pocos de Yeats –¡yo, recitando al atardecer! Ella me siguió el juego, y fingió emocionarse mucho ante mis palabras, y me pidió que las repitiera después, y repitió ella también de sus labios unos versos cierta tarde, tres versos que se había aprendido de memoria para darme una sorpresa y acabar con mi vida. Disparó a bocajarro contra mi corazón y luego siguió como si tal cosa. Yo me creí muerto. Tal vez sí sabía lo que hacía, aunque casi era una niña. O lo sabía a medias. Pero no puedo culparla. Tampoco ha sido una niña normal. Tal vez no me quiere porque yo no soy feliz, pero es un círculo vicioso. Lo que no sé, ni he logrado saber hasta ahora, es si ella es feliz o tan solo lo parece. Y si lo es, por qué.

Concretamente, dijo aquella tarde y para siempre:

Pero yo, pobre como soy, solo tengo mis sueños;

he tendido mis sueños bajo tus pies;

pisa suave, pues pisas sobre mis sueños.

12 de mayo. Cada vez me cuesta más hablar con la gente que sé que no me va a comprender, querer a la gente que sé que no me quiere. Esta tendencia al silencio y la evasión viene de lejos, nunca he sido un chico extrovertido o alegre, más bien un espectador templado de la vida. Luego sarcástico. Un plomazo, en fin. Por eso me sorprendió tanto mi capacidad de desorden y locura, aunque fuese interior; visto en la distancia, siento hasta cierto orgullo de mí mismo. Stanislaus no existía más: solo ella vista en sus ojos. Ahora, que esto está bien para un rato. Como digo, uno vive muy intensamente unos momentos y luego se dedica a volver una y otra vez a ellos; si estos momentos se prolongasen la vida sería intolerable y uno acabaría por ponerle fin. El nivel de fantasía, de ficción en estas visitas mentales, puede ser tremendo. Yo he llegado a unir a mi recuerdo de aquellos días –a mi recuerdo de ella, de la que veía entonces, que no es la misma a la que veo hoy– melodías y libros que escuché o leí después. ¿Cómo puede ser? Y sin embargo ahí parece estar el secreto de nuestro amor compartido. Todo esto es horrible, y lo sé. Pero esta obstinación vergonzosa aporta color en medio de la grisura general que es mi vida, y esto está muy bien. O lo estaría si uno fuera poeta. Qué hago yo con ella. Siento que lo que yo podría llegar a contar ya está contado, por gente más inteligente y talentosa y mejor que ha sentido exactamente lo mismo punto por punto, hace diez, cien, mil años. Yo podría tener una oportunidad si mi vida fuera extraordinaria, si tuviera una vida que nadie más tiene: no es el caso. Si me interesase mi país, mi cultura, mi tiempo: puras fruslerías. Muchos escritores mediocres han aportado su experiencia rara y personal. Mi experiencia es vulgar. Mi cabeza también. Yo no soy ni un realista ni un visionario. Mi hermano es ambas cosas a la vez. ¿Las pasiones de mi hermano cuentan más que las mías? Sí. Las mías van a desaparecer tan pronto como yo me muera, y con ellas mi nombre y su recuerdo,

como han desaparecido las de mi prima si las hubo. Las pasiones de él –falsas, literarias, literalmente dedicadas a una puta– pueden tener cierta existencia. Esto es deprimente y nada más, no hay que buscarle una explicación. Todos los seres humanos pasamos la vida elaborando ficciones en nuestras cabezas, solo que algunos pocos logran pasarlas al papel y quedarse más o menos a gusto. Yo tengo la obsesión sin la capacidad. Cuanto más escribo más la tengo.

Lo peor de todo es que los escritos de los demás, por logrados que estén, por geniales que sean, no terminan nunca de satisfacernos. Queremos decirlo nosotros, y pensamos que hasta que lo hayamos dicho no se habrá dicho –la vanidad manteniéndonos con vida. Ya puede ser el texto la obra de un genio inalcanzable que sientes que le falta algo, y ese algo –piensas– lo podrías aportar tú: un punto y final. Esto hace que secretamente te creas el primer hombre sobre la Tierra, un Adán que pone nombre a las cosas. ¡Idiota! El abismo entre la emoción y la expresión es la tragedia del mundo. Hay otro abismo intermedio, que la mayoría de gente no logra salvar una sola vez al cabo de una larga existencia: entre la emoción y el pensamiento. La intuición de grandes cosas nos perturba, y le damos salida mediante el amor, se lo tiramos a la cabeza a una pobre tipa que, con suerte, nos lo tira de vuelta. La película no se diluye. Esta confusión de pareceres, similares pero estancos, nos da los Romeos y Julietas, los Tristanes e Isoldas del universo. Más real resulta el pobre Don Quijote y su hechizada Dulcinea que muda el rostro, la pobre Sra. Bovary.

Respecto a este abismo entre emoción y expresión, y antes entre emoción y pensamiento: ¿será la principal diferencia entre una bestia y un ser humano, pongamos, entre un burro y un hombre, que el segundo es capaz de dar forma de palabras a lo que recogen sus sentidos –la de expresar estas impresiones en forma de palabras? Porque el pensamiento se da igualmente en imágenes y otras tantas cosas; si se diera en palabras legibles ya está: bastaría con soltarlas por la boca. ¿Son las palabras la principal diferencia entre un burro y un hombre? La cabeza del burro, es evidente, está llena de cosas; sus sentidos existen y trabajan sin descanso como los

nuestros. Sus pensamientos –si podemos llamarlos así, pero por qué no– están cerrados a cal y canto y siempre lo estarán. Lo que no quiere decir que no existan. (O sí, no sé.) Hay hombres, como sea, que parecen burros, o chimpancés. Dice STC –aunque fue un místico– que sobre este lenguaje compartido del hombre existiría otro lenguaje superior, llamémosle «celestial», ya articulado, sobre el que se ha basado y se basa imperfectamente el primero. Yo no lo tengo tan claro. Yo estoy más por lo siguiente: las cosas existen –para el hombre– porque el hombre puede nombrarlas, pero no estaban allí esperando a ser iluminadas, alumbradas, y les da más bien lo mismo. Jim estaba muy pesado últimamente con la frase de Pascal «Los sentidos reciben su dignidad de las palabras, y no al revés». Esta es la visión de un artista, que necesita justificarse en sus trabajos. Una visión un poco infantiloide, mistificadora. Yo diría más bien que reciben su realidad. Acabo de decir que los pensamientos del burro están cerrados a cal y canto y siempre lo estarán; el burro se lleva el 100% a la tumba, el hombre, el 99,999...%. Por esto el hombre es el ser superior y el único susceptible de melancolías, entusiasmos y tristezas. El burro no sabe lo que se deja, si es que se deja algo. El hombre sí. Vista la posibilidad, todo es deseo. Un deseo infinito.

Alguien me puede decir que no toda expresión se da necesariamente en forma de palabras. Y nombrará por ejemplo la música. La música se siente, y es expresión. Por eso gusta tanto a personas de todo tipo, mientras que la literatura, como la pintura y el resto de las artes (supongo, la pintura, por decir, me da exactamente lo mismo), requiere de una preparación, de un entrenamiento. Uno entrena el gusto, hace desaparecer poco a poco su ingenuidad, y lo que antes podía emocionarle ahora le resulta ridículo (igualito que el crecer –probablemente una pérdida antes que una ganancia). Lo que digo: tal vez al burro, además de las palabras, le falte otra cosa, eso que te impulsa a querer expresarte. Estoy seguro de que los humanos, los antepasados, antes de tener un lenguaje compartido, trataron de expresarse y hacer comprender una idea, que no una necesidad fisiológica. No sé si las pinturas rupestres –digamos– fueron antes que las palabras. No sé casi nada. Esa cosa que lo impulsaba al hombre a intentar expresarse es lo que lo diferenció de la bestia; el hombre se las ingenió para buscar maneras de hacerlo, y se las seguirá ingeniando: la decepción será

cíclicamente renovada por las muchas o muchísimas vidas y hasta que la vida se apague (el futuro, como el pasado, es inerte y no hay otra certeza que esta). La humanidad habrá sido un intento, a la vez múltiple y personal, extrañísimo, de saciar un deseo infinito y por lo tanto inasequible. Pero nadie querría ser burro, etc.

[Relacionado con esto: de niño pensaba que, si alguna vez tenía un hijo, este nunca aprendería a hablar, que yo no lograría enseñarle y sería al fin un monigote. Sentía vergüenza de qué pensarían los demás, que sin duda sabían cómo hacerlo.]

Pero ¿para qué quería expresarse el hombre, a fin de cuentas? Para que lo admirasen: para que lo quisiesen más. Este deseo y sus más o menos torpes manifestaciones gobiernan el mundo desde siempre. Del dictador sediento de atención y poder al más inofensivo y modesto tendero: todos se mueven por esta ilusión de sí mismos. Basta con fijarnos en una conversación cualquiera. Los interlocutores tratarán de llevar, una y otra vez, el tema de vuelta a su persona; a sus pueriles pensamientos, a sus falsas humildades, a sus chismorreos maliciosos (poner a otro por debajo nos deja ilusoriamente más arriba, aunque ese otro sea sujeto de nuestra estima sincera), a sus hazañas vulgares, a su vida inocua. Si el segundo trata de hacer lo mismo que el primero, entonces se acabó; difícilmente podrá darse una conversación. Ahora, si el segundo se resigna a escuchar, el primero saldrá de allí pensándose un gigante, contentísimo de sí, creyendo que ha impresionado y admirado y que la asertividad o el silencio del segundo no viene sino a confirmar la grandeza que él ya sospechaba; buscará más su compañía. Pero este segundo habrá salido de allí pensando, por supuesto, que el primero es un imbécil, insoportable –un pobrecito. Y cuando se descubra haciendo lo mismo a un tercero pensará que bueno, que aquello es muy distinto en realidad, porque al fin y al cabo lo que él cuenta sí es interesante, no como lo que contaba el otro. El tercero saldrá de allí pensando que el segundo es un imbécil. ¿Es que uno no piensa que, si tanto nos molesta oír a los otros echándose flores, a los otros les va a molestar también oírnos hacerlo a nosotros? Pues no, uno no lo piensa, increíblemente. Menos mal, así, que vivimos engañados, pensando que todos nos quieren y que el que no lo hace

es un equivocado o es un tonto. Hay que entender que él piensa lo mismo, justo al revés.

¿Qué puede hacerse? Creo que nada; está en nuestra naturaleza. Si uno va con la idea meditada y trata de corregirla se quedará mudo. Y quedará a merced de las vanidades de los otros; si los otros leen mal sus pensamientos, le irán a buscar; si los leen correctamente (en su expresión, cosa a veces inevitable) lo evitarán y será un gruñón. La amistad es el arte de ejercer la vanidad en compañía, un arte difícil, basado en desequilibrios y contradicciones, no incompatibles con la estima.

De esta forma, el valor de los otros existe, y es mayor o menor, en relación con nosotros mismos. Un ejemplo fácil es el del amor ajeno. Uno solo tolerará la crónica de los amores del otro si él mismo está enamorado, y aun así tratará de desviar permanentemente la conversación (y desde luego el pensamiento) del amor ajeno a su amor, que es el que de verdad existe. Lo mismo es aplicable a las obras y proyectos artísticos –y tantas otras cosas. Los demás son abstracciones que dependen de nuestros sentimientos. Una pregunta que, evidentemente, no se ha hecho la Iglesia católica: si Cristo hubiera podido conocer, uno por uno, a los hombres y mujeres por los que se sacrificaba, ¿se habría sacrificado? No lo creo. De la misma manera, si un escritor pudiera conocer uno por uno a los que serán sus lectores, a las personas de verdad, quiero decir, nunca emprendería su obra. Los otros son abstracciones, admiradores potenciales de nuestros actos fabulosos, inteligentes, si esto va en nuestro favor, y siempre menos que nosotros mismos.

Respecto a ese Deseo infinito: habrá quien me diga que los antepasados no tenían otro deseo que comer, procrear y sobrevivir. Es verdad. Estas son cosas que la vida pone delante; pero el deseo no se va, y una vez retirados los obstáculos volverá a ejercer su poder. Por eso nuestro tiempo es tan suspirador, porque no tiene que dedicar todos sus esfuerzos a cubrir unas necesidades fisiológicas, o a ganar una guerra, protegerse del frío, etc.; está

colocado frente al espejo, frente a su deseo insaciable de algo más. Cubierta una cosa, siempre aparecerá otra, y así. La única forma de dejar de desear es estar muerto.

¿Por qué el pesadísimo Byron, atractivo, rico, inteligente, era tan desgraciado? Porque en las personas sensibles este deseo es más fuerte, más intolerable, más objeto de entusiasmos y miserias. A veces incluso –es el caso de Byron, como del imbécil de Werther, Rousseau, etc., etc.– acaba por tomar el control, para chasco de los demás.

Nuestro Jardín. Saber que vamos a tener que recordar un momento de intensidad y placer nos impide vivirlo mientras sucede. Los pocos momentos de presente, o de algo muy parecido, se dan al lado de la persona de la que estás enamorado. No de una persona a la que quieres, estimas, conoces, etc.: de la que estás enamorado. Entonces, en contadísimos momentos de intimidad, uno habita el presente. Pero incluso en esta situación (y aquí voy) lo habita a medias. Cuando ella me recitó como un juego aquellos pocos versos que yo le había enseñado, el mundo entero se dio para mí, yo era el protagonista de la Historia, no menos que Napoleón con sus campañas o Platón con sus diálogos (aún hoy, en los cientos de vueltas que le he dado a esto, he llegado a imaginar e incluso tratar de saber qué era lo que hacían otros en aquella misma hora exacta, cuando yo me sentí así; tal vez nada, tal vez algo intrascendente, normalísimo; tal vez dormir, ir al baño, cenar; tal vez mientras escribo estas líneas el mundo se dé para alguien, alguien siembre su Jardín). Pues incluso en esa situación, como digo, tenía un pensamiento para el futuro. Mientras ocurría pensé: «Nunca has sido tan feliz. Estás siendo feliz. La felicidad es esto, esto es lo que buscabas. Pero qué pronto dejarás de serlo otra vez, y cómo volverás en tu cabeza a este momento que ya entonces será pasado, lejano, tal vez muy lejano». Traté de confesarle esto, con palabras torpes y menos comprometidas –una manera rarísima y perfectamente inoperante de seducir a nadie. Ella, casi una niña, me aseguró que no quería crecer, tal vez sin entender nada; después dijo: «¿Te cuento un secreto? Soy inmortal». No respondí. Me he convertido, a día de hoy, en un exégeta resignado de estas pocas

palabras tontas, de las que ella no se acordará siquiera y de las que yo no voy a olvidarme. Soy un cursi incorregible, impenitente, atroz, que vive en su cabeza. Pienso lo siguiente, y además me gusta hacerlo: cuando sea un viejo, y la muerte llame al fin a la puerta yo sabré que fui ese, y querré haber sido ese y no el de después, y estaré agradecido de haberlo sido y de haber vivido ese momento y sentiré, íntimamente, que mi vida mereció la pena –aunque nadie lo pueda saber. Lo que vino luego habrá sido un larguísimo y olvidable epílogo a ese pequeño momento de vida en que fui por primera vez el protagonista de todo. El escenario clave de la Historia de la Humanidad ese banco en esa tarde. El actor principal un chico saturnino y enamorado.

Si los tímidos lográsemos hablar, me parece a mí, provocaríamos un gran rechazo en las personas normales, una grima tan ilimitada como nuestro deseo. Tal vez las cosas estén bien como están. Pues nunca aceptaríamos lo que se nos da, pediríamos más, y más, y más, y entonces pensaríamos que hemos cometido un error dando a conocer nuestros afanes, lo único que teníamos. La gente piensa que los tímidos y callados somos menos vanidosos, menos egoístas, narcisistas; todo lo contrario: lo somos mucho más.

13 de mayo. El domingo que viene, en Adán y Eva, Mabel hace la primera comunión. Se espera de nosotros que opongamos resistencia, que propongamos algún tipo de tesis o número. Yo no voy a proponer nada; voy a ir, me voy a sentar, me voy a aguantar la risa o el cabreo y voy a felicitar a mi hermana. Aunque esto puede verse precisamente como mi propuesta particular para este año; la animadversión, como sea, es segura –mejor no darle muchas vueltas. A las dos últimas comuniones, la de Eva y la de Florrie, no fui. A la segunda, el traidor de Jim sí; me quedé solo en casa y me sentí un auténtico besugo. ¿No podía haberme avisado de que a esa sí que iba a ir? ¿Qué guió su decisión? El dejarme como un idiota. Fue un día de fiesta familiar y hasta comieron fuera. Al volver, madre no supo leer la situación, mis ganas de que viniera a mi cuarto a hablar un rato conmigo –cuando se tienen muchos hijos, el mucho o poco amor se reparte: uno toca a una porción infinitesimal

del pastel, y ningún amor es ilimitado salvo el propio. A Mabel, creo yo, le va a hacer ilusión verme otra vez en la iglesia –por ella. No me ha preguntado. Quiere dejarlo a mi elección.

Pensaba que estaba «arreglado» con papi; esta mañana le he pedido que recogiese mi sombrero de Plastos a la vuelta, y me ha dicho que vaya a recogerlo yo mismo al infierno. ¡Qué descanso!

Charlie se ha ofrecido para hacerle un «retrato en su senectud». «Un caballero como tú, papi, no puede borrarse de la Historia Irlandesa. Eso es injusto.» Papi le ha dicho que, «para coger tono», «para soltar la mano», empiece por retratar a su ancestro –William Joyce O'Jolkkulo. Charlie ha terminado de comer en silencio y luego ha salido a consultar una genealogía de las viejas tribus a la Biblioteca Nacional; le he dicho que pregunte por Best, de mi parte.

El olor de pis, de pies, de brócoli se ha borrado de un plumazo: anoche se atascó (solo Dios sabe cómo) el váter de las chicas. Papi, increíblemente, no se ha dado cuenta. Estoy seguro de que hace años que perdió el sentido del olfato, y disimula porque es orgulloso. Las niñas, quitando a Eileen, están muy tímidas y rojas; Poppie, asustada con el probable gasto inasumible y haciendo sus cuentas y notitas. La culpable no ha salido.

EVA: Ay, no...; qué asquito más grande.

FLORRIE: Y sí; ya te digo..., ya te digo...

CHARLIE: Tiene que haber otra forma. Estoy seguro: completamente. Dadme unos días y pensaré algo para vosotras. Tal vez con soda o grog...

EILEEN: Hala que sí. (Y a las niñas): A decírselo, venga. ¿Acaso se piensa que somos gorriones?

Empiezo a tener una biblioteca considerable para alguien de mi posición y edad. Está compuesta en su inmensa mayoría por libros de tercera o cuarta mano, amarillos y ondulados, de un fuerte olor a

lluvia seca, encontrados casi todos en mercadillos y los bajos de Aston Quay. Calculo que tendré trescientos volúmenes; que rondarían los trescientos cincuenta si Jim no hubiese empeñado algunos en secreto. De los suyos, habrá otros cien –los supervivientes de las grandes y recientes hecatombes. En mi caso la proporción de novelas, antes más bien alta, es ahora marginal. La biblioteca empieza poco a poco a hablar de mí. Ya no es tanto la biblioteca de un aprendiz o de un lector de domingo. Es la de una persona con unos intereses marcados, que habla más de su obstinación moderada en ciertos temas que de una curiosidad general por el mundo y las cosas. Esto lo veo ahora, pues ha ido surgiendo naturalmente, despacio, sin darme yo mucha cuenta. Y me gusta. Es cada vez más el reflejo de mi pobre mente y sus pobres y confusas intenciones.

Por lo general no firmo los libros. No me gustaría abrirlos en un futuro y ver allí el recuerdo físico de otro tiempo: soy asombrosamente sensible a este tipo de cosas, cosas que por lo general gustan a las personas; a las personas les gusta revolcarse un rato en su melancolía y luego seguir con sus vidas llenas de gente, eso les hace sentirse un poco artistas. Pero sentir el paso del tiempo nunca trae nada bueno –como mucho un cierto consuelo estético, triste y tibio, que ni es consuelo ni es nada. Tampoco me gusta la idea de que en cualquier momento alguien abrirá uno de esos libros y yo llevaré muchos años muerto; «¡1904!», pensará. «¡Pobre Stanislaus!»

Con las mismas, cuando estoy con alguien que me gusta y a quien quiero no logro, como he dicho, disfrutar plenamente de su compañía y realidad. No logro verlo como un vivo. Esto lo pienso en el momento, una parte de mí se sienta en la sala de espera a lloriquear. Es algo molesto, que me irrita enormemente. Cuando madre enfermó y las esperanzas de verla otra vez bien se disiparon (algo me dijo de inmediato que aquello sí era el fin y yo lo supe como una certeza), tan solo podía pensar en que para la mayor parte de mi vida ella sería una muerta, una con la que constantemente yo dialogaría sin lograr respuestas finales o siquiera nuevas. ¿Acaso me equivocaba? Murió, y yo aún soy muy joven; me pueden quedar, pongamos, cincuenta años: para la mayor parte de mi existencia mi madre estará muerta, será una muerta –la pobre

empezó a serlo mientras todavía vivía. Probablemente esto le ocurre a todos. Quizá no de una forma tan enfermiza y sistemática. Yo tiendo a una reflexión grotesca y agotadora, mórbida, inútil que se recicla, que da vueltas sobre su eje hasta caer exánime. Esto no me parece una señal de inteligencia –antes de inadaptación e infantilismo.

La primera certeza de que el tiempo efectivamente existe y pasa, de su realidad, te la da la ausencia de alguien. Retirado el velo del engaño estético, artístico, que año tras año se resquebraja, se descubre más estéril y mentiroso –maduro o envejezco demasiado deprisa, miedo me da mi adultez–, no queda nada. El único consuelo con respecto a estas ausencias es que no serán eternas y que a esas personas uno dejará un día de echarlas de menos.

14 de mayo. Sábado. Día libre. Últimamente paso mis mañanas estudiando en la botica; cuando por la tarde llega el Sr. Ward, escondo el libro. La clave de una vida equilibrada es no ser un infeliz durante las muchas horas laborales –ser el dueño siempre de tu tiempo, aunque tengas que engañar y simular; ¿para qué voy a estar cinco horas mirando las musarañas cuando puedo leer?, ¿a quién hago daño con esto? No tengo ningún problema de conciencia, al revés; y en cuanto a la profesionalidad, me da más bien igual. Cada vez tengo menos dudas de que la gran aportación de la literatura ha sido la idea (sofística) del perfeccionamiento. Uno lee, y cree que avanza, que no se está quieto. Nunca hay que estarse quieto. Los momentos de zozobra y verdad (uno sabe íntimamente de la vanidad de todas las cosas) pasan, como pasan los de entusiasmo; hay que andarse con pies de plomo y no ceder nunca demasiado terreno a lo real, como tampoco a la fantasía –no convertirse en Don Quijote pero aún menos en Leopardi, cosa tentadora cuando uno está solo porque piensa que únicamente un puñado de muertos seleccionados merecerían de su compañía y atención.

Los escritores, ávidos de amor, se consuelan con la idea vana de que algún día serán mucho más famosos que las estrellas temporales de su tiempo (políticos, actrices, saltimbanquis) aunque ellos ya no estén aquí para disfrutarlo; un día serán su país, su nación, serán todos y cada uno de los hombres y mujeres que han decidido ignorarlos. Pero una vez más se engañan, pues el único amor que vale es el que se recibe en vida (el que se recibe), y la idea de la gloria no es más que otro pobre sofisma, el bálsamo triste que ayuda a estos hombrecillos a perseverar. Esta idea de la gloria –esta pamplina– nos ha dado las grandes obras maestras de la literatura, y a ella debemos nuestro agradecimiento. ¡La vanidad es tan importante! Dice Jim que toda la cuestión del heroísmo es al fin, y siempre ha sido, una maldita mentira, pero que jamás podrá haber un sustituto de la pasión individual como fuerza motriz de todo –arte y filosofía incluidas–, llámese este «socialismo», llámese «patria», llámese «familia», llámese como se quiera. En esto estoy de acuerdo con él. Aunque el término pasión tal vez sea un poco cursi; yo lo sustituiría por obsesión. El artista es un obseso, una especie de maníaco ávido de amor y atención totales, un hombre dominado por el deseo infinito que a todos nos acucia pero que más o menos logramos capar o despistar a lo largo del día –las noches son algo más complicadas, pero el día vuelve. El artista no logra hacer oídos sordos, y se entrega a él: el resultado es el mismo, pero el artista ha pasado su vida entretenido y esto, cada vez me lo parece más, tiene que valer de algo –o de mucho. Sin embargo, y aunque quiera, no logro persuadirme de la idea de que el hombre ha nacido para escribir, para imaginar y fingir; no puede ser. (¿Quién, en su sano juicio, preferiría componer un soneto sobre una mujer antes que besarla?) Muy pocas son las personas sensibles e inteligentes: muy pocas personas comprenderán, si lo haces, tu arte. Serás como mucho (como muchísimo) un símbolo de cultura, gris y pesado como son estos símbolos, objeto del estudio de los pocos y el bostezo de los muchos. Ya muerto, harás tu aparición en las monedas de cincuenta centavos y en el recibidor del Parlamento tras un puñado de viejos ruidosos; habrás dejado de ser un hombre de carne y hueso que vivió y sufrió, se entusiasmó y tuvo miedo, y serás, en el mejor de los casos, una careta de carnaval. ¡Melancólico sino! ¡Tú que querías amor, y todo el del mundo!

Que el ser humano es incapaz de aceptar que las cosas no van a resolverse lo demuestra su invención del Juicio Final. No lo sé, pero yo supongo que cada religión tiene y tendrá su equivalente, su conclusión fingida –su lacito. Una vez en el cielo o el infierno, ¿qué habrá en el horizonte?, ¿cuáles serán las perspectivas? En una ocasión oí a un tipo desearle, por el día de su cumpleaños a su hija muerta, que pasase «un bonito día». ¡Dónde! ¡Con quién! El problema se mantiene.

Del último verano. Normalmente yo comprendía los sentimientos, pero en ese momento me tocó vivirlos. (Volver a lo primero deja de ser una opción.)

Cuando los jóvenes que nunca han abierto un libro lo abren al fin, esperan encontrar allí un secreto –uno muy grande, que creían intuir por sí solos pero no ver. Por bueno que sea el libro en cuestión se decepcionarán; probablemente escriban libros horribles antes de morir. No saben que no existe tal secreto, y que si existe no puede leerse en un libro.

16 de mayo. Ayer fue el cumpleaños de madre. Al final no hicimos nada. Las chicas querían organizar una excursión a Wicklow, pero nadie tomó la iniciativa. Según se acercaba el momento, a todos nos dio un poco de pereza. Jim no ha escrito. Al principio me mosqueé; ahora pienso: ¿A quién iba a escribir? ¿A papi? ¿A mí? ¿Por qué? Tal vez una carta a las niñas no hubiera estado mal del todo, aunque ya no son tan niñas. No se le da bien esto. Cuando madre murió, Jim trató de consolar a Mabel –que lloraba sentada en las escaleras– con descripciones casi swedenborgeanas del cielo. No la consoló en absoluto. Poppie vino luego y lo llevó más sencillamente; dijo: «No te preocupes, cariño, la vida no es para una vez». Ser capaz de apreciar en ese momento un cierto valor literario en las palabras de mi hermana (la gente sin gusto ni cultura tiene a veces estos fogonazos) me hizo sentir un esnob y un tonto literal, y desmontó por completo mi estrategia.

(Yo había pensado en contar lo siguiente, con palabras poco complicadas, si me llegaba el turno: dado que el número material de elementos, de átomos digamos, que componen las cosas es finito, Mabel querida, y el tiempo es infinito [esto lo dijo Hume, un señor muy importante], todas las cosas están condenadas a repetirse cíclicamente, y así madre volverá a vivir y morir y besarnos un número ilimitado de veces. ¡No hay por qué llorar!) La existencia de Mabel por un lado, y la de papi por el otro, han difuminado mi luto, que de puertas para fuera no ha existido. A mí también me hubiera gustado ser, aunque solo fuera por un rato, el tipo que ha perdido a su madre. Mi posición de tercero es un lugar extraño, que quita premios y responsabilidades. Jim y Poppie tenían que ser los fuertes; Mabel la débil; papi, la víctima –el muy imbécil agarró el dolor de todos y se lo apropió, lo hizo suyo; él era sin duda quien más había perdido, era el Viudo de Irlanda y ya solo le quedaba esperar el fin, la reunión con su esposa. La rabia que siento al pensar en esto es difícilmente descriptible. Madre, a la que papi trataba cada vez peor, empieza a ser ahora la joven dulce y divertida de su juventud, antes que la «triste santa» que le dio una familia y la mantuvo. Todo esto tiene algo de inquietante, de sucísimo –de viejo verde. Ver a papi, de cincuenta y largos, estropeado y asqueroso, babeando la fotografía de la guapísima chica de diecinueve a quien arruinó la vida…

Pero no hay de qué preocuparse. Porque ahora Jim te va a redimir con la ayuda de su prosa sublime y Charlie proyecta una serie de acuarelas más o menos figurativas que os van a reunir de nuevo y para siempre; puedes estar tranquila.

Ojalá me hubieras dado un poco de la imbecilidad y falta de vergüenza de ellos, que tanto y permanente bien les hace.

18 de mayo. Ward me ha dicho que el negocio no da dinero y que se acabó. Que se jubila. Se ha emocionado y me va a pagar tres semanas más. Ha pasado la tarde recordando su vida y milagros, haciéndose a sí mismo el homenaje póstumo que otros no le van a hacer, y yo viéndolo; desde sus inicios en la ganadería hasta la discusión con su padre, desde su paso valiente a la farmacología hasta la conquista del Mamut y el nacimiento, infancia y

adolescencia de su hijo maravilloso, con quien no se habla. La suya ha sido, en verdad, una vida cutre –una sin pecado ni redención, de esas que asustan a los que aún nos creemos a tiempo de hacer alguna cosa. Sin embargo, él no parece darse cuenta, ve esta vida gris como una especie de victoria sobre el mundo y sus misterios, se pone vanidosón y cursi recordándola. Pobre tipo. Con suerte, se muere antes que su señora. Lo peor es hacerlo solo. Cuando su padre murió, él no pudo llorar. Fue al entierro con ganas de soltar alguna lágrima, de reconciliarse con el fallecido, y no pudo; estaba seco. Todos allí –los hermanos, la madre, las hermanas– le recriminaron esta rigidez final; quedó como lo que era: la oveja negra, el motivo de los últimos y absurdos disgustos. Él se sentía mal porque nada de eso le dolía. Siguió como si tal cosa y ayudó en la granja cuanto pudo, para tratar de compensar su falta. «Una mañana, chico, estaba haciendo mis tareas ordeñando, cuando me di cuenta que salían más lágrimas que leche de la vaca.»

Como irse de esta casa no es tarea posible, voy a comprarle un colgante a Kathleen con mis ganancias. No es fácil beberse un colgante –aunque papi se ha bebido un piano. Consiste en una cadena plateada con un pequeño ópalo al final, que recuerda el vientre verdoso y alargado de una luciérnaga. Se lo voy a dar y le voy a decir: «Toma, por tu cumpleaños atrasado. ¡Felices quince!». Hace más de un mes que no la veo. Tía Josephine, desde que Jim no está, escribe poco a esta casa.

Jim, enamorado del simio, se prepara para «helenizar Irlanda». ¿Qué hace mientras tanto? Organiza una antología de las mejores guarradas inscritas en baños públicos. Está feliz.

20 de mayo. «Lo más inesperado para alguien que está entrando en la vida social es descubrir que el mundo es tal y como se le había descrito, tal y como ya creía y sabía que era. El hombre siempre se sorprende al ver cumplirse en su caso particular lo que la regla general ya le había indicado como verdadero (Florencia, 4 de diciembre de 1832).»

22 de mayo. Domingo de festejos. Papi cuenta la siguiente anécdota a la salida de la iglesia, delante de los padres del resto de niñas, a pleno pulmón, con el cura a su lado:

Un obispo visitó a este caballero que les digo, y se le hizo demasiado tarde para ir a casa. El caballero le ofreció que se quedara pero aseguró que solo había dos camas: la suya y la del ama de llaves. El obispo dijo que dormiría en la cama del caballero: por una noche. Se fueron los dos a dormir. Por la mañana, el caballero medio despertó y le pegó al obispo una cachetada al grito de:

—¡Arriba Mary-Ann, que vas tarde a misa!

Y por Dios que al día siguiente Su Gracia fue nombrado arzobispo.

Mabel se echa a llorar y a correr. Salimos tras ella en procesión. En casa, durante su comida especial, le pregunta a papi si está operada de amígdalas.

A mi abuela y mi luckito,

en un 8 de Anunciación perpetuo

Madrid, 2020-2022

Edición en formato digital: mayo de 2024

© imagen de cubierta, «Busto de Giacomo Leopardi con buganvilla», © Arturo Garrido, @arturo_garrido_

© Diego Garrido Velilla, 2024

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2024

Pau Claris 172, Principal 2ª

08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-2668-5

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es